

La GUERRA de la DOBLE MUERTE

«Sólo hay vida después de la muerte.»



de

ALEJANDRO CASTRO 

Las crónicas reales de la Guerra Zombi en España.

A mediados de diciembre de 2009, los primeros asesinatos de Hornachuelos saltan a los titulares de los periódicos y de los telediarios. Aunque en un principio el Gobierno lanza una cortina de humo en torno a la violencia de los ataques que rozan el canibalismo, la Crisis de la Doble Muerte estalla en toda Andalucía sin que nadie sepa responder con la suficiente rapidez.

Febrero de 2010. La crisis económica mundial apenas puede disimular la gravedad de lo ocurrido en Andalucía en el plazo del último mes. Se barajan varias hipótesis como desencadenantes de la resurrección de la carne, pero lo cierto es que el Hambre ha cundido por las 8 provincias.

La Guerra de la Doble Muerte es la historia de Judith, Salvador y Jonás, la lucha de estos tres resucitados que, habiendo perdido la práctica totalidad de sus recuerdos, se enfrentan a un mundo que no entienden y del que habrán de huir aunque desconozcan cómo y hacia dónde. Mientras tanto la propaganda desplegada por el ejército español habla de la Ciudad Negra como única posibilidad de salvación y de una supuesta cura de la enfermedad.

«Mi estómago es una rata negra, me castiga con unos bocados ásperos. La siento dentro, inquieta en la ratonera de la barriga. Tengo hambre.»

Lectulandia

Alejandro Castroguer

La guerra de la doble muerte

Saga de la Doble Muerte - 1

ePub r1.0

Zombie 10.07.17

Título original: *La guerra de la doble muerte*
Alejandro Castroguer, 2010

Editor digital: Zombie
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Nora Castro Molina y a su edad futura, para que crezca en un mundo
menos cancerígeno que el nuestro.*

«Resucitaré a los muertos para que devoren a los vivos».

(Del poema sumerio «*El descenso de Ishtar a los Infiernos*»)

«Los animales, asombrados, pasaron su mirada del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo; y, nuevamente, del cerdo al hombre; pero ya era imposible distinguir quién era uno y quién era otro».

(George Orwell, *Rebelión en la granja*)

«Ambos habían llegado a la muerte por distintos caminos, y si había diferentes clases de muerte, las de ellos tenían que ser tan distintas como el día y la noche. La cualidad de la muerte, como la de la vida, debe de ser de una variedad infinita, y si uno ya ha muerto una vez, ¿qué queda por encontrar cuando uno muere para siempre?».

(Ray Bradbury, *El hombre ilustrado*)

CAPÍTULO 1. GAME OVER

Viernes 29 de enero de 2010. 16:15 de la tarde.
Explanada de la Estación de Santa Justa, Sevilla.

Convocados por el instinto, los hambrientos abarrotan la explanada de la estación de Santa Justa. Sacrifican la individualidad en favor de la raza. Miles de brazos y una sola idea. Carne fresca: dos palabras que crecen como un tumor dentro de la cabeza. Mientras tanto cada uno engaña como puede al hambre, esa rata que habita en el estómago, unos con migajas de su propia rabia y otros con cortezas de juramentos inciertos. Pero como las ideas son poco nutritivas, ninguno consigue embaucarla. De modo que no están dispuestos a aguantar más. Esta misma tarde caerá la estación. Dentro les espera un verdadero banquete. Carne fresca.

Los hay que arengan a la multitud subidos sobre los cadáveres de los coches, erigidos en minaretes desde los que guiar a los que esperan una orden para comenzar el verdadero asalto. Lanzan proclamas incendiarias, la palabra medio regurgitada, ronca, áspera: «¡Muerte!», los dos puños al cielo de Sevilla. Como la mecha de un explosivo, la palabra salta de boca en boca, ganando velocidad y fiereza, recorriendo de una esquina a otra la explanada, un terremoto que se siente en los mismos huesos. Se repite en cada esquina: «¡Muerte!», cada vez más oscura, más sedienta, igual que una contraseña que sumase esfuerzos e invalidase voluntades.

Porque respiro, yo no lo estoy. Aguardo mi momento con paciencia. Me duele todo el cuerpo. Llenar por completo los pulmones despierta un relámpago bajo el pecho. Me sostengo apoyada sobre la pared, no vaya a ser que me derrumbe.

Ahí abajo, frente a la estación, observo demasiados coches panza arriba, las ruedas apuntan hacia el cielo, numerosas barricadas improvisadas con sacos de arena, contenedores en llamas y edificios calcinados como para desmentir la magnitud del drama. Desorientada mientras no consiga despertar de la pesadilla.

Me asomo discretamente a la ventana y aparto la cortina lo justo para observar todo lo que ocurre frente a la estación. No quiero que nadie descubra mi refugio y me haga perder lo poco que tengo.

Al otro lado de la ciudad, hacia el oeste, la tarde se extingue poniendo zancos a las sombras, la última luz del sol prendida en las nubes, empeñada en obrar el milagro, en hablar de esas otras tardes en que la vida del barrio se medía por el número de cañas servidas en las terrazas o por los juegos de los niños en los Jardines de la Buhaira.

El pasado es un montón de cascotes, una ruina que se antoja más antigua que la misma vida. El pasado: el desastre de la Navidad de 2009. En primer lugar fue la

desinformación. O simplemente las noticias contradictorias. Se habló de un misterioso accidente de un submarino inglés en aguas gibraltareñas, y también de un atentado terrorista que nadie se atrevió a precisar, ni mucho menos a reivindicar. Demasiadas incógnitas. Fueron dos semanas en que, para sofocar el miedo de la población, el Ministerio de Sanidad negó el primer caso y se advirtió de un viejo peligro, un rebrote de la gripe A. La conclusión del informe forense apuntó a otra idea, una mutación de la lepra. Por su parte el Ministerio del Interior proclamó tener controlada totalmente la situación. Una gran mentira.

En un primer momento los telediarios hablaron de los asesinatos de Hornachuelos, en la provincia de Córdoba. Los titulares señalaban su extremada violencia. Desde entonces ya nada fue igual.

He roto todos los espejos de la casa, me es imposible reconocermé en ellos. Certeros golpes de martillo para hacerlos añicos. Me desarmaba la verdad proclamada en sus aguas. Ahora estoy más tranquila sin su acusación. Por ahora prefiero vivir en la ignorancia, en el engaño. A mí no.

Ya es suficiente castigo haber despertado de semejante manera, desnuda y muerta de frío, vivir lo que he vivido en los últimos días o repasar bajo la camisa los costurones impúdicos, el pliegue mínimo de la carne aún fresca, el aguijonazo del dolor todavía vivo, como para además añadir al escarnio de lo inevitable el hecho de descubrir, en la esquina de un espejo, la piel macilenta y las llagas de la cara. Ni siquiera sé quién demonios soy. Sólo el nombre de una extraña que repito cada cierto tiempo, como exorcismo contra el olvido.

Agacho la cabeza, observo mis ropas y no me reconozco, seguramente porque estos vaqueros, la chaqueta y la camisa que visto son de otra mujer. Son de una talla superior a la mía y me siento rara dentro de ellas. Notario del fraude es el cinturón que apura el último ojal para evitar la caída de los pantalones.

—Esto no me puede suceder a mí —apenas reconozco esta voz enferma. Me duele la cabeza con sólo escucharla.

Me acerco a la puerta del dormitorio. Es ahora cuando he de dominar el instinto. Detrás es perceptible el olor, tan penetrante como embriagador. Y no quiero. Lucho. Me resisto a pesar de la velocidad de la sangre y el huracán de las emociones. Menos mal que por medio se encuentra el candado que bloquea la puerta. La llave que permanece en el bolsillo de la calderilla del pantalón vaquero.

—Hay que esperar unas horas más.

Detrás de la puerta, el silencio. Imagino la habitación a oscuras y dos ojos acechando en la penumbra, la vigilancia de un animal acorralado.

—Es imposible intentarlo ahora.

Frente a la puerta me siento más vulnerable al hambre, de modo que apoyo la espalda sobre el quicio.

—Con un poco de suerte lo conseguiremos. Espero que sepas perdonarme. Yo no

elegí nada de esto.

—¡Mamaaaaá! —Es el grito arrebatado de una voz infantil, al otro lado.

Un golpe de mar, una ola de cuerpos cubiertos de sangre y heridas se abalanza contra la puerta principal de la estación de Santa Justa. Gritan. Es la rabia. Los alaridos estrellándose contra los edificios de los alrededores, que tiemblan de puro miedo, igual que los cristales de la estación, que están a punto de claudicar ante la robustez del hambre.

A los lejos se escucha un helicóptero. Nada más sentirse el tableteo de las hélices, los zombis se dispersan buscando refugio debajo de la gran marquesina o tras el parapeto de un coche calcinado.

Una voz, la megafonía del helicóptero de la Policía Nacional, retumba desde el cielo, desfibrilando a los que empiezan a dudar de la conveniencia de una retirada a tiempo. Las palabras son duras, inflexibles:

—El lugar de encuentro, los Jardines de la Buhaira, frente al hotel. La infección tiene curación, sólo tienen que rendirse.

El helicóptero sobrevuela el lugar y se aleja rumbo al centro, en dirección al menhir de la Giralda.

De inmediato los resucitados regresan a sus posiciones frente a la entrada. Manos que golpean, rabiosas, los cristales. La urgencia a contrarreloj frente al próximo regreso del helicóptero. La estructura tiembla entera. Se dibujan garabatos de sangre sobre las puertas.

Al otro lado de la estación, quinientos metros en dirección noreste, se encuentra la parrilla de las vías. Por la calle Efeso llegan cientos de hambrientos armados con martillos, picos y palas robados de las obras cercanas, cruzan la avenida de Kansas City y suben al puente de Manuel del Valle. Desde ahí arriba la panorámica de las vías del tren es excelente. Espoleados por la multitud, cada resucitado levanta el brazo, bien alto, desafiante, el arma por delante. Los ojos, un bosque en llamas. De nuevo el hambre. Los hay quienes aprovechando los destrozos de los últimos bombardeos acceden a las vías, las líneas de acero a sus pies.

Contra la puerta principal se lanza una papelera. El simple hecho de que se vidrien los cristales duplica la fiereza de los brazos y el clamor de los gritos.

En ese mismo instante vuelve a oírse el tableteo de las hélices rodando por encima de los tejados. Otra vez los resucitados han de buscar refugio. De todas formas siempre hay un despistado que queda en campo abierto, en mitad de la explanada, el miedo dentro de cada hueso, los colgajos de carne podrida temblando igual que sus manos. Desobedece las indicaciones de los demás para que se eche al suelo y cubra su cabeza con los brazos. Frente a frente, el helicóptero y su pánico. Llega antes la sombra del helicóptero que la misma aeronave, deslizándose a toda velocidad por el suelo. Es el anticipo del vuelo rasante. Un ave de presa sobre Sevilla.

Por culpa de las hélices no se oye la detonación, pero el zombi se retuerce como

un mimo sin gracia. Gira torpemente la cabeza hacia un lado y luego hacia al otro, angustiado, sorprendido, pero en realidad ya no ve nada. El proyectil le ha alcanzado en mitad de la frente, un túnel por donde se le escapa la no-vida. Apenas las últimas fuerzas le permiten adelantar una pierna. Entonces el cuerpo cae desmadejado, como una marioneta a la que han cortado los hilos.

—Quiero que comprenda mi predisposición a colaborar.

—No llores —le aconsejo.

El silencio crece detrás de la madera. Menos mal que ella nos separa.

—Yo no soy esta mujer que conoces —declamo, todavía de espaldas a la puerta. Joder, soy una estúpida si pienso que puede comprenderme.

El gancho del índice se sumerge en el bolsillo mínimo de la calderilla. Roza la llave. Retiro a tiempo el dedo, no vaya a ser incapaz de contener la rabia.

—Es como estar perdido en mitad de un desierto sin más referencia que tu propio cuerpo.

Consciente de que al otro lado sólo sobrevive el instinto de supervivencia, interrumpo el monólogo. Es como hablarle a una pared. Aunque no debería molestarme, porque no he de esperar otra cosa, me frustra el silencio de la casa.

Entro en el cuarto de baño y me lavo los dientes frente al puzzle del espejo sacrificado en pos de mi tranquilidad. En el centro justamente hay una pieza de mayor tamaño donde mostrar el pozo de la boca. Aunque me afano en la operación, sin agua y sin pasta dentífrica es imposible neutralizar el color verduzco.

A lo lejos, donde la perspectiva termina juntando las vías, se distingue la figura de una locomotora del AVE. Avanza muy despacio, metro a metro, para permitir que un tanque Leopard 2A6E de la Brigada de Infantería Mecanizada «Guzmán el Bueno X» le abra paso. Como avanzadilla, un frente de soldados se acerca al puente.

Los hambrientos no se dejan impresionar, saben que tienen una posición privilegiada para impedir el paso del convoy. Incluso han empujado un autobús de la Tussam hasta la parte más alta del puente y amenazan con arrojarlo al vacío.

Desbaratando ese intento, el primer disparo del tanque hace temblar toda la estructura del puente. Mientras tanto, en la explanada de delante de la estación, alguien ha conseguido arrancar un coche y lo empotra contra la puerta principal. Saltan esquirlas de cristal sobre el techo como cuentas de un rosario de plata. Ahora sólo falta retirar el coche y acceder al interior.

Atravieso el salón sin mirar al suelo. Prefiero tropezar con los huesos antes que verlos. Me doy asco. A estas alturas todavía no sé quién soy. Únicamente el nombre de una extraña, desgranado cuenta a cuenta en un rosario, Judith,

Judith,

Judith.

Escondida tras un jirón de cortina, me asomo de nuevo. Mientras observo el

asalto a Santa Justa doy un par de tragos a una lata de raviolis, sin calentar, tomate y cuadrados de pasta contra el hambre. Lo peor de todo es que es la última. La despensa está vacía. La cuenta atrás ha terminado, Game Over. De modo que tendré que abandonar la casa y bajar a la calle. Contra mi voluntad.

Sobre las vías una nueva rabia, mucha más feroz que la de las últimas semanas. Hay cuerpos de zombis que estallan al ser alcanzados por el fuego del Leopard 2A6E, carreras kamikazes en un intento por alcanzar la primera línea de soldados, y piernas que se traban antes del último tropiezo.

Pero de pronto un detalle secundario, casi insignificante, concita mi atención. Justo detrás de la primera línea de combate advierto la presencia de dos batas blancas que trabajan sin descanso. Al principio niego lo que ven mis ojos, es un espejismo, eso y nada más. Pero la laboriosidad de esos dos hombres que, como hormigas obreras, no se detienen ni un solo segundo es bien real. Saben lo que buscan, o al menos eso parece. La cabeza no piensa, sólo actúa el cuerpo.

Ambos suben al puente de Manuel del Valle y localizan un cuerpo desmembrado por el estallido de un proyectil. Un puzzle a sus pies imposible de resolver. Eligen unos trozos y desdeñan otros. Desde aquí juraría que nada es gratuito. Arrastran medio cuerpo zombi, un par de piernas o un brazo hasta la avenida de Kansas City donde les espera una ambulancia del 061 con los cristales rotos.

Entonces uno de ellos abre la puerta trasera y el otro arroja el pedazo de cuerpo al interior, ¡clonc!, como quien tira un saco de escombros. Luego unas palabras apresuradas antes de regresar al puente para recolectar nuevos pedazos. Observo una extraña meticulosidad en la elección de los mismos.

Como todavía dispongo de hora y media antes de que caiga la noche, busco en la despensa el martillo y me cuelgo la mochila a la espalda. Imperdonable olvidarse de ella. Sin su auxilio carezco de las referencias básicas del mapa, el libro y la carta manuscrita. Sería como querer atravesar el desierto sin una brújula y una cantimplora.

Bajo a toda prisa cerrando la puerta con llave.

Ya están dentro de Santa Justa. Buscan el miedo detrás de cada puerta, de cada mostrador. Carreras en todas direcciones, no hay tiempo que perder. Saben que disponen de un cuarto de hora, media hora a lo sumo, antes de que llegue el convoy de los vivos.

Asaltan cuartos de baño y oficinas. Nada queda libre de la furia. Enseguida el suelo de la estación queda salpicado de huellas carmesíes y trozos de carne podrida que se desprenden con las prisas.

Los más pesimistas están a punto de desistir cuando se escucha un ruido insignificante, quizá un inoportuno tropezón en el vientre de un local. Pero basta con que uno de los zombis lo haya sentido para que señale al resto la persiana del Café de Indias.

La frontera es apenas una parrilla de metal. La marea de cuerpos choca contra ella. Es el pulso de los resucitados por entrar y el de los vivos por resistir. La fiereza del hambre suma cada vez más brazos desnivelando la balanza. Poco a poco la persiana cede.

De pronto se escucha un disparo a bocajarro. Procede del interior. El zombi alcanzado gira sobre sus talones, la cara oculta tras las manos, como si en lugar de haber sido alcanzado por una bala hubiese sido deslumbrado por un flash. Intenta un par de pasos antes de derrumbarse con un pozo de pólvora en mitad de la frente.

Es el inicio, y también el fin. Dentro se gastan rápidamente las municiones. Las primeras bajas zombis no desalientan al resto. Los cuerpos caídos son pisoteados por el resto de hambrientos. La persiana no resiste. La rata del estómago tampoco.

Finalmente entran en la cafetería. Es el final de treinta y cinco supervivientes. No hay más salidas, están atrapados. Con el primer bocado y el primer grito de dolor, la ola de cuerpos contrahechos que se cuele bajo la persiana crece. Ya es imposible detenerlos.

En el exterior, ráfagas de ametralladoras barren el puente de Manuel del Valle. Los que se afanaban en empujar el autobús se precipitan al vacío en mitad de las vías. El fuego del Leopard destroza varios cuerpos que caen encima de los que aún resisten.

En ese mismo instante, en Café de Indias, un muchacho melencólico se arrastra debajo de las mesas, como un escarabajo huyendo de las travesuras de un niño. Apenas ha ganado un par de metros en dirección al mostrador cuando una mano le alcanza por la pierna. El escarabajo queda panza arriba.

Sólo hace falta un golpe de hacha para separar la cabeza del coleóptero. Mientras unos se reparten el cuerpo luchando encarnizadamente por cada gramo de carne, otro coge la melena con el puño y tira hacia arriba. Dentro la rata sigue revolviéndose de placer.

Ya en la calle, Judith se esconde tras un contenedor de basura de Kansas City, martillo en mano. Calza zapatillas deportivas y viste vaquero con el dobladillo vuelto hacia arriba, chaqueta azul marino y camisa blanca. Hay cierto desmaño en la ropa. Parece evidente que no es exactamente de su talla. Es lo primero que consiguió robar para tapar su desnudez.

No quita ojo a la ambulancia y al extraño coleccionismo de las dos batas blancas. Desde tan lejos es imposible descubrir, en las aguas muertas que son sus ojos, sus verdaderas intenciones.

Mira su reloj, las cinco y media. Tiene que actuar rápido. No dispone de mucho tiempo. Se acerca la noche. Y éste es un país demasiado inhóspito.

CAPÍTULO 2. EL ALIENTO PRÓXIMO DE LA NOCHE

Viernes, 29 de enero de 2010. 17:40 de la tarde.
Avenida de Kansas City, Sevilla.

Judith se acerca a la batería de bicicletas Sevici que hay en la avenida de la Buhaira. Por culpa de la falta de fuerzas, no acierta a imprimir la suficiente violencia a los martillazos. El chasquido metálico le estalla dentro del oído.

—Joder, rómpete de una vez.

Después de una docena de golpes, el mecanismo de seguridad cede. Está exhausta y le queman los músculos del brazo sacrificado para liberar la bicicleta. La elegida presenta las ruedas algo desinfladas, pero es la única que puede montar. El resto se encuentran inutilizadas por una u otra circunstancia.

Lo malo va ser montar sobre ella, dada la alarmante falta de fuerzas y la rigidez del vaquero.

Regresa a Kansas City para esperar su momento, oculta tras un contenedor de basura, las manos sobre el manillar y la mirada afilada, como un cuchillo.

—Vamos a ver quién es quién —murmura para sí. Todavía le suena extraña esa voz áspera igual que arpillera o boca seca, tan oscura e impersonal que no la reconoce.

Sobre el puente de Manuel del Valle y en mitad de las vías, a escasos cien metros de allí, continúa la batalla. La violencia de las explosiones hace temblar el suelo.

Judith no quita ojo a la ambulancia del 061. Los dos hombres de batas blancas parecen dispuestos a prolongar su recolección hasta la misma frontera del día, para su desesperación. Una nueva mirada al reloj, cada vez tiene menos tiempo.

Uno de los tipos arrastra las tijeras de unas piernas dejando un rastro de sangre y vísceras en el asfalto. Por su parte, el otro se acerca a la ambulancia con dos cabezas bajo los brazos. Las deja en el suelo para abrir la puerta trasera.

Desde mi posición puedo ver la montaña de cuerpos dentro de la ambulancia. Sobrepasa ya el metro de altura. Lanzadas como balones de básquet, las dos cabezas ruedan por encima de los demás pedazos. A continuación el otro tipo pone un pie en el estribo para dejar las piernas arriba del todo. Luego los dos se limpian las manos sobre las batas, cierran la puerta y suben a la cabina.

—Venga, llevadme a la madriguera del conejo blanco.

Se despierta el motor de la ambulancia. Judith es consciente de que en circunstancias normales le sería imposible seguirla con una bicicleta, pero gracias a los restos de la batalla esparcidos en mitad del asfalto es probable que avance más

rápido que ellos. Podrá ir por encima de la acera, mientras que los otros deberán sortear barricadas, coches y contenedores calcinados.

La ambulancia y Judith bajan la avenida de Kansas City en dirección a la explanada de la estación, y luego tuercen a la izquierda por la avenida de la Buhaira. Como ella esperaba, una muralla de sacos de arena ralentiza la marcha del vehículo, circunstancia que Judith aprovecha para adelantar unos doscientos metros y esconderse tras una parada de autobús. Unos segundos valiosos con los que recuperar fuerzas. Desobedece el cansancio de los pulmones y el dolor bajo el pecho. Ignora el costurón. Tampoco es necesaria la autoflagelación.

Una vez sorteado el obstáculo, la ambulancia gira a la derecha por la calle Enramadilla y sigue recto avenida Carlos V adelante. Cuando cree que va a perderla de vista, un autobús en llamas acude en su ayuda, permitiéndole de nuevo recuperar terreno. Pedalea con fuerza, los músculos de las piernas agarrotados.

El vehículo debe dar marcha atrás y subir a la acera. Mientras Judith recupera el aliento en un portal de la acera de enfrente, uno de los batas blancas ha de bajarse. Cabecea malhumorado.

—Si le hacemos esperar el doctor se enfadará —rezonga por lo bajo.

Ella no puede oír lo que dice. Imagina la sarta de insultos sólo con ver la cantidad de muebles descuartizados que hay en mitad de la acera. Demasiado trabajo.

Desesperada Judith mira el reloj, las seis y cinco, y luego el cielo. Las últimas luces de la tarde resbalan rumbo al oeste, alejándose de Sevilla. Presiente el aliento cercano de la noche. El tipo está perdiendo demasiado tiempo.

Cuando por fin lo consigue y regresa a la cabina, son ya casi las seis y media. Siguen por San Fernando y giran por la avenida de Roma en dirección al Guadalquivir. Un volantazo a la derecha los conduce hasta el Paseo de las Delicias. Como resulta que está bastante más despejado que el resto de calles por las que han circulado hasta ahora, Judith pierde mucho terreno.

Levanto la mirada para ver cómo, doscientos metros más adelante, la ambulancia hace un giro violento para subir por la calle Santander. Al llegar a la esquina apenas puedo ver cómo giran a la izquierda por la calle Temprado.

Pero... ya no puedo hacer nada más por hoy. Son las siete menos veinte, no me queda tiempo. Tengo la noche encima, siento su peso, el cadáver de otro día igual al de ayer.

Judith sube la calle Santander pedaleando con fuerza, deja la bicicleta entre dos cubos de basura y corre hasta alcanzar Tomás de Ibarra. Durante unos segundos estudia las distintas posibilidades que se le ofrecen. Además, ha de recuperar el aliento.

—Será mejor buscar refugio —murmura al cabo de un minuto de descanso.

Unos metros más adelante encuentra un camión de reparto de congelados

empotrado contra un lateral de la calle, a la altura del número cinco. Está medio volcado sobre la fachada de la casa, dejando un hueco mínimo entre el container y aquélla. Convencida de que encontrará un buen escondite, se agacha y gatea hasta el portal.

Frente a ella, una puerta que es parecida a las de las casas de pueblo, con un lateral de cristal para favorecer la entrada de luz desde la calle. Le basta con un puntapié a la altura de la cerradura para introducir la mano y tirar del pestillo.

Cierro la puerta echando el peso de mi cuerpo sobre ella. De repente el silencio y la noche, durmiendo dentro. Aguardo unos segundos a que mis pupilas se dilaten para que se acostumbren a la oscuridad. Atravieso el patio y entro en lo parece el salón. Por culpa de la falta de luz apenas distingo un sofá, el televisor y la mesa del comedor.

Escucho la fiereza de la sangre corriendo a mil por hora dentro de mi cuerpo. Respiro hondo. Arrastro la mesa a través del patio hasta la entrada. La vuelco a modo de barricada de cara a la puerta. Mejor así, atrancada. Ahora he de esconderme y rezar.

Judith recorre toda la casa buscando un buen escondite. Tropieza con una silla en mitad del pasillo, las patas de madera chillan sobre el suelo. Aguarda inmóvil unos segundos. Nadie la ha escuchado, o eso juraría. En sus oídos sólo el motor acelerado de su corazón.

—Judith. —Su nombre o el de una extraña, musitado.

Sube al piso de arriba. Al final del pasillo encuentra un dormitorio de matrimonio. Sin duda es el mejor lugar, tiene una ventana que da a la calle. Así siempre dispondrá de una salida de emergencia. A través de ella podría saltar sobre el techo del camión de los congelados. Es mejor apostararlo todo a ese salto, unos tres metros, que quedar encerrada sin escapatoria y a merced de Ellos.

Cierra la puerta con el pestillo. Sospecha que no aguantaría ni el más mínimo golpe, pero es mejor eso que nada. La cama está deshecha, seguramente está igual que el último día, antes de la Doble Muerte.

Aunque hay restos de sangre no tropieza con ningún hueso. Menos mal, demasiados malos recuerdos. En una esquina de la habitación brillan unos hierros. Por su disposición se le antojan radios de bicicleta. Al acercarse descubre que es una silla de ruedas.

Me tumbo en la cama, deshecha. Estoy sudada, me encantaría tomar una ducha. Pero hace días que los grifos gruñen sedientos y apenas sudan un par de gotas moribundas.

He esperar a que se retire la noche. Pesan los párpados, necesito descansar. Ojalá pueda dormir un par de horas seguidas.

Abrazo la mochila.

Cuando empiezo a sentir que se despega mi cabeza, el dirigible de la memoria elevándose sobre un puñado de recuerdos, un ruido me obliga a realizar un aterrizaje de emergencia. Ha sonado dentro de la habitación.

Los ojos de Judith, enrojecidos por la falta de sueño, permanecen abiertos de par en par, dos erizos arañando el interior de los párpados. Hay un instante en que pretende engañarse, habrá sido la madera de la cama que ha crujido, pero sabe que no debe confiarse. Combate la emboscada del sueño moviendo metódicamente la cabeza a un lado y a otro. No ha de ceder terreno.

Prefiere no echarse la manta encima. Siempre hay que estar preparada para defenderse o salir corriendo. El martillo duerme bajo la almohada, la mano derecha sobre el mango.

Mi cuerpo quiere descansar, y sin embargo todavía le exijo un sobreesfuerzo. No puede traicionarme, volteo la cabeza, espantando una telaraña de sueño. Retengo dentro de mí al dirigible de la memoria, empeñado en reanudar el vuelo. Durante un segundo combate cuerpo a cuerpo, aguantando las amarras que lo retienen junto a mi cuerpo. Pero hace demasiada fuerza hacia arriba, quiere escapar. Menos mal que la imagen de los dos tipos de batas blancas aborta el vuelo.

De repente un nuevo ruido desvela por completo a Judith. En esta ocasión ha podido localizarlo, procede de dentro del armario. Se arrastra fuera de la cama midiendo cada movimiento, como un gato que se acerca sigiloso a una paloma despistada. El martillo abandona su escondite bajo la almohada. Paso a paso salva la distancia que la separa del ropero, apenas una mancha oscura, un enorme cetáceo en el mar abisal del dormitorio.

Se detiene a escuchar, sólo un silencio de catacumba dentro de la habitación. Alarga la mano izquierda mientras prepara el golpe definitivo, el martillo por encima de la cabeza. Los dedos quedan a unos milímetros del pomo, temerosa de ser descubierta por culpa del tambor ronco y torpe del corazón. Abre muy lentamente para evitar que la delate el más mínimo ruido. Juraría que hay algo dentro.

—No le haga daño, es mi madre. —Esa voz la sobresalta. Proviene de atrás. No sabe qué hacer, si lanzar un golpe ciego con el martillo o salir huyendo.

Una sombra sale reptando de debajo de la cama de matrimonio.

—En la mesita de noche hay una vela y una caja de cerillas —dice—. Enciéndala. Así podrá vernos. Pero vuelva a apagarla. No quiero llamar la atención de Ellos.

Judith deja a un lado la mochila. Enciende la vela, la acerca a la barriga abierta del cetáceo y luego al reptil que hay a sus pies. Sopla de inmediato sobre la llama. En apenas unos segundos ha podido ver a la madre, una momia apergaminada, y al hijo, tirado en el suelo, las manos encima de la cabeza como quien va a ser arrestado, sólo que en una de ellas descubre el desafío de un cuchillo de cocina. La madre viste una rebeca blanca, tiene el pelo apelmazado y viejo, una sonrisa sin labios y los ojos

secos como pozos en un desierto.

—Mañana quiere que la peine —la voz del reptil profesa una reverencia inusual para su madre, un simple saco de huesos y un montón de pellejos.

Antes de quedarse de nuevo a oscuras, a Judith le ha dado tiempo a ver al reptil del suelo, vestido de mujer, posiblemente con un chal de la madre y una absurda peluca. No hace falta que le diga nada para que se deshaga del cuchillo.

Judith alcanza el arma tanteando el suelo.

—Deja a tu madre descansar en paz —protesta, y se derrumba sobre una esquina de la cama.

—A ella no le gusta usted.

—Ya es imposible que se queje.

—No, no le gusta.

A pesar de la penumbra, puede ver cómo el muchacho se arrastra sobre la barriga hasta llegar a la silla de ruedas. Como le faltan las dos piernas, hace un esfuerzo sobrehumano para encaramarse a ella.

Sobran las palabras. Además, no tienen mucho que decirse.

El cuchillo y el martillo están ahora debajo de la almohada.

Al otro lado de la ventana crece la NOCHE. Los gritos galopan a gran velocidad, por la calle Tomás de Ibarra hacia abajo. Llegan de la zona de la Catedral, doblan la esquina de la calle y se pierden en cuestión de segundos calle Santander abajo, como hojas de árboles arrastradas por un vendaval. Nunca nadie ha escuchado nada igual. Esos gruñidos, esa fiereza descomunal. Y el lamento de los incautos zombis a los que la noche ha sorprendido en mitad de la calle.

Al otro lado de la ventana crece la noche. Menos mal que ha podido esconderse a tiempo, Judith no ha visto a ninguno de Ellos. Pero los rumores hablan de una fuerza equivalente a la de quince hombres. Hasta ahora todo son conjeturas, porque quien ha estado cara a cara con Ellos ha desaparecido sin dejar más rastro que unos pedazos de carne en el asfalto y una explosión de sangre en las paredes.

Como ya está acostumbrada al aquelarre de gritos, noche tras noche, Judith vuelve a sentir cómo se ultiman los preparativos para el despegue del sueño. Ahora es ella la que lo favorece, soltando amarras, recordando cómo era la vida antes de la Resurrección.

Habiendo despegado por fin, a varios metros de altura, es imposible que escuche la silla de ruedas acercarse centímetro a centímetro, ni ver las hogueras de los ojos en la cara del reptil, ni la rabia convirtiendo en aristas los dedos.

Judith se ha quedado dormida.

CAPÍTULO 3. UNA RATA NEGRA EN LA MADRIGUERA DEL ESTÓMAGO

Miércoles, 27 de enero de 2010. 2:20 de la madrugada.
Carretera de Despeñaperros.

Permanezco agazapado en el arcén, cuerpo a tierra, setenta kilos de huesos y carne purulenta. Sobre el asfalto, enredados en su propia torpeza, diviso cientos de cuerpos que avanzan con lentitud en dirección norte, improvisados soldados, huérfanos de nombre y de futuro.

La madrugada es la mejor de las madrigueras. Desde hace rato no me he movido del sitio, mimetizado con el terreno. La guerrera de camuflaje me ayuda a ello, a pesar de la deslealtad de hallarse personalizada con un logotipo que no entiendo qué significa, ¿User Ne? Lo verdaderamente malo son los vaqueros, su color azul claro. Cojo un puñado de barro y lo restriego por encima. Así están mucho mejor.

El estómago es una rata negra que me castiga con unos bocados ásperos, implacables. La siento dentro, inquieta en la ratonera de la barriga. Tengo hambre.

Uno de los que marchan al norte me descubre y se acerca. Avanza con cierta torpeza, desenredando los tobillos a cada paso. A pesar de la oscuridad, gracias a un destello de la luna, descubro su mirada cuajada. Me asusto.

—Va... mos —ladra entrecortadamente, la palabra dura, casi regurgitada, como si antes de decirla la hubiese triturado entre los dientes.

Por mi parte intento articular alguna palabra y un extraño sabor a sangre me lo impide. Vuelco la cabeza sobre el terreno y un cuajarón del color del vino tinto se descuelga de mi boca. La tierra de la cuneta, húmeda por la última lluvia, asimila con dificultad semejante engrudo.

Quiero hablar. Me duele la garganta. Cada palabra se convierte en un escardillo que araña la laringe.

—Estoy enfermo —miento a medias. En el espejo de su inseguridad revelo la mía. Me incorporo sobre un codo.

—Va... mos —insiste.

—Pienso marchar... —Un nuevo cuajarón se desprende con las palabras. Hago un esfuerzo mayúsculo, primero por respirar y luego por continuar—... hacia el Sur. En cuanto descanse, a donde sea —protesto, más por comprobar su actitud que porque esté convencido de mi próximo paso.

El miedo es el compañero de todos los que deambulan por la carretera. Permanece al lado de cada zombi, codo con codo, en mitad de la columna de cuerpos, y se ríe por lo bajo de todos ellos. Algunos apuran el último cigarro sin sospechar que

es precisamente el último, que el final está al otro lado de las montañas. Pasa de mano en mano. La incierta proximidad del combate permite amistades de consumo rápido, como las caladas dispensadas al cigarro. La columna de humo asciende por la chimenea de la tráquea. Se exhala muy despacio, la corriente de aire roza la sangre seca de los labios.

Ninguno de ellos lo sabe, pero la carretera es el frente; la cuneta, una trinchera, la noche, un altar de sacrificio donde ofrendar la no-vida. Las armas a utilizar son las mismas manos y la rabia de los dientes. Si los vivos toman la Frontera estarán perdidos. Desconocer este extremo y dejarse guiar por el instinto permite el avance inexorable de los cuerpos.

Similar al rumor de unas piedras que chocasen unas con otras, suena la voz del resucitado que camina justo delante de Salvador:

—Ya... son... nuestros.

De repente, un grito desciende desde lo alto de las montañas, repetido con la cualidad del eco, de boca en boca. Rueda ladera abajo aumentando de velocidad e intensidad, centinela tras centinela. Hay que avisar a los que marchan por la carretera, un vehículo de los vivos ha debido invadir el margen de seguridad, cinco kilómetros antes de la frontera. Excitado, despierta mi cuerpo de la deslealtad de la enésima cabezada.

Gracias a un requiebro del asfalto, todavía lejos, se advierte el relumbro de los faros. El miedo, que antes permanecía tumbado a mi lado, se levanta y me echa una mano por encima del hombro. Ahora le pertenezco, lo siento adherido a los huesos. Mi corazón se detiene durante un segundo, reteniendo la fuerza de la inminente sístole y de la posterior diástole. Además, tiritito de frío. Me castañetean los dientes y las costillas. Me abrazo a mi cuerpo. Y es que la guerrera se me antoja poca defensa contra el invierno.

El desfiladero de Despeñaperros amplifica el rugido del motor, cada vez más cerca, anunciando la inminencia de lo inevitable. Hilvano unas palabras sin demasiado sentido, algo que tiene la cualidad de los rezos cuando, de repente, el vehículo aparece por la curva. Es un camión blindado. A pesar del fagonazo cegador de los faros delanteros, sobre el techo distingo una torreta de combate y detrás, a un soldado empuñando un extraño fusil.

Sincronizados el hambre y los huesos, los resucitados gritan con toda la fuerza de sus pulmones, hasta dejarlos sin aliento. Se mueven con relativa rapidez para tomar posiciones tras los coches accidentados que hay un poco más arriba. El camión desciende a toda velocidad, anunciando la violencia del impacto. Las caras desencajadas, las bocas abiertas mostrando el calibre de unos dientes negros.

Hay un instante en que Salvador hace amago de caminar en dirección contraria, hacia el sur. Pero la rata del estómago apenas le concede una tregua y será mejor

esperar a ver qué sucede, imitando a las hienas que aguardan su oportunidad después del festín de los leones. Lastrado por el miedo, avanza a paso lento con el propósito de mantener las distancias. Carroñero prudente.

—Si eres tan titán —dice, sin saber qué demonios significan esas cuatro palabras.

Los más valientes, o los que son incapaces de engañar al hambre, se encaraman a los coches desafiando al camión. Se presiente la violencia del choque, un amasijo de hierros y cuerpos, el sacrificio que aguarda a esta noche de enero. Mientras tanto Salvador permanece emboscado en la madrugada, oculto tras una encina.

Entonces sucede. Es un segundo lo que dura y todo cabe en él. El redoblar detenido de cientos de corazones muertos. La rata del estómago que se revuelve irritada por los jugos gástricos. Sucede. Un golpe de fuego, la sensación de que hasta el aire se incendia. El fusil que sostiene el soldado de la torreta dispara una lengua de fuego que ilumina la noche y se adhiere al cuerpo de los que se habían encaramado a los coches. Aunque arden como antorchas no dejan de mover los brazos. Es el penúltimo intento por seguir luchando. Ahora la noche huele a carne quemada. Los tejidos musculares se derriten igual que la cera. La sangre hierve. Los pies quemados se pegan al asfalto, trozos de piel y de carne en forma de huellas.

Y justo después, el impacto. A pesar de bajar a más de cien por hora, el camión blindado no consigue superar la accidental barricada. Hay demasiados coches de por medio. Han calculado mal y se han equivocado. Una nueva lengua de fuego barre en semicírculo a los que se acercan.

Las ruedas chillan desesperadamente. Quieren dar marcha atrás y no pueden, carrocería contra carrocería, el blindaje del camión contra los hierros retorcidos de los automóviles. La rabia, el hambre y los cuerpos que arden enardecen la sangre que hierve en las calderas de las venas.

Los soldados vivos se defienden disparando desde dentro, a través de los huecos del blindaje, ráfagas de metralla. Sus proyectiles abaten varios cuerpos. Y también el lanzallamas. Pero están rodeados. Ya no hay escapatoria. La fuerza de cientos de brazos zarandeando el camión. El hambre. La promesa de que pronto comerán.

Me acerco los metros necesarios para escuchar los gritos de los que están atrapados dentro cuando el camión se desliza y queda panza arriba, como un animal muerto. El soldado de la torreta ha salido despedido. Corre para ponerse a salvo perseguido por algunos zombis. No tiene posibilidad alguna de sobrevivir. Hay cinco kilómetros hasta el margen de seguridad.

En el interior del camión está el alimento. Lo olemos. Lo sabe nuestro cuerpo. Ahora, a favor de la corriente, la fuerza multiplicada de nuestros brazos golpea el blindaje. Sin embargo es demasiado fuerte. Tardaríamos horas en romperlo. Así que empujamos los cuerpos de los compañeros que arden para rodear a los soldados de fuego y terminar su resistencia con el humo negro. Una mancha de grasa, oscura como petróleo, se extiende alrededor de las antorchas.

En menos de un minuto se abre la puerta blindada y aparece el primer soldado. Unos brazos lo alzan y lo lanzan a la carretera. El sonido de los huesos que se quiebran, el grito de dolor. Enseguida es rodeado por manos que arañan y despedazan.

—¡Hijos de puta! —grita. Desde mi posición advierto que tira de la anilla de una granada. Una explosión señala el fin del soldado y de los que habían adelantado posiciones. Lluve sangre.

Paciente, espero mi oportunidad para dormir a la rata hambrienta de mi estómago. Me froto las manos, casi hueso contra hueso, los dedos puro pellejo, apenas unos jirones de carne entre las articulaciones.

Al final tengo suerte de que el último de los vivos caiga apenas a un par de metros de mí. Me abalanzo sobre él, atacando primero a los compañeros que se interponen en mi camino, como esos perros que luchan y se muerden para demostrar quién es el más fuerte. Luego me arrodillo sobre el infeliz, alzo una de sus piernas y hundo mis dientes en la carne.

Alrededor presiento una vorágine de cuerpos, huesos rotos y articulaciones forzadas en ángulos imposibles. Pero en este mismo instante el centro del universo es mi boca.

Todos chillan mientras yo permanezco en silencio y muerdo.

He esperado durante demasiados días este momento, el placer casi sexual de la primera sangre rozando las papilas gustativas de la lengua y luego, igual que una presa que se desborda, anegando toda mi garganta. El sabor asciende por la nariz y prende una hoguera en mis ojos.

Muerdo.

El hambre. Todo cabe en esta palabra.

El primer bocado es el mejor, los caninos horadan el músculo aún vivo, centímetro a centímetro, rompiendo todas las amarras, la boca llena antes de cerrar la tenaza de la mandíbula y tirar de la cabeza hacia atrás, mil kilos de potencia en el cuello.

Muerdo. Se rompe el primer tendón y los primeros vasos capilares. De repente todo parece más fácil. Multiplico la fuerza hasta que los dientes doblegan la última resistencia. Arranco el trozo de carne. Ya no hay nada más que la comida y mi boca, el ansia por masticar lo más rápido posible para volver a la pierna.

Con el segundo bocado llego hasta el mismísimo hueso, lo rozo con los dientes. La satisfacción de saciar el hambre me hace olvidar no sólo el tormento de los últimos días, sino la escombrera de esta no-vida.

CAPÍTULO 4. EL DESPERTAR DE JUDITH

Miércoles 13 de enero de 2010, 15:30 de la tarde.
Avenida de Kansas City, Sevilla.

A la sombra de una marquesina Judith cree haber descubierto el sutil movimiento de una cortina; es allá arriba, en la cuarta planta del bloque de enfrente. Cambia una mirada con los árboles de la avenida de Kansas City, notarios del viento. Nada, ni la más mínima brizna despeina las ramas.

Por segunda vez, la cortina se mueve discretamente. Esto despeja todas las dudas, ha descubierto un nido de supervivientes. Ojalá sean ellos.

De modo que cruza la avenida redoblando el paso. Es consciente de que no tiene nada que perder y mucho que ganar. En caso de no encontrarlos, esa ventana es una magnífica atalaya desde donde vigilar los alrededores de la estación de Santa Justa. Porque todavía es pronto para perder la esperanza. Con algo de suerte llegará a ver el día en que un convoy científico traiga desde Madrid una cura para el virus que la despertó después del accidente. Y si por el contrario, como sospecha, es una madriguera ya no tendrá que engañar más al hambre con el cadáver de un gato o con los congelados rancios del supermercado.

Antes de acceder al portal comprueba que nadie la observa. Una vez dentro, descubre tantos signos inequívocos de lucha —manchas de sangre en los escalones y el suelo, y restos de cuerpos descompuestos en cada esquina— que cada vez parece menos probable que alguien haya sobrevivido a la rabia de los primeros días.

Pero el instinto no se rinde tan fácilmente. Sube los escalones de dos en dos conducida por su estómago y por la promesa incierta de su olfato. A mitad de camino el eco de un ruido descompone su tranquilidad. Se detiene, un pie en un escalón y el otro en el superior. En un gesto nervioso, casi compulsivo, extrae de la mochila el cepillo de dientes y se frota con fuerza las encías. Luego, con el martillo en una mano y el cepillo en la boca, avanza muy lentamente. Olfatea ansiosa. Sólo detecta el rastro antiguo de la sangre y sobre él uno más reciente. Es barro o fango. Seguramente proviene de un animal hediondo, un perro o un gato que curioseaba detrás de la puerta.

Tras más de diez minutos sentada en el último escalón antes del rellano de la cuarta planta, en silencio, Judith se encuentra frente a la puerta del 4º B, B de bazofia, convenientemente escondidos en la mochila el martillo y el cepillo. Aunque su cuerpo afirme lo contrario, sabe que es poco probable que sobreviviesen a los primeros días. Es más fácil que se haya dejado engañar por una ilusión óptica.

Golpea la puerta con los nudillos. Se ordena el pelo a manotazos. Mucho mejor así. Es necesario mostrar el mejor aspecto posible. Además le ayudará el rellano en penumbra.

Si están ahí será un milagro que contesten. Nadie se fía de nadie. Guardarán

silencio y esperarán a que pase el peligro, como a orillas del Nilo la Muerte esquivaba las casas de los israelitas gracias a unas marcas de sangre, y buscaba sus presas entre los primogénitos egipcios. Es consciente de la dificultad.

No contestan a su segunda llamada, aunque se oscurece la mirilla durante unos segundos. Quien quiera que se esconda está perdido. Se ha delatado antes de tiempo.

Entonces algo cambia de lugar dentro de su cabeza. En ese desván olvidado, de repente, es posible descubrir unas pisadas sobre el polvo del suelo. Ella lleva demasiados días buscando algo sin ser consciente del empeño. Hay demasiados malos recuerdos que sortear. Sin embargo, cuando estaba a punto de perder la paciencia, ha tropezado con una palabra dentro de su cabeza. Una palabra. Es una sensación parecida a la de encontrar las llaves de casa en ese cajón que nunca abrimos porque está lleno de facturas sin pagar o de fotos por romper.

Definitivamente ha tropezado con un recuerdo. Muerde la palabra en voz baja, *Bethulia*, sin saber qué significa. Pero es una clave para recuperar parte de su antigua personalidad. Con la agilidad de un juego infantil, una palabra lleva a otra: Bethulia a Clara, Clara a Andrés, Andrés a Olga, y por último Olga a Rubén.

Vuelve a aporrear la puerta, ahora fingiendo desesperación.

—Ayú... dame, Clara, estoy herida —pide dulcificando en la posible la voz. Sabe que es el mejor de los salvoconductos. Los de detrás escuchan una delicada voz de mujer que en nada se parece a los gruñidos animales de los otros. Sin embargo arrastra algunas consonantes, como si tropezase con ellas. Espera que no la delaten.

—Necesito detener la hemorragia.

Alza la mano derecha hacia la mirilla.

—¿Clara, Andrés?

Con la izquierda aprieta la muñeca, es sencillo fingir un torniquete con los dedos.

—Ahí abajo están esos pellejudos.

Cuando empezaba a creer que hablaba con una casa vacía, detrás de la puerta se escucha una voz de hombre, tensa igual que un arco, inflexible como orden militar.

—No queremos saber nada.

Es la voz de Andrés, de eso no hay duda.

—No puedes hacerme esto —protesta disimulando la rabia—. Por favor.

Entonces se escucha otra voz, en esta ocasión femenina.

—Vete, no tenemos comida. —Es Clara. Habla en plural, así que es posible que sobreviva la familia al completo.

—Tengo miedo. —Judith amaga un llanto desconsolado.

—Permanecemos al margen de tu problema. Déjanos en paz. Compréndelo.

La marea de la rabia ha alcanzado una fuerza incontenible. Menos mal que la penumbra del rellano oculta su rostro. Hace un esfuerzo ímprobo para no endurecer el tono. Ha de mostrarse sumisa.

—No vengo a reprocharos nada, únicamente necesito ayuda.

—Márchate de una puta vez o nos delatarás —interviene Andrés muy enfadado.

—Me desangro —dice, y alza de nuevo la mano.

Detrás de la puerta se sucede un silencio. Parece que cuchichean. Deben de estar pensándose.

—Por favor.

—Atraerás la atención de esa gente sobre nosotros.

Esa es la llave que abrirá la puerta, el miedo a ser descubiertos. Extrae de la mochila el martillo y golpea con fuerza la jamba de la puerta. El ruido retumba igual que un disparo en mitad de la noche.

De repente la puerta se abre y, tan pronto como tiene el paso libre y la ilumina la luz de una vela, muestra su sonrisa afilada, el verdadero cuchillo, en mitad del rostro macilento. Da un salto antes de que Andrés pueda reaccionar y sacar la Beretta que lleva enhebrada en el cinturón. Un rodillazo en la barriga. Y luego el cuchillo de la boca partiendo el cuello. Sangre.

En el desván de la cabeza se derrumba la noche. Apenas puede ver las pisadas sobre el suelo. Aunque pretende resistirse y salir huyendo, el instinto es más poderoso y termina por ocultar, bajo oscuras sábanas, el desorden de los recuerdos. Así que muerde, con toda la rabia de la enfermedad, los tendones y las venas masticadas con fruición, las babas confundidas con la sangre del otro, un muñeco de trapo que cae al suelo.

Clara, horrorizada, grita a los niños:

—¡Olga, Rubén, escondeos en vuestro cuarto!

Judith se incorpora y mira a su alrededor. Sabe que hay tiempo para todo. Ya habrá ocasión para robarles la vida a ella y a los niños. Regresa sobre el cadáver de Andrés.

De nuevo el brillo de una palabra, Bethulia, y el recuerdo recuperado de una vieja historia de la Biblia: un rey de Babilonia, Nabucodonosor, el general asirio Holofernes, el asedio a la ciudad de Bethulia y una viuda judía que emborracha a Holofernes. El nombre de una mujer en el infierno sanguinolento de sus labios, Judith.

Aunque hay una décima de segundo en que duda, extrae una pequeña hacha de debajo de la camisa. Holofernes, Bethulia y Judith como puntos cardinales para encontrar a la mujer que fue antes de la Doble Muerte. Por el contrario, el instinto y el hambre están dispuestos a equivocarse el camino.

Mide la distancia sobre el cuello de Andrés, que agoniza a sus pies. Levanta el brazo, el filo del hacha centellea con la luz que se cuela a través de la ventana abierta. Un certero golpe antes de que muera. Ha de impedir la Doble Muerte, concederle la posibilidad de la transformación.

El general asirio Holofernes decapitado. Y Judith vencedora.

Dos días antes...

La primera lengua de viento se riza sobre el campo yermo del cementerio de San Fernando, driblando lápidas y cruces. A su paso arranca puñados de hojas muertas a las flores reseca que yacen sobre las tumbas. Se encarama a la tapia del camposanto, salta al otro lado y corre a través de la carretera, espoleada por el empuje de la tormenta y ganando temperatura gracias a la fricción con el asfalto. Se acerca a toda velocidad al centro de Sevilla, calle doctor Fedriani abajo.

La fuerza natural de la tormenta vence la mínima resistencia de la ventana mal cerrada del tanatorio. El golpe de los bastidores contra la pared trae el consecuente peligro del estallido de los cristales. De inmediato la racha de viento busca el suelo para avanzar rápidamente sobre la solería y estrellarse contra una pared antes de revolverse, elevarse, trazar un tirabuzón y rozar el cuerpo del cadáver desnudo. Una mujer de unos treinta años. El pelo se alborota y una brizna del flequillo le cae sobre los ojos. Es una chispa minúscula capaz de incendiar un bosque entero.

Al cabo de unos minutos, muy dentro de ella, debajo del esternón, la tormenta llegada de fuera de la ciudad se reactiva, primero un latido cansino y doloroso, luego otro, algo menos pesado. Mover la sangre muerta en las venas se convierte en un esfuerzo ímprobo y el motor del corazón apenas consigue forzar la sístole y la diástole. Cuando la sangre renovada alcanza el cerebro, una luz pequeña como la de una cerilla se enciende en el cementerio del cuerpo. El primer pensamiento, frío. Y luego, la conciencia de la desnudez.

La persiana del párpado pesa cien toneladas, tanto que ha de esforzarse y concentrar toda la fuerza de la resurrección en subirlo, aunque sea unos milímetros y poder ver a través de la saetera del ojo entreabierto.

Estoy desnuda. Tengo mucho frío.

Cuando obtiene plena conciencia de la nueva vida, lustrosa como unos zapatos limpios, mira hacia arriba y a los lados sin mover un solo centímetro la cabeza, sólo con el juego de las pupilas. Hay un desconocido junto a ella, la barba descuidada de varios días y la mirada deslustrada de muchos años. Es fácil calcularle más de cincuenta. Desprende un extraño olor que excita su sangre. Nunca ha percibido nada igual, tan repugnante y al mismo tiempo tan vivificador. Es tan embriagador que teme perder el conocimiento. Aprovecha el instante en que el hombre se gira y le da la espalda para aspirar y guardar el perfume dentro de los pulmones, saborearlo segundo a segundo. Después expira con paciencia de miniaturista, cuidado, no vaya a ser que el tipo se percate de ello.

Sin incorporarse es difícil asegurarlo, pero juraría que el hombre anda trasteando en su estómago. Imagina unas sucias manos sobre su cuerpo y siente una arcada, el vómito de un pensamiento repulsivo.

Tiene frío, mucho frío, pero la garganta y la boca le arden. De repente reconoce la sensación. Hambre. Es algo antiguo y nuevo. Cada diente cobra vida, como una espada desenvainada o una pistola amartillada. Ella es consciente de todo. La saliva

lubrifica la lengua y despierta al estómago, en mitad del mar de hielo que es su cuerpo.

Con la cualidad del cloroformo, un intenso hedor de agua estancada y carne putrefacta termina por despertarla. Lo siente muy cerca, casi encima de ella. Olfatea discretamente. Hay un instante en que juraría que está agazapado dentro del nicho de la nariz, o incluso enredado en su propio pelo. La intensidad del hedor alcanza la cabeza. Por ahora le es imposible determinar con exactitud de dónde procede.

Estoy desnuda. Tengo frío. Y hambre.

Alguien o algo cierra una puerta dentro del tugurio de su cabeza y ella se queda a solas con el miedo, la habitación 101 recuperada del cieno oscuro de los recuerdos. Aquí nada tiene que ver el Ministerio del Amor, es la propia tortura del miedo, de lo que es necesario recordar y que se borró por culpa de la primera muerte. Lo vivido antes del accidente de coche es un páramo yermo, tierra reseca. Ella es bien diferente de Winston Smith y las ratas nunca le han supuesto un problema más allá de la falta de higiene. Para Judith la habitación se llena de sombras ajenas, aunque debiera reconocerlas. Mejor será apagar la luz y exiliar por ahora los recuerdos. La morfina de mirar hacia otro lado.

Desnuda, sí. Frío y miedo, también. Pero sobre todo, hambre.

Como un muñeco que ha de arder en la noche de San Juan, sobre la mesa de autopsias permanece el cuerpo de Judith, abierto el abdomen, listo para ser vaciado, no dejar ni un solo órgano, y posteriormente rellenarlo, sólo que en esta ocasión no será de paja, sino de celulosa o sábanas, lo que el forense tenga más a mano. Hay que certificar que la causa del fallecimiento nada tiene que ver con ningún tipo de droga.

El profesional hace una pausa para dar una calada al cigarro, deja el bistorí en una esquina de la mesa de operaciones. Después de veinte años de profesión, una autopsia no deja de ser un trabajo monótono, siempre el mismo procedimiento. De modo que el mejor momento es éste, la libertad de fumar ahí dentro sin que nadie le llame la atención o invoque la injusticia de una ley dictada contra los fumadores, el humo bien hondo antes de dejarlo salir por la chimenea de la nariz. Ningún muerto parece dispuesto a quejarse.

Hasta ahora.

Porque algo interrumpe el placer de lo prohibido, la entrega solitaria al vicio. Una voluta de humo se le enreda en los ojos. Es por ello por lo que afila la mirada por encima del hombro.

Ha sido un solo segundo. Por un momento piensa en un engaño urdido por el cansancio, la apatía del trabajo alienante, siempre el mismo ritual durante más de treinta años. Sin embargo el ruido a su espalda ha sido tan evidente que es mejor asegurarse. Aventura unos pasos en dirección a las cámaras frigoríficas del fondo de la sala: nada, un par de metros con los que desterrar el miedo.

—Eres gilipollas —rumia enfadado consigo mismo—. Mira que pensar en eso.

Cambia una mirada con el reloj, todavía le queda trabajo. Regresa sobre el cadáver de la treintañera. Ya es hora de continuar. Con el cigarro en una esquina de la boca busca el bisturí. No está donde lo ha dejado.

Debería haber notado esa insignificante palpitación del estómago en mitad de la caverna roja del abdomen, que la muerta no está tan muerta, pero le ciega el enfado de que el bisturí se haya caído al suelo, con el problema que arrastra él con la maldita ciática.

Se dispone a agacharse cuando, de repente, sucede lo imposible. Algo le detiene, agarrándolo de la muñeca. Es ella, la mano de Judith, de piel verdosa y fría.

Un gruñido de aviso. El forense advierte que se ha apoderado del bisturí, lo ha debido coger mientras fumaba. Aunque pretende negar la evidencia, lo que está sucediendo es demasiado real, la cabeza del cadáver ligeramente incorporada, los ojos fijos en los suyos, el desafío del bisturí, la desnudez del cuerpo, la caverna abierta en el abdomen. Y una rabia desconocida.

Indefensa ante el hambre, ante la jurisdicción del instinto, Judith pisa terreno pantanoso. Sucia de miedo hasta las rodillas, no le queda más remedio que continuar hacia adelante.

Durante un segundo, con el pitillo a punto de caerse de la esquina de la boca, el forense no acierta a relacionar el milagro de la repentina resurrección con las noticias que el Ministerio del Interior lleva negando desde hace semanas.

—Ten... go frío. —La voz es una cañería atorada, incapaz de desaguar a tiempo tanta palabra. Alza la cabeza y advierte la herida abierta en el abdomen. Mira al hombre, le pregunta en silencio. Pero el tiempo se coagula y la reacción tarda en llegar.

De modo que ha de conseguir que vuelva en sí. Le apunta con el bisturí a la barriga. El sobreesfuerzo por hablar, por arrancar las palabras de dentro, está a punto de conceder una ventaja al otro. Piensa lo que va a decir, lo retiene dentro de la cabeza y luego exterioriza la orden.

—Suture... de nue... vo el cuerpo.

El forense puede admitir que el cadáver se mueva ligeramente porque lo ha visto en más de una ocasión, pero que recupere el habla lo bloquea sin capacidad de reacción.

Guiada por el instinto, por una suerte de clarividencia, algo así como una luz que la guía sin saber muy bien dónde, y entendiendo antes que el otro la situación, la mujer contrae el brazo para luego lanzarlo contra la bata blanca, hundir el bisturí en el corazón del forense como quien gira un destornillador. Un pequeño labio rojo circunda la herida al extraer el arma.

La llamada de la Doble Muerte.

De inmediato la cara del hombre se contrae, sabiéndose muerto, una catarata de sangre corriendo pecho abajo. Quiere decir algo, negarse a coser el cuerpo, pero no

encuentra la forma de hacerlo. Se consume en el intervalo de unos segundos. Claudica una primera rodilla antes de que se derrumbe el resto del cuerpo con un estrépito de huesos y carne sin vida.

Ahora únicamente hay que esperar, aunque ella desconoce este extremo. Lo único que tiene claro es que el sueño de las piernas le impide incorporarse.

Por segunda vez siente presencias en la habitación 101 de la cabeza. La insistencia de la tortura, la clarividencia de que la clave de todo lo que sucede está en la otra orilla de la laguna Estigia y del empeño de Caronte. Permanece inmóvil haciéndose un millón de preguntas, incapaz de responder a ninguna. El último recuerdo, un coche que invadía el carril por donde circulaba.

Es entonces cuando advierte el ruido en las cámaras frigoríficas. Golpes tras las puertas. Algo se ha despertado ahí dentro, posiblemente al mismo tiempo que ella. Pero las piernas siguen dormidas, negándosele la posibilidad de incorporarse. Todo está bien lejos de la facilidad con que Jesús resucitó a Lázaro.

Quince minutos después, un gruñido anuncia la resurrección debajo de la mesa de autopsias. Asoma una mano cenicienta y se agarra de una esquina. Izar un cuerpo muerto es una tarea titánica. Y el forense todavía ha de hacerse las mismas preguntas que ella se hacía tan sólo hace un minuto.

La mirada del hombre ha anochecido. Resulta imposible saber qué se esconde detrás de esas pupilas. Sacude la cabeza como quien se desembaraza de un mal sueño. O es una manera de negar lo que le ha sucedido, encerrado en su propia habitación 101.

Observa la herida en mitad del pecho, el borde rojo alrededor. Siente la sangre seca sobre su barriga. Mira a la mujer, que repite la petición a la que antes no ha sabido responder:

—Suture de nuevo.

Veinte minutos y unas cuantas palabras más tarde los dos se encuentran delante de la puerta de la sala de autopsias, ella cubriendo su desnudez y los costurones con la misma sábana con la que, eviscerada, habrían rellenado su cuerpo. El hombre adelanta la llave y abre.

Al otro lado un pasillo lóbrego, fluorescentes que queman la vista y una suciedad más allá de toda limpieza, incrustada en el suelo y en los rodapiés a fuerza de años.

Han aventurado un par de pasos en dirección a la salida cuando les intercepta un guarda de seguridad, armado ridículamente con una porra y un *walkie talkie*. Al ver la expresión de los dos retrocede y llama a otro compañero.

—Tenemos problemas —dice, pero es lo último que hace, porque cuando se dispone a salir huyendo la mujer le alcanza.

Es el forense, sintiendo por primera vez la voracidad del hambre, el que se acerca al cuello del guarda. Hay un instante en que duda, en que quiere negarse a coser el

cuerpo y negar la posibilidad de que una muerta le esté hablando a él. Al reaccionar cae en la cuenta que no sólo ha cosido el abdomen del cadáver, sino que están fuera de la sala de autopsias y desea morder al vivo. El poder violento del instinto.

El guarda jamás ha sentido algo igual y quisiera gritar alentando al resto del personal. En contra de su voluntad el grito se le atora en la garganta y no puede escupirlo. Nunca ha sido mordido por un zombi, los dientes hundiéndose en el cuello, sin sospechar que para el otro es un pastel delicioso, un bocado de sangre que desgraciadamente, por culpa de la necesidad, no consigue saborear.

Un segundo bocado para extraer todo el sabor a ese manjar que prueba por primera vez, y del que ya no podrá prescindir.

CAPÍTULO 5. DE CUANDO JUDITH SE LLAMABA ANGÉLICA

Martes 12 de enero de 2010. 7:50 de la mañana.
Autovía Ruta de la Plata, a las afueras de Sevilla.

Un día antes del despertar de Judith...

Los bomberos por fin han podido liberar del interior del nido de hierros retorcidos el cuerpo de la mujer, que ahora yace sobre un lodazal. La atiende un voluntario. Es el turno de la ambulancia que da marcha atrás para acercarse al mismo borde del terraplén.

—Señorita, ya pasó todo —la voz llega hasta ella a través de un océano infinito.

—Apártese, por favor.

—Cuidado al levantarla.

Alrededor del cuello, la presa del collarín ortopédico como medida preventiva. Luego escucha un chasquido metálico, seguramente la camilla de tijeras que van a utilizar para levantarla.

—¿Han oído lo que ha sucedido en el cruce de La Algaba? —dice la voz del voluntario.

—Más o menos, parece grave —responde el conductor de la ambulancia asomando el cuerpo a través de la puerta abierta.

—En la radio suena alarmante.

—Últimamente todos estamos un poco alterados.

—¡Vámonos! —grita el médico después de apretar la última correa de la camilla.

En el interior del Honda Accord quedan olvidados un móvil y un maletín: el primero ha ido a parar debajo del asiento; el segundo, destripado por el impacto, es una cascada de libros y diapositivas.

Quizá es el vaivén de la misma ambulancia, pero por un instante Judith experimenta la sensación de que se hunde sin poder evitarlo. Es incapaz de mantener el cuerpo a flote, se está ahogando. Las piernas y los brazos son de plomo, y le resulta imposible volver a la superficie.

La ambulancia cambia de sentido atravesando el puente bajo la carretera, traza una gran curva y regresa a toda velocidad a Sevilla por la nacional E-803. Varios kilómetros más adelante se encuentra con una caravana. Hay tantos coches detenidos y tan poco espacio para maniobrar que debe progresar por el arcén. En mitad de un desconcierto de cláxones, la sirena aúlla desesperada y las luces amarillas giran enfebrecidas. Menos mal que el arcén es lo suficientemente ancho.

—El gobierno anda ocultándonos información —se lamenta el copiloto.

Desde dentro del submarino de su cuerpo, ella advierte que al médico le supera la

gravedad de la situación. Anda secándose el sudor de las manos en la bata sin saber por dónde continuar. A lo mejor ha tenido la desgracia de estrellarse y de que haya acudido en su ayuda un facultativo en su primer día de trabajo, en su estreno en carretera. Unos dedos fríos auscultan su cuerpo de arriba a abajo, reconociendo cada centímetro, la bodega del estómago, la turbina del corazón, las escotillas de los párpados, el océano oscuro de los ojos. A primera vista la mujer no presenta ninguna herida de importancia, más allá de unos cortes en los brazos por culpa del estallido de los cristales del coche.

Ella puede escuchar la conversación entre el médico y su ayudante, pero sin llegar a entenderla, como si hablasen en un idioma extranjero. Las palabras son burbujas que ascienden a la superficie antes de poder atraparlas. Quiere levantar la mano, llamar la atención y hablarles al mismo tiempo de la enfermedad y de su olvido. Sí, lo ha dejado encima de la mesita de noche. El inhalador. Sin embargo es imposible mover un solo dedo, está a demasiada profundidad. Habrá sido culpa del accidente.

Unos minutos más tarde presiente la cercanía de un cuerpo, una mano que trastea el bolsillo interior de su chaqueta y que reconoce el bulto de la cartera, las palabras dichas al mismo oído y una palmada en la cara.

—Angélica, despierte.

Angélica era una mujer de apariencia frágil, escondida bajo el flequillo, los ojos como dos alimañas huidizas. La poquedad de su carácter era contrarrestada por la apuesta a doble o nada de su cuerpo, una ruleta donde más de uno había perdido todo el crédito. Bonitas palabras, adulación inane. Lástima que los vestidos holgados que solía vestir escamoteasen el placer del juego, de la adivinación de las formas. Celosa de su intimidad, evitaba las reuniones con compañeros y compañeras de trabajo. Eso era antes. Ahora sólo es un barco que se hunde sin que desde la superficie ni el médico ni su ayudante sepan qué hacer.

—Despierte, por favor.

Sigue sin entender nada, imposible seguir las palabras de los dos hombres que la rodean. Una nueva palmada en la cara. Deberían percatarse de la presión que se acuesta sobre su pecho, encogiendo los pulmones, y que el ecosonda marca la máxima profundidad permitida. Apenas una brizna de aire la mantiene unida al exterior. Ninguno de los dos profesionales parece advertir la señal, el silbido minúsculo en la garganta. Alguien activó la sirena de alarma, *mayday, mayday*, la certificación final del hundimiento.

—Se nos va —dice el médico.

Una hora antes...

Le gusta escuchar la radio mientras conduce. También cantar por lo bajo y llevar el ritmo con la mano derecha sobre el volante. Por lo menos hasta que la totalidad de las emisoras dejen de emitir música y boletines informativos a partes iguales, es una manera como otra cualquiera de combatir el pesimismo de los últimos días. En el

asiento del copiloto, el móvil dormido y el maletín lleno de libros, el *Summa Artis* pesado como una losa de cementerio, y unas diapositivas de los lienzos más representativos de Caravaggio. Ha preparado la clase como si fuese posible impartirla. Menuda ironía. Se niega a dar crédito a sus peores pensamientos. Ha de encontrar a alguien, a algún compañero, a algún alumno.

Para su desesperación, el tráfico se ralentiza tres kilómetros antes de llegar al cruce de La Algaba. Son muchos los que abandonan Sevilla, destino Norte. La histeria se ha desbordado después de los últimos bombardeos en el barrio del Arenal. No habría de qué preocuparse si no fuera porque la población no se cree ya las mentiras oficiales, como la de que las autoridades sanitarias han actuado con envidiable eficacia.

Por lo menos ella mantiene la calma. Ha demorado en exceso la visita al instituto. En Sevilla lo ha perdido todo. Es hora de olvidar el antiguo recelo demostrado hacia sus compañeros. Necesita saber qué ha sido de ellos, nadie responde al teléfono.

Dos kilómetros más adelante, junto al arcén, hay dos coches accidentados y una gran mancha de sangre en mitad del asfalto. Los conductores que circulan en ambas direcciones rozan el freno con la puntera del zapato para alimentar la curiosidad. De manera que a ella también le da tiempo a observar los coches con las puertas abiertas, la gente que discute acaloradamente, un par de hombres que sujetan a un tercero que parece fuera de sí, enloquecido, manchado de sangre el cuello de la camisa. Viste impecablemente si no fuera porque ha perdido los zapatos en el accidente.

Angélica alarga el brazo derecho y silencia el volumen de la radio para no perder detalle.

—¡Maldito hijo de puta! Te voy a matar... —grita alguien.

—Tranquilícese —pide otro.

Empujones, voces, insultos y maldiciones, y el hombre enloquecido que gruñe y se retuerce para librarse.

Alguien telefonea a la policía.

—Es urgente, por amor de Dios...

Y entonces, antes de que el Honda Accord se aleje demasiado, puede ver como uno de los que discuten, un demente con pinta de pandillero, se acerca a su coche y extrae una navaja de la guantera.

—Un pinchazo es lo que necesita —rezonga.

Antes de que suceda una desgracia le detienen, se dirigía en busca del otro redoblando el paso. Mientras tanto el hombre del cuello ensangrentado, gracias a un golpe de hombro con toda la fuerza concentrada en la articulación, se disloca la clavícula para sorpresa de los que le sujetan. Un gruñido de dolor que impresiona a todos los presentes. Los más previsores se apresuran a esconderse dentro de los coches. A nadie le gusta estar en medio de una pelea.

Una vez libre, el hombre alcanza a un muchacho que seguía la escena sin bajarse de la moto y a quien no le ha dado tiempo a apartarse. Una rabia desmedida, una

hoguera en los ojos. Gritos, carreras, el abrazo de los dos cuerpos, la moto que cae al suelo, el casco que rueda sobre la mancha de sangre. Todo sucede en un segundo. Una vez de pie, el enloquecido apenas tiene tiempo de esquivar al pandillero de la navaja que salta sobre su espalda preparando el golpe, el brazo bien arriba, toda la luz de la mañana condensada en la hoja de la navaja.

El claxon del coche de detrás despierta a Angélica del hipnotismo de la violencia. De inmediato hunde el pedal del acelerador. Chillan las ruedas. Sorteas a un par de hombres y se aleja del lugar sin atreverse a mirar atrás.

No quiere ni puede dar crédito a lo que ha visto. O a lo mejor no ha sido gran cosa y es menos grave de lo que imagina, y no es más que el sinsentido de una acalorada pelea y de la inútil necesidad de medir por la fuerza quién llevaba la razón.

Sube el volumen. Quiere olvidarse de todo cantando, a pleno pulmón, la canción de Café Quijano que suena en ese instante en la radio. Sigue el ritmo de la música golpeando el volante.

Dos canciones más tarde, en los primeros compases de una balada de Evanescence, una voz femenina anuncia un boletín informativo, algo demasiado habitual en los últimos días, desde mediados de diciembre.

—*Noticias de última hora.* —Angélica sube todavía más el volumen sin apartar la vista de la carretera—. *El alcalde de Málaga ha pedido la declaración de zona catastrófica para la ciudad.*

En ese instante suena el móvil en el asiento de al lado, un alarido electrónico.

—... *Todo empezó en el centro comercial Rosaleda. Ahora nadie sabe cómo detener el contagio.*

Vibra sobre la cartera llena de libros. Maldito número de teléfono. No va a responder, ya sabe lo que encontrará al otro lado, y no le apetece escuchar una sarta de reproches tan de mañana.

—... *los antidisturbios combaten cuerpo a cuerpo en los barrios de Miraflores y Carlinda. Los delincuentes aprovechan el caos para asaltar los comercios. Desde la alcaldía se ha solicitado la intervención del Ejército. Extremen las precauciones.*

Pero la insistencia del timbrado por un lado y las ganas de revancha por otro le conceden una oportunidad a la llamada y a alguien que aguarda al otro lado de la línea.

—¿Angélica? —Una voz masculina perforando el oído—. ¿Angélica?

—... *si pueden eviten las grandes ciudades. Es una recomendación del Ministerio del Interior. Por su parte, el...*

—Escúchame, por favor.

—... *alcalde de Sevilla afirma tener controlado el brote del Arenal.*

—No puedo, voy conduciendo.

—... *desde el Consistorio se asegura que no tiene nada que ver con los graves sucesos de la capital de la Costa del Sol.*

—No volverá a suceder, Angélica, te lo juro.

El silencio viaja de un lado a otro de la línea.

—... *por su parte, esta misma mañana se ha dado de alta al último de los heridos en la plaza de la Corredera de Córdoba...*

—Oye, te llamaba para decirte... —dice la voz masculina antes de que ella pueda cortar la comunicación.

—... *Les mantendremos informados en el próximo boletín informativo.*

—... que no te olvides el inhalador.

—No te preocupes, siempre llevo alguno de repuesto en el coche —protesta. Lo malo es que anteayer llevó el coche a que se lo lavaran y sacó el inhalador.

De repente, tras el brusco final del boletín, suena de nuevo la balada, justo en el mismo compás donde había sido interrumpida. Con el móvil pegado a la oreja le sorprende la rapidez con la que se restablece la programación. Suelta el teléfono sobre el regazo, ha de bajar el volumen de la balada de Evanescence o se volverá loca. Solamente es un segundo durante el que pierde de vista la carretera, y en ese instante arroja por la borda toda una vida entera, o lo poco que queda de ella.

Quien se encuentra en el otro extremo de la línea únicamente consigue escuchar un «¡No!» desesperado, la voz tensa como un arco, y luego el abrupto silencio, rotundo, tan hondo que dentro de él podría perderse cualquiera. A Angélica le da tiempo a ver por una esquina del ojo al coche que, saltándose la mediana, invade su carril y se acerca de frente. Tira del volante hacia la derecha para evitar el impacto. Luego todo es un borrón de imágenes, la cuneta de la carretera, el terraplén, el despegue, una vuelta de campana.

Aún dispone de una milésima de segundo para acordarse del inhalador, está perdiendo la memoria, mientras el giro del vehículo centrifuga el desorden de su mente. A pesar de todo tiene la sensatez de aferrarse al volante con todas sus fuerzas antes del final. Como una premonición, la balada de Evanescence todavía suena en la radio, *My Immortal*. Hierros retorcidos, cristales que estallan y una reacción instintiva, agacharse para evitar la rama que podría haberla decapitado.

El Honda Accord ha quedado boca abajo, las ruedas giran en el aire por culpa de la inercia.

CAPÍTULO 6. MATARIFES EN EL HOSPITAL

Sábado, 30 de enero de 2010. 11:45 de la mañana.
Hospital de la Caridad, Sevilla.

El trabajo es arduo, desde el amanecer hasta el derrumbe de la noche. Nada de horarios. Únicamente la extenuación concede el premio de unas horas de sueño, nunca más de cinco, en una de las habitaciones de la primera planta del hospital, la desnudez del colchón como antídoto contra la pereza. Y luego vuelta a empezar, cuando todavía los músculos se acuerdan del dolor de hace unas horas.

Siempre el mismo trabajo, recolectar las mejores piezas y, una vez cargada la ambulancia, regresar sin detenerse ante nada ni nadie. Eso sí, preferiblemente antes de la muerte de último rayo de sol.

En la calle Temprado es posible ver cada tres o cuatro horas a la misma ambulancia del 061 buscando un hueco por donde subirse a la acera, entre los coches abandonados. Basta un toque de claxon para que se abra la puerta del hospital de la Caridad, la misma que a principios de diciembre permitía la entrada de los turistas. Aparecen tres batas blancas, arrastrando su mal humor y la extenuación de los miembros.

Con la naturalidad de la rutina, los cinco operarios forman una cadena para transportar los pedazos desde el vehículo hasta el patio principal del hospital. Nada de bromas, no hay lugar a ello. Y menos aún sin tener la certeza de que no los vigilan. Los músculos se lamentan, la espalda se quiebra, y a pesar de ello el ritmo ha de ser constante, una cabeza o la tijera de las piernas.

Enseguida en el suelo se advierte el rastro de una sangre espesa como mercurio sobre la sangre cuarteada y negra de traslados anteriores.

Hay un instante en que uno de ellos se detiene rompiendo la cadena. El hedor de las manos manchadas de sangre asciende por la chimenea de la nariz. Necesita afianzar su posición abriendo el compás de las piernas. Se retira entonces un par de metros con un amago de vómito al fondo de la garganta. Es el único bata blanca que trabaja con gafas.

Varias arcadas terminan doblando el cuerpo por la cintura. Sin embargo logra contenerlo antes de que llegue a la boca. Lo que ha resultado imposible de evitar es que se le escape una pasta amarillenta por el desgarrón de la garganta. Pretende ocultarlo en vano. Los demás se han dado cuenta de todo. Interrumpen el trabajo durante unos segundos, suficientes para cruzar una mirada entre ellos.

Del bolsillo del vaquero extrae un pañuelo. Limpia el cuello de la bata y lo devuelve a su sitio después de doblarlo metódicamente. Entonces la mano tropieza con una cuartilla doblada. En un principio no acierta a saber de qué se trata. Ha de hacer memoria, últimamente anda un poco disperso. Muchas mañanas le cuesta

trabajo hacer inventario de lo que hizo el día anterior, los recuerdos guardados tras una puerta.

Un simple gesto de desaprobación antes de retornar a su posición subiéndose el cuello de la bata. Una sonrisa podrida en mitad de su cara cenicienta a modo de disculpa.

Mientras reanuda el trabajo insiste en abrir la puerta de la memoria. Al cabo de un rato consigue asomarse al interior. Deja el torso que lleva en manos del siguiente compañero de la cadena, y entonces recuerda.

Es un papel de color blanco. En él, impreso, un mensaje escueto que invita a la esperanza.

Una vez trasladada toda la carga dentro del hospital, es en el mismo patio principal donde comienza un nuevo ritual: cada uno sabe lo que tiene que hacer y trabajan sin mediar palabra, cruzándose sin tropezar ni una sola vez. Como en una coreografía.

Es mediodía, y un rectángulo de luz ilumina al mismo tiempo el suelo, la fuente y un par de columnas. Aunque no hace demasiado calor aparecen las primeras moscas, yendo de sangre en sangre, de jirón en jirón.

Ahora empieza de verdad el trabajo duro, han de organizar el puzzle de miembros amontonados junto a la puerta de entrada, llevarlos a las mesas, cada cosa en su sitio, las cabezas en una, los brazos en otra, los torsos en una tercera mucha más grande que las anteriores y las piernas en la que hay al final del patio, junto a la sacristía que sirve de acceso a la iglesia. Las mesas de recia madera, sin desbatar, muestran oscuras manchas de sangre seca que hablan de otras jornadas de trabajo.

La solería se siembra de cuajarones pesados y de pequeños restos que se desprenden de los cuerpos por culpa de la intensa actividad. Hay un par de operarios que, para abreviar, lanzan los fragmentos antes de llegar a la mesa como en una competición deportiva. Entre gruñidos y miradas cómplices el trabajo se antoja menos duro.

El bata blanca que antes ahogó el vómito en la frontera de la garganta hace una pausa al lado de la mesa de los torsos. Evita mirar el desgarrón de un cuello o la caverna de un abdomen, la cabeza bien alta observando el rectángulo de cielo azul que hay más allá de los aleros. Está sudando y necesita un descanso, aunque sólo sea para limpiarse las gafas. Los cristales se han empañado.

Es algo instintivo, algo recordado, obedecer el dictado de la memoria, coger una esquina de la bata y frotar con esmero, procurando servirse del aliento para eliminar la suciedad.

Y luego vuelta al trabajo. Rehúye las miradas de reprobación de sus cuatro compañeros entregándose con renovada energía a la tarea de transportar las tijeras de unas piernas, más fuertes y pesadas que el resto.

Por debajo del silencio, el roce de los zapatos contra la solería. Por encima, el canto de un pájaro como promesa de la primavera, ajeno por completo al drama del

último mes. Sin saber por qué se le escapa una sonrisa al escucharlo.

Se promete no tomar un nuevo descanso. Ha de evitar a toda costa que cualquiera de sus compañeros le delate.

Una vez ordenadas todas piezas del puzzle, ahora hay que llevarlas dentro de la iglesia guardando el mismo orden del patio.

La iglesia de la Caridad presenta una sola nave. Sus dimensiones son reducidas. Tal vez por ello, en su interior, el hedor es sólido, pesa tanto que se acuesta sobre los hombros. Aunque los cinco batas blancas guardan la precaución de protegerse con una mascarilla, el hedor se filtra a través de ella, vence la defensa y se adhiere a la nariz. No hace falta mirar al suelo para ver la sangre fermentada de la última sesión. Es la misma suela de los zapatos la que certifica su existencia, un desapacible sonido de velcro. Las huellas quedan señaladas, como quien pisa cemento fresco.

Hay seis mesas de autopsias, tres a la izquierda y tres a la derecha. Debajo de cinco de ellas se amontonan las piezas recolectadas. Delante, los operarios. La última de la izquierda queda libre. Donde en otro tiempo debió encontrarse la mesa del altar, hay ahora un riel a más de dos metros de altura que va de pared a pared. Impresiona la magnitud de los ganchos que cuelgan de él.

Sólo cuando los cinco ocupan su lugar dejando expedito el centro de la nave, se escucha el chirrido de la verja de hierro, arañando los oídos, excavando los nervios. Proviene de la cripta que hay debajo del altar, siete u ocho escalones por debajo del nivel del suelo. Luego, el susurro de los zapatos reconociendo cada escalón. Uno a uno, exento de prisa. Más allá de la calle Temprado queda poco por lo que luchar.

El graznido de la verja es la señal convenida, el comienzo de una liturgia muy especial. Los cinco agachan la cabeza para permitir que Él abandone su refugio sin ser visto.

Ninguno se ha enfrentado a esos ojos de hiena. Sobrecoge la ausencia de parpadeo. Antes de empezar, como todos los días, se escucha la misma tos ahogada tras la mano.

Inmediatamente los pasos le conducen justo detrás del subordinado que tiene más cerca, alimentándose del temor que anida tras la bata blanca. Midiendo con calma la dimensión de la iglesia, primero en dirección a la puerta de entrada, luego de regreso al altar; parece el capitán Ahab paseando sobre la cubierta del Pequod, la misma autoridad, y el mismo miedo de los tripulantes incapaces de pensar ni tan siquiera en la posibilidad del motín. Unos segundos interminables al lado de cada mesa antes de reanudar la inspección. Ninguno de los batas blancas es capaz de volver la cabeza. Saben que estarían condenados.

Sobran las palabras. Siempre el mismo ritual, los pasos medidos de Ahab y luego una palmada para que reanuden el trabajo.

Desgraciadamente, al operario de las gafas le ha tocado preparar los torsos, justo hoy que tiene el estómago revuelto. O precisamente por eso ha sido castigado con la peor de las tareas.

Se enfunda unos guantes de látex con metódica parsimonia. Tampoco es necesario darse demasiada prisa. Elige de la pirámide de torsos que tiene a sus pies el de un hombre, velludo, señalado con el trazo dejado por una operación de apendicitis. Es lo suficientemente robusto como para pensar en un sujeto de gran altura y peso. Espera con ello recibir una palmada en el hombro por parte de Ahab.

Introduce la mano enguantada por debajo. Antes de verse sorprendido por un segundo amago de vómito detiene la exploración y aparta la mirada. Allá al fondo de la nave, sobre los escalones que anteceden al altar puede ver los zapatos negros, los de Él, impecablemente limpios. Asustado agacha la cabeza. Inspira un par de veces antes de continuar.

Desestima el bisturí, nunca aprendió a manejarlo con la soltura de los otros. Así que alcanza el intestino grueso y tira de él, la vista fija en el suelo, primero con delicadeza para comprobar la resistencia y luego con fuerza, un tirón seco, para quedarse con ella en la mano, una pasta negruzca manchando el látex de los guantes.

Tijeras que cortan los trozos de carne que sobran, bisturís que sajan la piel, cuajarones de sangre que resbalan sobre la superficie metálica de las mesas como cubitos de hielo que se derriten, vísceras enrolladas igual que espaguetis en una esquina de la mesa. Un aparente desorden que Él se encarga de dirigir con el mimo de un director de orquesta. Cuando descubre la deslealtad de un fallo, se acerca al subordinado y le señala el camino a seguir.

Una vez limpias las piezas, el operario que trabaja las piernas se acerca a la última mesa de la derecha, la que permanecía hasta ahora libre. A su vez el de las gafas traslada el torso limpio e intercambian un par de impresiones. Miden y pesan los pedazos con el objeto de comprobar que sean compatibles. El detalle ha de ser cuidado al máximo.

Ahora toca el turno del trabajo más especializado. De manera que el hombre del altar se acerca a la mesa para coger la aguja enhebrada con hilo de coser. El brillo de la punta de acero en la media luna de la pupila.

Este es su momento. Ninguno sería capaz de continuar la labor. Hay que poseer complicados conocimientos de anatomía para guiar la aguja con pulso certero, dejar que cada engranaje ensamble en su sitio, cada arteria, cada músculo, y sellar una unión tras otra con precisas puntadas en zigzag, unas equis de color negro. Introduce la aguja por una esquina del torso y luego por una de la cadera. El tirón necesario para unir los bordes. Es una satisfacción saber que la operación ha tenido éxito.

A continuación, el que ha limpiado y preparado los brazos pide permiso y se acerca. El hombre de los zapatos negros da un paso hacia atrás intentando evitar cualquier roce con el operario. Ahora se miden y pesan los brazos. Como no coinciden, regresa a su mesa en busca de otro par. En esta ocasión hay más suerte, y la idoneidad es perfecta. Inmediatamente se aleja. Es necesario no perder el tiempo. Además, prefiere evitar al capitán Ahab.

Primero el brazo derecho, hay que guiarlo hasta el desgarrón del hombro. Y coser

con pericia cada recodo, cada ángulo, cuidar las puntadas con el mimo de un arqueólogo. No hay margen para el descuido o la improvisación.

Ya sólo falta la cabeza. Pero no vale cualquiera. Se necesita encontrar una que infunda pánico.

Cuando el trabajo ha sido completado, los cinco operarios cargan con el cuerpo, desmadejado, un espantapájaros desnudo. Se acercan al altar y lo izan hasta dejarlo a la altura de uno de los ganchos. El siguiente movimiento acerca la nuca al gancho. Ahora sólo falta dejarlo caer encima para que la punta atravesase la carne, se hunda y encaje entre dos vértebras. Un chasquido, el gancho anclado en el mismo hueso. Es necesario que el cuerpo quede bien sujeto antes de soltarlo.

Una vez libre el cadáver se bambolea como una cometa. Las equis negras de hilo señalan el concienzudo trabajo.

CAPÍTULO 7. CENIZA

(Conversación telefónica, lunes 11 de enero de 2010).

—¿Qué tal, colega?... Coño, el Fettuccine, quién voy a ser, joder... Ando metido en un buen lío, no se lo vayas a contar a la parienta... Ya sabes que soy un inquieto de los cojones, ahora ando buscando a una persona, bueno a otra, la gente, que le da por desaparecer... la vida... La diferencia es que esta vez se me encomendó correr tras sus huellas en un lugar demasiado peligroso... Ojalá, colega, por lo menos ahí echaría una canita al aire. Joder, como con la parienta la cosa anda un poco fría, me vendría de puta madre... Sí, demasiado gordo, y semejante ejercicio siempre es gratificante... Te cuento, tengo entre manos un trabajo que me reportará una bonita cantidad de dinero, todos los billetes tan igualitos. Sólo tiene ese aspecto negativo que te comentaba, claro, aquí nadie regala duros a cuatro pesetas. He de encontrar a esta persona en...

Hace una pausa dramática para que el otro, a más de trescientos kilómetros de distancia, aventure un nombre. Así él, mientras tanto, aprovecha la coyuntura para abrir una nueva bolsa de patatas.

—... Frío, frío... Hacia el Sur... Sevilla, nada menos... No, todavía no he llegado. He entrado por la sierra de Cazorla dando un gran rodeo... ¿Que si la situación es tan grave? Las noticias oficiales son inexactas, esto es la guerra, macho, nunca había visto una cosa igual... Claro, con unos cuantos, pero yendo dentro del coche no hay peligro alguno... Además estaban muy lejos... Cuando hay que mantenerse alerta es cuando se circula por un pueblo con sus calles tan estrechas. Ahí es mejor pisar el acelerador, más vale prevenir que curar... La ferocidad de sus ataques, tendrías que verlos actuar. Si te atrapan, estás perdido... Estoy a la altura de Isla Mágica, no sé si la conoces... Pues un parque temático, del estilo de la Warner de Pinto... No te imaginas, todo abandonado, destrozado, como después de una batalla campal...

Mientras el compañero de borracheras y juergas peligrosas habla de su estancia en la mili, que allí sí que pasó miedo de verdad, se lleva un puñado de patatas a la boca.

—... Déjate de batallitas, colega... Elemental, querido Watson, sin una dirección y un nombre es imposible empezar a trabajar... Mis Lays al plato, ya sabes que soy un adicto a ellas. Cuando se me acaben estoy perdido. Si para Sherlock Holmes era la pipa, para mí son estas dichosas patatas... ¡Al carajo mi cardiólogo! Un momento...

Da un pisotón sobre el acelerador a la espera de ahuyentar a los hambrientos que deambulan al final de la calle, arrastrando los pies y las miradas. Se imagina en la misma bolera que frecuenta el gran Lebowski, el Nota. Ya verás qué jugada, el que

permanezca en mitad del asfalto saldrá volando por los aires. Fettuccine carece de la más elemental de las compasiones. Al carajo con esos hijos de puta.

—... Bueno, te dejo que esto se pone más interesante... Voy a jugar a los bolos... Ya te llamaré cuando regrese a Madrid... Eso es coser y cantar, ya sabes que soy el mejor... Nos vemos y nos tomamos unas copas juntos...

Se despide un segundo antes del impacto.

—... Arrivederci.

Sábado 30 de enero de 2010. 20:30 de la tarde.

Avenida de Juan Pablo II, Granada.

Antes: enorme palabra. Todos sin excepción comprenden su significado, aunque pocos alcanzan a vislumbrar la extraordinaria fuerza de sus dos sílabas. En la vida minúscula del peatón, de quien camina por los años sin más escudo que una tarjeta de crédito en números rojos, es habitual oír aquello de *Antes se vivía mejor, antes se jugaba mejor al fútbol, antes se hacía mejor cine*. Es una cantinela que se repite de generación en generación, excusa fácil contra la mediocridad generalizada. Como confesión inocente es incuestionable, sobre todo porque la gente, más allá de las afrentas diarias, añora lo vivido, lo que ya es inalcanzable, sin reparar en mayores disquisiciones.

Sin embargo, la Historia, la que se escribe con mayúscula, consciente del peso consustancial al adverbio en cuestión, olvida lo cotidiano para hablar de las grandes noticias que sucedieron antes del atentado de las Torres Gemelas, antes de la guerra de Irak o antes de la caída del Muro de Berlín. De modo que es lógico pensar que dentro de unos años, en el 2030 por ejemplo, se hablará de la política o de la economía antes de la crisis de la Doble Muerte.

Hace poco más de un mes que ese Antes adquirió su verdadero significado, palabra martillo con la que golpear conciencias. A finales de 2009 se hablaba en voz baja, se rezaba frente a los televisores y se veían las noticias en la sacristía de la iglesia, junto al párroco que te habría de confesar en la hora del fin del mundo.

—Antes no ocurría esto —dice uno de los dos, qué más da, el que sea capaz de desembarazarse en primer lugar del shock inducido por el último reportaje emitido.

Sin embargo, a primeros de febrero, es ya una palabra proscrita por debajo de la frontera natural de Despeñaperros. Ya no existe el Antes. Bien por culpa de la inoperancia de unos y la reserva de otros o por la rapidez del contagio, lo cierto es que la vida ahora es un pozo cegado visto desde el mismo fondo, el día se ha transustanciado en noche, igual que en esas fechas señaladas, una vez cada doscientos o trescientos años en el mismo punto terrestre, en que la luna se interpone entre la Tierra y el sol, la moneda oscura del astro y el aura brillante de puro fuego. Algo así

como una ceguera acelerada e irreversible, la mínima sombra en la esquina del ojo que enseguida se extiende y termina por enfangarlo todo. Sin embargo, a diferencia de ese momento de especial significación esotérica del eclipse, que dura de dos a siete minutos, nadie se atreve a pronosticar cuándo regresará la luz de la vida a esas ciudades muertas. Todo se ha derrumbado y apenas quedan supervivientes. Y los que malviven entre bombardeos del ejército y redadas de antidisturbios han perdido la memoria después de ser convocados por la Doble Muerte.

Antes, el sábado era día propicio para llenar la despensa comprando en masa en los centros comerciales, salir con los amigos a tomar unas copas o pasar miedo en el vientre oscuro de un cine viendo la última película de vampiros. Ahora el sábado, al igual que el resto de la semana, es una excusa para sobrevivir.

Mientras hoy mismo, en el resto de España, han sido noticias el debate alrededor del Almacén Temporal Centralizado de residuos nucleares y su probable ubicación en el municipio tarraconense de Ascó, así como las palabras del presidente del Gobierno cuando ha calificado de razonable la propuesta del Ejecutivo de elevar la edad de jubilación en dos años, sobre Granada el estruendo de los turborreactores en mitad de la noche anuncia la inminencia del bombardeo. El temblor de los edificios.

Consciente de la gravedad de la tragedia que asola Andalucía desde mediados de diciembre, el Gobierno declaró el estado de alarma poco después del día de Reyes. El viernes 22 de enero el Congreso de los Diputados prorrogó dicho estado, dando de alguna manera luz verde a la intervención militar. Así ya no habría que negar más la gravedad de los enfrentamientos ante los medios de comunicación.

Seguidamente el Ministerio de Defensa posibilitó la actuación del Ejército con el fin de recuperar cuanto antes el control sobre las ocho provincias andaluzas. Y se combate por aire y por tierra para extirpar el tumor.

De este modo dos centellas plateadas se aproximan a toda velocidad desde el norte de la provincia. La ciudad aguarda el sacrificio final, derrotada a las faldas de Sierra Nevada. En ella es imposible distinguir el más mínimo vestigio de luz eléctrica. Desde el aire y a oscuras, parece la postilla de una gran herida. O un melanoma. Allá abajo apenas se barrunta el eco de un pulso mínimo, unas cuantas sombras que han sido sorprendidas por la noche y navegan sin rumbo, desbaratados los pasos por el pánico.

Los dos Mirage F1, guiados por la infalibilidad del radar, se lanzan en picado contra Granada, un ruido similar al de enormes piedras de diez toneladas cayendo ladera abajo. Les basta con un par de segundos para hacer su trabajo. Trazan una curva ascendente, las alas a cuchillo, de noroeste a sureste. Se alejan. A una velocidad de Mach 1 ya están a más de cinco kilómetros cuando una cortina de fuego crece sobre los barrios de Cervantes y Mirasierra. No estalla con la violencia del explosivo. No, solamente existe la voracidad de unas llamas pegajosas.

Ante la barbarie de las últimas semanas, los vivos han elegido responder con la misma moneda. Lanzando bombas cargadas con MK77, una evolución del

tristemente famoso napalm, se vulneran todos los tratados internacionales. Como carecen de las aletas estabilizadoras es casi imposible precisar el blanco. Únicamente reduciría el margen de error la experiencia de los pilotos, pero en esta ocasión se ha elegido darle una oportunidad a dos novatos. Como adolescentes que juegan a disparar balines contra las ranas. Sólo que no están frente a una charca de agua estancada. Es la crónica de una barbarie anunciada.

Hay zombis hambrientos en mitad de la calle tratando de recordar el camino de casa. Pero ya carecen de tiempo, la bomba roza el suelo o la arista de un edificio y libera toda su carga. El fuego se expande, se riza sobre si mismo a una velocidad superior a la del pensamiento. De modo que cuando quieren reaccionar los jirones de cabello han desaparecido en una décima de segundo, la piel se fríe y la grasa adiposa del abdomen crepita. Los ojos se licuan en el primer instante antes de evaporarse. Ciegos los pasos, los cuerpos son muñecos de San Juan que tratan desesperadamente de huir de la hoguera sin sospechar que la hoguera son ellos mismos. Dentro de un rato sólo quedará un rastro, la señal inequívoca de la ceniza en mitad del asfalto abrasado.

El estruendo de los aviones puede volver en cualquier momento. Así que es hora de buscar refugio. Hay que mantenerse bien lejos del fuego enemigo. Además está ese Otro Miedo.

Somos apenas un puñado de hombres, seis si contamos los restos de la muchacha herida. Puro escombros. Conduzco el Chrysler Voyager al que conseguí subir esta mañana en Jaén. Dentro encontré a un hambriento de mediana edad, rasurada la cabeza. Por la ropa era imposible saber en qué trabajaba con anterioridad. Golpeaba el volante sin saber qué hacer con las llaves del automóvil. Estaba preso del desaliento.

—Estoy perdido —admitió.

—No importa, déjame a mí. —Como si yo supiese en realidad adónde ir.

Se sentó en el asiento del copiloto.

—Hablando de perdido —apuntó—, ¿sabes el chiste de aquel hombre en el desierto que...?

Pero el chiste quedó a medias. Debió de perder la solución cuando lo pelaron de semejante manera.

—Un hombre en el desierto que...

—Conozco la historia de un inglés —apunté aprovechando la pausa—, Lawrence de Arabia, que se encontró a sí mismo en mitad de un desierto, o eso creo recordar.

—Me duele tanto la cabeza... —se lamenta, desconozco si para enmascarar la desmemoria.

Desde entonces yo estoy al frente de vehículo. Al resto de mis compañeros de viaje los encontré luego, o ellos me encontraron a mí. Subieron a la fuerza, amenazándome con un pico de grandes dimensiones y un machete. Preferí evitar el enfrentamiento. Desde entonces manejo el volante encadenado al copiloto, que

parece ser el jefe del grupo, un joven de unos veinticinco años émulo de Bud Spencer, sólo le falta repartir hostias como panes para ser idéntico al compañero de Terence Hill, porque el ceño permanentemente fruncido y la barba rebelde ya los tiene. Como el célebre actor luce unas manos imponentes, capaces de cualquier cosa. Mientras aguardo el momento de escapar con el Chrysler más me vale andarme con ojo.

Son las ocho y media, hace rato que ha caído la noche y debemos ponernos a cubierto. El relumbro de la ciudad, que arde por las cuatro esquinas, nos permite avanzar sin temer un percance. Por supuesto lo hacemos con las luces del automóvil apagadas y a casi diez por hora. Hay que evitar llamar la atención, cueste lo que cueste.

El coche accede a un erial que hay a la espalda de la avenida de Juan Pablo II. En una esquina de la avenida Federico García Lorca se yergue el esqueleto de un edificio de siete plantas a medio terminar. La maldita crisis económica.

Detengo el Chrysler. Entre nosotros y el portal hay diez metros de acera y oscuridad. Una frontera demasiado peligrosa. En un primer momento propongo subir el vehículo a la acera. Sin embargo la idea es desestimada por culpa de unos palés de ladrillos que impiden el paso. Habría que buscar otro refugio. Pero mis compañeros se han decidido a salvar los diez metros. Sólo hay que abrir la puerta y correr más que el miedo.

Salvador entrega las llaves del vehículo a Bud Spencer. Salen juntos, siameses a la fuerza. El hombretón lleva el pico al hombro y un machete enhebrado en el cinto. Al correr encadenados Salvador debe esperar a la montaña de carne. A ese ritmo no llegarán. Es entonces cuando un alarido, similar al graznido de mil buitres, arranca astillas a la oscuridad. El corazón podrido y tumefacto, sobreexcitado, late a toda prisa. Hay un momento en que cree que le fallarán las piernas, que los otros alcanzarán el portal y que Bud Spencer tendrá que cargar con él en peso. Sin embargo consiguen alcanzar juntos la otra frontera.

Nada más cruzar la puerta el grupo tropieza con un cadáver de pequeño tamaño. El hambriento de la cabeza rasurada se agacha y tantea.

—Es el cadáver un perro —dice en voz baja—, seguramente el guardián de la obra. Está atado por una correa. El pobre no ha podido escapar al hambre.

A su lado, las manos del hambriento reconocen una silla de playa donde, posiblemente, el vigilante mataba las horas.

El grupo sube a la séptima planta, cuanto más alto mejor. Las escaleras están sin terminar, lo que dificulta la ascensión. Eligen un piso con vistas al centro de la ciudad. Es una opción tan inútil como otra cualquiera. Al igual que el resto de viviendas, ésta carece de puertas y ventanas. Con la palma de la mano se sabe que las paredes están sin enlucir. Pero no es mal refugio. Sería una temeridad seguir el viaje con la noche auestas.

Somos seis pobres diablos, sin un rumbo fijo y sin una necesidad que nos una. Bueno, quizá la de utilizar el Chrysler para huir. Nadie sabe nada, pero todos

fingimos tener las ideas muy claras. Seis sombras que olemos a miedo, y al barro seco que se cuartea en los zapatos, y a falta de sueño.

Mientras el estruendo de los aviones rueda por segunda vez por encima de la ciudad, Bud Spencer gruñe algo a mi lado. No entiendo lo que dice. Me gustaría patearle la cabeza, una sandía madura para reventar al primer punterazo. Que le follen. Tampoco me importa. Si sigo con ellos es por el jodido monovolumen y por la gasolina.

De reojo advierto los cuerpos de los otros cuatro, apretados unos contra otros, en medio la muchacha herida, como si juntos fuese más sencillo vencer al miedo de ahí afuera. Todo un osario de voluntades anuladas por la superioridad logística del ejército de los vivos.

El silencio cae sobre nosotros igual que un viejo capote de guerra. Sólo nos quedan las manos vacías y el convencimiento, cada vez más gastado, de poder escapar de la barbarie. Es la gravedad de la noche la que traduce nuestro silencio y habla por nosotros.

Uno de los hombres intenta hilvanar un chiste, pero se pierde a la mitad y no encuentra el final. Debido a la oscuridad no sé si es el hambriento que encontré dentro del Chrysler sin saber qué hacer con las llaves o es otro, aunque supongo que es el mismo capullo. Por lo menos es el mismo chiste.

—¿Sabes aquel del hombre que camina por el desierto y...?

Sin duda es el mismo tío. Se ha quedado bloqueado en la mitad, como le sucedió esta mañana. Las risas saltan de boca en boca ante la desmemoria del muy cabrón. Ahora le toca quejarse de la cabeza.

—Este dolor es insoportable. —Un lamento que incendia aún más las risas.

Luego un paquete de cigarrillos pasa de mano en mano, que cada uno coja el suyo. Compartir penas une al grupo, el pitillo en el filo de una boca sin labios, o el humo del tabaco escapándose por la traquea agujereada de alguno. La brasa de los cigarros queda emboscada en el cuenco de las manos. Nadie desea delatar la posición del grupo. Ninguno se atreve a moverse menos yo, que me arrodillo y le digo a Bud Spencer que necesito orinar.

Consigo que se levante y que me acompañe fuera. Al final la cadena que nos une será su perdición.

—Tampoco hace falta ir tan lejos —protesta cuando lo conduzco hacia el hueco de las escaleras.

—Sólo hasta aquí, jefe —respondo avanzando a tientas en la oscuridad.

—Espero que no trates de jugármela.

—Descuida —miento.

Hemos llegado al rellano y simulo trastear la cremallera del vaquero, a la espera de que baje la guardia. De reojo observo la luciérnaga del cigarrillo, roja, que señala la ubicación de la cabeza.

Me giro entonces con rapidez y paso la cadena alrededor del cuello, tirando de

ella hacia atrás. Le sorprende. El insulto se le atormenta en mitad de la garganta y es incapaz de escupirlo. Podría partirme en dos con un simple golpe del pico, pero el bocado feroz del acero alrededor del cuello le deja sin margen de reacción. La herramienta cae al suelo.

—A ver qué hacéis vosotros dos —bromea uno de los otros.

Consigo que se arrodille propinándole un par de rodillazos a la altura de los riñones. Lo empujo luego hasta el mismo borde para dejarlo tumbado sobre la pendiente de los escalones. El monumental cuerpo de mi contrincante y la fuerza de la gravedad me ayudan a cerrar aún más la presa sobre el cuello, resbalando escalón a escalón. Cuanto más se descuelgue el cuerpo, más feroz será el beso de la cadena. Siento un escozor en los dedos, producto del roce con el acero y del enorme peso a sostener. Con dificultad consigo aguantar de pie sin que los dos terminemos rodando. La fuerza de la mole disminuye, poco a poco. Las piernas buscan un lugar donde apoyarse para facilitar la defensa. Pero Bud Spencer nunca se ha enfrentado a un rival tan desesperado. El esfuerzo a realizar para impedir que se libere es tan brutal que las articulaciones se estiran al máximo y las muñecas aguantan al borde mismo de la luxación, capaces de desprenderse en cualquier momento y quedarme sin manos, fieles a su instinto, perseveran en el empeño, ciegas de ira sobre la presa.

—Arrupe, ¿cómo va eso? —Es la misma voz de antes.

En previsión de que aparezca un compañero dejo que el cuerpo resbale a lo largo de las escaleras, ya casi laxo por completo. En el rellano de abajo estaré más seguro. Un estertor anuncia la derrota definitiva de la montaña de carne. Para asegurarme golpeo la nuca un par de veces contra el escalón, hasta que quiebra el hueso y las manos se ensucian con una sustancia casi gelatinosa. Siento el corazón salvaje.

Ahora solamente resta deshacerme de la prisión de la cadena. La manera más fácil será cortando la mano de Bud Spencer, así que alcanzo el machete que lleva enhebrado en el cinto y me aplico con desesperación sobre el brazo. Uno, dos, tres cortes hasta que consigo liberarme. Por último le arrebató las llaves del Chrysler y las guardo en el bolsillo del vaquero.

En ese instante un alarido emerge del vientre de la noche, justo detrás del edificio. Proviene de la zona de la estación de autobuses.

Preservando el más elemental de los cuidados, Salvador se asoma a una de las ventanas. Ha estado a punto de tropezar con la cadena y la mano de Bud Spencer. Se agacha para deshacerse del triste trofeo y regresa a la visión de la noche. El melanoma de la ciudad. Subiendo la avenida Federico García Lorca, una gran hoguera derrama un charco de luz sobre la rotonda. Centra su mirada en ella sintiendo el hipnotismo del fuego. Alrededor del charco de luz descubre una figura. Rehúye la rotonda, prefiere el abrigo de la oscuridad. Parece que camina sola.

—¿Arrupe? —La voz proviene del piso de arriba. Es perceptible un ligero matiz de miedo.

Tiene que huir pero ha de esperar su momento. Con el pico y el machete se puede

defender de los otros cuatro. Abajo, la sombra es descubierta enseguida por otras sombras. La primera se acerca peligrosamente a la hoguera. Elige un madero en llamas que enarbola desesperadamente. Está rodeado. Por lo menos hay una veintena de cuerpos que se acercan a su posición midiendo cada paso, luchando contra la torpeza de las piernas, alzando los brazos hacia la presa. A ver quién es el primero que se atreve.

La noche se espesa más allá de la avenida por la que hemos circulado con anterioridad. Lo que hay al otro lado de esa frontera es una incógnita. Imagino un terreno baldío donde verter escombros, imagino los árboles mustios y el zulo de algún drogata.

Soy consciente de que cualquiera de Ellos podría estar emboscado ahí fuera. Diez metros son muchos si hay un Durmiente cerca. Además, tampoco nada me garantiza que, una vez dentro, el monovolumen pudiera resistir una fiereza de semejantes proporciones. Se cuentan prodigios de esa gente.

—¿Arrupe?

Percibo pasos en la escalera de arriba. Es hora de emprender la huida. Echo a correr escaleras abajo, procurando que los pies no se traben y termine estrellándome contra el suelo y me clave el pico. El corazón se queja, falto de costumbre, y los pulmones son dos fuelles rotos. Un poco más y estaré en la calle.

Me acerco a la rotonda con la defensa de las dos armas cobradas durante el ataque a Bud Spencer. Nadie se vuelve a mirarme, fijos los ojos de todos en la presa. Ninguno hace el más mínimo ruido, dejan que sea el hambre el que hable por ellos. Enarbolada con nerviosismo, la madera en llamas zumba en el aire, trazando arcos cada vez más anchos. Es necesario mantener alejados a los zombis.

Es un hombre de unos cincuenta años que ha tenido la desgracia de ser descubierto. Escurrido de carne y con los ojos engullidos en dos pozos negros.

Aguardo mi oportunidad, con algo de suerte podré llevarme algo a la boca. Además, sería una temeridad tratar de avanzar posiciones. El hambre de los otros no admite intrusos. Soy una hiena guardando las distancias con la manada de leones.

La acción parece conducir al superviviente a un callejón sin salida. La madera es incapaz ya de ahuyentar por más tiempo la rata rabiosa del estómago. Un paso más. La frontera entre el miedo y la necesidad cada vez es más estrecha, y es cuestión de minutos el que haya un valiente decidido a intentarlo. Las opciones se agotan cuando un nuevo alarido estalla en el oído de los presentes. Ha sonado demasiado cerca.

Intuyendo lo peor, Salvador retrocede apresurando el paso en busca de la noche. Es necesario salir a toda prisa del charco de luz. De nuevo el bramido. Contra un Durmiente de poco sirve ir armado.

Por fortuna, cuando todo ocurre, Salvador está sentado delante del volante agachando la cabeza, pero sin quitar ojo a la que acontece cincuenta metros más adelante. Quiere arrancar pero no consigue alcanzar las llaves dentro del bolsillo del vaquero. Así que todo sucede delante de él, tras la barricada del salpicadero. Ahora es

mejor no moverse.

Una sombra de gran tamaño, algo más de dos metros de altura, emerge de la noche a toda velocidad, como uno de los Mirage F1 que riegan Granada con fuego. Un trazo oscuro que atrapa al último zombi, al más miedoso de ellos, y, antes de que consiga reaccionar le arranca la cabeza. Salvador juraría que lo ha hecho sin más arma que sus manos. Un géiser de sangre espesa subscribe la violencia del ataque. El cuerpo se desmadeja y cae al suelo.

Un segundo cuerpo es alcanzado sin que el infeliz consiga entender cómo demonios ha perdido los brazos. Ha sentido un bocado frío a la altura de los hombros. Y en un abrir y cerrar de ojos caen al suelo, mientras la doble muerte se le escapa manchándole de sangre los costados. Sin manos es imposible incorporarse.

Posteriormente la fiereza de la sombra abre en canal a un par de zombis con la fuerza de sus manos, dos tenazas capaces de todo. Miembros y cuerpos despedazados. Los últimos estertores convulsionan los jirones de carne.

Ahora la sombra se aproxima al vivo que sigue blandiendo el tablón en llamas. Un duelo desproporcionado, un cuerpo en ruinas contra una montaña de músculos. La tensión de las manos, la postura de ataque. La fragua de la garganta hierve a plena potencia. De repente un chispazo y la consecuente explosión. El alarido proyectado con toda la fuerza de los pulmones es capaz de despertar a la misma noche. Antes de ser atrapado, el superviviente se inmola saltando sobre la hoguera.

Salvador asiste a la masacre sin pestañear, casi sin respirar. Maldice su suerte. Observa cómo la sombra se yergue ahora desafiante sobre el charco de sangre y mira en su dirección. Patea un torso que aún se agita. Salvador ha de permanecer bien quieto. Sin embargo el Durmiente parece haber detectado un amago de vida cerca del cadáver del bloque en construcción.

El estruendo de los Mirage cayendo igual que un alud por tercera vez sobre Granada se superpone al grito de desafío de esa cosa. A contraluz de la hoguera detrás de ella, es imposible distinguir rasgo alguno en su cara. Pero se advierte algo contrahecho más allá de la lógica. Salvador se encoge en el asiento, la cabeza entre las rodillas.

El miedo.

La desesperación. No puede evitarlo.

Mientras tanto, dos palabras resuenan como un eco en la caldera de la cabeza: Ciudad Negra.

CAPÍTULO 8. RECUERDA QUIÉN ERES

Domingo 31 de enero de 2010. 10:50 de la mañana.
Calle Tomás de Ibarra, Sevilla.

Algunas mañanas el cuerpo es un lastre muy pesado con el que volver a la superficie. Hoy es una de esas mañanas. La sensación es instantánea, el cerebro despierta producto de una desconexión y de inmediato establece una lucha contra la anestesia que embota cada miembro. Seguramente lo más difícil no es extraer las piernas del interior del sobre de las mantas, sino izar la derrota del cuerpo, palmo a palmo, hasta dejarlo erguido sobre la superficie del sueño, devolverlo de nuevo a la batalla diaria.

Esto es lo que le sucede a Judith. Desbarata la última telaraña de la cabeza y los pies buscan por instinto el abrigo de los botines. Es entonces cuando cae en la cuenta de que ha dormido vestida. Ahí están el pantalón vaquero y la camisa blanca. Sobre la cama, la chaqueta. El dirigible de la memoria se acerca a ella, que hace un esfuerzo titánico para que aterrice cuanto antes. Sin embargo todo tiene su tiempo.

Gracias a la luz de la mañana el armario ha dejado de ser un cetáceo, ahora sólo es un mueble que la decencia debería haber jubilado hace ya tiempo. Giro la cabeza y trato de reconocer la cama. Me resulta imposible. Esta no es mi habitación.

La camisa está manchada de sangre. Estoy cada vez más cerca del suelo. Son los garabatos oscuros sobre el color blanco quienes al fin obran el milagro. Y entonces me asusto. Otra mañana más soy yo en estos días hostiles, año 2010.

Entonces recuerdo, el dirigible aterriza. Paciente, tiro de la madeja para encontrar el primer cabo: la persecución en bicicleta, la ambulancia del 061, la calle Temprado, el alud de la noche, la necesidad de esconderse, la casa, la silla de ruedas y la contundencia de un nombre de acentos bíblicos, Judith.

Asustada, busco debajo de la almohada. No está. Me han robado el martillo. Tampoco está la mochila. De repente siento algo extraño rodeando mis muñecas.

Al otro lado de la habitación encuentro la silla de ruedas y a su dueño, un muchacho de algo menos de veinte años. Su cara demacrada es un espejo donde reconocer la mía, las ojeras oscuras como pozos, la mirada lacerante de animal hambriento, los desgarrones de la piel.

Sin embargo, a diferencia de anoche, ahora no queda ni rastro de esos ojos de reptil.

El joven se acerca muy lentamente, la silla se desliza apenas a un palmo de la cama. Judith se percata de la presencia del martillo entre la cadera del muchacho y un lateral de la silla. A buen recaudo.

—Veo que empieza a recuperarse —dice con una sonrisa.

—¿Y mi mochila?

—Descuide, está guardada.

—La necesito.

—Luego se la devuelvo.

—Eso espero. —El tono es lo suficientemente amenazante como para tomarla en serio.

—Cálmese.

—¿Qué hora es? —La extraña voz despierta como casi siempre un desagradable efecto en ella. Se muestra inquieta. Quiere levantarse cuando descubre el contacto frío de una cadena de hierro alrededor de las muñecas. La vista reconoce segundos después lo que ya había reconocido el propio cuerpo. Un pequeño candado impide que se deshaga de ella.

Sin atreverse a mirar a su nueva compañera, el chico se acerca al ropero. El odio es demasiado intenso.

—¿Qué hora es? —repite ella después de incorporarse.

—Espero que sepa comprenderme.

El miedo a la reacción imprevisible de Judith aconseja una respuesta, es mejor ganarse cuanto antes a la mujer:

—Están a punto de dar las once de la mañana. Será mejor que se calme — responde abriendo una de las puertas.

—Necesito que me liberes.

El chico niega con la cabeza. Luego busca algo dentro de vientre del mueble, remueve un desorden de ropa enmarañada igual que vísceras, hasta que encuentra una caja de cartón. Son cereales. Ya no está allí dentro el cadáver de la madre.

Judith insiste en su petición.

—He de irme. Me están esperando.

—Tenemos que hablar.

Hay un momento en que ella baraja la posibilidad de atacarle, darle un rodillazo en la sien y arrastrar el cuerpo para machacarle la cabeza con la puerta. Si no lo hace es porque tiene la certeza de que no puede ser tan tonto como para llevar encima la llave del candado. Además, lo único que puede conseguir es empeorar la situación.

—Los escondía de mi madre, ¿sabe? —Agita el paquete de cereales—. Decía que soy demasiado goloso.

—¿Decía?

Con un golpe de cabeza señala la cama. Judith se acerca a ella sin entender qué diablos quiere decir.

—Debajo, mire debajo.

Judith mastica un insulto. Se incorpora impulsada por un resorte. Así evita entrar en el juego del inválido. De todas formas y de reojo reconoce un cuerpo bajo la cama.

—Ya no despertará más.

Moviendo negativamente la cabeza se aproxima a un calendario que hay a un lado de la ventana. Ayer noche no lo distinguió por culpa del pantano oscuro que era el dormitorio. Es de diciembre del año pasado, 2009. Debajo de cada día reza el nombre

del santo de turno y la fase de la luna. Están tachados con grandes aspas los quince primeros días. En la parte superior, la reproducción fotográfica de un campo verde esmeralda, infectado de panzudas calabazas.

—Si quieres puedo llevarte conmigo —admite Judith al cabo de un rato. Es una propuesta que le hace dudar un instante. No en vano algo cambia en su expresión—. Pero necesito salir ya.

—¿Quién la está esperando?

—Ven conmigo y lo verás.

—Imposible —miente en un deseo de ganar algo de tiempo.

—Así —mira despectivamente la silla de ruedas—, sin mi ayuda, difícilmente saldrás de esta casa. Tu madre ya no cuenta —un golpe de cabeza basta para señalar el espacio debajo de la cama— y sin ella estás perdido. De modo que tú, sentado en ese trono y yo esposada, nunca saldremos de aquí. Ahí fuera hay un camión, ¿sabes? Bloquea la entrada.

Judith ha encontrado la manera de presionarlo. Sabe que es la única salida viable para que la libere y pueda acudir a la cita.

—Me comprometo a ayudarte, chico, pero antes... —Adelanta los brazos, brilla el fulgor plateado de la cadena.

El chico desplaza la silla de ruedas de aquí para allá con una destreza aprendida durante años. Es una fiera enjaulada a punto de aceptar lo que le ofrecen, una ración de carne a cambio de actuar en el circo.

—Se cree capaz de engatusarme con mentiras, y se equivoca.

Ella aguarda la decisión en silencio. Aunque el tiempo corre en su contra prefiere no mostrar impaciencia. Sería mucho peor.

El cambio de actitud del muchacho está cada vez más cerca.

—Tendría que bajarme en brazos hasta el piso de abajo —reconoce al fin—. En la cocina hay otra silla.

Judith adelanta de nuevo los brazos. Es innecesario cruzar más palabras.

—Y luego ayudarme a salir.

Ahora lleva ella la iniciativa, tanto que la desesperación cambia de bando. Gana tiempo contemplando la fotografía del calendario. Sueña con ver otra vez un campo como ése.

El chico se acerca a la mesita de noche. Luego se aproxima a Judith y la libera. La presa de la cadena deja unas marcas rojas. Se frota las muñecas antes de pedirle el martillo. Durante un segundo parece querer dar marcha atrás, pero ya es inútil. La mujer está libre y él se encuentra indefenso. Así que únicamente le resta claudicar.

Judith entonces enhebra el martillo en el cinturón.

—La mochila, por favor.

El muchacho estira con dificultad el brazo debajo de la cama y extrae la mochila.

—Gracias por guardármela —ironiza.

La abre y extrae el cepillo de dientes. Abandona el dormitorio apretando el paso.

—¿A dónde va?

Los pasos la conducen hasta el cuarto de baño. Como es una habitación ciega y no hay luz, es innecesario romper el espejo de encima del lavabo.

—¿Tienes pasta de dientes?

La silla aparece en el hueco de la puerta.

—Debajo del lavabo, en el segundo cajón. Junto al mueble hay una garrafa de agua. Supongo que quedará algo. La teníamos para cuando se cortaba el agua.

Mientras Judith se aplica con fuerza sobre los dientes cenagosos y las encías enrojecidas, el chico se muestra cada vez más nervioso.

—Espero que ahora cumpla el trato.

—Venga, tenemos que irnos ya —dice saliendo del cuarto de baño, el tubo de pasta a buen recaudo.

—Recojo un poco de ropa. Déjeme un minuto. También podemos llevarnos unas botellas de agua mineral —comenta ofreciéndole el paquete de cereales—. Están en la cocina.

—Déjalo todo, sólo nos llevaremos lo imprescindible. El resto podemos cogerlo por el camino.

Judith se asoma una última vez a la ventana. A diferencia de anoche, ahora abre las dos hojas y se asoma para ganar algo más de perspectiva. La calle está desierta. Es buen momento para salir.

El muchacho se acerca por segunda vez a la mesita de noche. Trastea los cajones. Entre las amarillentas páginas de un viejo cómic de Marvel encuentra la foto que buscaba. No sabe si para flagelarse o para regatear al olvido, pero lo cierto es que tira de ella hacia afuera. Es la exhumación de un cadáver, la vergüenza del acné rebelde y la presencia inaccesible de una mujer, su madre, guarecida tras la misma sonrisa desafiante de siempre. Y la jodida manía de ponerle la mano en el hombro.

Por detrás hay escrita a lápiz una fecha, la caligrafía perfecta, 1 de agosto de 2003, y un nombre, posiblemente el suyo, Jonás. Y como el profeta bíblico siente que es el momento de salir del vientre de la ballena y enfrentarse de nuevo al mundo. Antes ha de alcanzar uno de sus amuletos, una sudadera con el anagrama del videojuego *Silent Hill*.

Acobardado por la dedicación exclusiva de la madre, enclaustrado en la casa sin apenas salir después del accidente, Jonás carece de la enorme fuerza de voluntad de un Michel Petrucciani que, aquejado de osteogénesis imperfecta, venció a la enfermedad sin importarle el gigantismo del piano frente a la ridiculez liliputiense de su cuerpo. Él es mucho más débil. Así que dejaba hacer a la madre, después de esgrimir la mejor de sus miradas desvalidas.

Como es un muchacho escuálido, mísero de carnes y discreto de proporciones, Judith puede cargar con él y bajar las escaleras. Es un sobreesfuerzo casi imposible para su alarmante falta de peso, tanto que al llegar al piso de abajo necesita descansar un segundo. Así que se sienta en el último escalón.

Jonás arrastra su medio cuerpo en dirección a la cocina. Al cabo de unos minutos regresa sobre una nueva silla de ruedas. Le ofrece entonces una botella de agua. Las cuatro restantes las guarda entre su cuerpo y el lateral de la silla.

Al mismo tiempo que Judith tira de la puerta principal hacia sí, cien metros en dirección al Guadalquivir, el bata blanca de las gafas hace exactamente lo mismo. Sólo que él no se enfrenta a los peligros de la calle sino a los misterios de una habitación de suelos hundidos y techos combados. Ha subido a la última planta del hospital de la Caridad, donde hace más de tres siglos consumió sus últimos años el ínclito don Miguel de Mañara. Todo huele a madera apolillada y a libro viejo. El sol del mediodía calienta el alféizar de los ventanucos. En mitad de la estancia hay una mesa. Y encima de ella...

Sabe que se la está jugando, que de ser descubierto ahí arriba nada podrá salvarle. Pero necesita encontrar una explicación.

Con un terremoto de nervios en la raíz de los huesos, aventura el primer paso de un camino que él sospecha que no tiene retorno, justo en el mismo momento en que Salvador, a 150 kilómetros de distancia en dirección sureste, sale del cuarto de baño de una gasolinera que hay en mitad de la nada, camino de Antequera.

Las botas crepitan sobre guijarros de cristal. Todas las ventanas del establecimiento están reventadas. Hay demasiados signos de lucha por todas partes como para apostar por la posibilidad de un tornado. En las paredes hay restos de sangre. Es fácil imaginar todo lo que pudo ocurrir allí dentro. Los estantes aparecen volcados y el congelador de los helados está abierto. Dentro el nivel del agua alcanza unos cinco centímetros, tres o cuatro cartones abiertos flotan en ella.

Una vez sobrepasado el obstáculo del camión, Judith endereza la silla de ruedas. Ahora ha de volver a por las botellas de agua y a por Jonás, para arrastrar su cuerpo por el estrecho hueco existente entre el vehículo y la fachada.

En la mirada de Judith es posible distinguir el mismo miedo que en la del operario de las gafas, detenido como un autómatas en la habitación, o en la de Salvador cuando inspecciona una tras otra todas las estancias de la gasolinera.

Sobreexcitado, Fernando empieza a sudar y el sudor le empaña las gafas. Las levanta dejándolas apoyadas en las cejas. Es necesario medir la presión ejercida por cada zapato para evitar que lo delate el crujido del suelo de madera. Estaría perdido si Él lo encontrase en su dormitorio. Le tiemblan las piernas.

Sobre la mesa hay más información de la que puede asimilar. Nunca ha visto nada igual. La sencillez de un plato y el aspa formada por el tenedor y el cuchillo. A la derecha, un libro de tapas cuarteadas. Podría ser más viejo que la propia habitación, que el propio hospital.

Prefiere obviar el contenido del libro para dedicarse al plato. Consciente de que en ello puede residir la clave que anda buscando, con el dedo índice rebaña el filo del mismo. En la yema, una salsa encarnada, grumosa. Y de inmediato, en el fondo del cerebro, el sabor recordado, un sabor viejo y nuevo a la vez. Es la certeza casi

absoluta del pasado.

Judith ayuda a su nuevo compañero a sentarse en la silla de ruedas.

—Dame las botellas.

Ya están en la calle. Mira a un lado y a otro. Ha de elegir una dirección. Y desde el principio lo tiene claro, ha de llegar a la avenida de la Constitución y torcer por San Fernando para alcanzar el hotel Alfonso XII.

—¿Quién dice que la espera? —pregunta Jonás.

El silencio de Judith es igual de denso que el de la habitación vieja y el de la gasolinera vacía.

El hospital de la Caridad en mitad del caos que es Sevilla, y la estación de servicio en mitad de ninguna parte.

El miedo del operario de las gafas y el de Salvador.

El mismo desenfreno en la sangre.

Mientras Judith empuja a Jonás apresurando el paso —no han de verse sorprendidos— el bata blanca reconoce el sabor, salsa de tomate, justo cuando se escucha un ruido en el piso de abajo.

Salvador se esconde detrás del mostrador, destornillador en mano; juraría haber visto una sombra en el exterior.

He de evitar al resto de resucitados. Ya es suficiente lastre cargar con el inválido. Prefiero hacer las cosas a solas, a mi manera. No espero que él entienda mi próximo movimiento de ajedrez.

—¿Sabe una cosa? Debemos empezar desde cero —dice el muchacho, seguramente alentado por el oasis de una mañana tan soleada—. Creo que me llamo Jonás.

Es un detalle de buena voluntad. Entiendo y comparto su esfuerzo por acercar posturas. Me tiende la mano.

—A mí dime simplemente Judith.

Frente a ellos, la ciudad se muestra derrotada. Todavía cuelga de las calles el alumbrado especial de Navidad. El sol calienta el asfalto con la incierta promesa de la primavera que está por llegar. Sería una maravillosa mañana de invierno si no fuese por el drama anunciado por los cristales rotos, las manchas de sangre y los coches abandonados en mitad de la calzada.

El silencio de Sevilla se cuela entre nosotros haciendo muy incómoda nuestra mutua compañía, dos extraños con poco que contarse y nada que reprocharse. Así que me limito a facilitar el acercamiento con un comentario insustancial.

—Vaya tormenta la de esta madrugada —esquivo el obstáculo de un par de contenedores de basura calcinados.

—Esta noche no ha habido ninguna tormenta —gruñe.

—Estarías dormido.

—Usted era quien estaba dormida —enseguida me percató del tono de expiación de su voz y de su interés por pedir mi absolución. Necesito una respuesta, de modo

que detengo la marcha, me sitúo delante de la silla para mirarle a la cara.

—No te entiendo.

—Tenía prisa, ¿no?

—Explícate.

—Joder, nunca supe dominar mi lengua, o eso decía mi madre. —Parece intimidado, acosado en un callejón sin salida. Le apremio levantándolo del cuello de la sudadera. Que desembuche ya de una vez, coño.

—¿Qué pretendes decirme?

—Nada, que la tormenta fue el viernes, no esta noche.

—¿Y?

—Que ha dormido casi dos días enteros —me dispara la respuesta a bocajarro. Siento la herida en el interior, horadando la cavidad torácica.

Permanezco durante unos segundos casi tan muda como la ciudad. Me esfuerzo en procesar la información. Sin embargo se me atraganta y desisto.

—¿Hoy es domingo? —Soy incapaz de disimular mi angustia.

Apenas tengo tiempo de enfadarme después de ver como afirma con un golpe de cabeza. Ya hablaremos luego. Necesito explicaciones al respecto. Ahora, por el contrario, sólo me queda correr empujando la silla de ruedas en busca de un automóvil. Espero no llegar tarde.

CAPÍTULO 9. LA GASOLINERA

Avenida Federico García Lorca, Granada.
Sábado 30 de enero de 2010. 20:30 de la noche.

La figura de Salvador se recorta contra el portal del edificio, armado con un pico y un machete. Ya está a pie de calle. Se deja arrastrar por un impulso más fuerte que la necesidad comprensible de seguir al amparo del grupo. Ha de actuar por su cuenta y riesgo, ser valiente para seguir el camino proyectado.

Miedo sobre miedo. Miedo a que los compañeros le atacasen mientras dormía, a no oírlos y a ser despertado por el lacerante escozor de los dientes o por el implacable acero del machete, abierto un tajo en el cuello. Pero también miedo a Ellos, a los Durmientes, esos prodigiosos depredadores de la noche. Y por encima de semejante colección de recelos, el miedo a no intentarlo. Es una apuesta a doble o nada, es consciente de ello, pero es el momento que llevaba esperando durante semanas. Continuar el viaje en solitario es de vital importancia.

Alcanza el Chrysler en mitad de la noche. Rápidamente se acurruca en el asiento, escondido tras el salpicadero, el pico y el machete en el asiento del copiloto, bien cerca por si acaso. El control de la respiración le permitirá tranquilizarse. Cuando lo logra, alza la cabeza.

Delante de sus ojos todo sucede a una velocidad increíble, el borrón de la sombra acercándose a la rotonda, el géiser de la sangre, los cuerpos destrozados de los zombis y la inmolación final del superviviente.

Tras la masacre, en mitad de la noche en llamas, quedan únicamente el Durmiente y Salvador, frente a frente, cincuenta metros de asfalto entre el miedo de uno y la irracionalidad del otro, entre el nerviosismo y el instinto.

Caer ahora sería una putada.

Siento el quiste de las llaves al final del bolsillo. Encogido para que la sombra no detecte mi presencia, resulta casi imposible alcanzarlas con la punta de los dedos.

Menos mal que esa cosa de ahí fuera hace un movimiento imprevisto. Parece que alguien grita el nombre de Arrupe. Un grito contraproducente. Son sus antiguos compañeros de viaje, han descubierto el cadáver ahí arriba. El Durmiente gira la cabeza hacia su derecha y se dirige con paso firme al edificio. Antes de entrar en el portal alza la mirada en dirección a las últimas plantas, allá arriba. Busca algo, quizá la confirmación de la brasa de un cigarro o la cabeza asomada de algún temerario.

—Ve tras ellos —susurro.

Todavía rastrea por última vez la noche, desafiando mi inseguridad y la negrura del escenario, una manzana a medio construir a las afueras de Granada. A continuación penetra en el edificio. A poco que se descuide tropezará con el cadáver

del perro guardián.

Respiro aliviado. Aprovecho el instante para tirar de las llaves hacia afuera, desenterrarlas del bolsillo y acertar con la ranura del contacto. De inmediato gruñe el motor de Chrysler.

Arriba, en la séptima planta, se suceden los gritos. Ya no hay salvación para ninguno de los cuatro que quedaban. A pesar de la altura y la distancia se perciben con claridad. Dentro del vehículo Salvador se encuentra con un problema inesperado, el cerebro transmite la orden, pisar el embrague y mover la palanca de cambios, pero sólo obedece la pierna. El brazo derecho permanece engarrotado, fundido sobre el pomo sin ser capaz de moverse. De nuevo es transmitida la orden. En algún lugar se produce el cortocircuito, se trunca el viaje del impulso neuronal. Es posible que en una hendidura sináptica de no más de treinta nanómetros entre dos neuronas se encuentre el origen del problema y que un fallo dé lugar a otro, pero lo cierto es que la mano derecha se niega a responder.

Por instinto la acerca a la boca y la muerde con la fuerza justa para sentir el agujonazo del dolor, para despertarla a ella o al brazo de alguna manera. La corriente neuronal se restablece porque el reflejo doloroso golpea el cerebro con dureza.

Superado el problema Salvador consigue meter la marcha, suelta el embrague y pisa el acelerador. Debe controlar el seísmo de los nervios.

Apenas el Chrysler ha avanzado quince metros cuando un cuerpo se estrella contra el suelo, justo a la derecha. Los huesos se quiebran como si fuesen de madera y estalla la cabeza. El estruendo asemeja la explosión de un pequeño artefacto. Nunca ha sentido algo semejante. Sin duda alguna es uno de sus cuatro compañeros, el de los chistes, cree reconocer Salvador a pesar de la oscuridad. Detiene el coche. El cuerpo yace desparramado tras una caída de más de veinte metros de altura. Un último estertor sacude los brazos.

Salvador baja la ventanilla. El hombre aún se mueve a pesar de que la cabeza rasurada es, por culpa del impacto, un calco de la del hombre elefante.

—Ya no te dolerá más la cabeza, capullo.

La boca se retuerce en una mueca intentando una respuesta. A Salvador le gusta pensar que ahora, a un palmo de la retirada definitiva, se ha acordado del chiste que antes, en la séptima planta, fue incapaz de terminar. Hay una décima de segundo en que sopesa la posibilidad de subir a la acera y hacer puré ese jodido cuerpo. Sin embargo prefiere concederle el placer extremo de la agonía.

—Me llevo prestado tu coche.

Acelera en dirección a la rotonda. Al llegar el vehículo se estremece por completo. Algo golpea el suelo por debajo. Salvador ha de sujetar con fuerza el volante. Atraviesa una escombrera de cuerpos mutilados, una abstracción de músculos y órganos. Pasar por encima de brazos y piernas es fácil. Por el contrario debe sortear las cabezas y los torsos.

Chasquidos de huesos que se quiebran bajo el peso del vehículo. Salvador reza

para que ninguna astilla ósea provoque un pinchazo. Entonces sí que estaría perdido, a merced de Él.

Las ruedas trazan dos líneas paralelas sobre el charco de sangre.

Sobre la ciudad sobrevuelan los dos Mirage F1. Ahora el fuego jabonoso alcanza la barriada de Maracena, unos cientos de metros a la izquierda de donde se encuentra.

El Chrysler circula ahora por la avenida Juan Pablo II. Enciende las luces. Aunque así los aviones podrían detectar su presencia en medio del melanoma de la ciudad, será mejor llevarlas encendidas si piensa pisar a fondo el acelerador. Un accidente a estas alturas de la noche acabaría con la posibilidad de alcanzar la Ciudad Negra.

Las luces largas descubren la figura de un hombre en mitad de la carretera. A semejante distancia es imposible distinguir si es un superviviente o un zombi.

Salvador parpadea las luces largas y las cortas advirtiéndole del peligro. En vano. El tipo hace señas para que se detenga, pero Salvador sabe lo que ha dejado atrás y no piensa perder ni un solo segundo.

El infeliz continúa en mitad de la avenida. Es su forma de echarle un pulso, permanecer impertérrito. Cuando se encuentra a menos de veinte metros, Salvador descubre que viste uniforme de policía y que es un pellejudo como él, la mirada cancerosa, la piel cenicienta y la ausencia de mandíbula.

—Si será capaz de multarme...

Al llegar a su altura, Salvador tira del volante hacia la izquierda. Tintinea la cadena en su muñeca derecha. Las ruedas giran y detrás todo el Chrysler. Pero el otro da un par de pasos rápidos y se echa encima. El impacto es inevitable. De nada sirve ya pisar el freno.

—Nunca he visto a un poli tan perseverante —masculla.

El cuerpo rueda primero por encima del capó, impacta contra la luna delantera y luego rebota contra el techo. Finalmente se desbarata y cae. Por el espejo retrovisor, gracias al fulgor rojizo de los pilotos traseros, Salvador descubre el bulto inerte del policía. Muerde un insulto porque hubiese preferido evitarlo.

Es justo una décima de segundo antes de devolver la mirada al frente cuando descubre algo en mitad de la carretera. Vuelve a mirar por el espejo. Tal vez, una sombra de imponente altura. A esa distancia es difícil asegurar nada. No puede ser, seguramente será una ilusión óptica. Es imposible que haya acabado tan rápido con todos sus antiguos compañeros. Negar el miedo es cuestión de supervivencia.

Pisa a fondo el acelerador. Sobrepasa una primera rotonda, adornada por una fuente que en otros tiempos hubo de saludar con sus juegos de agua a los visitantes, y que ahora es tan sólo un abrevadero de perros abandonados. La oscuridad se hace más profunda en el fondo del agua estancada.

Una breve mirada al espejo retrovisor. Un golpe en la sangre le avisa del peligro. Cien metros más atrás una sombra se mueve con asombrosa rapidez. Sólo puede ser esa cosa. Golpea el volante con rabia.

Al devolver la vista a la carretera descubre un autobús volcado. Hay un resto de llamas en el interior. Y unos cuerpos tirados en mitad de la calzada. Sorteando con apuros el autobús, pero es inevitable pasar por encima de los cuerpos. La suspensión del vehículo se retuerce.

El estruendo de los aviones de nuevo. Ahora ha de jugar a doble o nada. Decide seguir adelante con las luces encendidas, arriesgarse a la lluvia del MK77. Prefiere morir alcanzado por las llamas que destrozado en manos de la sombra de ahí detrás.

Apenas tiene tiempo para reaccionar. Una de las bombas cae demasiado cerca, unos metros más adelante, en el carril contrario. Salvador observa cómo rueda el fuego a lo largo del arcén, cómo supera el quitamiedos y alcanza la noche que aguarda más allá.

Una segunda rotonda le permite pasar por debajo de la carretera de circunvalación y salir en dirección a Málaga por la autovía de Sierra Nevada. En otras circunstancias elegiría el refugio del puente, pero no dispone de margen suficiente.

La aguja del cuentakilómetros marca ciento veinte por hora. Ahora ya es imposible ver otra cosa por el espejo retrovisor que no sea la carretera totalmente a oscuras.

Quinientos metros más adelante la autovía cruza por encima de las vías del tren. Es hora de respirar. Destensar los músculos y disfrutar con la conducción.

Amanece un nuevo día. Los bancos de niebla se ciernen sobre la carretera. El sol alcanza la línea del horizonte proponiendo una tregua en mitad del invierno más frío y lluvioso de los últimos años. La vida se despierta al otro lado del asfalto. El jolgorio de los pájaros, el aroma de la tierra húmeda, el viento que mece las copas de los olivos. Una postal de turismo rural.

Sin embargo, un par de cadáveres y dos coches destripados desmienten ese momentáneo espejismo. Están acostados sobre el arcén. Las puertas abiertas y los cristales rotos. No queda nada dentro de ellos, ni siquiera los asientos que han sido arrancados de cuajo, salvo unas manchas de sangre y algunos efectos personales olvidados. Y signos más que evidentes de lo que ha podido ocurrir.

La carretera es una trampa, un viaje hacia la nada, pueblos y ciudades desbaratadas por el rebrote de la infección.

A lo lejos, en mitad de la niebla, emerge la figura de un hombre. Camina apresurando el paso, una muñeca presa por una cadena de hierro, los jirones brumosos enredados en las botas. Aprovecha el amanecer para recomponer pieza a pieza algo del valor perdido durante la noche, si es que alguna vez fue valiente. Para él la valentía es simplemente una enfermedad contagiosa ante la que es inmune. De todas formas no estuvo nada mal lo que hizo con Bud Spencer, que le doblaba en peso.

Filosofo sobre ello mientras avanza sin descanso sobre la línea discontinua de la carretera, las botas paso a paso sobre ella, ahora los brazos en cruz, como el funambulista que cruza el vacío sobre un alambre que apenas cabe entre los dedos de

sus pies. En la mano izquierda, el machete. De la derecha, además de la cadena, cuelga una garrafa.

Todavía trae el miedo escondido en los ojos. A veces silbar una melodía o marcar el ritmo de una canción con el chasquido de los dedos sirve de antídoto. A veces es mejor gritarla, aunque con ello asumas un riesgo:

—Si eres tan titán titán titán —canta sin imaginar de dónde proviene semejante estribillo, qué más da—, yo una vez salté la banca en Montecarlo.

Pero del espejo de la mirada es más difícil borrar la huella del espanto. La huida de Granada, la persecución sufrida, el fuego que caía del cielo. Lleva caminando cuatro horas en busca de gasolina para poder seguir viaje. El Chrysler ha quedado muerto quince kilómetros atrás.

Largo es el camino y el desaliento. Hondo el miedo, escaso el valor. Y superficial el gesto de patear una piedra.

Está muy cansado. Los pies se cuecen dentro de las botas y la piel cancerosa se lacera por culpa del roce con los calcetines húmedos. Y es que hace un par de horas ha soportado sin dejar de caminar un chaparrón que lo ha calado hasta los huesos. Trae toda la ropa húmeda, la guerrera y el vaquero, el frío de la noche empantanado en el pecho y en la espalda por culpa de las vendas. Tirita de frío, así que agradece la salida del sol. Por lo menos podrá ir secándose. Poco a poco. Resopla y maldice su suerte. A continuación reanuda el juego de la música, voceando ahora la canción de antes. Nadie le escuchará. Mientras tanto los dedos de la mano derecha, sobre el mango de la garrafa, simulan tocar una melodía, algo similar al *Film Music* de Brad Mehldau, que le cosquillea en las yemas desde esta mañana, sin llegar a saber qué significa ni cómo diablos se llama.

Durante un segundo sopesa la posibilidad de haber probado suerte dirigiéndose al centro de Granada en lugar de abandonar la ciudad. Tendría que haberse arriesgado bajo el fuego de las bombas MK77, pero quién sabe lo que habría encontrado.

Ahora está en mitad de ninguna parte. Menos mal que al final de la carretera, antes de que se pierda tras una curva a la derecha, descubre dos manchas oscuras. Apostaría que son dos coches. Con algo de suerte podrá continuar el viaje.

Al llegar a su altura, Salvador busca las llaves en el interior de los vehículos. Ni rastro de ellas. Era una apuesta segura, continuar viaje en uno de esos coches abandonados y olvidarse del Chrysler y del pico. Para su desesperación, el único botín que obtiene es una caja de caramelos de café que hay debajo del asiento del conductor.

Tendrá que seguir con el plan establecido, extraer algo de gasolina de uno de los depósitos y desandar el camino andado. Abre uno. Deja la garrafa en el suelo y saca del bolsillo un largo macarrón de plástico. Ahora sólo hay que aspirar bien fuerte y dejar que el combustible llene lentamente la garrafa. Acucillado, siente la tensión de las piernas, una presión de acero en las pantorrillas después de más de quince kilómetros de caminata.

El nivel de la gasolina dentro de la garrafa sube al mismo ritmo que su ánimo.

Cuatro horas después, a eso de las once de la mañana, el Chrysler accede a una gasolinera que hay en mitad de la nada, camino de Antequera. Salvador guarda la precaución de esconder el vehículo dentro del túnel de lavado. Así evitará que desde el aire puedan detectarlo los aviones y helicópteros de los vivos, y den la voz de alarma.

Las botas crepitan sobre guijarros de cristal. Todas las ventanas del local están reventadas. Eso no lo ha podido hacer un tornado. Hay evidentes signos de lucha por todas partes, restos de sangre en las paredes y en el suelo. Es fácil imaginar todo lo ocurrido entre esas cuatro paredes.

—Madre mía —murmura bajando la guardia de los brazos, el pico sostenido con ambas manos.

Han volcado los estantes y el congelador de los helados está abierto. En su interior el nivel del agua alcanza unos cinco centímetros. Tres o cuatro cartones vacíos flotan en ella.

La fortuna quiere que debajo de uno de los estantes encuentre una bolsa de patatas fritas. Está abierta y apenas hay un puñado de ellas, tiesas como suelas de zapatos. Prueba una. En la lengua, el rastro de un sabor que permanece olvidado.

Con matemática exactitud, Salvador inspecciona una tras otra todas las estancias de la gasolinera, el cuarto de baño y la habitación de descanso del personal, procurando no dejar ni un solo hueco sin inspeccionar. Nada destacable, salvo una revista pornográfica que encuentra en un cajón. Lee el título, *Hustler*. Duda durante un segundo, luego la abre y la observa con avidez, del principio al final y vuelta al principio. Cada fotografía despierta una mueca ansiosa de sus labios. Con el índice repasa las curvas de alguna de las modelos. Menudas carnes. Bien es cierto que la publicación se le antoja un poco zafia, la contorsión de los cuerpos a la búsqueda de la foto excitante, los pechos hacia afuera al igual que el trasero, las piernas bien abiertas para mostrar el tierno regalo entre semejantes columnas a solitarios y viejos que añoran glorias pasadas. Es difícil saber si su anterior dueño ha disfrutado con ella, pero lo que queda claro es que ha matado el tiempo dibujando, sobre el monte de Venus de las que lo lucen rasurado, un arabesco o una geometría de vello púbico azul.

De repente emerge un nombre en la bodega de su cabeza, Sylvia Kristel. De nuevo el repaso, esta vez exhaustivo. Nada, no está ella.

Entonces algo sucede. Abandona la habitación de descanso arrugando el entrecejo. Es una sensación o simplemente un presentimiento. No sabe si ha sido antes el ruido o la sombra, o por el contrario todo ha sido un engaño de los sentidos. De todas formas será mejor esconderse detrás del mostrador.

Asoma la cabeza por encima del cristal roto del escaparate y, a un lado de los surtidores, encuentra la sombra que acecha tras su miedo. Es menos grave de lo que había temido en un principio, parece la sombra de un perro. La figura en mitad del asfalto es inequívoca.

Abre la guerrera y guarda dentro la revista pornográfica.

—Si eres tan titán titán... —canta muy quedamente. Abandona el refugio del mostrador con la bolsa de patatas en una mano y el pico en la otra. No ha de fiarse. Un animal hambriento es capaz de todo.

Se acerca dedicándole piropos, la bolsa junto a las botas, la mano izquierda adelantada, la palma boca arriba en son de paz. La derecha, por su parte, permanece escondida tras la espalda, aferrada al pico.

—Tranquilo, tú tranquilo, bonito.

Es un caniche muy sucio, el pelo lleno de manchas de sangre. Se acuclilla para ganarse la confianza del animal. Ponerse a su altura facilitará el acercamiento. Una racha de viento desordena el flequillo del perro, que se muestra reticente, encogido el cuerpo en actitud de alerta, el rabo entre las patas. Seguramente Salvador no será el primero que ha intentado el mismo juego con él. Así que es normal que desconfíe.

Debajo del pelaje se intuyen las costillas. Está muy flaco y tan sucio que es casi imposible adivinar su verdadero color. Es de estatura mediana. No es un galgo, pero es igual de escuálido que Ayudante de Santa Claus. No pertenece a ninguna raza conocida. Un mestizo, un animal inofensivo que a buen seguro mitigaría el aburrimiento de los trabajadores de la gasolinera con sus carantoñas. Eso piensa Salvador; que tras esos ojos vivarachos se esconde un entrañable animal de compañía. Seguramente por eso no ha huido de allí, fiel hasta el final a su hogar.

De repente, a Salvador algo se le mueve por dentro. A lo mejor el vago recuerdo de otro perro, más alto y más fuerte, pero igual de cariñoso. La sonrisa brota inmediatamente de sus labios y el animal agradece el gesto aventurando un par de pasos. Pero basta que eche mano a la bolsa de patatas para que lo ganado en cinco minutos sea la mitad de lo perdido en un segundo.

El perro se retira. Para retenerlo Homer le ofrecería a Ayudante de Santa Claus un pedacito de su donut. Él, en cambio, sólo dispone del olor de las patatas fritas como el único reclamo para que vuelva a acercarse. Así que adelanta una patata sin hacer ningún gesto brusco, evitando mirarlo directamente a los ojos, no vaya a ser que se sienta acosado. Es más que probable que una mirada demasiado intensa lo espante definitivamente. A saber lo que habrán visto esos ojos.

Midiendo cada centímetro como si fuese el último antes de revolverse y salir huyendo, el animal gana terreno. El hambre le conduce irremediabilmente hacia Salvador.

Mira alternativamente a los ojos del hombre y a la patata frita. Tan sólo un metro de distancia entre ellos. Demasiado lejos para Salvador. Peligrosamente cerca para el perro.

—Toma, bonito.

Antes de que él consiga oír nada, el animal levanta las orejas, dos radares que se mueven a un lado y al otro, rastreando el viento. Está a punto de perderlo. Y Salvador lo sabe. Deja la patata en el suelo y se retira medio metro. Pero el chucho sigue con

las orejas de punta y la trufa de la nariz olisqueándolo todo.

Entonces huye a toda velocidad camino del túnel de lavado. Salvador maldice su suerte. Recoge la patata del suelo y la introduce en la bolsa. Hay que racionar la comida. Se incorpora y otea el horizonte, una mano a modo de visera.

Antes de que pueda ver nada, se presiente la inminencia de un rumor. Es eso lo que ha detectado el perro antes que él, y por eso se ha escondido.

Desde luego, el animal sabe a qué se enfrenta de quedarse en mitad de la gasolinera. Ya habrá tiempo de comer luego, primero hay que salvar la vida. Por su parte Salvador desconoce el origen del peligro, pero no el peligro en sí mismo. De modo que corre camino del Chrysler que aguarda dentro del túnel de lavado.

Acercándose metro a metro, rueda por la carretera el temblor de un grupo de motoristas. Salvador vuelve a encontrarse igual que anoche, encogido en el asiento, esperando que el peligro pase de largo. Introduce la llave en el contacto y aguarda. El pico y su hambre como unas únicas defensas.

Minutos más tarde el ruido es perfectamente reconocible. El bramido de una manada de motoristas retorciendo la oreja a su máquina. El suelo tiembla. Ojalá no encuentren atractiva la gasolinera y pasen de largo.

CAPÍTULO 10. SECRETO TRAS LA PUERTA

(Conversación telefónica del martes 12 de enero de 2010).

—Oye, niña, que se ponga tu madre... Dile que se me agota la batería y que hasta que no llegue al hotel me será imposible llamarla... Que se olvide de la puñetera colada y se dé prisa, hostia...

El coche permanece detenido en mitad del puente del Alamillo. Mira hacia atrás por el espejo retrovisor en dirección a la Glorieta Olímpica. Sorpresas las justas. Por eso ha elegido el puente para hacer la llamada, porque se despreocupa de los costados, salvo que aparezca un zombi volador, que es lo único que le faltaba ya por ver. Mientras habla come alguna que otra patata frita.

—Oye, mamá, te llamo para que veas que me acuerdo de ti... Bueno, mejor eso que nada... Lo siento, tenía que haber telefoneado ayer... Nada, mujer, me tuve que ir así porque es un asunto que le urgía al cliente... Te cuento, ascolti: estoy en Tarragona... Pues nada, el típico caso de cuernos, la esposa quiere pruebas para estrujar al marido como una esponja en el juicio... Como se descuide el fulano ella le quita hasta la dentadura postiza... Espera un momento.

Alarga la mano y cambia de emisora, mejor escuchar algunas noticias. Ya está bien de tanta música clónica. Encima, todas las mañanas el mismo tormento con Kiss FM. Es igual que una batidora en la que, en lugar de frutas o verduras, hubiesen vertido los cerebros de los oyentes. Se encuentra tan hastiado que decide a sacar el suyo antes de que la emisora apriete el botón y haga zumo con sus ideas.

—... Oye, la radio del demonio... Calculo que en dos días volveré a casa... ¿Óscar? Sí, se vino conmigo el muy cabrito... Despreocúpate, come muy bien... Mejor que yo incluso... Las sobras de lo que me ponen en el hotel...

Aparta la bolsa de las patatas en el asiento del copiloto después de prohibir al perro acercarse a ellas. El animal entiende la orden y se sienta con cara de bueno. Sin embargo, de reojo, permanece pendiente del más mínimo descuido para almorzar furtivamente.

—... ya sabes que estas cosas acaban siempre mal. Hay mal arreglo cuando a uno de los dos se le cae la ropa interior al reclamo de otro nombre y otras piernas... La historia se repite y a mí me mandan a limpiar las manchas más inexpugnables...

De repente ladra el perro. Fettuccine cambia una mirada con el espejo retrovisor, allá al fondo aparecen dos cuerpos. Por la manera de comportarse es fácil el diagnóstico, muertos vivientes.

—... El perro, que anda pendiente de las palomas de la plaza. Ya sabes cómo es... Que sí, que está comiendo muy bien. Despreocúpate de eso... Dale un beso a la niña. Mamá, que te tengo que dejar.

La distancia entre el coche y los pellejudos es cada más preocupante. Comprueba

que en la guantera aguarda la pistola y que está cargada. Siempre es bueno ir bien acompañado. No es la primera vez que tiene que mediar en alguna disputa. Lo que ignora es cómo se lo tomarán esos dos tipos de ahí fuera. Antes de que sus gruñidos se cuelen por el auricular del móvil se despide.

—... *Arrivederci.*

Domingo 31 de enero de 2010. 11:30 horas.

Puerta de Jerez, Sevilla.

Las dos figuras avanzan próximas a los edificios. Si salieran al centro de la calzada se mostrarían más vulnerables.

Judith debe darse prisa. Empuja la silla con fuerza. Ya que es imposible eludir la compañía del muchacho, por lo menos por ahora, prefiere que se sienta incómodo con su enfado. Luego habrá tiempo de hacerle pagar lo que le ha hecho. Niega la posibilidad de acercarse por detrás y aplastarle la cabeza, hundirle el martillo en la coronilla y acabar con un capullo como él. El castigo ha de ser forzosamente más sutil.

Sin sospechar las distintas variantes que manejo para su retirada definitiva, me habla del cloroformo que utilizó para drogarme y de su necesidad de retenerme a toda costa. Espera mi comprensión, el muy hijo de puta.

—Era necesario, créeme. De lo contrario me habrías abandonado —el tono con el que habla es quejumbroso, al borde del llanto—. Sin tu ayuda nunca habría salido de casa —aquí utiliza su minusvalía para ablandar mi odio—. Aprenderás a soportarme.

Y al final lo consigue. Aunque dudo que haya sido fruto de sus palabras. Achaco mi debilidad a cierto recuerdo. Además, sería muy poco práctico ejecutarlo ahora. En algún momento puede serme de ayuda.

La ciudad yace derrotada bajo la tibia luz de la mañana. Todavía cuelga de las calles el alumbrado especial de Navidad. El asfalto húmedo delata la intensidad de la primera lluvia de la mañana.

En la parada de taxis hay tres o cuatro vehículos. Con un poco de suerte alguno tendrá las llaves puestas. Jonás mira por encima de la ventanilla de los que están subidos a las aceras. Mientras tanto, yo hago lo propio con los otros dos. Hay poco tiempo que perder. Golpeo la ventanilla con el martillo y asomo la cabeza, nada en el primero y nada en el segundo.

Hay un resucitado en mitad de los rieles del tranvía. Menos mal que la falta de electricidad jubiló antes de tiempo a los monstruos mecánicos del centro de Sevilla porque de lo contrario harían con él carne picada y podrida. La imponente figura del hombre destaca del resto de cuerpos que vagan por las cercanías de la Catedral, no

sólo por su altura y volumen generoso, sino por la melena y la barba mesiánica. Apelmazada en cuajarones, la sangre completa la similitud, únicamente le falta la corona de espinas y la clámide roja. Mira obstinadamente al suelo, donde parece haber perdido algo.

—Mori... mori —repite como una letanía. Suena vagamente a latín. Quién sabe en qué demonios trabajaba antes de la crisis de la Doble Muerte.

Con la puntera del zapato reagrupa el desorden de folios impresos que hay a sus pies. Por desgracia, la humedad del suelo juega en contra del extraño coleccionista, porque algunos de ellos se rasgan por la mitad.

Como es más lo que puede recuperar que lo inservible, dobla su enorme corpachón, *yokozuna* sevillano, e hinca las rodillas en el suelo.

—Mori... kitsune... mori kitsune —es una invocación, un exorcismo contra el olvido, aunque él no lo sepa.

Con el fajo de folios ya reunidos bajo el brazo iza su cuerpo del dohyo de cemento. Una vez de pie, derrotada la memoria, mira a un lado y a otro. Nada que hacer, ningún sitio a donde ir.

En ese mismo momento cruza por delante suya Judith, que empuja la silla de Jonás. No hay tiempo que perder. Aun así, a ambos les da tiempo a oír la versión definitiva, el conjuro final:

—*Kitsune mori*.

Pero la necesidad de huir, la urgencia, les impide ver la sonrisa del *yokosuna* mesiánico. Al intentar aplaudir, se precipita sobre los rieles del tranvía una cascada de folios mojados, verdadera catarata de palabras.

Unos metros más allá, Jonás parece haber encontrado algo.

—¡Aquí, Judith! —grita haciendo un altavoz con el cuenco de las manos.

Es la parada de taxis que hay en Puerta de Jerez, a un paso de la mole del Hotel Alfonso XIII. Judith sortea un cadáver medio calcinado. La virulencia del fuego dificulta el reconocimiento. En esos terrones oscuros de carne y ropa es prácticamente indistinguible el uniforme de un policía, si no fuera por la porra a un costado y la cartuchera de la pistola al otro. Para su desesperación, el arma ha desaparecido.

El muchacho espera a Judith esgrimiendo una sonrisa de satisfacción. Con un simple golpe de cabeza la invita a mirar dentro del vehículo. Es un taxi. Descubre el cadáver del taxista sentado frente al volante, volcado sobre el asiento del copiloto. Desde fuera es arriesgado precisar qué ha podido suceder.

—Jonás, aparta a un lado.

El muchacho se retira. Judith golpea la ventanilla con el martillo, dos, tres veces, casi sin fuerzas, la muñeca incapaz de imprimir la violencia necesaria para romperla al primer golpe. Al fin el cristal estalla en mil pedazos.

—Joder, estoy sin fuerzas —se lamenta en voz baja.

—Un puñado de cereales te habría venido bien.

Con la cabeza del martillo repasa todo el marco de la ventanilla, no ha de quedar ni una sola arista de vidrio. Nada más asomar la cabeza la interpretación es bien sencilla, evidente: el borrón carmesí en el techo, la sien destrozada, una pasta de color salmón y restos de cabellos por todas partes. La mano izquierda laxa junto al costado, el dedo índice enganchado al gatillo. Es un animal negro, metálico, frío, que aguarda un nuevo dueño.

Rodea el coche y rompe la ventanilla del otro lado. Levanta el seguro y abre la puerta. El dedo está completamente rígido, fundido en el molde del *rigor mortis*. No quiere, pero ha de hacerlo. Fuerza el dedo girando sobre sí misma la pistola. Las falanges se retuercen hasta el extremo de lo imposible. Gracias a un último empujón, el chasquido estalla en mitad del silencio de la mañana. Enseguida el dedo pierde rigidez y es fácil arrebatárle el arma. Siempre es bueno contar con una pistola, quién sabe cuándo la podrá necesitar. De manera que la guarda en el cinto.

Por si fuera poca recompensa el taxi tiene precisamente lo que buscaba, un cristal de seguridad entre los asientos delanteros y los traseros.

A continuación alarga la mirada hacia el otro lado, alertada por un inequívoco ruido. Es Jonás, medio cuerpo encaramado a la ventanilla, echado sobre el cadáver del taxista, cuidando de no manchar la sudadera de *Silent Hill*. Ha aprovechado el momento para dejarse vencer por la corpulencia del instinto. Remangada la pernera izquierda, hunde la boca en un desconchón de carne, a la altura del tobillo. El hueso asoma, un trazo de color blancuzco, en mitad de un charco carmín. Son intensos el olor y la repulsión que experimenta Judith frente a la avidez de los mordiscos. Los dientes escarban. Elegir el pedazo, morder, los dientes como grandes tenazas para arrancar la tira de carne con la fuerza de la mandíbula. Luego la saliva hace su trabajo, suaviza el bocado, un pedazo tieso como si fuese de cuero.

Judith prefiere esquivar al instinto, de hecho se esfuerza en mirar hacia otro lado. Pero entiende al muchacho. Lleva demasiados días sin comer otra cosa que no sean esos jodidos cereales.

—Tengo prisa —protesta Judith a la espera de abreviar el trance. Cierra dando un portazo y se asoma por la ventanilla rota—. No hay tiempo que perder.

Al otro lado, encuentra los ojos de Jonás, náufragos de sangre. El cadáver permanece en medio de ellos. Y ahora la súplica del muchacho.

—Sólo será un minuto.

—Vámonos.

—Un minuto —las manos juntas, en actitud implorante.

Pero ella está dispuesta a cualquier sacrificio por continuar. Así que rodea el coche y aparta de un empujón la silla de ruedas.

—Un poco más, joder —se lamenta Jonás, como un niño pequeño al que retiran el plato de la mesa.

Para vencer el peso del cadáver y dejarlo sobre el asfalto, Judith se ayuda apoyando un pie en el estribo del coche. Lo tiene agarrado por las piernas. La sangre

cuajada del tobillo izquierdo lubrica la mano entorpeciendo el agarre. Centímetro a centímetro arrastra el cuerpo hacia fuera, la espalda arqueada hacia atrás, asentando toda la fuerza sobre los riñones. Es lo único que le faltaba, otro sobreesfuerzo.

—Hija de puta... —rezonga el muchacho.

La cabeza del taxista rebota en primer lugar contra el estribo con un sonido vagamente metálico, y luego en el suelo, algo más sordo el golpe.

A su lado, boca abajo, permanece el cuerpo medio calcinado del policía, quien al sentir a alguien cerca se retuerce, tratando de arrastrarse únicamente con la ayuda de los brazos. De cintura para abajo es una papilla de carne derretida y ropa abrasada.

Desentendiéndose del esfuerzo baldío del policía, Judith se acuclilla sobre el cuerpo del taxista. Ningún bolsillo ha de quedar sin registrar. Los vuelve todos hacia fuera, la desnudez obscena de la tela blanca, uno a uno, para que nada quede dentro. Cinco billetes de veinte euros que desdeña enseguida. Un encendedor que guarda en la mochila. Un resguardo de la bonoloto, paparruchas. Y lo que buscaba, por fin. La llave del taxi.

Se sienta y la introduce en la ranura del contacto. El motor carraspea fatigado antes de resucitar, a saber cuánto tiempo lleva parado. Basta con pisar a fondo un par de veces el acelerador para calentarlo. Con un poco de suerte podrá llegar a tiempo.

Judith ayuda a Jonás a subir al asiento trasero, circunstancia que desagrade al muchacho. Prefiere ir delante, al lado de ella y no separados por el cristal de seguridad. Pero ella hace caso omiso de las protestas. Tiene muy claro que es necesario que vaya detrás.

Pliega la silla de ruedas y la guarda en el maletero. Al darse la vuelta, no puede evitar con la mirada observar el reptar infructuoso del policía y el desgarrón en el tobillo del taxista. Está dispuesta a sentarse frente al volante desoyendo la llamada del hambre. Es preciso luchar contra el instinto, doblegar su fuerza y olvidarse de la rata del estómago. Pero el cuerpo exige su cuota y el cerebro se encuentra impotente para detener lo inevitable.

—Maldita hija de puta —murmura Jonás al ver la maniobra de ella.

La camisa abierta del taxista, el tajo en la barriga, las vísceras que brotan relucientes, los gusanos, la descomposición.

—Tampoco hay tanta prisa, Judith, tú tranquila.

—¡Cállate!

Una vez sentada frente al volante, Judith descubre sobre éste con una mueca de desagrado lo que parece un pegote de plastilina de color rosa. Es viscoso. El detalle del mechón de cabello es incontestable. Asqueada, lo aparta con el cañón de la pistola.

—Maldito cabrón. Sólo se suicidan los cobardes —gruñe el muchacho mientras tira de las mangas de la sudadera. Las muñecas han de quedar ocultas.

Se mira los dientes en el espejo retrovisor y cabecea negativamente. Judith está a punto de quitar el freno de mano y meter primera cuando el tableteo de un helicóptero

salta de tejado en tejado procedente del barrio de Santa Cruz.

—Quieto —dice, como si Jonás pudiese ir a algún lugar sin su silla.

En menos de un minuto la megafonía es claramente audible. Las palabras duras, inflexibles:

—Se informa que los lugares de encuentro son los jardines de la Buhaira frente al hotel, el paseo Cristóbal Colón frente a la Maestranza y el parque del Alamillo.

Judith y Jonás se miran a través del espejo retrovisor.

—La infección tiene curación, sólo tienen que rendirse. No lo pongan más difícil. La ciudad está tomada por el ejército. Se trasladará a Cádiz a los que colaboren. Allí encontrarán ayuda.

La mirada del muchacho no precisa traducción, está a favor de entregarse, todo lo contrario que Judith, que se muestra inflexible en sus planes. Cuando el helicóptero está lo suficientemente lejos, mete primera y arranca muy despacio, sorteando los cuerpos del taxista y del policía.

Dejo el taxi en mitad de la calle, camuflado entre otros vehículos abandonados a su suerte. Antes de abrir la puerta le disparo una mirada al chaval a través del espejo retrovisor.

—Salgo a hacer una llamada —digo, cabeceando en dirección a una cabina telefónica.

—¿Cómo? —pregunta. Quiere ganar algo de tiempo.

—Necesito hacer esa llamada.

Sus ojos me radiografían. Creo que sospecha. A lo mejor me descubre. Es posible que sepa que las líneas llevan cortadas por lo menos tres semanas.

—Ya no hay nadie a quien telefonar.

—Tampoco tengo que darte tantas explicaciones.

—Ok.

Me clava los ojos a través del espejo.

—Quédate aquí. Sólo será un momento —me apresuro a decir, como si necesitara convencerme a mí misma de la corrección de lo que voy a hacer.

Jonás permanece en silencio, escondido en lo más profundo de su desesperanza. Así que salgo aprisa antes de una nueva protesta y de que el nivel de mi cólera roce lo intolerable. Por supuesto, la mochila se viene conmigo.

La posición de la cabina me confiere ventaja sobre el muchacho, él no puede verme por culpa de dos contenedores de basura y, en cambio, yo sí veo el techo del taxi.

Me tiemblan las piernas. Van a su aire porque desconozco a qué viene tanto nerviosismo. Se merece que lo abandone después de lo del cloroformo. Como suponía: del teléfono, ni rastro. Sólo queda el cordón y al final del mismo un par de cables despeinados. Necesito reunir fuerzas para hacer lo que tengo que hacer.

Judith es consciente de que cargar con Jonás lastra sus posibilidades. De manera que es el momento de decidirse. Pero es en ese momento cuando le asalta a traición el

remordimiento. Con la silla guardada en el maletero condena a Jonás irremediadamente, porque en el mejor de los casos el muchacho podrá abandonar el taxi, sí, pero no irá muy lejos arrastrándose por el asfalto.

Es tal vez este dilema, deshacerse o no de él, el que invoca el recuerdo dentro de la cabeza, una llamada telefónica, una conferencia a esa otra Judith que se esconde dentro de su cuerpo y con la que difícilmente logra hablar muy de tarde en tarde. Desconoce el número, así que es sólo ella, la otra Judith, la que puede telefonarle. Cuando descuelga, el recuerdo la golpea con toda la fuerza de una revelación.

¿Angélica, estás ahí?

Es inútil identificar el nombre de la calle recordada en mitad de la evocación, sólo el aroma del azahar y la frescura de un patio baldeado con agua. Y sobreponiéndose con fuerza al resto de sensaciones, el chillido desengrasado de unas ruedas. El esfuerzo de las manos ajadas para mover el centauro de metal y el rumor de oleaje de una respiración cansada. Ella persigue la sombra a través del salón de una casa antigua. En el suelo, la sombra de la reja en mitad de un borrón de luz. Identifica el perfume del café recién hecho como uno de los olores de su infancia. La anciana se mueve con extraña facilidad sobre la silla de ruedas.

Nerviosa, sacude la cabeza para cortar la conferencia. Pero ha escuchado durante demasiado tiempo a la Judith escondida. En mitad de la calle, por encima de los contenedores, permanece el techo del taxi. Joder, ahora no es capaz de hacerlo. Todavía siente el candor de los besos de la anciana en la sangre, inmunizándola contra esa otra mujer de ahí afuera, del otro lado de la piel, obstinada en ejecutar a toda costa sus planes. Maldice su suerte y ladra un par de insultos, antes de regresar al coche.

—¿Había línea? —pregunta Jonás al encontrarla en el charco del retrovisor.

Contestar con un sí prolongaría una representación que ya no tiene ningún sentido. Por el contrario, hacerlo con un no podría conceder al muchacho la opción del desquite, de gritarle que lo sabe todo, que lo que en realidad desea es abandonarlo porque le estorba. Por lo tanto será mejor apostar por el silencio.

—¿Había? —insiste cerrando el cerco sobre su cuello. Le anda provocando, así que se muerde el labio y aguanta. Aunque solamente sea en honor al recuerdo que le ha asaltado en la cabina telefónica.

—A mí también me gustaría telefonar a mi madre —sonríe con malicia— para decirle que no volveré a casa en todo el día.

Antes de llegar a la avenida de Kansas City, el taxi tuerce por Luis Montoto y sube por la avenida de El Greco. Siempre por calles anchas a fin de evitar las emboscadas. Cualquier precaución es poca. Una vez detenida la marcha, Judith trata de convencer a Jonás de que será mejor que permanezca en el taxi.

—Subo sólo unos minutos, busco una cosa y regreso tan pronto como me sea

posible.

—Esta vez quiero acompañarte.

—De eso nada.

—Es para que esta vez no sólo hables tú por teléfono.

—Imposible, Jonás. Sería demasiado peligroso.

De repente destensa el rictus de la cara. Es un síntoma inequívoco de que se da por vencido. Además, no le queda otra.

—Vale, seré un niño bueno.

—Es sólo un segundo.

El muchacho levanta un dedo como si quisiese llamar la atención de la profesora en mitad de la clase, solamente que eso no es un aula y ella es una maldita embustera.

—¿Ha jugado a *Silent Hill*? —pregunta señalando su sudadera.

—A mi edad ya no se juega —gruñe Judith, cansada de la situación.

—Creo que yo jugaba a esto antes, pero no lo recuerdo con exactitud.

—Ok, Jonás, luego hablamos de ello, y ya me lo cuentas.

Como mucho, en un esfuerzo por mostrarse amable, Judith le ofrece la posibilidad de dejarlo sentado en la silla de ruedas al abrigo de un alero para que escape al menor peligro. Muchas veces las miradas son más significativas que las propias palabras. Como en este caso. A pesar de todo a Jonás no le queda más remedio que confiar en ella.

Después de dejarlo al abrigo de una marquesina, el freno de la silla echado, Judith corre sin despegarse un palmo de la fachada de los bloques, justo al final de la avenida de El Greco. Al llegar a Kansas City descubre a lo lejos, frente a la estación de Santa Justa, una patrulla militar. Con un poco de suerte, la distancia y las bromas cruzadas entre los soldados le concederán el margen suficiente para acceder al portal sin que reparen en ella.

Subo hasta la cuarta planta rescatando del vertedero de la memoria el piso y la letra, 4º B, B de bazofia. A cada escalón estoy más cerca de esas dos semanas que anduve escondida tras una cortina. Abro la puerta. Entro sigilosamente, sin hacer el más mínimo ruido. El espejo de la entrada, hecho añicos, me devuelve una imagen deforme, surrealista. Esa de ahí no soy, no puedo ser yo. Las llagas de la cara, la rabia en los ojos, el desorden del cabello. Por un instante parece que es anteayer, viernes, cuando evitaba en esa misma casa mi reflejo en los pantanos de los espejos.

En el fregadero gotea el grifo, secundero implacable. La despensa está vacía. Atravieso el salón con la vista fija en la ventana, sin mirar al suelo. Experimento la misma angustia de días atrás, prefiero tropezar con los huesos antes que verlos. Nada me detiene, ni siquiera la afrenta de ese patético tapiz que representa una escena de caza mayor.

Al final del salón tropiezo con la última lata vacía de raviolis. El sobresalto metálico. Vaya, las prisas han delatado mi regreso al piso. Si es que todavía queda alguien que pueda ser alertado.

Ahora la situación está mucho peor que hace dos días, todo juega en mi contra. Jonás espera abajo y los batas blancas siguen ahí afuera, en la calle Trempado.

En uno de los cajones del mueble del salón permanece descargada la Beretta, un cadáver metálico del que nadie podrá sacar el menor provecho. De inmediato resucita el recuerdo de Holofernes, la sorpresa inicial, el intento por reaccionar, el hacha y el golpe seco, hondo.

Encima de la mesa del salón deja la mochila. Dentro, las referencias básicas del mapa, el libro y la carta manuscrita. Extrae el libro, es un ejemplar cansado, estriado el lomo y castigadas las esquinas: *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa. A última hora consigue evitar la inmolación que supondría leer la dedicatoria. Lo devuelve al interior de la mochila. Luego estudia durante unos segundos el mapa.

Frente a la puerta cerrada del dormitorio de los niños, Judith se detiene unos segundos. Ha de atemperar la velocidad de la sangre y el huracán de las emociones. Trata de ganar algo de tiempo abriendo con tranquilidad el candado que sella la entrada. Toma la precaución de taparse la nariz con un pañuelo impregnado en colonia barata, que ha encontrado en el cuarto de baño. Empuña la pistola robada al taxista. Basta con tocar el pomo para que un incierto sabor acerado pudra el barranco de los labios, algo inquietantemente cercano al rastro de la sangre. Luego tendrá que cepillarse los dientes. Trata de olvidar los gritos y la explosión de la aorta, el géiser carmesí, exorcizar de alguna manera la misa negra de su cabeza, cuando gira el pomo muy lentamente.

Pero la puerta continúa cerrada. Algo la bloquea desde dentro.

—No lo pongas más difícil, Rubén.

Concentra todo el peso de su cuerpo en un único punto, el hombro, para vencer la resistencia. Al otro lado aguarda el premio. Ojalá haya sobrevivido dos días sin su tutela.

Un margen de tan sólo diez centímetros le permite introducir la mano y apartar la silla. Triste intento, demasiado infantil el querer frenarla con eso. Porque nada la detendrá.

—Ya he vuelto, nos vamos de viaje —susurra con la más embaucadora de sus voces.

Sobre la alfombra de Spiderman descubre una mancha oscura. Cree recordar que es un vómito de la niña. A simple vista, dentro de la habitación no hay nadie.

—¿Rubén?

Antes de entrar estudia el terreno, la cama medio deshecha, un mar embravecido de sábanas y mantas, la mesita de noche sobre la que descansan unos juguetes, clicks de Playmobil, la ventana abierta y la cortina que ondea igual que una bandera. Nada fuera de lo normal, casi una representación para un catálogo de una empresa de venta de muebles. Pero falta lo más importante, él.

—¿Conoces Málaga? ¿Rubén? Abajo nos espera un amigo y un coche.

La cadencia de los pasos, el talón primero, la puntera después, estudiada para

poder reaccionar ante cualquier imprevisto, le acerca hasta la ventana. Discretamente se asoma, no vaya a ser que los soldados la descubran. Una cuarta planta, demasiada altura para haberlo intentado. Ella no lo habría hecho. Y un niño de nueve años, menos.

—Nunca me ha gustado jugar al escondite.

Cierra la ventana, aparta el pañuelo de la nariz y olfatea con una intensidad casi animal. Enseguida es perceptible que hay algo distinto allí dentro, aparte del tufo de la colonia y la acidez del vómito. De encima de la mesita de noche elige un par de clicks. A uno de ellos le falta la peluca de quita y pon. Sonríe ante la inocencia de los niños, porque sólo ellos son capaces de cubrir la cavidad craneal de un muñeco con plastilina rosa, imitando al cerebro humano. Los guarda en un bolsillo de la chaqueta. A lo mejor le son útiles.

—En Málaga hay playa. Ya sé que es invierno...

Sólo hay un lugar donde puede permanecer escondido.

El instinto de Judith es infalible, mejor que el radar de un submarino. A un paso de la cama se detiene. Midiendo cada movimiento, se agacha a mirar debajo, una mano en el suelo y la otra dispuesta a levantar el filo de la manta.

—No voy a hacerte daño, venga —dice con un tono dulce, como quien se acerca a un gato malherido—. Sé bueno, por favor.

En cuanto da el tirón de la manta, asoma una mano infantil empuñando unas tijeras.

CAPÍTULO 11. SALVAR EL PELLEJO

Domingo 31 de enero de 2010. 19:30 horas.
Junto al Palacio de Congresos de Torremolinos.

La *Yersinia pestis* es una bacteria con una larga historia y una interminable lista de cadáveres cobrados, tan mortífera que provocó, entre otras epidemias, la tristemente célebre Peste Negra que, a mediados del siglo XIV, mató a un tercio de la población de Europa. Lo que al principio era del tamaño de una pulga, en este caso la pulga de la rata, principal transmisora de la enfermedad, acabó convertido en un monstruo imparable que traspasaba fronteras sin distinción de monarquías o principados, rodando por los lodazales y las montañas de basura de las ciudades, llenando de muertos cada esquina.

Para que la *Yersinia pestis* emigrase de la sangre del roedor a la del hombre tuvo que darse el escenario adecuado: primeramente que ella misma diezmará la población de ratas y luego que las condiciones insalubres de los rincones más inmundos de las urbes permitiesen el contagio. Acorralada por la muerte generalizada de su principal medio de vida y transporte, la pulga emigró en busca de un nuevo cobijo, la especie humana.

Tras la picadura de la pulga, la bacteria circula a través de la sangre con destino a los nódulos linfáticos. Las distintas defensas del cuerpo nada pueden contra la infección total. Se suceden numerosas hemorragias y la gangrena amenaza con extenderse al resto del cuerpo desde las extremidades. En un máximo de cinco días, el infectado fallece.

Con una mortandad incluso aún mayor, si ello es posible, se extendió por toda Andalucía la epidemia de los resucitados a finales del año 2009. En el Ministerio de Sanidad, nadie ha conseguido establecer el proceso exacto de la infección después de la mordedura de lo que Hollywood vino en denominar un muerto viviente. Al parecer, la infección es en extremo variable: su duración depende de la fortaleza del herido, de la zona afectada, de la gravedad de los mordiscos y de las condiciones higiénicas en que se produjo el ataque. En los laboratorios se trabaja a contrarreloj para conseguir una vacuna contra la infección. Pero por ahora los resultados han sido desalentadores.

Es por ello por lo que se extreman las medidas preventivas. Tiempo atrás, cuando la cirugía estaba menos avanzada que hoy en día, se detenía la gangrena amputando la extremidad infectada y —aunque prácticas cercanas a ese siglo XIV en el que la Peste Negra asoló Europa deberían estar abolidas por completo—, la rapidez del contagio y la fiereza de los nuevos adeptos de la Doble Muerte han obligado al Gobierno a adoptar medidas desesperadas. De este modo, poco después del día de

Reyes se declaró el estado de alarma, para de esa manera posibilitar la actuación de quien debía amputar lo putrefacto, el Ministerio de Defensa.

Desde entonces se combate con extrema dureza en toda Andalucía a fin de evitar lo que sucedió con la *Yersinia pestis* en la Edad Media, que desde el norte de la India acabó infectando a todos los estados europeos. Para que no sucediera de nuevo que después de cobrar refugio entre los mongoles, éstos la transportasen hasta Kaffa durante su asedio, y desde allí emigrara a Italia, Génova o la misma Venecia.

Un solo infectado sin controlar que traspasara la frontera de Despeñaperros podría provocar un desastre semejante al ocurrido en Andalucía. Nadie sabe dónde iría a morir y a quiénes infectaría y, lo que es aún peor, hasta dónde serían capaces de transportar la infección los nuevos contagiados. La misión de los distintos efectivos del Ejército desplegados en suelo andaluz es la de controlar la crisis. La retirada de los hambrientos es innegociable. Se impone la amputación extrema.

El Tercio «Alejandro Farnesio», perteneciente a la Brigada de Infantería Alfonso XIII de la Legión Española acuartelada en Ronda, se acerca a Málaga por el Oeste dispuesto a acorralar y a retirar a cuanto hambriento se cruce en su camino. A la altura de Torremolinos, más concretamente en el terreno baldío que separa el Parque Acuático del Palacio de Congresos, le sorprende la inminencia de la noche. Los que ostentan el mando de las operaciones prefieren extremar las precauciones y acampar de inmediato, la hoguera central bien crecida, un poco de gasolina para alentarla, y todo el batallón con sus pertrechos formando un gran círculo a su alrededor. Algo del estilo de lo que hizo el general Custer para defenderse de los sioux.

El miedo asedia a todo el batallón sin excepción alguna: hombre a hombre escondido debajo de cada casco, dispuesto a traicionar la fingida valentía de los soldados. En realidad a ninguno le gusta estar allí, en mitad de la oscuridad, asediados por una horda de cuerpos sacudidos por el instinto más básico, el de alimentarse.

Dadas las circunstancias y a pesar del apoyo aéreo de una escuadra de helicópteros Eurocopter EC665 Tigre, la precaución más elemental exige montar guardia durante toda la noche reforzando los turnos. Los centinelas han de abrir bien los ojos y al menor movimiento dar el alto. En caso de desobediencia, abrir fuego. El perímetro de seguridad es infranqueable, las órdenes son las órdenes.

Hay que estar pendientes del más mínimo chasquido, o de lo contrario podrían verse sorprendidos. La traición de un segundo de sueño, el peso de los párpados, podrían resultar fatales. Semejante descuido posibilitaría que una sombra de pies ligeros abandonase su escondrijo y asaltase a alguno de los que hacen guardia. Ningún soldado se atreve a nombrar esa amenaza aún mayor que la de los muertos vivientes. El que se la ha encontrado cara a cara no ha sobrevivido para contarla. Los centinelas ahuyentan el miedo elaborando planes para cuando regresen a sus casas.

Al otro lado del pueblo, calle Rafael Quintana Rosado abajo, la noche anega cada

bloque, cada rincón. En pleno centro de Torremolinos, a estas horas, la plaza de la Nogalera es un océano oscuro, completamente desierto, cuando semanas atrás era el lugar de encuentro preferido por los vecinos de la zona, sentados en una terraza alrededor de una copa o en los bancos que hay frente a la estación subterránea del cercanías. Por aquel entonces era habitual ver docenas de ancianos renegando de sus pensiones y de madres hablando de sus miserias, un ojo atento al niño, no se vaya a caer.

Ahora el silencio gravita sobre toda la plaza, adhiriéndose a los espectros de los árboles y al patíbulo del tobogán. Sólo es sobresaltado por el aullido lastimero de algún perro hambriento o por el chirriar de un columpio desengrasado, mecido por el viento. Entre las sombras de la noche nadan sigilosamente unos bultos clandestinos en busca del cobijo de los rincones más escondidos.

Hay que elegir un buen refugio. Nadie está a salvo cuando se retira el último rayo de sol. Así que dormir detrás de la mampara de seguridad de un banco es una de las mejores opciones. O eso piensa Salvador, que ha aparcado el Chrysler en la calle Danza Invisible, consciente de que pasar la noche en el coche sería una temeridad. Dentro del banco evitará las visitas inoportunas y a deshora.

La oscuridad me arrulla. Es imposible ver absolutamente nada. Mejor así, creo. Ahora mismo mis manos son mis ojos. Puedo registrar mi guerrera y extraer el mechero robado esta tarde a un cadáver. La llama prende durante unos segundos, los necesarios para encontrar mi cuerpo debajo del mostrador, dentro de una gran pecera de cristal reforzado. Hay montones de billetes tirados en el suelo. Reúno un puñado de ellos y les prendo fuego. Las llamas rizan el papel, quemando primero los bordes. Después regresa la oscuridad total. Si quiero mantener el fuego durante más tiempo habré de sacrificar los tres montones. Lo malo es que una vez consumidos, la oscuridad habrá ganado la partida.

Extraigo la Hustler de debajo de la guerrera. Se ha arrugado un poco, así que la plancho con la palma de la mano. Prendo los montones y la noche se retrae a mi alrededor, me deja espacio para que observe la revista. En la segunda página encuentro cincuenta kilos de mujer sin más aditivos que unos senos de silicona y unas lentillas de color azul. Sonríe a la cámara como ninguna actriz se ha atrevido a hacerlo nunca. Salvo en una película porno, aunque es indigno utilizar semejante apelativo para quien se lucra con el sexo. Repaso cada lote de carne en busca del pelo corto y ese aire de desamparo tan característico de Sylvia Kristel, que me enamoró en «Emmanuelle». Por fortuna, ni rastro de ella. Lo habría lamentado profundamente. Únicamente es un catálogo de magro y solomillo que observo con fruición y al mismo tiempo con una mueca de asco.

El interés de Salvador por las lascivas miradas de las profesionales del porno se consume con la misma rapidez que los montones de billetes. Después del punto final del fuego regresa la noche.

Devuelve la *Hustler* debajo de la guerrera. Ya no queda margen para distraer la

cabeza. Está de nuevo él solo, acompañado por los recuerdos: el viento, la atalaya de acero, el miedo allá arriba, la muerte allá abajo. Preferiría evitarlos, pero la oscuridad se los devuelve con el efecto de un boomerang. Ahora está a merced de ellos. Al mismo tiempo, sin que consiga detenerlas, siente cómo sus manos acarician un teclado imaginario, unas notas musicales, un par de compases carentes de sentido. Las entierra dentro de los bolsillos del vaquero. Menos mal que la estrechez anula la rebeldía de los dedos, ahí es misión imposible moverse.

Hay un instante en que, dividido, el cerebro marcha en una dirección y las manos en la contraria; uno en pos del amago del vértigo, la altura impensable salvo para un pájaro, la caída libre, la torre; y las otras en busca de una melodía invisible. Salvador sonríe ante la locura de los sentidos.

Un nuevo aguacero saluda al lunes uno de febrero. El repiqueteo de las gotas de agua contra las persianas bajadas de los locales tiene la consistencia de una escaramuza sin cuartel, el tableteo de las ametralladoras. Sólo que en la Nogalera no hay nadie a quien ajusticiar, ni saltan a cámara lenta los casquillos de cientos de balas.

Únicamente el viento y unas bolsas de plástico que nadan en mitad del aire. Por una esquina de la plaza, unas botas llenas de barro apresuran el paso. Salvador está empapado y muerto de frío. Dado que la *Hustler* no ha resistido el empeño del aguacero es hora de deshacerse de ella. Además, así calmará a la rata negra del estómago que anda soliviantada desde que viese el lote de carne. La tira al suelo y la desmiembra con una patada.

Pero el pecho sigue siendo un iceberg capaz de congelar al monstruo marino del corazón. Durante unos segundos piensa en la conveniencia de quitarse las vendas. Lo hará luego, cuando encuentre un refugio seco. Mientras llega el momento, maldecir en arameo le reconforta. Sin embargo, eso no es nada comparado con los bocados del hambre.

Necesita encontrar urgentemente algo de comer, lo que sea, cuanto antes. Ayer exprimió la bolsa de patatas fritas que encontró en la gasolinera, tiasas como suelas de zapatos, racionadas cada una de ellas hasta el límite de lo inimaginable. A última hora, antes de bajarse del Chrysler y buscar refugio en el interior del banco, acabó con la última. Así que ahora necesita con urgencia reponer fuerzas.

Desciende a la estación subterránea del tren de cercanías. Adelanta el pico, mejor ser precavido. De repente la noche, ahora bajo tierra. Con un poco de suerte encontrará algo que echarse a la boca y podrá esperar a que remita el aguacero.

Tantea a ciegas, lanzando la herramienta alternativamente a derecha e izquierda y luego hacia adelante, temeroso de sufrir una caída y no poder continuar. Para su desesperación, las máquinas de refrescos y dulces están reventadas.

—¡Joder! Malditos cabrones.

En un gesto de rabia, da una patada a una de las máquinas. La hostia, todo se alía en su contra. No contento con el desagravio, hunde el pico en el lateral.

Quince minutos después descansa sentado en el suelo y sus dedos culebrean sobre el mango del pico, al ritmo de esos compases que le hormigean en las manos. De pronto algo sucede. Los dedos se detienen y el corazón se disloca. Al principio es una vibración en el oído. A lo mejor ha sido producto de su imaginación, pero juraría haber escuchado algo, más allá de las vías. El tintineo de algo de metal contra el suelo.

Se asoma al andén, primero la cabeza, luego el resto del cuerpo. El río oscuro del túnel le impide descubrir lo que esconde el otro lado, porque está absolutamente convencido de que hay algo. Permanece quieto durante unos minutos, esperando la confirmación, sintiendo cada latido del corazón como el estallido de una bomba.

Tirita de frío, el iceberg del pecho está a punto de acabar con él.

Por segunda vez escucha ese ruido. Ahora, sin embargo, es capaz de reconocerlo, el tintineo de unos correajes y de fondo el murmullo de una voz o una radio. Es imposible precisar nada más, salvo la dirección; ha sonado a su izquierda, cien metros más adelante. Comprueba con la puntera de la bota que el andén no se encuentra peligrosamente cerca antes de aventurar el primer paso. Todavía puede avanzar un metro más. Sin hacer ruido, por supuesto.

Fuerza la vista en un intento por desentrañar la oscuridad cuando un chasquido detiene en seco su aproximación. Es un arma al ser amartillada.

—Alto, ¿quién va?

Se ha metido en la cueva del lobo.

La fundición que esconde bajo el pecho trata de forjar algo del valor perdido en los últimos días: *Notung* imposible, espada hecha pedazos, maldición de herreros que, como él, reniegan del combate. Es en vano todo esfuerzo, su valor es un puzzle y faltan demasiadas piezas. Ni siquiera el implacable ritmo de la máquina ventricular es capaz de hacer que reaccione. Permanece quieto, sin atreverse a dar un solo paso. El frío del invierno anida en la humedad de la guerrera. El iceberg del pecho le paraliza. Tirita de miedo y de frío mientras ordena las ideas.

Entonces una ráfaga arranca astillas a la pared. Es fuego de metralleta, un tableteo nervioso al otro lado. Salvador echa cuerpo a tierra de inmediato. Y abandona el andén reptando a toda velocidad, sin olvidar el pico.

—¡Tenemos a uno!

Detrás, separados por el andén, las voces de los vivos, el jolgorio por haber encontrado un zombi. Una vez detrás de la pared, se incorpora y abandona la estación subiendo de dos en dos los escalones. Sale a la superficie.

Ya no llueve, pero el suelo está empapado. En una décima de segundo radiografía con la mirada toda la plaza. La Nogalera sigue vacía. Menos mal, ni rastro de los vivos.

Echa a correr en dirección a la calle San Miguel. Arriba del todo descubre un jeep. Así que será mejor huir en dirección a la playa. A lo lejos truena la megafonía:

—El lugar de encuentro es la estación de autobuses. Han de saber que la infección

tiene cura. Sólo tienen que rendirse.

A medida que avanza calle abajo es cada vez más difícil entender el mensaje. A él no van a engañarle. Sospecha que su única oportunidad es llegar a la Ciudad Negra, donde quiera que se encuentre. O es precisamente todo lo contrario. Ahora no sabe qué pensar.

En la plaza del final de la calle, junto a la iglesia de San Miguel, encuentra a un grupo numeroso de hambrientos, no menos de cincuenta. Gente asustada, zombis achacosos y entrados en años, mujeres que lloran su suerte desconsoladamente y algunos niños incapaces de entender nada. Ninguno de los presentes sabe muy bien qué hacer, de modo que al descubrir la guerrera de Salvador creen haber encontrado a un líder. Le rodean en busca de respuestas.

—Un momento —dice apartando a los más cercanos con el codo. Necesita aire. La carrera despierta un gorgoteo sospechoso dentro de la garganta.

—Dejadlo respirar —dice una voz.

—¿Por ahí... se baja... a la playa? —pregunta Salvador señalando los primeros escalones del Bajondillo.

Un muerto de unos cincuenta años, sostenido sobre los zancos de las muletas, se adelanta. Viste bata de terciopelo, la esquina de un pañuelo asoma en el bolsillo que queda a la altura del corazón.

—Será una ratonera huir escaleras abajo.

—Pues hacia arriba no hay nada que hacer. —La afirmación del recién llegado redobla los llantos de las que plañen.

Una primera línea de legionarios del Tercio «Alejandro Farnesio», perfecta en su marcialidad, avanza calle San Miguel abajo, supera Casablanca y continúa en dirección al Bajondillo. El taconazo de las botas, todas al unísono, ni una sola adelantada al resto, estremece las fachadas de los edificios.

Entonces da comienzo todo, las miradas desencajadas, los gritos ahogados en el barranco de la garganta, los primeros tropiezos, las caídas. Es el pánico con mayúsculas, la necesidad de salvar el pellejo. Están demasiado cerca y únicamente hay una salida.

Sin duda será uno de los episodios silenciados por las autoridades españolas. Demasiados muertos innecesarios. Bueno, resultarían muertos si en realidad estuviesen vivos. Seguramente es por ello por lo que se apretará en gatillo sin el más mínimo remordimiento.

Salvador sospecha que no se respetará a nada ni a nadie. Ya ha visto actuar al ejército de los vivos en Despeñaperros y en los bombardeos de Granada. De modo que es hora de huir. Trata de convencer a los que tiene más cerca.

—Bajar hasta el paseo marítimo es la única salida.

—Imposible —niega con la cabeza el resucitado de la bata.

—Hagan lo que quieran —ladra. Punto final a la conversación.

Alrededor suyo todo es un hervidero de miedos, como un reguero de pólvora que

corre de una esquina a la otra de la plaza, y nadie atiende a razones. Muy cerca, un joven sube al pretil de la farola de los ocho candelabros y apunta, con su dedo canceroso, la intersección entre Casablanca y San Miguel.

—Están ahí mismo —gruñe antes de bajar de un salto e iniciar la desbandada.

Las escaleras del Bajondillo conducen directamente al paseo marítimo. Sus cientos de escalones y continuos giros y la angostura de algunos tramos son una trampa para personas con movilidad reducida y para carritos de bebé, por mucho que en el lateral izquierdo los escalones se tumben para simular una rampa. Además si, como sucede esta mañana, la escalera está húmeda por las últimas lluvias, el peligro es doble.

Los hay que, temerosos por lo tanto de rodar cuesta abajo, adelantan unos pasos en dirección a la columna de los soldados. Levantan los brazos y agachan la mirada en actitud sumisa. Debería bastar semejante declaración de intenciones para asegurarles la rendición, o eso piensan. Se equivocan porque el teniente al mando da la orden de Fuego y todo cambia en un segundo.

Los fusiles Heckler & Koch G36E escupen su traición a un ritmo muy superior al de los pensamientos. Hay algunos zombies que caen desmadejados antes de que puedan sentir el agujijonazo del dolor horadando la frente.

A los que han tenido la desgracia de no ser alcanzados en la cabeza sino en otra parte del cuerpo, solamente les queda esperar una crueldad mayor, el apagón definitivo, el disparo a bocajarro en mitad de un charco de dolor, las postreras gotas de no-vida escapándose por la herida de la barriga o del pecho, porque ya son incapaces de moverse.

A ras de suelo, la visión del mal herido se deforma por la proximidad de la solería y por la magnitud de las botas que se acercan. El arma es amartillada allá arriba, a metro y media de su agonía, y le escupen a la espalda un puñado de insultos, que te jodan, hijoputa, antes de que la explosión final desbarate ese último segundo en que la puerta de la memoria ha quedado entreabierta y alcanzaba a ver quién coño era antes de ser convocado por la Doble Muerte, cuando todo era normal y pasear por Torremolinos un día de invierno, una delicia negada a la horda de turistas veraniegos.

Pero la explosión de sangre a la altura de la nuca acaba con todo, incluso con esa mínima esperanza de volver a ser como antes.

La columna de legionarios sobrepasa la frontera de los primeros zombies retirados, pasando por encima de los cadáveres sin mayor cuidado que el de no mancharse con los cuajarones de sangre coagulada.

A una mujer vestida de luto que porta cómicamente un paraguas blanco porque ahora no llueve, le sorprende la ráfaga cuando trata de salvar el peligro de los primeros escalones, muy bajos y estrechos, todo un desafío para los tobillos. El fuego le muerde en la espalda, perforando las vértebras, astillando el hueso. El cerebro tarda un segundo en procesar toda la información que colapsa los terminales nerviosos. Cuando lo consigue es tarde para reaccionar y el pie derecho se disloca en el escalón,

arrastrando todo el cuerpo tras de sí.

Un poco más adelante, en la primera curva de ciento ochenta grados a la izquierda, a la altura de la Torre de Pimentel, un pellejudo entrado en años consigue esquivar las primeras ráfagas a pesar de huir con el *handicap* de unas muletas. El corazón bombea descontrolado, al borde del último latido. La carne purulenta de las palmas de las manos se desbarata con el roce del mango de las muletas.

Por culpa de la lluvia, el mal apoyo de uno de los tacos aborta su desesperado intento. Es imposible detener la caída, el cuerpo sale proyectado hacia adelante con la inercia de la carrera. En el aire pierde las muletas y bracea como si nadase a un metro de altura. Aterriza varios metros más adelante contra la espalda de una niña perdida, que de repente descubre que todo ha acabado para ella, que yace en el suelo, los dedos contorsionados crujen bajo su propio peso y el del hombre que tiene encima. Debajo de la falda las rodillas se afilan contra el borde de los escalones, el hueso blanco renace entre la carne correosa.

Apenas consigue llorar por culpa del dolor. El colapso es total. Le gustaría gritar ¡mamá! o ¡ayúdenme! Pero ya no tiene tiempo más que de sentir como alguien la libera de la carga del cuerpo que tiene encima, y girar la cabeza hacia la derecha. Y descubrir en el espejo de los ojos del hombre de las muletas su mismo miedo, las palabras borradas por el dolor.

Unas botas negras llegan a su altura. Es lo único que estando boca abajo consigue ver. La primera explosión vacía definitivamente los ojos del hombre de las muletas mientras un borbotón de sangre espesa escapa a través del dique de los dientes. Quiere darse la vuelta, pero el dolor que le sube desde los dedos quebrados anula el intento. Tampoco le responden las rodillas, afiladas y en carne viva. Solamente puede hacer una cosa, esperar en silencio la segunda explosión, la cara contra el suelo, una lágrima como liberación. Pero ella no la oirá, el apagón llega una décima de segundo antes.

Después de la segunda curva, los soldados afrontan ahora un tramo donde los escalones son más amplios. A la derecha, en mitad de la pared, hay una pequeña urna que, tras un cristal, guarda la figura de un crucificado de pequeñas dimensiones. A la izquierda, una tienda de golosinas arrasada por la ira que tomó Torremolinos semanas atrás.

Justo a la puerta del local cae abatido un niño de apenas cinco años. La herida es definitiva, en mitad de las cejas. Unos metros más adelante el padre vuelve sobre sus pasos, todo llanto. Iza el cuerpo y lo muestra a los primeros legionarios. Quiere decirles que su hijo está muy mal y sin embargo no sabe hacerlo. La mirada descuadrada del padre no acierta a enfocar ningún rostro. Únicamente él y su dolor, y ese cuerpo desplomado tensando los músculos de los brazos. Ya no le queda nada, salvo un puñado de latidos y el desafío del paso al frente.

Cien metros más adelante Salvador salta los escalones de dos en dos, adelantando a los más aventajados en la huida. Un par de tramos más arriba, una ráfaga acaba con

la valentía del padre, cosido todo el cuerpo, una pulpa sanguinolenta a la que se le cae el bulto del hijo al suelo antes de que pueda reaccionar.

Superado el tercer giro de 180 grados, apenas quedan hambrientos que abatir. En un recodo se esconde una mujer joven, que interpone su cuerpo entre los soldados y el carrito de su bebé. Está dispuesta a todo, seguramente porque no ha presenciado el final del padre con el hijo en brazos.

La perfecta línea de veinte botas sobrepasa el escollo de varios cuerpos antes de apretar el gatillo. Los proyectiles muerden la pared en línea recta acercándose a la mujer. El impacto del primer dolor vence la resistencia de las piernas. Sin que pueda evitarlo se derrumba. En su caída golpea el cochecito lo justo para acercarlo al precipicio del siguiente escalón. Durante un segundo el equilibrio inestable lo mantiene en su sitio, pero la pendiente hace el resto. El carrito bota escaleras abajo. No hay nadie capaz de detenerlo. Metro a metro gana velocidad.

Antes de que aparezcan los primeros vehículos en el paseo marítimo a la caza de los hambrientos que huyen de la trampa del Bajondillo, Salvador logra reunir las últimas fuerzas y escapar por una callejuela, saltando verjas de urbanizaciones y hoteles con piscinas. En otra ocasión buscaría un buen lugar donde esperar pacientemente, pero sabe que el ejército infectará el pueblo de legionarios, invocados por el deseo de venganza. Y que dejar llegar la noche no es la mejor de las soluciones, en un país custodiado por los Durmientes.

Así que aprieta los dientes y continúa la carrera, metro a metro, ganando terreno para disponer de la posibilidad de encontrar un nuevo coche donde continuar la huida.

CAPÍTULO 12. UN TRABAJO DEMASIADO RUTINARIO

Domingo 13 de diciembre de 2009. 21:05 horas.
Calle Badalotosa, Sevilla.

El sonido es puro nervio. La tormenta de las guitarras eléctricas escarba con saña el oído, y la embestida de la batería golpea el tímpano con la fuerza de un navío sin control, las oleadas de música contra el último farallón de la cordura. No hay dolor, solamente placer extremo, las notas rebotando de aquí para allá en el embarcadero de la cabeza. El óxido de la rutina salta por los aires con semejante demostración de fuerza. La canción se asoma en primer lugar a los labios y luego se desbarranca en busca de las piernas. De inmediato el ritmo contagia al pie, la puntera arriba y abajo. Entonces enferma el cuerpo de éxtasis, y la pleamar de las emociones se mece al compás corpulento de Metallica.

La música contagia su fiereza a Fernando, tanto que dentro de ella es un hombre muy diferente al de la vida real, a ese trabajador gris, apocado y sin más futuro que unas exangües vacaciones y que éstas coincidan con el campamento de verano de las niñas. Inmerso en la canción es alguien capaz de comerse el mundo a dentelladas y atacar cualquier problema con los chillidos de una guitarra eléctrica.

Enter Sandman como elixir de una vida que la rutina le ha arrebatado sin darse cuenta. Y ahora es imposible localizarla, por mucho que se empeñe. Nada más que unas migajas al calor de su pasión por el *heavy*. Valga el sucedáneo del tema de Metallica como catalizador del minúsculo milagro.

Pero de repente algo sucede, zas, y toda la magia se derrumba como un castillo de naipes. Es una décima de segundo. Retira torpemente los auriculares, donde la música ahora suena minúscula, huérfana del embudo de los oídos. No es capaz de apagar el mp3.

Él es uno de esos tipos hipocondríacos a los que la visión de una simple gota de sangre golpea detrás de la nuca. Un rechazazo demoledor con la defensa baja. Es algo superior no sólo a sus fuerzas, sino también a los intentos baldíos por superar semejante fobia. Empieza a sudar copiosamente y se le empañan las gafas. Un golpe de calor y de frío al mismo tiempo. En ocasiones hasta se le nubla la vista.

Ha tenido la mala suerte de cortarse en un dedo con la cuchilla de afeitar y la aparición de la primera gota provoca un maremoto dentro del cuerpo, mucho más violento que la tormenta de *Enter Sandman*. Hace una pausa en el trabajo tratando de ganar algo de tiempo.

—Tranquilo, Fernando —se dice a sí mismo con un hilo de voz.

Se seca el sudor de la frente con la manga de la bata. Por culpa del nerviosismo

apenas consigue coordinar el movimiento de los dedos, el pañuelo sobre el cristal de las gafas, todo tan torpemente que están a punto de caérsele sobre el muerto.

El compañero regresa a la habitación después de atender a unos clientes y lo encuentra medio blanco, sentado en el suelo, el dedo herido y la mano bien lejos de él. Apenas una minúscula gota de sangre en el suelo. Al pasar a su lado le da una palmada en el hombro y le anima a seguir.

—Venga, que no se diga, Fernando.

—Necesito una pausa.

—No puede ser, joder —comenta al llegar frente al televisor que hay en una esquina de la sala, sobre la mesa donde le espera la cena. Mira el reloj, las nueve y diez—. Todavía cero a cero, Fernando. ¿Qué pusiste en la quiniela? Supongo que un dos.

Fernando se incorpora, la espalda bien apoyada en la pared no vaya a ser que le tiemblen las rodillas y sea incapaz de detener el alud del cuerpo. Apaga el mp3 y mira a su compañero con cierto desdén. Siempre le ha parecido un tipo muy primitivo, capaz de jugarse el matrimonio a la ruleta rusa de un revolcón con una conquista pasajera, o de sentir los colores del Sevilla C.F. más que a su propia familia. Durante un segundo baraja la posibilidad de mentirle, de decirle que sí, que ha apostado un dos. En realidad a él le da igual que gane o que pierda el Sevilla, tampoco es un forofo del fútbol. Si rellena cada miércoles el boleto de la quiniela es con la esperanza de darle esquinazo algún día al trabajo. Al final decide decirle la verdad.

—Puse un empate —comenta como quien no presta importancia a las palabras. Regresa a la mesa de trabajo y observa el cadáver, la mitad izquierda de la barba afeitada, la otra mitad enjabonada. Si no se apresura el jabón espesará y deberá retirarlo para untarlo de nuevo. Así que coge de nuevo la cuchilla sin ni siquiera mirarse el dedo.

—¿Un empate? ¿Sabes que no tienes ni puta idea?

El compañero se ha sentado a cenar muy cerca del televisor, el relumbre del aparato sobre el *tupperware* y la tortilla de patatas fría. Habla sin dejar de comer, las palabras enredadas en el bolo alimenticio, enlodadas en la saliva. Señala la pantalla con el tenedor.

—Tenemos que ganarle al Sporting de Gijón, que está muy mal.

En un intento por olvidarse de la herida, cuchilla en ristre, Fernando quiere saber si Rodero tiene ya todos los regalos de Reyes comprados.

—¡Uy! Casi nos marcan, hijoputa. —Rodero sigue hablando con la boca llena—. Menos mal que tenemos a San Palop. Vaya paradón a disparo de Miguelito de las Cuevas. Ha faltado poco.

La cuchilla repasa poro a poro toda la barba, primero en la dirección del pelo y luego en contra, buscando el apurado perfecto. En el tanatorio, Fernando es el especialista en preparar los cadáveres. Los jefes confían plenamente en su paciencia y laboriosidad. A las familias les gusta ver a su muerto bien arregladito, como si fuese a

dar un paseo por la mismísima calle Sierpes. Y él es el mejor en ese trabajo.

Un ruido similar al de la lija acompaña la trayectoria de la cuchilla, guiada con pulso certero.

—Pues yo no sé qué comprarle a mi suegra —dice repasando ahora el bigote del cadáver—. La mujer tiene de todo, y todos los años tengo el mismo problema.

El compañero lo mira desde el fondo de la sala, el tenedor y un trozo de tortilla detenidos a un palmo de la boca. No sabe si está de broma o si lo dice en serio.

—No me jodas, le compras unas pantuflas para la casa, las más horteras que encuentres, y sanseacabó.

Limpiar la hoja y regresar al cuello es todo uno, el movimiento mecanizado por la rutina del trabajo. Así, doblado sobre el fiambre, las gafas resbalan por el puente de la nariz. Al apretar la cuchilla siente la herida del dedo, pero ya ha olvidado la gota de sangre.

—Todavía no ha tocado un solo balón Kanouté —se lamenta Rodero—. Pues ya he cenado. —Y cierra el *tupperware* con el tenedor de plástico dentro.

Como es un tipo de costumbres fijas, es ahora cuando abre la lata de cerveza, justo al final. Se impone saborear cada buche.

—Fernando ¿has oído hablar de lo de Hornachuelos? —No quita ojo al televisor.

—Este mediodía, antes de salir para acá, estaban a vueltas con lo mismo. Por lo visto, han tenido que intervenir los antidisturbios ante la gravedad de los enfrentamientos. Ya hay quince muertos.

—Nunca se había visto nada igual —responde después de mediar un nuevo trago a la cerveza.

El cadáver sobre el que se afana Fernando corresponde a un hombre joven, poco más de treinta años. La traición de las primeras canas blanqueando las sienes añade un toque sofisticado a un rostro fino, suave de líneas. El dibujo de las cejas, perfectamente depiladas, es un detalle significativo para cualquiera que sepa mirar y leer en los cuerpos. Y en ello él es un maestro.

Doctorado noche tras noche en tan excéntrica lectura, luego suele entregarse al juego de adivinar la profesión y la historia personal de los muertos. Así las horas resbalan por sus manos casi sin sentirlas. En ocasiones ha hablado con ellos de sus propios problemas, de la tirantez de su matrimonio, de los caprichos de las niñas, de los besos de Judas que le dedica la suegra y de lo cansado que está de trabajar de noche. El fiambre de esta noche bien podría ser un antiguo modelo; la altura, complexión y cuidado de la piel avalarían esta teoría. Las manchas en los dedos delatan a un fumador compulsivo. Seguramente era un hombre que vivía demasiado deprisa.

Por supuesto, cuando tiene compañía prefiere dirigir la conversación hacia los vivos, aunque su compañero sea un patán y los clientes unos señores y señoras tristes, capaces de exigir cualquier excentricidad por un puñado de euros. Tanto que a veces huelen a la última voluntad del fallecido y otras, por el contrario, al postrer escarnio

de una familia vengativa.

Colgado de una percha espera su turno el traje que lucirá el cadáver en su viaje final, planchado a conciencia, quizá nuevo o en recuerdo de una ocasión especial.

Después del afeitado, Fernando elige un color de maquillaje que combine con el color de la piel.

—¿Te han dicho de qué ha muerto? —pregunta haciendo pruebas de color en la palma de su mano.

Entonces el grito del compañero se escucha en toda la sala. Al brincar como un canguro, el *tupperware* cae al suelo.

—¡Gooooo!!! —exclama exultante de alegría—. La primera pelota que toca, Fernando, la primera.

Apura la lata de cerveza, nervioso, antes de explicarle la secuencia del gol, ayudándose con la simulación de las piernas, como si él fuese en realidad un jugador más del Sevilla y aquello no fuese un tanatorio sino el Sánchez Pizjuán. A continuación se acerca a Fernando y lo abraza. El absurdo arrebató de júbilo de un tipo que gana apenas 1200 euros frente a la millonada que cobran los futbolistas.

—Kanouté a pase de Navas, ¿sabes?

Pero Fernando lo mira muy serio y repite la pregunta de antes:

—¿Te han dicho de qué ha muerto?

—Creo que no. Yo qué sé, vete tú a saber —el aliento podrido por la cerveza.

Fernando levanta la sábana, aparta el brazo derecho del cadáver y señala el costado.

—Mira esto.

El desgarrón es visible a la altura del riñón. Fernando lo señala con el pincel del maquillaje, volviendo ligeramente la cabeza en un intento por no mirar. El compañero se acerca, observa detenidamente la herida, similar al bocado de un pequeño tiburón. Hay evidentes signos de mordiscos.

—Madre mía —gruñe el aliento a cerveza—. ¿Cómo se ha podido hacer esto?

Al principio Fernando ha soportado la visión de la herida, el desconchón sanguinolento sin inmutarse, pero ahora siente de nuevo el rechazo detrás de la nuca, el golpe de calor y de frío. Se quita las gafas, empañadas, y se retira un par de pasos.

—¿Ya te ha dado otra vez el chungo? ¿Quién te manda trabajar en esto, Fernando?

Está sudando, así que necesita sentarse un rato y esperar, paciente, a que pase el efecto del golpe.

—Ahora miro los papeles de entrada del fiambre, en cuanto termine la primera parte del partido.

Rodero regresa a su lugar frente al televisor. La impresión provocada por la herida queda inmediatamente olvidada por los azares del Sporting-Sevilla. El equipo andaluz presiona muy cerca de la portería contraria en busca del segundo gol. Pero no

hay suerte y se llega al intermedio con el 0 a 1 de antes.

—En Hornachuelos —dice el compañero de regreso a la mesa de trabajo— se ha llegado a comentar que los detenidos habían mordido a sus vecinos. ¿Recuerdas?

Fernando lo observa desde detrás de la lupa de las gafas. Sus ojos y el silencio son más que significativos, como si reconociesen que él estaba pensado precisamente en lo mismo.

—Últimamente se han dado casos de ataques de perros de razas peligrosas — comenta rebatiendo de alguna manera sus propios pensamientos.

—Pudiera ser. Voy a echar un vistazo a los papeles.

Fuera trueno una nueva tormenta, la enésima que se desploma sobre Sevilla en los últimos días. Tiemblan los cristales y Fernando lo siente dentro de cada hueso. También es muy miedoso con los relámpagos. Como le sucede con la sangre, es algo que no consigue superar.

La voz del compañero llega nítida desde el despacho.

—¡Lo de este invierno es de traca! Por lo visto ya ha llovido casi tanto como todo el año pasado.

De reojo, Fernando reconoce bajo la sábana la mancha oscura del desgarrón en el costado. Durante un segundo experimenta la sensación de ser Guillermo de Baskerville, la mirada aguda, aplicando la lupa de la perspicacia a cada detalle. Pero ni él es el protagonista de una sugerente historia policíaca, ni la sala es la celda de una abadía benedictina, ni el cuerpo es el de un monje asesinado, ni en el dedo índice se observa una extraña mancha verduzca. Hay noches en que la imaginación se le desborda en dirección a *El nombre de la rosa*. Pero ese tajo en el costado tiene muy poco que ver con los sutiles métodos empleados para retirar a los monjes más libidinosos y curiosos.

Para olvidarse del engaño de su propia imaginación, enciende el mp3 y enrosca los auriculares dentro de las orejas. *Enter Sandman*. El volumen no muy alto, para poder escuchar a su compañero al otro lado de la pared.

—En el pueblo de mi madre ya hubo inundaciones la semana pasada —eleva la voz sin dejar de untar maquillaje.

Rodero aparece con un fichero en la mano y una mirada sin respuestas. Es la certeza de lo imposible. No puede ser. Nunca ha sucedido nada semejante en el tanatorio, dar entrada a un cuerpo y que no haya el más mínimo dato sobre él.

—¿¡Quién estaba cuando lo han traído!?! —grita al descubrir la sordera de Fernando por culpa de los auriculares.

Fernando da un golpe de hombros y continúa trabajando. No hace falta gastar saliva. Él no tiene ni puta idea.

—¡Voy a llamar a Laura, ella sabrá algo! —Y regresa al despacho.

Terminado el maquillaje de los pómulos, ahora le toca el turno a los labios. Hay que cubrir ese tono marmóreo bajo un discreto tono rojizo, eligiendo el tono más natural posible.

Retira el auricular izquierdo para no perder detalle, la voz del compañero empequeñecida por la distancia.

—Oye, Laura, que tenemos aquí un cadáver sin identificar... No, nada... Saber quién estaba cuando ha entrado en el tanatorio.

Fernando está a punto de aplicar el pincel sobre el labio cuando detecta algo que no debería suceder, un mínimo movimiento, tal vez en uno de los ojos.

—Oye, Rodero, ¿qué te ha dicho la jefa?

En el oído derecho el torrente musical de Metallica y, en el izquierdo, las palabras podridas de su compañero.

—¡Que llame a López, que si él no sabe nada que llamemos a la policía para denunciar el hecho!

—Me parece que se ha movido.

—¿¡Cómo!?

—Que-se-ha-mo-vi-do.

Pero Rodero desoye sus palabras mientras se aleja.

—Buenas noches, López —la voz del compañero vuelve a empequeñecerse contra el teléfono—. Tampoco te vayas a creer, que lo mismo nos empatan en la segunda parte... Oye, a lo que iba... ¿Fernando? Ahí tenemos al artista dándole al cuadro de esta noche.

Debajo de los párpados es perceptible un mínimo movimiento, la pupila yendo de un lado a otro. Fernando se frota los ojos, se quita el auricular derecho y observa. Pero lo que antes ha sido una impresión, ahora se niega a dejarse ver.

—A lo que iba, ¿has recibido tú un cuerpo sin identificar?... Pues sin identificar... Laura qué cojones va a saber. Si ha sido ella la que me ha dicho que esta mañana estabas tú... Alguien tiene que saber algo.

De repente, el miedo galopa sobre la sangre de Fernando. Ahora todo tiene la certeza de lo evidente. El pecho del cadáver se hincha con el oleaje de una respiración y se deshinchaba con la retirada de la marea. Acerca un espejito a la nariz y el cristal se empaña.

—Rodero, que este hombre todavía vive.

—... Espera que me habla Fernando. ¿¡Dime!?

—Llama a la policía, que este hombre no está muerto.

—... Ni caso, López, no sé qué del muerto... Entonces, ¿quién le ha dado entrada? Alguien lo traería y alguien lo recibiría, vamos, digo yo.

Con la pinza de los dedos, Fernando levanta el párpado. Si a Guillermo de Baskerville le desborda la cantidad de libros que encuentra en la biblioteca prohibida, él se ve superado por la intensidad de la pupila, el tamaño natural, el movimiento perfecto para no perderle de vista. El pozo sin fondo del ojo. Mirar dentro y no encontrar el fondo le asusta tanto que da un par de pasos atrás.

—¡Llama a la policía, Rodero!

Igualito que cuando ve una gota de sangre, siente el golpe tras la nuca. De repente

el calor y el frío en una misma embestida. El cadáver abre el otro ojo e inclina la cabeza en dirección al maquillador.

—... Fernando, que es un hipocondríaco... Eso espero, que por lo menos aguanten el 0 a 1... Estará a punto de empezar la segunda parte... Hombre, otra semana más. Ni doce. La cosa empezó mal con el Valencia-Real Madrid. Le puse una equis.

El fiambre ha levantado la cabeza. Parece perdido, desorientado, como uno cuando despierta de esas siestas de invierno y es de noche, y no sabe uno dónde está. Una primera tos convulsiona el cuerpo antes de que la mano derecha retire la sábana.

A Fernando se le empañan las gafas, de modo que el cadáver sentado en la mesa de trabajo es apenas un borrón oscuro. Le gustaría gritar pidiendo ayuda o salir corriendo de la sala, pero ni encuentra la voz ni las piernas, ocultas detrás del miedo. Sólo consigue oír, atenuado, el ritmo de Metallica a través de los pequeños altavoces que son los auriculares.

—... ¿Mi hermano? Pregunta mucho por ti... Qué va, el pobre no levanta cabeza con una hipoteca de casi mil euros. Y eso que ahora el euribor está por los suelos.

Antes de abandonar la mesa, mueve el pie derecho y luego el izquierdo, ha de tantear el terreno y medir las fuerzas. Ya habrá tiempo de izar todo el cuerpo. Tiene la garganta áspera de sangre coagulada, estira los labios y aprieta los dientes.

Desde el suelo, Fernando observa atónito la resurrección del cuerpo. Le sobrecogen los dientes descascarillados y la negrura de la boca. Ahora, libre de la sábana, es perfectamente visible la enorme herida del costado. Cuesta creer que no haya afectado a ningún órgano importante.

—... ¿Has visto cómo está últimamente Laura?... Joder, ya te digo... Tremenda...

En una esquina de la sala, el comentarista de la tele narra cansinamente el partido.

—*El Sporting se ha hecho dueño del mediocampo. Pero no avanza demasiados metros. Alguien va a tener que indicarle dónde está la portería de Palop.*

—... Desde que abandonó al gilipollas de su marido se cuida mucho más. Y la muy puta lo sabe... Pues qué va a ser, que me pone.

Mientras arrastra el trasero por el suelo sin quitar ojo al resucitado, Fernando cree reconocer ese olor a podredumbre que desprende la caverna de la boca, una mezcla entre el hedor de unos contenedores de basura, mierda de caballo y agua estancada. Algo tan repugnante que le haría vomitar, si no fuera porque salvar el pellejo se impone a cualquier otra consideración.

—*Un contraataque del Sevilla finiquitaría el partido. Y Kanouté es uno de esos futbolistas que pasan inadvertidos hasta que la pelota está dentro de la portería y nadie sabe cómo ha sido.*

—... Lo que pasa, López, es que me acojona. Nunca me he liado con una jefa. Supongo que es una mala idea. Pero el cuerpo manda sobre la cabeza... Mi mujer no se entera de nada, la pobre ya tiene bastante con las gemelas.

—*¡Barral se interna por su banda! ¡No acierta a batir a Palop, el disparo se estrella en el lateral de la red!*

Afuera continúa la tormenta, la lluvia batiendo sobre los cristales de la sala.

El resucitado se agacha ante Fernando, que trata de defenderse propinándole una patada en el cabeza. Pero el golpe activa la fiereza. Forcejean en el suelo, los cuerpos enredados, el peso del modelo retirado superando al del maquillador de cadáveres.

—... Espera que creo que alguien ha marcado... ¿El Sporting?... Pues nos hemos salvado por los pelos.

El hedor a podredumbre asfixia a Fernando, que se revuelve continuamente, lanzando los codos. Pero la fuerza del otro termina por imponerse a sus inútiles intentos por salvar la vida.

—*Atención... No puede ser, acaba de saltar al campo... Sí, es un hincha del Sporting. Se dirige hacia la portería de Palop. A ese hombre le pasa algo... Esperemos que le reduzcan antes de que cometa una locura. Palop se acerca a tranquilizarlo.*

—... Oye, ¿ahí en Dos Hermanas llueve?... Pues aquí están cayendo chuzos de punta.

—*Esto es increíble. Se ha abrazado a Palop, pero su actitud ha cambiado de inmediato... Nunca había visto nada igual... Venga, hombre, que le retiren a ese loco de encima... Hay cinco guardas de seguridad y no pueden reducirle. Ha enloquecido... ¡Joder!... Que llamen a una ambulancia... No estoy seguro de lo que sucede ahí abajo... Pero creo que ha atacado a uno de los guardas en el cuello.*

Los dientes descascarillados se ciernen sobre el cuello. La sangre, el hambre, el instinto. Fernando se retuerce y el bocado le alcanza la garganta. El fuego del dolor, el grito atorado. Cuando el bocado alcanza la máxima profundidad, el zombi reconoce su enfermedad, la necesidad de alimentarse. La fuerza tensa los músculos del cuello. El sabor de la primera sangre incendia la mirada.

En los auriculares suena el eco de *The unforgiven*, de Metallica.

CAPÍTULO 13. EL INSTINTO ES UN ANIMAL IMPREVISIBLE

(Conversación telefónica, martes 13 de enero de 2010).

—¿Qué tal la vida por Madrid, colega?... Joder, esto es lo peor, ni te lo imaginas. Una pesadilla, ¿sabes?... Ya quisiera, va a resultar más complicado salir de Andalucía que entrar... Aquí hace días que no funciona nada, llamas a la policía y comunica a todas horas, una cosa mala. Igual con la Cruz Roja y los hospitales... Es casi imposible que te ayuden...

Está sentado en el salón de la casa, frente a una enorme pantalla plana de 40 pulgadas. Lástima que el fluido eléctrico brille por su ausencia. Sobre el fondo negro de la pantalla, casi un espejo, su figura repantigada en el sofá y Óscar a su lado, la cabeza vuelta hacia él a la espera de que abra la próxima bolsa de patatas fritas.

—... Imagino a los que sobreviven todavía, encerrados en su casas, prisioneros al mismo tiempo de su tiempo y de su propia incapacidad. Viejecitas que necesitan ayuda para ir al cuarto de baño, embarazadas que rezan para que alguien descuelgue el teléfono del hospital o de la consulta del ginecólogo, agorafóbicos y demás enfermos o incapacitados mentales, gente en silla de ruedas... Y por si fuera poco, nadie se deja ayudar porque nadie confía en nadie... Porca miseria, el caos, acojona de verdad darte de bruces con uno de esos pellejudos... Nada, si sólo fuese eso, lo peor es que el hombre a quien buscaba ahora se ha convertido en uno de ellos. Game Over...

Con el dedo pulgar y el índice simula una pistola que acerca a la sien de Óscar. No es la primera vez que juegan a ello, está claro, porque en cuanto dice pam pam Óscar cierra los ojos y rueda patas arriba. Como siempre, ríe la gracia del animal.

—... Nada, tonterías del perro... Es hora de escapar a toda prisa antes de que el Apocalipsis me queme el culo, cosa nada fácil por cierto... No, he perdido el coche, me lo han robado esta mañana... Ni idea, macho. Menos mal que tengo conmigo a Óscar que es quien me alerta del peligro... Eso quisiera saber yo, qué coño hace aquí. Me siguió cuando abandoné Madrid de madrugada y no era plan de regresar a casa. Por nada del mundo me hubiese enfrentado a la parienta, ya sabes que me desnuda con la mirada ésa de sargento legionario. Se habría negado a que bajase hasta aquí... ¿Dónde? Me he metido en el primer piso que he encontrado limpio de hijoputas y de cadáveres, en pleno centro. Vaya piso, colega, me gustaría que lo vieses, tarima flotante, frigorífico cromado y pantallón de plasma. Lástima que no

funcione por culpa de la falta de luz... Mañana probaré a robar un coche... Claro que patrullan, de vez en cuando escuchas camiones y jeeps circulando a varias calles de distancia. De todas formas hay que mantener la precaución, no me vaya a suceder lo que al negro de «La noche de los muertos vivientes»... ¿No? Pues que le unieron las cejas de un balazo... Arrivederci.

Domingo 31 de enero de 2010. 13:25 horas.
Calle Nueva, Mairena del Aljarafe.

Dentro del taxi el silencio ha fraguado de tal manera que sólo se percibe el ronroneo del motor, el viento al otro lado de los cristales y las explicaciones no dadas por parte de Judith y las no exigidas por Jonás. Exiliadas las palabras, hablan las miradas a través de la mampara de seguridad, la de ella fija en la carretera y la del muchacho atornillada en el espejo retrovisor, de modo que cada vez que Judith levanta los ojos se encuentra siempre con la misma pregunta.

Es tan espeso el silencio que ella necesita neutralizarlo de alguna manera. Al principio es un torrente de música bullendo dentro de la cabeza, pero sobre las demás se impone una melodía lenta, vagamente melancólica. Algo tira de ella en esa dirección. Junta los labios y descubre que sabe silbar. Un par de intentos y luego el recuerdo, de golpe, porque ella ahora no es dueña de sus labios ni de la necesidad del cerebro por recuperar esas notas.

—*My immortal* —dice al fin, debajo del pañuelo que aún mantiene sobre la nariz y que empapa cada cierto tiempo en colonia.

A su lado, Rubén llora en silencio. Está esposado a la puerta, para anular cualquier intento de fuga. Apenas tiene nueve años. Está muy débil, demasiado flaco, y debajo de los ojos crecen dos ciénagas oscuras. Judith es consciente de que morirá en un par de días si no come nada.

—No te preocupes, Rubén —lo tranquiliza o al menos lo intenta—, conmigo estás a salvo.

—Quiero ir con mi madre —balbucea, las palabras lentas, exangües.

El olor a carne viva infecta todo el habitáculo del taxi. Así que ella, a través del control automático del vehículo, decide abrir un poco las ventanillas, casi nada, algo más de un dedo. Es mejor así, aunque fuera haga mucho frío. No vaya a ser que sea incapaz de controlar su propio instinto y empeoren las cosas. El pañuelo es una medida preventiva de la que no conviene fiarse en exceso.

Clava la vista en la carretera y silba la canción recuperada por la memoria. Como es incapaz de reconocer ni una sola calle ni de encontrar una salida hacia la autovía, el taxi alcanza Mairena del Aljarafe. Poco después detiene la marcha a la altura de un supermercado Mercadona. Como era de temer la puerta está reventada. Pero habrá

que intentarlo.

—Vale la pena correr ese riesgo —dice en voz alta.

—Estará vacío —apunta Jonás.

—Sólo será cuestión de un par de minutos.

Judith da marcha atrás unos metros. Para proteger el vehículo de un posible asalto, accede al parking que hay justo en un lateral del establecimiento. Entre coches abandonados pasará desapercibido. A veces la supervivencia depende de detalles tan nimios como éste.

El ronroneo del motor desaparece, Judith retira las llaves. A continuación exige la colaboración de Rubén.

—Confía en mí. Es mejor así.

Lo amordaza y le aconseja que se agache. Luego se vuelve para dirigirse a Jonás a través de la mampara, a él también le conviene hacerlo.

—Que no os vean, por favor.

De ser descubiertos por otros resucitados nada podrá detener a la violencia del hambre.

—Déjame salir —protesta Jonás, golpeando el cristal.

—Os quedaréis aquí, bien escondidos.

—Prefiero acompañarte.

—Nada de eso. Enseguida vuelvo.

Consciente de que la mampara de seguridad protegerá al niño del instinto de supervivencia de su compañero, únicamente ha de bajar el seguro de las puertas para que Jonás no pueda salir y devorarlo.

Judith accede al supermercado con la pistola que robó al taxista por delante, el pañuelo con que se tapa en presencia de Rubén a la altura del cuello. La rapidez de movimientos es necesaria si quiere salir en menos de cinco minutos. Cualquier retraso pondrá en peligro al grupo.

En el asiento trasero del taxi, Jonás trastea en uno de los bolsillos del pantalón en busca de un cortaúñas. Es tan estrecho que la carne arenosa de los dedos se riza al contacto con el borde.

Con la punta de la lima de uñas trata de forzar el cierre de la puerta, guardando el suficiente disimulo para que el niño continúe tranquilo y no se ponga a gritar. Lástima que la lima sea tan débil porque enseguida se dobla. Si pudiese salir y abrir la puerta del copiloto...

A diez kilómetros de distancia, en pleno centro de Sevilla, calle Temprado, dentro del hospital de la Caridad, uno de los batas blancas sube hasta la habitación del jefe. Maldice la desgracia de haber perdido en el juego de las cerillas. A él le ha tocado la más corta y ahora tiene que importunar al jefe en sus estudios para transmitir la información.

El golpe tímido en la puerta ha de molestar lo menos posible. Traga saliva. Aguarda unos segundos, el silencio encaramado a sus hombros, mil kilos de miedo sobre él, el ánimo liliputiense. Entonces, al otro lado de la espera, resuena un taconazo en el suelo con la misma fatalidad con la que cierta pierna de hueso de ballena golpeó la cubierta del Pequod. Es la señal convenida, puede pasar.

Una vez dentro arrastra deliberadamente la mirada por el suelo en una actitud sumisa, consciente de que mirar cara a cara al jefe tendría consecuencias imprevisibles. El crujido de las maderas del suelo recuerda el lamento del ballenero de Ahab en una noche de tormenta.

Un segundo taconazo le da permiso para hablar. Carraspea y frota una mano contra otra en un intento por disimular el miedo.

La luz del mediodía entra de costado en el supermercado a través de los escaparates rotos. Lo primero que hace es rebuscar en la zona de la perfumería. Ella tiene clara algunas de sus prioridades. Por fortuna quedan un par de tubos de pasta dentífrica, que guarda en el bolsillo interior, junto a los clicks de Rubén. Ya puede continuar con la búsqueda.

El suelo es un vertedero de cristales, bolsas abiertas y restos de comida en descomposición. Una rápida mirada convence a Judith de que será mejor buscar en otro sitio. De cualquier manera no ha de desesperar a las primeras de cambio. Revisa concienzudamente y uno a uno todos los estantes del local y las cámaras frigoríficas.

—Tiene que quedar algo —necesita convencerse, aunque sea dando voz a los pensamientos.

Antes de abandonar por fin la exploración revisa los restos del suelo, acuclillada, buscando entre las frutas pisoteadas el premio de un trozo diminuto que todavía sea comestible. Sólo migajas incapaces de engañar al hambre. Al contrario de lo que esperaba, ocurre el efecto contrario y despierta la rata del estómago, y los bocados son más fieros que nunca. En un gesto instintivo se cepilla los dientes con el dedo índice.

Mira a un lado y a otro. Tampoco ha de perder tanto tiempo. Está calibrando la posibilidad de llevar al taxi unos mendrugos de pan duros como piedras, aunque sólo sea para roerlos, cuando de repente siente la presión de unos dedos a la altura del tobillo derecho.

—Con su permiso, doctor Hawthorne, he subido a informarle de la fuga del operario número tres.

Las palabras del bata blanca planean en el aire sin encontrar un lugar donde aterrizar, bombardeando el silencio. El instante es tenso, igual que la espera en un duelo, cuando las armas están dispuestas a escribir sobre el cuerpo del contrincante el punto final. Desde su posición, y con la barbilla hincada en el pecho, únicamente alcanza a ver los zapatos del jefe debajo de la mesa.

Cuando sospecha que un tercer taconazo le ordenará salir sucede, contra todo pronóstico, que el doctor Hawthorne se incorpora con la solemnidad con la que Ahab se maneja por la cubierta de su barco. Se acerca al ventanuco que se asoma al patio trasero. De espaldas al bata blanca, surgen las palabras rocosas, la voz grave de un marinero o de un enterrador. Muy pocas veces alguno ha tenido la oportunidad de oírle hablar, medida cada palabra con la avaricia de un usurero.

—No se preocupe, todo está controlado. Número Tres no irá muy lejos.

Judith se revuelve. Arrastrándose por el suelo, descubre el cuerpo exangüe de una hambrienta de más de setenta años, las manos artríticas y la mirada blanca, posiblemente enferma de cataratas. Ha perdido la nariz, apenas un pozo triangular en mitad de la cara por donde asoma la carne arenosa. Respira con dificultad por la boca entreabierta. Es improbable que articule palabra alguna por culpa de los cuajarones de sangre que escupe con cada respiración.

Comprendiendo el drama que esa mujer ha podido vivir en los últimos días, Judith trata de deshacerse de ella por las buenas, en primer lugar tirando tímidamente y luego con todas sus fuerzas. Pero éstas escasean, la pierna no responde correctamente y la garra de la mano se aferra al tobillo.

Así que extrae del cinturón el martillo y lo muestra como arma disuasoria. Pero los ojos acuosos de la mujer resbalan por toda su figura sin entender nada. Sólo es capaz de obedecer al hambre, así que guía su boca en dirección al tobillo.

—No quiero hacerle daño —le advierte.

La anciana tampoco atiende a las palabras.

Deja el martillo bien lejos, no vaya a ser que lo alcance y sea peor el remedio que la enfermedad. Se arrodilla a su lado y gira el cuerpo de la mujer. El olor a comida en descomposición en que se reboza es nauseabundo. Con la rodilla izquierda, Judith presiona el cuello. La pasta negruzca que es la sangre salpica desde el volcán de la boca. En cuestión de segundos la anciana libera la presa del tobillo, agotada, al filo de sus propias fuerzas. Judith se incorpora sacudiendo del vaquero los restos de fruta podrida, satisfecha por haber salvado la situación sin hacerle demasiado daño.

Pero el martillo ha desaparecido. No está donde lo ha dejado. Inmediatamente saca la pistola y se resguarda tras un estante. Agudiza el oído. Nada, únicamente el borboteo del volcán de la anciana y los batanes de su propio corazón.

La luz macilenta del mediodía incide en el vaho del cristal haciéndolo fosforescente. De este lado de la ventana la penumbra de la habitación, dispuesta a neutralizar el más mínimo destello. A la izquierda la cama deshecha, la sábana rizada en un mar de olas. En una esquina la mesa y sobre ella, un grueso tomo de tapas cuarteadas. Las hojas color tabaco, junto con el olor a biblioteca vieja y a moho, hablan de una

antigüedad superior a la del propio hospital.

El doctor Hawthorne hace una pequeña pausa en la lectura con la que liberar la presión de las cervicales. Demasiado esfuerzo y poca recompensa. Para un norteamericano, copiar la vieja caligrafía hebrea del siglo XVI es una labor capaz de doblegar el tesón más inflexible. Las manos descansan a ambos lados del libro, que permanece abierto en canal por la mitad.

Se incorpora y salva la distancia que le separa del ventanuco, como si al otro lado del cristal pudiese encontrar la clave de lo que está buscando. Con la manga de la levita limpia de vaho el cristal. Pero ahí fuera sólo le espera un cielo que amenaza tormenta y el silencio sonoro de una ciudad desolada.

En un ejercicio de imaginación consigue sentir las palpitaciones del hospital como si fuese un ser vivo, infectado por la rabia acumulada en las últimas semanas, verdadero monstruo que una mañana se levantará de los cimientos para huir de la ciudad. Es una imagen que, contra su voluntad, crece en la cueva de la cabeza. Su aposento es el cerebro, cansado, extenuado con la propia fatiga del doctor. Los pulmones: las plantas intermedias, vacías y llenas de polvo. Y los intestinos: el patio central manchado de sangre seca, en cada esquina una mesa de madera sin desbastar esperando el próximo cargamento, que ya no habrá de llegar. Dentro del corazón que es la iglesia intuye el agravio de la nueva criatura, colgada del gancho, en mitad del altar, a la espera de ser convocado por la tiranía de una palabra escrita en una tablilla de barro y puesta bajo la lengua. El respunte negro en las intersecciones de los miembros. Los ojos abiertos, inertes, muertos, iguales a los de un tiburón.

De repente un portazo sacude todo el esqueleto del edificio, la vibración en el túetano de los pilares. Es la entrada principal. Alguien la ha forzado y está dentro. Presiente el tumor de una visita inesperada. Debido a la distancia los primeros disparos suenan como petardos, una triste broma en mitad del silencio solemne del hospital. Imagina a sus hombres desbaratados en mitad del patio antes de dar la voz de alarma. Como es de esperar los soldados sabrán hacer su trabajo y lo ejecutarán a la perfección. Les basta con un puñado de segundos, las botas sobre la sangre seca y los fusiles buscando la figura del primer resucitado en el vano de una puerta o en el hueco de las escaleras. Y a continuación el disparo certero en mitad de la frente para retirar definitivamente a todos los batas blancas.

En la última planta, la derrota obtura las arterias. Tanto tiempo aguardando esta nueva oportunidad y al final nada ha sucedido como esperaba. El doctor sabe a ciencia cierta que ha perdido, la entrada del batallón en el hospital lo certifica, aunque se niega a admitirlo. Y el ejército de Durmientes no deja de ser una quimera. La antigüedad de ciertos tratados de alquimia los hace casi indescifrables. Ha podido devolverles la vida, sí, pero no ha logrado dirigir el hambre. El instinto es un animal imprevisible.

Al principio de todo fue la oscuridad total; luego la soledad absoluta de un campo yermo y el sabor incierto del barro bajo la lengua, como si hubiese dormido con la boca abierta y se hubiese tragado una palada de tierra. De repente el nacimiento de una raíz señala el milagro del regreso a la vida, ese nombre que los labios del doctor invocaban con la cualidad de un rezo:

—Arvo, ruega por nosotros.

Más tarde se encomendó a la tarea de regar día a día ese nombre y a abonarlo con el puñado de recuerdos que le asaltaban a deshora. Las cenizas de una vida pasada. Al cabo de unos días brotó por fin el apellido:

—Hawthorne. —Es la pieza que faltaba en el puzzle. Arvo Hawthorne. Desde entonces el proceso se aceleró exponencialmente hasta recuperar por completo su identidad.

Desde aquel brote primigenio de la raíz hasta la eclosión final del apellido, habría de alimentarse con los trozos de cadáveres que le suministraba su dueño, el señor William Spode, y entre ración y ración recitar de continuo el nombre y el apellido, Arvo Hawthorne, como quien alienta en una noche ventosa una hoguera para que no se apague definitivamente, con hojarasca y pequeños trozos de madera. Hasta encontrar el modo de escapar de aquel arrabal de Nueva York.

El hedor a heces y orina era tan denso que se adhería al fondo de la garganta. Ahora le sirve al doctor Hawthorne de catalizador de un puñado de recuerdos viejos, borrosos igual que fotografías antiguas. Sobreponiéndose a todos ellos, una gran caja de madera, metro y medio de alto por dos de ancho, una manta a modo de cortina que ciega la entrada y ese hedor a establo. Y dentro de esos tablones, la oscuridad y la necesidad de reconocer la ropa que vestía, humilde pantalón de campesino y camisa amarillenta en puños y cuello. Por supuesto, ni rastro de la bata blanca que sentía sobre sus hombros con la cadencia monótona de la rutina.

Demasiados años y demasiado trabajo, muchos recuerdos que pulir para sacarle brillo a cada arista. Repasar concienzudamente cada dato para plantarlo, firme, en el campo yermo de la memoria y levantar poco a poco el edificio de la que fue, tiempo atrás, la Torre de Babel de sus recuerdos.

Ahora, en el dormitorio del hospital de la Caridad, se encuentra desorientado en la derrota, un terreno que ha de explorar con cuidado. Cualquier paso podría acabar con su aventura, y él sueña todavía con una nueva oportunidad.

Por otro lado, la vejez de la sangre demanda un ansiado descanso. Ha bregado demasiadas décadas para mantener en pie esa escombrera de miembros y órganos. De manera que el doctor no sabe si hace bien maquinando una salida honrosa después de ondear la bandera blanca o si, por el contrario, debe buscar el punto final.

El martillo ha desaparecido de la proximidad de Judith. Desoyendo los gruñidos de la anciana, abandona el Mercadona apresurando el paso, guiada por la mano que empuña la pistola, convencida de que el dedo apretará finalmente el gatillo al más mínimo peligro.

Sobre el taxi descubre a dos hambrientos, uno subido al capó y que golpea el cristal delantero con una piedra del tamaño de una manzana, y otro que hace lo propio en la luna lateral del copiloto con el martillo que le ha robado. Dentro sólo se escuchan los gritos de Jonás porque Rubén continúa amordazado.

Judith llama la atención de los dos tipos pateando una lata de Coca Cola vacía. Un cloqueo metálico rueda en dirección al vehículo. Le responden dos miradas desafiantes y luego la mueca hostil, enseñando los dientes, de ambos individuos como perros cuando le invitan a uno a no acercarse más.

—Lárgate —brama uno de ellos.

—Bajaos del coche. —Adelanta la pistola, consciente de su poder de convicción, en un gesto casi idéntico al del oficial del Ejército que penetra en el aposento de Hawthorne. El silencio subraya la intensidad de los ojos, los del soldado y los del doctor. La fosforescencia del vaho refulge tras el cuerpo de quien se obstina en reencarnarse en el que fue décadas atrás. La sombra se guarece a sus pies.

—Será mejor que nos acompañe. —La voz del soldado es inflexible. Era de esperar.

—Será mejor que os apartéis del taxi. —Judith quita el seguro a la pistola.

Los dos resucitados desoyen sus palabras. La imperiosa necesidad del hambre los deja indefensos ante el cañón de la pistola que, apenas a un metro de la primera cabeza, es improbable que yerre el disparo. La detonación ciega definitivamente la luz de los ojos que nada entienden de lo que ha sucedido. El volcán estalla y el magma se desbarranca rozando la oreja.

El ruido metálico del martillo al caer al suelo acompaña al alud del cuerpo. Judith alcanza el martillo y lo guarda en el cinturón.

Entonces al segundo de los hambrientos le da tiempo a saltar del capó y enfrentarse a ella.

—Espero que colabore, doctor Hawthorne —dice el oficial flexibilizando el tono de su voz—. Mis superiores quieren hablar con usted.

El doctor permanece unos segundos en silencio mientras, a diez kilómetros de distancia, a Judith le faltan argumentos que esgrimir ante la rabia de la boca abierta. Retrocede unos pasos. Ojalá consiga alejarlo lo suficiente como para regresar al taxi corriendo y encerrarse dentro. Pero la rabia acorta la distancia. El hambriento amaga con arrojar la piedra con la que golpeaba el vehículo. No ha de confiarse, una pedrada certera acabaría con sus esperanzas.

—Acompañeme, por favor —dice, dejando paso al doctor que abandona el

apoyado sin mirar atrás.

Si Judith alarga la mirada en dirección al coche puede ver cómo Jonás golpea con los puños el cristal esmerilado por los golpes del martillo. Así que no tiene tiempo que perder. Adelanta la pistola en dirección al rostro del hambriento. El punto final lo pone el segundo estallido, y el fuego incendiando cada uno de los corredores del cerebro.

CAPÍTULO 14. MÁS DE 39 ESCALONES

Martes 2 de febrero de 2010. 8 en punto de la mañana.
Edificio de La Equitativa, Málaga.

Hay dos cielos: uno encima de su cabeza, a no más de cincuenta metros, y otro reflejado en los charcos de la azotea. Como todas las mañanas la señora Ezquerdo sube hasta allí. Ha de seguir un plan establecido en pos de vencer a la desesperación. Si se asomara a la barandilla podría ver, catorce plantas abajo, la rotonda del Marqués de Larios y la plaza de la Marina. La vista de la ciudad es única, si no fuese porque ya no hay nada que ver, salvo coches calcinados y basura por todas partes.

Pero no puede acercarse a más de diez metros, sería muy peligroso, podría ser descubierta y se habría acabado definitivamente la aventura de la supervivencia. Ha sopesado más de una vez la posibilidad de pintar sobre la azotea, en grandes letras blancas un S.O.S. para que la distingan desde bien lejos los helicópteros del Ejército. Pero en casa no hay pintura suficiente. Tendría que buscarla en todo el edificio planta por planta, con el consiguiente riesgo. A saber lo que esconde cada puerta.

Meticulosamente repasa una a una la totalidad de las trampas. Nada, ninguna presa. Las lluvias de la pasada noche han ahuyentado a las palomas y las gaviotas. Afortunadamente ahora ha dejado de llover. Un respiro en el invierno más lluvioso que recuerda.

Así que será mejor regresar a casa cuanto antes. Con gran esfuerzo coge dos cubos llenos de agua de lluvia. Esterilizada en un hornillo de camping gas y luego enfriada es perfectamente potable. Además ha de llenar la bañera si quiere hacer una nueva colada, que pospone desde hace casi una semana. A sus casi cuarenta años, hincar las rodillas en el suelo y doblar el cuerpo sobre el borde de la bañera durante quince o veinte minutos es un calvario. Así que es normal que siempre encuentre una excusa viable para no lavar. Pero ya es hora. A ella le ha gustado siempre ir vestida de punta en blanco. Demasiada deshonra es ya ponerse la ropa sin planchar, por culpa de la falta de electricidad, como para aguantar además el primer olor a sudor en la bata o el pijama.

Una vez de tender la ropa dentro de uno de los dormitorios que no utiliza, y de abrir discretamente las ventanas para que haya corriente de aire en toda la casa, sube de nuevo a la azotea. Persiste el olor a humedad del terrazo sobreponiéndose al del puerto, al aliento del mar. La panza de una gran nube macilenta se acuesta sobre la manzana. La aguja de la antena que corona el edificio de La Equitativa amenaza con abrirle un tajo y liberar otro chaparrón tan fuerte como el de las siete de la mañana.

De inmediato la señora Ezquerdo presiente el aleteo desesperado de una presa, una violencia similar a la de una palomita cuando cabecea desesperada en torno a una bombilla encendida. Ha de apresurarse. Es una paloma, vaya por Dios. Hubiese

preferido una gaviota. Con la carne de una de éstas es capaz de aguantar dos días sin tener que subir de nuevo arriba. Por el contrario, con una paloma difícilmente llegará a mañana.

—No voy a hacerte daño —le dice al animal con una sonrisa en los ojos.

Se acerca a la paloma, la atrapa de las patas, la libera de la trampa y sacude su cuerpo con violencia. El cuello se descoyunta llevado hasta el mismo límite por un giro imposible y la cabeza se estrella contra el suelo con un ruido sordo. Las alas quedan extendidas, inertes.

A pesar de las precauciones de la señora Ezquerdo alguien ha debido verla desde abajo, una mancha negra moviéndose de un lado a otro de la barandilla, allá arriba. Varios resucitados se dirigen entonces a la plaza de la Marina, los ojos apuntando hacia la antena. El hambre arrastra sus cuerpos en busca de una posibilidad entre cien, que haya un nido de supervivientes en La Equitativa.

Advierto un rumor delante de mí, alentando el miedo de los que tengo cerca. La llama prende con rapidez, es lo normal, basta un primer comentario para que poco después el efecto dominó sacuda las cuatro esquinas de la plaza.

—El Ejército está a las puertas de la ciudad.

Estoy sentado junto a una estatua de bronce. En la inscripción leo: Hans Christian Andersen. Su nombre es un trasto abandonado bajo una sábana en el desván de la cabeza: Hans Christian Andersen, repito. Sé que está ahí, pero no sé qué demonios significa.

Valiente nochecita. He tratado en vano de deshacerme de las pesadillas, y digo en vano sencillamente porque cuanto más luchaba por escapar más me enredaba en ellas, retorciendo cada imagen hasta el mismo límite de la cordura. Las detonaciones a mi espalda, los gritos y las carreras, los malditos escalones. Y luego la huida sin mirar atrás, saltar de verja en verja, hotel tras hotel. Las hojas caídas sobre el agua podrida de las piscinas. Mis pies eran pesados como el mismo sueño.

Ahora descanso con los pies colgando, libres de las botas, sentado junto a la estatua. Estoy extenuado y necesito algo de comer. Por fortuna la ropa se ha secado. Ayer fue una jornada dura. Después de huir a toda prisa por las escaleras que conducían al paseo marítimo de Torremolinos, no pude volver sobre mis pasos en busca del Chrysler. Era imposible con el ejército a mis espaldas.

Así que sólo tenía una salida, Málaga. No sabía que Torremolinos estaba tan lejos de la capital. En algún cartel indicador leí 14 kilómetros. Andando y sin reponer fuerzas se me antojaba un castigo excesivo. Cinco horas de caminata.

Un hombre pasa junto a Salvador arrastrando el guiñapo de la pierna izquierda. Rumia su mala suerte y la de los infelices que ayer huyeron en dirección a Almería.

Habla para sí, pero en voz alta, sin importarle quien pueda escuchar, como el que reza una letanía buscando en la melodía de cada palabra la explicación a todo lo que le rodea. Lamenta los bombardeos de la aviación y de la marina sobre la carretera de Almería, la crueldad de los ataques, la indefensión de los que huyen desprendiéndose de todo, hasta de la no-vida.

La imaginación y el recuerdo de los últimos días vividos catapultan a Salvador hasta allí, al mismísimo arcén de la carretera. Sentir el mismo miedo es fácil, únicamente hay que pensar en ello y experimentarlo dentro de la sangre. Más complicado es mimetizarse entre aquella columna de cuerpos que, como en el cambio de turno en Metrópolis, arrastran sus vidas en una dirección equivocada, porque él seguramente se alejaría campo a través huyendo del ascensor 219 que es, al final de la carretera, la ciudad de Almería. Nunca ir sumiso al matadero, sabedor de que todos juntos serán un blanco fácil.

A más de 80 kilómetros al Este de Málaga, la bóveda de nubes sucias anuncia la proximidad de la enésima tormenta. El peso del agua las tumba sobre la carretera y la humedad se presiente en el mismo tuétano de los huesos. Así que los resucitados aprietan el paso. Caminar en tierra de nadie y bajo una tromba de agua no es del gusto de nadie.

La infinita columna de cuerpos cancerosos y desconchados se extiende a lo largo de más de diez kilómetros sobre la Nacional 340 a la altura de Motril, camino de Almería. La inminencia del pánico y la gravedad del silencio caminan junto a ellos, adheridos a los jirones de ropa, a la carne podrida que queda al descubierto. Sólo es perceptible el rumor de los zapatos arrastrados sobre el asfalto.

A la derecha, mar adentro, se advierte la presencia de la fragata Victoria de la armada española, cada vez más cerca. Dista de la carretera unos trescientos metros. Todo transcurre con normalidad hasta que en la cubierta del barco resplandece un fogonazo, en silencio. La explosión llega hasta los oídos de los que huyen con retraso, coincidiendo con el estallido. La violencia del mismo destroza la carretera y por ende a los zombis, lanzando a toda velocidad fragmentos de asfalto y de carne. Los cuerpos estallan y llueve sangre, brazos, intestinos. Los que por azar no han sido alcanzados se apartan del cráter excavado por la explosión.

Un segundo impacto sacude la tierra bajo los pies. Ahora empiezan los gritos y las carreras y con éstas los empujones, los primeros cuerpos que caen al suelo y ya no pueden levantarse por culpa de los que pasan justo por encima de ellos.

—Hay que salir de la carretera —apunta uno de los muertos vivientes.

Nadie respeta a nadie. La supervivencia.

Entonces, cuando miles de ojos enfermos miran al mar, bajo la bóveda de nubes aparece un escuadrón de helicópteros Eurocopter EC665 Tigre. Sobrevuelan la carretera a escasa altura, cincuenta metros a lo sumo.

El tableteo de las hélices pone sobre aviso a la columna de resucitados. De repente, la sorpresa detiene el lento pulso sanguíneo de los no muertos. Después, de

regreso al miedo, los que pueden arrastrar los pies procuran ponerse a salvo. Por el contrario, los que por su extrema debilidad son incapaces de hilvanar tres pasos seguidos quedan en mitad de la carretera, el cuerpo mirando hacia adelante, el cuello torcido y los ojos mirando la carretera ya transitada. Son como esas palomas que en mitad de la plaza aguardan el zarpazo certero del gato callejero.

La primera ráfaga hiere el asfalto trazando dos líneas paralelas que buscan los cuerpos detenidos. En el espejo de las pupilas la imagen de los helicópteros es cada vez más grande. Es un espectáculo al que ninguno de ellos le gustaría asistir, pero son los principales protagonistas. Los han dejado en mitad del escenario y su retirada definitiva será presenciada por el resto de la columna. Los proyectiles terminan alcanzándolos. Es cuestión de un segundo, en primer lugar muerden las piernas, luego ascienden a través del tronco y por último desfiguran los rostros. El espejo de los ojos salta definitivamente por los aires.

Unos minutos más tarde, cuando todo ha terminado, un convoy compuesto por cuatro camiones y cinco jeeps recoge a los que han tenido la suerte, o la desgracia, de sobrevivir. Los que están heridos en las cunetas reciben la bendición final, un disparo en mitad de la cabeza.

Cierra el convoy una furgoneta. Pertenece a Televisión Española. Cuando un capitán les da el ok, un operador cámara en ristre filma única y exclusivamente lo que se debe filmar, nada de la crueldad de las ejecuciones en las cunetas ni los insultos o los golpes a los zombis caídos, sino el trato cuidadoso que reciben los que no han sido retirados. Es una política dirigida desde Madrid. Las imágenes se emitirán en los telediarios para que medio mundo compruebe la eficacia del Gobierno español a la hora de responder a la crisis de los resucitados.

Salvador se calza las botas. Mueve negativamente la cabeza, sabedor de que no hay vuelta atrás, que la suerte está decidida. Para todos. Ahora sólo queda salvar el pellejo. Menos mal que enseguida contrarresta la letanía del hombre que arrastra la pierna la noticia de que el Tercio «Alejandro Farnesio» de la Brigada de Infantería Alfonso XIII acampa cerca del aeropuerto, que está muy lejos todavía de Málaga. En realidad ése es el gran objetivo, recuperar el control sobre toda la instalación para conseguir restablecer los vuelos y la normalidad en la provincia.

Salvador cree distinguir algo. Alarga la vista, la mano a modo de visera. Descubre un grupo más numeroso de lo habitual, arrastrando el hambre, a buen seguro devorados interiormente por las ratas de cada uno, frente a la entrada del edificio de La Equitativa.

Es el número 10. Sobre el dintel hay un gran medallón que alberga un altorrelieve de la Justicia, la balanza en la mano derecha, ennegrecida por el moho y la desidia de un ayuntamiento que nunca se interesó por el inmueble. La puerta principal es de hierro, el forjado es discreto, funcional, y presenta una mano de pintura verde.

Salvador avanza posiciones ante el recelo de los que le rodean. La presencia del pico intimida a quienes de otra manera pelearían hasta el último centímetro.

A pesar de la oposición alcanza la puerta. El que alienta a los demás con sus gruñidos, un hambriento vestido impecablemente de traje si no fuera por la deshonra de las salpicaduras sanguinolentas, lo mira de arriba a abajo. Hay un puñal en sus ojos. Desoyendo la advertencia, Salvador se atreve a desafiarle con un gesto inequívoco de la mano, el mensaje es muy claro, desea comer. Podría resultar que el otro, amedrentado al descubrir la guerrera depusiese su actitud ofensiva, pero en realidad es la herramienta, de nuevo, la que rebaja la intensidad de la rabia y templea la mirada del cabecilla.

—¿Qué sucede? —La pregunta de Salvador es directa.

Alrededor se incendian las gargantas enardecidas ante la puerta principal. Ahora resulta muy complicado escucharse, aun estando codo con codo.

—¡Hemos descubierto dentro un nido de supervivientes!

Levanta el pico y sonrío.

—¡Podría ayudar con esto!

—Por mí no hay problema —refunfuña el otro sin disimular el enfado—, donde comen trescientos, comen trescientos uno.

Una cadena con dos vueltas y un candado impiden el paso al grupo de resucitados, nada que no pueda dobligar el pico que Salvador maneja con fiereza, la insistencia de los golpes y la voracidad de los presentes.

Una vez superada la puerta, encuentran unas macetas mustias, abandonadas cuando el hambre estalló sin que nadie supiera en realidad cómo. Salvador, que entra poco después de los que encabezan la marcha, repara en la mesa de oficina de los años setenta que hay a la izquierda, castigada a salir del cuarto polvoriento donde la guardaban con el fin de servir al conserje.

Tras una segunda puerta, esta vez de cristal, acceden al hall que corona una claraboya de obra, agujereada por mil pequeños tragaluces. La sensación es parecida a la de un balneario árabe. Las recientes lluvias han dejado postillas en el techo.

A derecha e izquierda dos ascensores y, al lado de cada uno, un pasillo que conduce a las alas más bajas de la construcción. Pero la rabia de los zombis recuerda una pequeña sombra en la azotea. Deben seguir hacia adentro, buscando las escaleras del fondo.

Frente a los buzones hay una sombra que se mueve en mitad de un charco de sangre seca y cadáveres de cartas, con la obstinación de un ratón dentro de un laberinto. La mayoría de las misivas se encuentran mataselladas con las suelas de sus mismos zapatos sin importar el anverso o el reverso. Es un hambriento que desconoce que esas misivas a día de hoy carecen de destinatario. Se mueve con cierta torpeza sobre la mancha carmín sin encontrar la salida a ese pertinaz empeño suyo por acabar el

trabajo. Por el uniforme, pantalón azul oscuro y camisa amarilla, se colige que es el cartero, de eso no hay duda. Arriba y abajo, a derecha e izquierda, pasea la mirada entre los nombres borrosos que señalan cada buzón. El carro amarillo de reparto se encuentra volcado a su lado y el pobre infeliz, atrapado entre las nieblas de la memoria igual que un barco en alta mar, no acierta comprender por qué demonios esos nombres no corresponden con los destinatarios de las cartas que sostiene en la mano derecha. Seguramente la muerte lo encontró trabajando, alguien le mordió y falleció junto a su carro. Al resucitar el cuerpo continúa con la rutina diaria y se obstina en entregar todas las cartas en el bloque de la Equitativa, cuando ése era sólo el inicio de su zona de reparto.

Al pasar el grupo de hambrientos gruñe enfadado. El fango de los ojos. La furia de quien está dispuesto a defender lo suyo. A él nunca le gustó que nadie pisase sus cartas.

Encima de los buzones cuelga torcido un cuadro con nudos marineros. Al final del hall se abre un tercer pasillo. Al fondo del mismo se advierten en la penumbra las escaleras que conducen a los pisos superiores. Mirando hacia arriba por el hueco, es posible distinguir, allá arriba a más de cuarenta metros de altura, la claridad de las últimas ventanas.

Mucho más de treinta y nueve escalones.

Deseosa de encontrar algo que llevarse al estómago y no compartirlo con el resto, una hambrienta elige el pasillo que conduce al ala sur del edificio. El alboroto de los demás resucitados asciende escaleras arriba, mientras el susurro de sus pasos se adentra en una oscuridad acechante y silenciosa, únicamente rota por líneas de luz que se arrastran por debajo de las puertas cerradas.

Viste sudadera de *Pesadilla antes de Navidad*, vaquero y calzado deportivo. Recoge el pelo en dos trenzas. En un lateral de la cabeza presenta un fuerte traumatismo, el hueso queda impudicamente desnudo entre pedazos de carne y esquejes de cabellera. La mano derecha escarba entre el pelo en busca de postillas que arrancar.

La muchacha sabe lo que busca. Empuña unas tijeras curvas, específicas de la profesión de peluquería canina. Sigue el rastro de un olor, pero no cualquiera, sino uno específico que su olfato reconoce nada más acceder al interior del edificio. Es incapaz de saber cómo demonios puede distinguir ese olor a orín de animal y diferenciarlo del humano. Porque huele a gato. Es más, ese pasillo que ahora recorre en penumbra debe de estar infestado.

Mide cada paso, ha de evitar hacer demasiado ruido y espantar a la presa, primero la puntera y luego el talón. Para no perderse en mitad de la oscuridad se guía con la mano, rozando la pared. Un siseo en sus labios para llamar la atención del animal.

El hedor es cada vez más persistente. El olfato la conduce hasta unas escaleras.

Sube un par de escalones y se detiene. No es por ahí. Ha de volver atrás.

Avanzo peldaño a peldaño mientras niego a las piernas el derecho de protestar. Estoy extenuado, y catorce plantas parecen un castigo desproporcionado. Además está el pico, que ahora pesa un quintal. Me ayudo de la barandilla para continuar con la ascensión, empeñado en seguir muy cerca a los que encabezan el grupo. Hay que estar bien situado pero sin avanzar demasiado, equidistante entre los primeros y los últimos, cerca para no perder detalle, pero también lejos para escapar al más mínimo peligro.

Aliento a los demás lanzando un par de gritos.

—¡Vamos!

Tanto los que me preceden como los que vienen detrás de mí responden con la fiereza del hambre, el alarido regurgitado desde muy adentro.

Conforme subimos, abandonamos la penumbra de la planta baja para adentrarnos, en contra de lo que esperaba, en una oscuridad casi absoluta, auspiciada por tablonés y cartones que ciegan las ventanas del patio de luces. Por los resquicios se cuelan unas briznas de aire.

Cada escalón es una tortura, nuestros pies avanzan casi a ciegas, guiados por el cuerpo de quien tenemos justo delante. Si él cayese, los demás tropezaríamos inmediatamente.

Quiero que alguien me diga qué buscamos en realidad tan arriba, en lo alto del edificio. Mi voz flota en mitad de la oscuridad sin obtener respuesta. Sólo habla el hambre y la desesperación, que me invitan a continuar adelante.

—Minino —susurra la joven de las trenzas.

Está de nuevo al pie de las escaleras. Retrocede y se dirige al ascensor. Sin luz la cabina es una sima impenetrable, tanto que es imposible ver nada a un metro de distancia, la mano tantea a ciegas el suelo. Pero dentro no huele a gatos. Debe de andar escondido en otro sitio.

Regresa al pie de las escaleras buscando el rastro del olor. Avanza unos pasos en dirección a una puerta, la primera de la derecha. Al igual que sucede con las demás, por debajo se desliza una raya de luz. La suerte quiere que justo cuando ella se agacha para anudarse a ciegas una de las zapatillas de tenis, durante una décima de segundo el listón luminoso parpadea, se oscurece para enseguida recuperar su intensidad anterior. Es lógico pensar en la sombra de alguien al otro lado. A lo mejor es el gato.

La puerta está abierta, así que sólo tiene que empujarla con el hombro muy lentamente. Uno de los goznes se lamenta y con él, la muchacha. Teme haber perdido para siempre la posibilidad de alcanzar al gato.

—Minino.

Las fuerzas flaquean superado ya el quinto piso y la ascensión se convierte en

una odisea. Ayudo a todo aquel que lo necesita, consciente de que no debo adelantar demasiadas posiciones. Si no fuera porque los más jóvenes perseveran en la ascensión, ya habríamos desistido, yo el primero, de tirar de nuestros cuerpos ayudándonos de la barandilla.

Me apetece sentarme en un escalón a fumarme un cigarro, dejar que la nicotina enturbie los pulmones y aclare las ideas. Pero el desorden de la circulación sanguínea, el reto de las escaleras y el hecho de que sólo tengo un pitillo me invitan a seguir subiendo.

A saber qué nos espera arriba. Ojalá el esfuerzo merezca la pena. Más le valdrá a quien ha dado la voz de alarma. Por un nido de supervivientes sería capaz de hacer de rodillas la subida del Empire State.

La muchacha atraviesa un pasillo reprimiendo su necesidad de correr tras el animal. Mejor paso a paso. Al fondo descubre el resplandor herrumbroso de una ventana que se asoma al patio de luces. A derecha e izquierda hay sendas puertas. Abre la primera, nada, trastos amontonados para una mudanza permanentemente pospuesta. En la otra, totalmente vacía, es perceptible el olor nuevo de la pintura. Una escalera de mano y unos botes al pie de la misma. Una reforma detenida para siempre.

Avanza a lo largo del pasillo. El hedor la conduce hacia allí. Gira a la derecha en busca del saloncito.

—Minino.

En mitad de la habitación hay una mesa camilla. Se acerca paso a paso. Levanta la falda, consciente de que ha de medir cada movimiento. En mitad de la oscuridad que se agazapa debajo, descubre el furor de dos ojos amarillos, las pupilas afiladas como puñales. Ya lo ha encontrado. Rápidamente guarda las tijeras en un bolsillo.

El bufido anticipa el ataque. Si se acerca un centímetro más soltará un zarpazo. La joven busca en un bolsillo del vaquero y adelanta la mano con un pedazo de carne, rancia y seca.

—Toma, sé bueno.

El gato olisquea nervioso. Las pupilas afiladas, fijas en ella. Es obvio que su miedo es mayor que su necesidad de alimentarse.

—No te haré daño —miente.

Hemos superado la décima planta. Los fuelles de los pulmones silban desesperadamente. Doblo el cuerpo sobre la barandilla. A través del hueco de la escalera descubro, varias plantas más abajo, a los que se han quedado atrás, al límite de las mismas fuerzas.

Nos acercamos al objetivo. Ahora cada vez hay más luz. Cuando alcanzo la undécima planta escucho los primeros golpes sobre las puertas. Así que exijo a mis piernas un último esfuerzo y llego antes de que entren. Hay seis posibilidades, seis

puertas. En lugar de dividirnos preferimos ir una a una, no vaya a ser que unos encuentren algo mientras otros buscan en otro domicilio.

En las tres primeras no hay nada, ni siquiera vestigios de que haya vivido allí alguien en mucho tiempo, sólo polvo y telarañas. Pero en la cuarta, nada más entrar encontramos un paragüero lleno. Alargo la mirada a través del pasillo, justo por encima del hombro de los que me preceden. Al final hay una ventana por la que asoma un borrón de luz, matizado por una cortina floreada.

El gato rehúye todo intento de acercamiento al enseñar los dientes y levantar la pata derecha de forma amenazadora. La joven extrae del bolsillo de canguro de la sudadera una cuerda. Mientras elabora un lazo corredizo, el animal huye de debajo de la mesa camilla después de proferir un llanto lastimero.

—Ven con mamá.

De repente tiene la impresión de que hay alguien detrás de ella. Delata la nueva presencia el silencio y la inminencia de algo que está a punto de suceder. La muchacha traga saliva sin saber si debe volverse o correr hacia adelante.

—*Lags manogs aggiba* —es la voz de un hombre mayor, profunda por la adicción al tabaco negro y al alcohol, borrosa por la escasez de piezas dentales.

A ella no le hace falta darse la vuelta para saber que quien tiene detrás es un vivo. El olor es inconfundible. Nada huele así. Eso es seguro. Bueno, hay algo más detrás de ese olor, el incierto rastro de la pólvora poco antes de un disparo. Ya es mala suerte encontrar sendos olores en un mismo sitio.

—*Que te vea la cagga* —el que habla hace días que tropezó con un escalón y quedó ayuno de dientes. O ha perdido la dentadura postiza en mitad de una borrachera, y es incapaz de encontrarla.

La muchacha gira sobre sí misma. Frente a ella, la figura de un hombre que pertrechado con una escopeta de doble cañón, a buen seguro de su época de cazador infalible, viste mono de mecánico o de pintor. La gorra calzada al revés con la visera hacia atrás le presta un aire cómico que completa su mueca de chino malhumorado. Cualquiera diría que ha interrumpido la sagrada ceremonia del té, y que piensa cobrarse semejante ofensa en pólvora. Esa manera de achinar los ojos no es casual. A buen seguro ha perdido las gafas o las ha pisado sin querer y se encuentra indefenso ante la niebla blancuzca de su mirada.

Así que náufrago en mitad de la miopía galopante que le retiró de las cacerías, apenas distingue los rasgos de la muchacha de la sudadera y las trenzas.

—Un momento —balbucea—. *¿Tú no seggás...?*

Por un instante sospecha de una okupa que ha irrumpido en su casa pensando que estaba deshabitada o algo peor, una de esas rumanas que semanas atrás andaban por la calle Larios recogiendo firmas para un enfermo imaginario, un niño con rostro pero sin nombres ni apellidos, que ha de curarse a expensas de la bisoñez de los

viandantes.

—*No pienso figmag nada* —masculla, las palabras hechas una pasta babosa, un ungüento incapaz de curar ninguna enfermedad real o imaginaria, ni siquiera la de su propio desprecio. La muchacha de las trenzas queda paralizada, conjurada por la voz del superviviente—. *Marchagos a vuegtro país* —rumia antes de montar la escopeta sobre el hombro.

Cuando todo parece perdido, porque es demasiada la distancia entre ella y el doble cañón de la escopeta como para salvarla de un salto, algo acontece a la espalda del viejo chino malhumorado, miope y desdentado. Es una sombra enorme que se mueve con la ligereza de una bailarina. Antes de que consiga escupir un insulto baboso o apretar el gatillo contra la supuesta rumana u okupa, la gorra calzada al revés y el arma caen al suelo. Es un Durmiente, la muerte en los ojos, las equis de hilo negro en los hombros, en las caderas y en la base del cuello. El alarido se estrella contra las cuatro paredes mientras desmiembra al viejo antes de que éste sienta el primer aguijonazo del dolor.

Durante un segundo el miedo bloquea a la muchacha que, con la estrategia de darse la vuelta y cerrar los ojos, pretende negar la evidencia, la presencia de un Durmiente, porque sólo uno de Ellos es capaz de desenvolverse con semejante crueldad y fuerza. Intento inútil, lo reconoce todo a través del sentido del oído. El quebranto de los huesos, los gruñidos de la bestia, el grito ahogado de la víctima, los batanes de los dientes moliendo la carne, la saliva y el torrente de vísceras, igual que un pulpo fuera del mar.

El estallido del corazón incendia la sangre con la certeza de estar sobre la pista buena. El paraguero y la cortina. Hemos encontrado un nido.

—*Tranquilos, ya no se nos escapan.*

Trato de poner orden en la fiereza que nos impulsa hacia adentro, pero ninguno me hace caso y entran a la carrera, primero en la cocina, luego en el cuarto de baño. Siguiendo la estrategia de antes prefiero quedarme en una segunda fila, no vaya a ser que nos encontremos detrás de una puerta con el desdén de una pistola o una escopeta cargada.

Por fin en el salón encontramos lo que buscamos. Es una superviviente, una mujer en bata que desafía al grupo con un cuchillo jamonero. La intimidamos con unos alaridos que nacen del hambre.

La joven de la sudadera intenta huir saltando a través de una ventana. Pero al otro lado sólo le esperan el patio de luces, la trampa de unos cordeles en los que se enreda y otras cinco ventanas. Para su desgracia tropieza y cae en mitad de un suelo negruzco por culpa de las lluvias de esta madrugada, y de la tímida luz que se descuelga desde lo alto, varios pisos más arriba.

El Durmiente se encorva para poder pasar a través de la ventana. Ahora están los

dos frente a frente. Desesperada, la muchacha trata de clavarle las tijeras curvas. De un manotazo la desarma. Indefensa y desesperada le arroja lo primero que encuentra en el suelo, un cubo viejo. Poca cosa para casi dos metros de músculos. El alarido de Él y el grito de ella ascienden por la chimenea del patio de luces al mismo tiempo que el chillido de la señora Ezquerdo, trece pisos más arriba, se precipita escaleras abajo. Se sabe sola en todo el edificio. De haberlo imaginado se habría refugiado en la azotea, en el minarete sobre el que se yergue la antena. Pero carece de tiempo. Los hambrientos le impiden la huida a través del salón. Está rodeada, sólo le queda una salida. Así que retrocede, el cuchillo por delante, capaz de todo, como un animal acorralado. Apenas existe un par de metros entre ella y las garras de los dedos.

Supera la cortina y sale a la terraza. Afuera ha empezado a llover. El cielo yace rendido sobre los edificios más altos de la ciudad. Y hace frío.

—¡Socorro! —El vaho emborrona las palabras de la señora Ezquerdo.

Dos gritos unidos en el tiempo, el de la muchacha en el patio de luces, el último hálito de vida escupido contra la cara del Durmiente, y el de la señora Ezquerdo cuando voltea el cuerpo por encima de la barandilla de la terraza, la gravedad tirando de ella cabeza abajo. En una décima de segundo la sangre se agolpa, por efecto de la caída, en las piernas. Las manos bracean en el aire como si de alguna manera pudieran dirigir la dirección del último vuelo.

El Durmiente destroza el cuerpo bajo la sudadera con la fuerza de las manos. Los órganos caen vaqueros abajo en una catarata de sangre espesa. Y el golpe contra el asfalto esparcirá los últimos pensamientos y rezos de la señora Ezquerdo.

CAPÍTULO 15. LA CIUDAD NEGRA

Lunes 1 de febrero de 2010, a las 1:40 de la madrugada.
Iglesia de Nuestra Señora de la Purificación, Puente Genil.

El pánico es tan denso que termina cuajado dentro del pecho, hecho grumos. Por lo tanto el corazón se atora y, como consecuencia, con el fin de vencer la pesadez de la sangre, fuerza el ritmo. De manera que el sueño se esconde muy lejos de él, a mil kilómetros de distancia y, aunque se esfuerza en alcanzarlo, se le escapa entre los dedos.

Crece el miedo a que esa noche sea precisamente la última.

Una casulla hace las veces de almohada, la bata blanca de sábana y la alfombra de lecho. Afuera la noche acorralla a la iglesia. Algo nervioso, Fernando limpia las gafas con un pañuelo, a tientas. De nada sirve tenerlas limpias, hay poco que ver. Es un gesto inútil con que engañar a las manos, pero que le ayuda a relajarse.

A su alrededor brilla, mínima e inquieta, la plata de los candelabros gracias a la penumbra que se descuelga desde los ventanales. Desde su rincón, Fernando reconoce el contorno aún más oscuro que la misma noche del Cristo crucificado. Menos mal que no puede verle los ojos. Cree recordar que a él nunca le gustó semejante demostración de masoquismo pasionista.

Está a punto de enhebrar el sueño, de coserlo al cuerpo, cuando la puerta principal se abre violentamente. Toda la paciente labor de bordado salta por los aires con el temblor de la iglesia entera. A continuación un fogonazo de luz hiere la oscuridad dormida entre bancos y capillas. Son los faros de un camión, aunque a Fernando se le antoja, desorientado, la claridad de un escenario.

Detrás de la luz ronronea un motor, para él una orquesta sinfónica como la de San Francisco haciendo rugir sus ocho contrabajos. Incómodo por el recuerdo que se agazapa tras un recodo de la cabeza, niega lo que se representa delante de sus ojos. Metálica nunca haría un concierto en una iglesia, sería el acabose. Hace visera con la mano. A contraluz consigue distinguir la figura de un hombre, detenido en mitad de la nave central. El segundo eterno que antecede el primer estallido musical. Lo que sostiene, imagina a pesar de sus esfuerzos por regresar a la realidad, es una guitarra eléctrica. Sólo falta un golpe de cuello y que la melena ondee a derecha e izquierda igual que una bandera y todo habrá empezado. Después será imposible detener la secuencia lógica de temas.

Por supuesto la asociación es caprichosa, ajena por completo a la verdad. Mientras descubre o no el engaño, en el oído crece el eco de una música corpulenta que enseguida salta a los labios, que se empeñan en hilvanar un par de frases en inglés: *¿Enter Sandman?*

Buscando una respuesta, se incorpora. A manotazos se sacude los pantalones. La bata blanca queda olvidada en el suelo, al lado de la casulla. Será cuestión de acercarse a ver qué sucede. Abandona la capilla en dirección a la nave central. Es en ese instante cuando una voz resuena dentro la iglesia:

—Levante las manos.

Fernando levanta el brazo derecho, los dedos índice y meñique enhiestos en un inequívoco gesto *heavy*.

—¡Déjese de tonterías!

El hombre que se acerca paso a paso se parece muy poco a Kirk Hammett. Y encima habla perfectamente español.

—Será mejor para usted, créame.

¡Ese maldito olor! ¡Joder, no puede ser!

El guitarrista aventura unos pasos, la luz del escenario detrás de él, la sombra alargada delante. Ha alcanzado la mitad de la nave central y entonces Fernando descubre la realidad desnuda, sin maquillaje. Ese hombre es un soldado vivo, y la guitarra no es otra cosa que un fusil Heckler & Koch G36E.

—¡Aquí tenemos a un pellejudo! —grita en dirección al exterior.

Fernando levanta las manos al mismo tiempo que recupera una parte muy suya, personal e intransferible, que había perdido después de la resurrección. Sí, *Enter Sandman*, Metallica. E inmediatamente, en una labor que se asemeja a tirar del hilo, recuerda el tanatorio, a su amigo Rodero y el partido del Canal Plus.

El miedo a la última noche derriba la barrera de la prudencia.

Sporting de Gijón contra Sevilla, 0-1 a favor del equipo andaluz. Desentrañar más allá la madeja de los recuerdos es tarea en exceso fatigosa. No obstante, rescata la imagen de un hincha del Sporting saltando al terreno de juego en busca del portero del Sevilla, y al mismo tiempo la del cadáver bajando de la mesa del tanatorio, la cara maquillada y los labios sonrosados.

Luego el terremoto en la garganta, los dientes del cadáver hundidos en la misma muerte, el fuego al sentir cómo el músculo es arrancado poco a poco, cada centímetro más doloroso que el anterior.

Fernando adelanta las manos y el soldado la brida de plástico con que se las ata. Un culatazo en la espalda le ordena abandonar la iglesia. En el interior del camión encuentra los bultos oscuros de una docena de hombres y mujeres que han corrido la misma suerte que él. Los ojos se vuelven sobre Fernando, brillan en la oscuridad, como si de alguna manera pudieran encontrar en el recién llegado una respuesta. Pero la mirada derrotada y empequeñecida tras las gafas habla por sí sola. Está tan confundido como ellos. Todos tienen atadas las manos.

Al otro lado de la penumbra que los acoge dentro del camión, las luces de una

treintena de vehículos y las bromas de todo un batallón fuertemente armado. A través de la lona agujereada es posible ver a cientos de hombres con el uniforme de campaña y pertrechados con todo un arsenal de combate. Se divierten lanzando miradas en dirección al camión y haciendo chistes acerca del futuro de los hambrientos.

A poco que se esfuerce, empinándose sobre la puntera de los zapatos, Fernando logra distinguir sobre el adoquinado de la plaza, cubierto de sangre y jirones de carne, todo un puzzle de cuerpos imposible de ordenar. En alguno de los pedazos descubre con asombro el pespunte negro de unas equis negras sobre las articulaciones. De nuevo la madeja desenredándose, y él venga a tirar del cabo. El hospital de la Caridad y el doctor Hawthorne. Es lógico que recuerde la ambulancia, la recolección, el asco a la sangre y los pasos del jefe, temido como Ahab en el Pequod.

No muy lejos de allí, pueblo arriba, se escucha el tableteo de las armas y el regocijo de los vivos festejando cada muerte. El combate continúa calle a calle a través de todo Puente Genil. Fernando mira a su alrededor, buscando alguna respuesta en los ojos de los otros detenidos. Es fácil preguntarse qué demonios querrán de ellos cuando, por otra parte, están limpiando el pueblo de punta a punta, qué los diferencia de los que son asaltados en mitad de la noche, la luz de las linternas sobre los ojos y el disparo certero en mitad de la frente. Sin embargo, por más que estudia a los hombres y mujeres que le rodean no encuentra lógica alguna a lo que parece arbitrario. Unos sí y otros no. A ellos por fortuna les ha tocado el sí, ser salvados. Las preguntas se le amontonan en la caldera de la cabeza.

Seis horas después y no pocas paradas para recoger a más hambrientos, el olor del mar infecta el interior del camión. Se cuela a través de la lona agujereada. Con las primeras luces del día Fernando repasa uno a uno los rostros de los que le rodean, el espejo donde ver reflejado su preocupante falta de iniciativa, su derrotismo. Nadie se atreve a hablar. Y el silencio se sienta al lado de cada uno, escondido en el fondo de los ojos.

Se aproxima al lateral izquierdo y se asoma a uno de los agujeros de la lona. Está amaneciendo. Afuera, el alboroto del océano. Se dirige al otro lateral. En contra de lo que esperaba encontrar, otra vez el mar. La carretera parece dividir al océano.

Chillan las gaviotas sobre sus cabezas y el bramido del oleaje se hacen cada vez más monótono. Un convoy de siete camiones avanza carretera adelante, el océano Atlántico a derecha e izquierda. Circulan por una lengua de tierra no más ancha de treinta metros. El amanecer alarga las sombras de las farolas que se apagan antes de que alcancen el último tramo de la carretera. Metro a metro se acercan a una gran muralla de color negruzco que alcanza fácilmente los veinte metros de altura, y que se interpone entre ellos y la ciudad. En sus extremos, la muralla se adentra doscientos metros en el mar, mientras que en el centro se abre una puerta de diez metros de

altura y cincuenta centímetros de grosor, las dos hojas tan pesadas que los goznes se lamentan con un profundo aullido metálico.

Los primeros crímenes y su crudeza coparon los titulares de todos los telediarios y los periódicos de ámbito nacional. Había que señalar lo inusual de los mismos y recrearse en lo macabro.

Pero enseguida el interés informativo regresó a su cauce natural, el que había seguido durante todo 2009, la maldita crisis económica. De forma que, días después, fue necesario esperar al carrusel de noticias breves y repasar la sección de sucesos de cada periódico para encontrar una fugaz referencia a los desmanes de Hornachuelos, como si restando importancia a la noticia se negase la realidad. De las primeras informaciones que relacionaban los crímenes con un oscuro atentado en el cementerio nuclear de El Cabril, que nadie se atribuyó y que luego nadie comprobó, se había pasado a mirar de reajo la noticia de esa familia que se había echado a la calle malherida y que atacaba a quien se le acercaba, sin más armas que sus propios dientes.

El Ministerio de Defensa negó por activa y por pasiva una intervención militar en la zona, y la vicepresidenta del Gobierno desmintió la posibilidad de un accidente en el golfo de Cádiz que hubiese involucrado a un submarino nuclear británico.

Lo cierto y verdad es que el Gobierno logró ningunear el supuesto caso de Hornachuelos, el posible atentado terrorista en El Cabril y el improbable hundimiento del submarino, para así volver al recurrente tema de la crisis y a la consiguiente tasa de paro. Nadie se detuvo a pensar que servir en bandeja de plata a la oposición una oportunidad semejante de hurgar en la herida escondía oscuros manejos y un temor aún mayor. Y que la solución, buscada lejos de la atención de los medios informativos, se resistió tanto a ser encontrada, que cuando quisieron reaccionar la enfermedad se había extendido de tal manera que sólo existía una forma de erradicarla: amputando la extremidad gangrenada, en este caso Andalucía.

Sucedió delante de una cámara de televisión, en una conexión en directo. Un tren a la altura de Bobadilla descarriló. Nunca se supo la causa que provocó el accidente, o nadie lo preguntó, o quien se interesó por ello fue despedido. La cifra inicial de muertos rondaba los cien. Lo cierto es que coincidiendo con la conexión en directo de un informativo de Telecinco, varios de los cadáveres abrieron los ojos y se levantaron. La cámara pudo filmar un par de ataques antes de que un agente de la Policía Nacional obligase al reportero a bajar la cámara.

Pero la gangrena galopaba por carretera o campo a través sin control posible. Esa misma tarde se confirmaron nuevos ataques, en Sevilla capital y en parte de la provincia: Osuna se convirtió en un campo de batalla. Quienes quisieron huir en sus coches a toda velocidad provocaron más accidentes y atropellos. Los que no consiguieron digerir la crudeza de las primeras noticias se suicidaron cortándose las

venas o arrojándose desde las ventanas. La muerte llamaba a las puertas de las casas y no hubo muro ni barricada capaz de detenerla. Algo similar a lo que ocurrió en el siglo XIV con la Peste Negra. Atacaba por igual a periodistas y a fuerzas de seguridad. Un único resucitado contagiaba el hambre a cientos, y éstos a miles.

Esa misma noche el Ministerio de Defensa movilizó a las tropas acuarteladas en San Fernando, en un desesperado intento a contrarreloj. Sin embargo, la improvisada vacuna llegaba demasiado tarde. Los alrededores del cuartel se llenaron de hambrientos. El primer soldado que dudó en apretar el gatillo concedió los segundos necesarios al resucitado que se acercaba con los brazos extendidos y la mirada náufraga. Le bastó con un mordisco a la altura de la muñeca. El soldado contempló cómo la vida se le escapaba sin que ninguno de los compañeros supiese qué cojones hacer. Poco después el conductor del vehículo fue mordido en el cuello, y la vida se desvió definitivamente de la carretera.

En los informativos con carácter de urgencia se expuso que la situación estaba controlada, cuando en realidad era todo lo contrario. La mentira resistió a duras penas esa noche. Al día siguiente, el Ministerio del Interior reconocía la gravedad de lo sucedido. A pesar de lo cual se intentó atajar la crisis con intervenciones puntuales del Ejército de tierra. Y en un primer momento se antojaron efectivas. Una escaramuza rápida con el objetivo de retirar al mayor número posible de resucitados.

Sin embargo la gangrena buscó nuevos caminos y, después de unos días de tensa calma, estalló la segunda crisis, extendida ya por toda Andalucía, desde Huelva a Almería.

El Gobierno declaró el estado de alarma poco después del día de Reyes, y el viernes 22 de enero el Congreso de los Diputados prorrogó dicho estado, dando de alguna manera luz verde a la intervención militar por tierra, mar y aire.

El brillo de las condecoraciones centellea en la mirada del comandante. Con un simple gesto de la mano ordena acercarse al capitán, que obedece sumiso a pesar de que le dobla en estatura y anchura. La conversación discurre con la rapidez propia del instante. Luego el capitán se dirige a los soldados que esperan a su derecha, quienes de inmediato suben al camión, fuertemente armados.

Se ponen en marcha los seis camiones de los hambrientos y el de los soldados, siete vehículos sobre la única carretera de España que atraviesa el mar.

Al fondo, una gran muralla de color negruzco, más negra cuanto más clara es la luz del amanecer.

Al acercarse cuesta creer el material del que está hecha. Es un cementerio de coches, prensados hasta el límite para condensar la dureza del metal, unos encima de otros, cada uno un ladrillo para levantar el muro más recio que jamás haya visto nadie. Aquí y allá, sin aparente lógica, unos pilares que se hunden en el agua contienen toda la estructura. Por último, la cubre una red metálica del grosor de un

dedo. Si no fuera suficiente para amedrentar a los que están a ambos lados, el color negruzco se debe a la acción del fuego. Han debido estar bombardeando la muralla con MK77, día y noche, hasta que el hierro ha enrojecido y los coches y la red han quedado prácticamente fundidos unos con otros.

Una muralla de veinte metros de altura y uno de anchura, oscura como la noche. Sus extremos se adentran doscientos metros en el mar, que enrabiado por el viento vuelca su furia contra ella. El estallido de las olas alcanzan los cinco metros de altura. Una lluvia salada se cierne sobre el vehículo. Los limpiaparabrisas zigzaguean durante unos segundos.

En el centro se abre una puerta de diez metros de altura y cincuenta centímetros de grosor, dos hojas macizas del color del plomo, tan pesadas que cuando se abren para dejar pasar a los camiones, se lamentan con un profundo aullido metálico.

Atravesar esa última frontera provoca un miedo similar al de los indígenas de la Isla Calavera frente a la muralla tras la que se esconde King Kong. El sudor frío de las manos, el radar de los ojos en busca de la más mínima señal de peligro, la respiración alborotada. El soldado que conduce el camión donde viaja Fernando y que abre el convoy hace el recorrido por primera vez, así que desconoce que detrás de la gran muralla hay una doble verja metálica a cincuenta metros de distancia que contiene a cientos de resucitados, que gruñen rabiosos en cuanto reconocen el olor de la vida. Al verla respira algo aliviado.

—Ya verás cuando se abra la puerta —le han dicho los compañeros a modo de broma—, no te los vas a poder quitar de encima.

Los dedos cancerosos asoman por entre los rombos de alambre y las miradas se afilan como cuchillos. Detrás de ellos, la escombrera en que la guerra ha convertido a la antigua Cádiz. El ensañamiento del ejército del aire a la hora de regar con MK77 toda la ciudad y la violencia de los incendios le confiere a la ciudad un color negruzco, similar al de la muralla, un bosque calcinado de coches, farolas y edificios. Los que están más cerca a la verja de alambre muestran sin pudor, a través de las heridas de los bombardeos, sus vísceras, muebles, camas, televisores, mesas que quedaron abandonadas con la huida de los últimos supervivientes.

Un par de helicópteros Eurocopter EC665 Tigre sobrevuelan la zona en previsión de que suceda cualquier imprevisto. Trazan círculos sobre la muralla. Sus órdenes son muy claras, impedir el regreso por la carretera de cualquier zombi.

En ese mismo instante, como si todo siguiese un guión preestablecido, justo cuando se detiene el convoy una sirena aúlla al otro lado de la verja. De inmediato, los zombis huyen atropelladamente. Es hora de esconderse. Sólo los más valientes permanecen al descubierto, eso sí, sobre las aceras, bajo las marquesinas de los edificios más cercanos, prestos a iniciar la huida en cualquier momento.

Alargando la vista, el conductor del primer camión alcanza un tráiler, un vehículo blindado que se acerca a toda velocidad. Impresiona ver las defensas que luce en los costados, unas guadañas que impiden cualquier acercamiento. Del interior se baja un

soldado, fusil en mano, que después de comprobar que los resucitados están lo suficientemente lejos, se acerca a abrir la verja.

Los helicópteros se mantienen colgados del cielo, bien cerca, para abortar un posible asalto al convoy. El soldado que ha abierto la verja hace una señal con la mano. Ya pueden entrar.

CAPÍTULO 16. ARRIVEDERCI

Lunes 11 de enero de 2010, a las 5:25 de la mañana.
Calle Conde de Casal, Madrid.

Fettuccine es un hombre encantador a su manera porque carece del decoro necesario frente a ciertas situaciones: deslenguado irrefrenable si se le recrimina y procaz si se le anima. Es un padre y esposo ejemplar a su manera, porque desatiende sus deberes familiares en favor de los ratos de ocio compartidos con los vecinos; y es un indigno compañero de barra a su manera, más que nada porque sólo invita cuando gana su equipo, el Getafe. Pero de lo que nadie dudaría en el barrio es de su capacidad de trabajo. En ello el consenso es general, incluso de su mujer y su hija, quienes fiscalizan cualquier desliz o exceso, y por el contrario admiran el empeño puesto en cada caso.

Esa mañana del 11 de enero Fettuccine abandona la casa sin encender una sola luz. Mejor así, a oscuras, hurtando despedidas a deshora. Cierra la puerta muy despacio, el giro de la llave dentro de la cerradura casi imperceptible. Mucho mejor así, dónde va a parar.

Algo, quizá una corriente de aire, se le enreda en los bajos de los pantalones. Aunque le gustaría hacerlo, prefiere mantener apagada la luz del rellano. Toda precaución es poca. Cuando aborda la calle son apenas las cinco y media de la mañana, la hora de las ovejas descarriadas que regresan al redil tras la borrachera de turno y el malhumor de los barrenderos. Respira hondo, como si estuviese en mitad del monte y ese maldito oxígeno fuese vivificador en lugar de un veneno inmundo. Hace frío, mucho frío, pero las bajas temperaturas conseguirán mantenerle despierto.

Camina un buen trecho en dirección norte. En la parada de Sáinz de Baranda de la línea 9 sube al primer metro del día, el de las seis y cinco de la mañana. Después de varios transbordos llega a la estación de Atocha. Frente a la trasera del Museo de Arte Contemporáneo se encuentra aparcado su Renault Clío. Mejor así, bien lejos de casa. Sin dilación hace repaso del material que atesora en el maletero, verdadera fortuna de piratas carabancheleros: dos mochilas barrigudas que guardan en su interior cinco móviles, una cámara fotográfica digital y por lo menos diez pilas, así como varias mudas de ropa, por si acaso; a un lado, seis garrafas de agua, es conveniente ser precavido. Por supuesto no faltan diez bolsas de patatas fritas Lays al plato. Sin ellas estaría perdido. En una esquina, un lote de cervezas.

Ya está cansado de hacer trabajos menores. Con algo de suerte, con éste que ahora empieza ganará lo mismo que en medio año de curro. Si no fuese así se habría negado a hacerlo. Es demasiado peligroso. Nunca se ha jugado los cojones por un puñado de billetes.

Antes de subir al coche se premia con el último bocata de calamares, hay que

mantener esa barrigota alimentada con comidas plenas de grasas y frituras. A él le importa un bledo eso de la figura. Entrando en una talla 58 se da por contento.

Esta mañana, por supuesto, observa la precaución de entrar en un bar distinto del que frecuenta. Mejor así, que nadie pueda facilitar una pista sobre su marcha. Tampoco soportaría el interrogatorio inocente de Joselillo, el camarero que le atiende siempre. Mejor evitarlo. De regreso al coche se encuentra con una desagradable sorpresa. Menudo contratiempo. Es Óscar que, escorado sobre una de las ruedas, marca su propio territorio. Nada más verlo mueve el rabo en señal de alegría.

—¿Dónde te crees que vas?

Por Dios, lo que le faltaba. Durante un segundo sopesa la posibilidad de regresar a casa y deshacerse del marcaje del caniche. Pero tiene más a perder que a ganar. Imposible volverse atrás, necesita la pasta. Así que irán juntos.

—Anda, sube —dice mientras abre la puerta del coche.

El viaje se eterniza debido a las habituales paradas para vaciar el depósito y estirar las piernas. Con lo grande y gordo que está, el Clío se le ha quedado pequeño. Conducir en esas condiciones es todo un calvario. Además así, antes de entrar en Andalucía, se concederá el premio del último cigarro que se fume tranquilo.

—¿Los perros cómo os desestresáis? —El caniche mueve el rabo a la velocidad de las aspas de un helicóptero—. Mejor que no me contestes, canalla.

Enciende el móvil que guarda desconectado para ahorrar batería. Antes de que pueda marcar ningún número le sorprenden varias llamadas perdidas. Son de su mujer, cómo no. Será mejor que primero hable con ella.

—¿Querías algo?

El tono empleado es tan meloso que él mismo se asquea. Si reuniese el valor para escupir todo lo que piensa...

—... Bueno, ya lo sé... Lo siento... No grites, coño, que pareces que estás aquí mismo... Nada, voy camino de Tarragona... Nada importante, mujer... Sí, claro... Eso, procuraré no meterme en líos... Un beso para la niña y otro para ti. Arrivederci.

Superada la prueba, es el momento de marcar el número de teléfono que lleva anotado en un *post it* pegado sobre su DNI. Es necesario que lo sepa, que está ya a un paso de Andalucía. La señal se repite hasta casi el límite de su paciencia. Al fin descuelgan al otro lado:

—¿Doña Sagrario?... Voy a entrar... No se preocupe, lo encontraré.

Se sienta al volante con la puerta abierta, las piernas fuera y el antebrazo derecho sobre el volante. Mientras tanto Óscar corretea de un lado a otro del arcén.

—Aprovecha, figura, que luego será más peligroso parar.

Del rincón más inaccesible de su barriguda cartera extrae un sobre doblado por la mitad. Dentro hay una dirección, un nombre, una fotografía y un nuevo número de móvil. Alarga la mano y extrae de la guantera un plano de la ciudad de Sevilla. Traza imaginariamente el trayecto a seguir desde el extrarradio hasta casi el centro de la

ciudad, sin preocuparse de las direcciones prohibidas. Ya se las arreglará.

De debajo del asiento extrae una revista, *Hustler*. Es el descanso del guerrero, un simple pasatiempo. Nada más con la contemplación de la portada ya se relame. Se le agradan los ojos y tiembla la barbilla.

—*Mamma mía* —gruñe hojeando la revista con la rapidez de quien necesita comparar cada cuerpo, cada par de tetas, cada pubis. Se detiene en las modelos que lo llevan rasurado. Luego, cuando ha elegido la pieza idónea, saca un bolígrafo y se abstrae dibujando sobre el monte de Venus un arabesco o una geometría de vello púbico azul.

—Lo que pagaría por una hembra de éstas.

Tras la momentánea satisfacción, silba al caniche para que entre en el Clío. Guarda la *Hustler* debajo del asiento y el mapa en la guantera. Al fondo de la misma duerme la pistola, una SIG-Sauer P228. Es innecesario que la vea, intuye su presencia.

Después del enorme rodeo realizado para entrar a través de la sierra de Cazorla, indispensable si aspiraba a eludir la carretera de Despeñaperros, circula al fin por la ciudad de Sevilla a escasa velocidad. Elige las avenidas más amplias, en un intento por evitar una posible emboscada en mitad de una callejuela. Sin embargo guarda la precaución de avanzar sobre la acera. Así evitará la vigilancia aérea de los helicópteros.

Enormes penachos oscuros coronan los edificios más notables y representativos de la ciudad. Basura desperdigada y restos humanos decoran cada palmo de acera o asfalto. Siendo testigo de lo sucedido con sus propios ojos, se sonríe al comprender lo imprecisas que han sido las noticias transmitidas desde el inicio de la crisis. Ya se lo dijo doña Sagrario, que la situación era caótica. Nada de disturbios aislados y asesinatos de cuatro locos como se afirmaba desde las televisiones o las radios. En esta batalla no hay nada mínimo. Un verdadero infierno con forma de ciudad.

De vez en cuando un Mirage F1 hiende el cielo con la infalibilidad de un bisturí que fuese guiado por las manos expertas del cirujano. A buen seguro rastrea el cadáver de Sevilla en busca de nuevos tumores. Fettucine prefiere detener la marcha un minuto y la reanuda tan pronto como la estela plateada se aleja, camino del pueblo de Camas. A ras de tierra el escenario es tan sobrecogedor que Óscar se acurruca en el sillón trasero sin atreverse a levantar la cabeza por encima del borde de la ventanilla.

Aparte de ser un hombre encantador a su manera, un padre y esposo ejemplar a su entender y un indigno compañero de barra que nunca invita, salvo cuando gana el Getafe, Fettucine es un tipo duro capaz de afeitarse con agua fría, de besar al adefesio del pub a cambio de un polvo *exprés* y de mirar lo que le rodea con una mueca de escepticismo. Para él, los contenedores patas arriba, los coches calcinados y

los restos humanos de las aceras no son más que una pista de lo sucedido en los últimos días. Lo observa todo con ojo de forense, radiografiando cada detalle, con la misma apatía y a la vez profesionalidad que cuando, media hora después, se encuentra frente a la puerta del 4º B. Es la dirección anotada, de eso no hay duda, 4º, B de bazofia.

El ojo cíclope de la mirilla se oscurece. Fettuccine lamenta la escasa precaución guardada. Mueve negativamente la cabeza, cualquiera podría darse cuenta de que el piso continúa habitado. Solamente un ciego obviaría tal detalle; un ciego, pero no un pellejudo. Los de dentro habrán pensado con cierto criterio que ningún hambriento sería capaz de llamar tan educadamente. De todas formas es una imprudencia que les podría costar muy cara.

Como la espera frente a la puerta se prolonga, llama de nuevo con los nudillos a falta del timbre.

—Me envía doña Sagrario Urgell —anuncia, consciente del poder de convicción del nombre.

Un pestillo se descorre, las llaves giran dentro de la cerradura.

Asoma la cabeza de un hombre mal afeitado y peor dormido. A Fettuccine le dan ganas de darle un puñetazo, enviarlo a la lona y que duerma tres horas seguidas, que buena falta le hace. Pero sonrío y pone cara de vendedor de enciclopedias. Menos mal que están a oscuras y el agravio es mucho menor.

—¿Daniel? Me envía doña Sagrario.

—¿Quién es usted? —El tono implacable del caballero impide de momento la más mínima familiaridad—. ¿De qué pozo ha salido usted?

Por un momento se ha olvidado del barro.

—Menuda pinta, querrá decir —admite Fettuccine. Se mira las manos enfangadas y sonrío—. Es una manera algo burda, es posible, de camuflar mi olor corporal.

Silencio. Los ojos exigen una explicación más prolija.

—Es mejor esta porquería en la cara y en las manos que tener pegado al culo a uno de esos muertos vivientes, ¿no cree?

El hombre mal afeitado y peor dormido permanece en silencio.

—Me llamo Leonardo Carrasco, Fettuccine *per gli amici* —adelanta una mano para que pueda ver la licencia de detective privado. A pesar de la penumbra del rellano verá perfectamente la foto y el nombre porque se la ha puesto apenas a un palmo de las narices—. ¿Usted es Daniel?

En contra de lo previsto, el hombre desoye la pregunta y esconde la cabeza, sin por ello franquearle el paso.

—¿Clara? Sal un momento.

Tras una breve conversación apenas murmurada en el vientre del pasillo, una mujer ocupa el vano de la puerta. Viste chándal y presenta el pelo recogido en una

cola de caballo. El detective adivina la esbeltez del cuerpo bajo la holgura de la ropa y la belleza del rostro a pesar de estar empañada por unas gafas demasiado pequeñas, casi ridículas, y unas ojeras demasiado profundas.

—Usted dirá, caballero.

Se dibuja una mueca de asombro en el rostro de la mujer.

—Por Dios... ¿Dónde se ha caído?

—En ningún sitio, le decía a su ¿marido? Es camuflaje. Una manera de engañar a esos pellejudos. Soy Fettuccine. Me envía su madre, doña Sagrario Urgell Roca. Puede llamarla si lo estima conveniente. —El silencio de la mujer le invita a continuar—. Vengo en busca de Daniel y de usted.

—A mí ya me ha encontrado. —La sonrisa la hace aún más apetecible a ojos del detective. Durante un segundo se la imagina desnuda, fotografiada en la portada de su *Hustler*, deseando que le dibuje unos arabescos en azul sobre el pubis rasurado.

—¿Permiso? —Ella pretende impedirle el paso. Intento inútil. Detrás de Fettuccine emerge la sombra de Óscar, que se adentra en la casa esquivando el bosque de piernas y moviendo el rabo.

—¿Y ese perro?

—Es mío, despreocúpese de él, es muy majo, además ya ha hecho sus necesidades en la calle.

Ni siquiera la presencia de Andrés, brazos en jarras y cara de fiscal del estado, intimidan al caniche ni a su dueño. Son dos guerreros acostumbrados a desenvolverse en las peores condiciones. El orondo detective se sienta en el sofá y estira las piernas. Abre la chaqueta y saca una pistola. Es una Beretta. La SIG-Sauer P228 la guarda para él.

—Antes de nada, me gustaría que tuviesen esto.

—No entiendo para qué —interviene el marido erguido sobre su mismo enfado, los brazos cruzados sobre el pecho.

—Para matar la cantidad de moscas que hay en las escaleras le faltaría munición, nos ha jodido. Más que nada para defenderse de un posible ataque, mientras yo busco a Daniel. Luego estarán a mi cargo.

La mujer coge la Beretta que el otro ha robado a un cadáver en plena calle. La alcanza con la punta de los dedos, de la misma manera con la que cogería el cuerpo de un animal muerto.

El silencio posterior de la casa permite a Fettuccine escuchar unas voces infantiles, detrás de la puerta situada al final del pasillo. Estira el cuello en esa dirección y a continuación dispara en silencio una pregunta, con la recortada de doble cañón que son sus ojos, a quemarropa como Lee Marvin, sin mediar palabra. Precisa una explicación.

—Son los dos niños —apunta Clara.

—Ok, entonces cuando encuentre a Daniel seremos seis en el coche, más el perro. Un poco estrechos van a viajar en el puto Clío. ¿A los niños no les importará llevar

encima a Óscar?

—Llama a tu madre —interviene el fiscal de turno— y dile que no nos movemos de aquí, que ya falta poco para que se reestablezca el orden.

—¿No tendrán por casualidad unas patatas fritas? ¿Lays al plato si pudiera ser? —La sonrisa del recién llegado enciende el temperamento del marido, que se remanga y esconde los ojos bajo el alero tupido de las cejas. Está a punto de explotar.

—Ya hablaremos de ello, Andrés.

—Clara, ¿sabe dónde podría encontrar a su hermano?

La mirada de ella es un libro abierto con letras enormes, es coser y cantar leer en esos ojos. Está claro que sabe dónde buscarlo.

Una vez disputado el round inicial en casa de la hija de doña Sagrario, el que se presupone de calentamiento, ahora llega la hora de la verdad, enfrentarse a la tarea de encontrar al hermano. Habrá que fajarse duro para dar con él. Es consciente de que nadie regala duros a cuatro pesetas y menos una mujer del puño cerrado como doña Sagrario. Ahora todo será más complicado si, como le ha dicho Clara, Daniel es capaz de pasar varias noches lejos de casa. Menos mal que ya dispone de una dirección por donde comenzar la búsqueda.

Una vez cerrada la puerta tras él no hace falta que se gire para intuir el cíclope de la mirilla totalmente oscuro, el ojo del fiscal del estado atento a todos sus movimientos. Chasquea los dedos para que el caniche le siga bien de cerca. Si Holmes tenía al doctor Watson y Carvalho a Biscuter, él cuenta en este trabajo con la ayuda de Óscar.

A mitad del descenso detecta un ruido, proviene del portal del bloque. Extrae su pistola al mismo tiempo que Óscar adopta una postura defensiva. Le hace una señal para que se abstenga de ladrar o de lo contrario le propinará un puntapié. Empieza a sudar copiosamente, una gota cosquilleándole en la sien. Antes de forzar un posible encuentro con un vecino o un enfrentamiento con un pellejudo, prefiere esconderse tras la puerta entreabierta del 2º C. Cierra muy lentamente. Manda al caniche rastrear el interior de la casa, no vaya a ser que, sin sospecharlo, se adentren en el enjambre de mil abejas carnívoras. Si regresa moviendo el rabo es que no hay peligro.

Le hace la señal de OK en cuanto lo ve a parecer con las aspas del helicóptero en funcionamiento. Luego afila la mirada por el hueco de la mirilla.

La penumbra al otro lado. De éste, el tambor ronco del corazón y el recelo del perro, que cada vez se aleja más de la puerta. Menos mal que los protege el camuflaje del barro. Es un truco demasiado elemental, sí, aunque con un poco de suerte dará resultado.

Alguien se acerca subiendo las escaleras. Si no hubiese cerrado la puerta hubiese detectado el olor inconfundible de la descomposición. Quizá no le haga falta. Viva o muerta cualquier presencia, dadas las circunstancias, es una amenaza. El detective

amartilla la SIG-Sauer P228 y vuelve a hacer una señal al caniche para que permanezca bien calladito.

Ahora consigue ver una sombra a través del ojal, un pie en cada escalón. Se ha detenido. Parece haber detectado algo. El sudor es tan copioso ahora que la pistola se le resbala de las manos. De repente algo sucede, la sombra echa mano al bulto que lleva sobre la espalda, presumiblemente una mochila, y con un gesto casi compulsivo mueve la mano derecha arriba y abajo a la altura de la boca. Es imposible, o eso piensa Fettuccine. Juraría que está cepillándose los dientes.

CAPÍTULO 17. ¿QUIÉN PUEDE ROBAR A UN NIÑO?

Martes 2 de febrero de 2010, 13:45 del mediodía.
Edificio de La Equitativa, Málaga.

Cinco horas escondido, agazapado, como un animal que espera paciente su oportunidad de escapar del depredador. Durante unos segundos Salvador recuerda la imagen de John Rambo emboscado en la maleza, aguardando el momento de atacar a los hombres del sheriff. Trescientos minutos interminables, hondos, serios, donde caben al mismo tiempo toda su soledad y la incapacidad de comprender lo que sucede a su alrededor. Maldice el error de haber subido tan arriba. Pero la desesperación del hambre le ha tendido una trampa. Pensar con el estómago siempre es peligroso. Ahora permanece escondido en el décimo tercer piso sin ninguna posibilidad de escapar.

Segundos después de la decisión de la señora Ezquerdo de lanzarse al vacío, unos gritos sobresaltaron los intestinos del edificio. Ascendieron a toda velocidad escaleras arriba, igual que un vómito o una arcada, cuando el jugo gástrico pudre la boca y es imposible detenerlo. Un escalón y a continuación otro y otro, desanudando gargantas y destripando miedos, salpicando paredes y suelos con olas de sangre.

Cuando llegaron a la decimotercera planta estallaron en el oído de Salvador. No hubo disparos, eso casi puede jurarlo, pero tampoco podía fiarse. La posibilidad de que, en lugar de un superviviente armado o una avanzadilla del ejército, fuese un Durmiente acrecentó su miedo. Se imponía actuar con rapidez. Más valía mostrarse precavido y esconderse que esperar el curso de los acontecimientos. Ya ha visto demasiado, tiene los ojos enfermos.

Empujó a los hambrientos que encontró a su paso y que aún no habían reaccionado, entró en el piso paredaño al de la señora Ezquerdo y se escondió en el cuarto de baño, agazapado en la bañera, con el pico bien agarrado. Le acompañaban únicamente su miedo y el ritmo dislocado del corazón.

Cuando el terror ascendió por fin a la decimotercera planta tembló el suelo con las carreras y los golpes. Cada impacto y cada grito resonaron en el interior de su cuerpo, igual que en la caja acústica de un instrumento. Ni un solo disparo. Nada, simplemente la asepsia del silencio entre lamento y lamento. De modo que era lógico pensar, hasta cierto punto, en uno de Ellos.

La muerte recorrió habitación tras habitación, sin que nada consiguiera detenerla. Salvador imaginaba los cuerpos destrozados y los cuajarones de sangre salpicando las paredes, el montón de músculos tintado de rojo y la mirada afilada, rastreando una posible presa.

Silencio.

Cuando parecía que el peligro pasaba de largo, la puerta del cuarto de baño se abrió violentamente. Salvador temió lo peor. Al otro lado de la mampara, el alboroto de una respiración musculosa y el sigilo de unos pasos inaudibles. Salvador hubiese gritado a pleno pulmón antes de saltar sobre Él y hundir el pico en mitad del pecho, propinarle el golpe fatal que acabara con su oponente en cuestión de segundos. Luchó contra la rigidez del cuerpo, obcecado en desobedecerle, los músculos agarrotados por el miedo. Doble o nada. Ya empieza a estar cansado de huir a todas horas.

La sombra se proyectó sobre la mampara. Apenas les separaban dos metros. Sin embargo, cuando todo se antojaba perdido, se oyeron unos pasos escaleras abajo. Hasta Salvador los sintió en mitad del silencio. El Durmiente reaccionó por instinto, por el impulso del estómago, anulada la capacidad de razonar por culpa del vaciado del cráneo practicado en el interior del hospital de la Caridad. Abandonó entonces el cuarto de baño en pos del infeliz que trataba de huir.

Más pasos escaleras abajo.

Un golpe, seguramente un tropezón.

Ruido de lucha, varios gritos.

Alguien más cayó al suelo.

De repente el último alarido y luego el silencio.

Y de nuevo el motor en marcha del corazón de Salvador, martilleando el pecho desde abajo. Nerviosos, los dedos tocan una melodía imaginaria sobre la madera del pico. Es un instinto reflejo.

Hace tantas horas que aguardo escondido que no sé realmente cuáles son mis posibilidades de escapar. Ni siquiera tengo muy seguro que mis piernas consigan sostenerme de pie, después de llevar encogidas tanto tiempo. Observo mis botas y recuerdo la caminata de ayer, de Torremolinos a Málaga. Miro el pico. Debería sentirme seguro con su presencia y sin embargo me asalta el miedo de horas atrás. Repaso la piel cancerosa de mis manos y experimento de nuevo la resurrección, como el primer día, una bocanada de aire que entró en los pulmones igual que la luz en una habitación cerrada durante muchos años. En vano intento controlar la respiración contando hasta cinco entre cada inspiración y expiración.

Estoy atrapado en la última planta del edificio más alto de la zona. Ahora no hay nada más que el silencio frente a la puerta del cuarto de baño. El oído permanece alerta al más mínimo ruido que delate la cercanía de la sombra.

Me duelen los huesos, cada articulación es una puñalada. Estiro el cuello, levanto la cabeza y trato de escuchar. Más allá del miedo, sólo la soledad pegajosa del mediodía. Entonces cambio de postura, me siento en el borde de la bañera y estiro las piernas. Las tengo acalambradas. Un hormigueo incómodo trepida de arriba abajo. Los dedos retoman el febril movimiento sobre la madera de la herramienta. Los observo detenidamente, sin llegar a identificar qué cojones están

tocando en silencio. Me esfuerzo en detener semejante tontería. Durante un minuto siguen a lo suyo, desobedeciendo la orden transmitida por el cerebro.

Minutos después abandono el cuarto de baño y gano el pasillo, paso a paso, a la espera de que el hormigueo de las piernas desaparezca por completo. Detrás de la puerta principal aguardo mi oportunidad. Necesito tiempo para vencer el miedo que agarrota cada músculo. Únicamente un metro me separa del rellano y aunque es un solo paso parece mucho mayor la distancia.

En una fracción de segundo algo se mueve en el desván de mi cabeza, un recuerdo. Es tan viejo y frágil que he de abrillantarlo con cuidado. Una escayola en la pierna izquierda, el tobillo y la rodilla aprisionados dentro, el dolor debajo de las vendas. Experimento la misma sensación. Es una lesión grave, quiero creer que una luxación en la rótula producto de una mala caída, o de una paliza. Inmediatamente es sustituido por el recuerdo del perro flaco de la gasolinera. Trato de fotografiarlo con la mente, pero la imagen es demasiado borrosa. Sobre ella se superpone la de otro perro, más alto y más fuerte. Busca el nombre en vano. Regresa el recuerdo de la escayola en la pierna izquierda.

Únicamente un metro me separa del rellano y sin embargo es mayor la distancia, como cuando me quitaron la escayola, la pierna izquierda dormida, incapaz de dar un solo paso. Cada metro ganado a la lesión, recuerdo, me acercaba lentamente a... la figura del perro sin nombre.

Mi cabeza es una jaula de grillos, un infierno donde cada cierto tiempo arden los objetos que hay amontonados debajo de las sábanas. Al otro lado de mi propio pulso y de la respiración sólo queda el silencio musculoso del edificio.

Cuando finalmente Salvador se decide a avanzar, lo hace muy lentamente. Sorteando un par de cuerpos destrozados. Por culpa de la sangre grumosa las botas se pegan al suelo, despertando un extraño sonido de velcro.

Un tramo de escaleras más abajo algo le detiene, es un ruido que detecta fuera del edificio, constante y rítmico, como la batería de un grupo de jazz. Y cada vez está más cerca. Cuando lo identifica, se siente descubierto. Se acerca a la pared, la espalda bien pegada, en un gesto tan instintivo como absurdo. Dentro del edificio no pueden verle. Es el tableteo de un helicóptero que se aleja para luego volver. Lo imagina dando vueltas alrededor de la manzana.

Continúa el descenso mientras a lo lejos la megafonía del helicóptero escupe un mensaje:

—El lugar de encuentro es el estadio de la Rosaleda. Desde allí se trasladará a los que colaboren a Cádiz. Allí encontrarán ayuda. La infección tiene cura, sólo tienen que rendirse.

Como había sucedido con anterioridad, hacia la mitad del bloque mengua la luz, escondida tras los tablones que ciegan las ventanas del patio de luces. A la altura de la séptima planta ha de ayudarse con la guía de la barandilla para evitar perder pie y

rodar escaleras abajo. Cuando cree tenerlo todo bajo control en mitad de la oscuridad, tropieza con un par de cuerpos. En vano intenta recuperar la verticalidad. Las botas resbalan en el charco de sangre, las manos bracean en el aire tratando de detener lo inevitable y cae de bruces entre los cadáveres. El pico despierta un sonoro golpe al golpear el suelo. Apenas ha clavado las rodillas en el suelo cuando, como catapultado por un resorte, se incorpora y se aparta a un lado.

Instintivamente se limpia las manos en la guerrera. Ha de negar cuanto antes la caída y el tufo de la sangre cuajada. Se huele las palmas de las manos y hace un gesto de contrariedad con la nariz. Luego afila la mirada para echar un vistazo a su alrededor. La luz listada que se cuele, mínima, por entre los tablones permite descubrir lo imposible. En el suelo hay cuatro cuerpos, desbaratadas las extremidades, forzadas las articulaciones más allá del límite, abierto el abdomen en canal, la cara destrozada, apenas una pulpa sanguinolenta. Nunca ha visto tanto ensañamiento. Así es difícil precisar la edad y condición de cada uno. Sin embargo, lo que por contra sí es fácil de identificar es el cuerpo de grandes dimensiones que yace en medio de semejante abstracción de vísceras y miembros desencajados. No hay duda al respecto. Se frota los ojos.

Es uno de Ellos, una sombra idéntica a la que le persiguió en Granada. Yace tumbado boca arriba, la boca abierta. Entre los dedos cree distinguir tajadas de carne y la longaniza de un intestino, producto de la lucha con los otros cuatro.

Contraviniendo la más elemental de las precauciones, Salvador se acerca al Durmiente, el pico por delante. A un metro, el hedor está a punto de noquearle. Huele a cloaca y a charca inmunda de una manera tan intensa que al fondo de la garganta siente hasta un poco de lodo. Una arcada quiere desembarazarse de él, pero la detiene en el último momento. Con la manga de la guerrera se protege la nariz. Las dimensiones de semejante vertedero son realmente impresionantes. Le calcula más de dos metros de altura.

En la comisura de los labios juraría que hay una mancha oscura, similar a un cigarro o a un bolígrafo. Por culpa de la semioscuridad es imposible precisar este extremo. Se agacha muy lentamente entre los cuerpos, ha de evitar a toda costa el contacto con alguno de los caídos. Mientras tanto, dentro de su pecho late con fuerza el corazón, a una velocidad impropia para una sangre tan espesa como la de los resucitados. Estira el brazo por encima del Durmiente y alcanza con la punta de los dedos el pequeño objeto. Está pringoso. Resbala y no puede atraparlo. Además ha de estar atrapado entre los dientes. De modo que rodea el cadáver y se agacha de nuevo, ahora por el otro lado. Habitualmente las imprudencias se suelen pagar caras. Más le valdría seguir con el descenso y ganar la calle a toda prisa. Pero se obstina en el empeño, acuciado por la curiosidad.

Cuando está a punto de alcanzarlo el Durmiente despierta, un espasmo sacude violentamente la cabeza, estira el cuello y lanza una dentellada al aire con la fiereza de un tiburón. Al abrir la boca el objeto cae al suelo. De un certero golpe Salvador

hunde el pico en mitad del pecho. Suena como un tambor que se rompiera por la presión de la maza. Una de las manos atrapa la empuñadura, los dedos fuertemente agarrados. Inmediatamente el cuerpo se colapsa, los ojos se nublan y se derrumba la cabeza. El cuerpo queda inerte.

Salvador, que ha dado un salto hacia atrás, percibe el extraño ruido de sumidero de la garganta, la última expiración. Una vez superado el momentáneo peligro alcanza el objeto. Lo guarda en un bolsillo de la guerrera. Luego pone una bota sobre el costado del Durmiente para tirar hacia atrás del pico y liberarlo de mitad del pecho. Cruje algo con un ruido similar al de una galleta. La punta emerge del esternón. Peor será deshacerse de la mano que agarra con fiereza la empuñadura. Saca el machete. Está a punto dejarlo caer sobre los dedos cuando el otro brazo se mueve de nuevo. No es un espasmo. La cabeza se gira hacia él, un ojo medio entornado. Así que huye a toda prisa dando por perdida la herramienta.

Por fin estoy de nuevo en la calle y el aire ordena mis pensamientos. Estoy vivo, que es lo importante. Abro la mano. Contrariamente a lo que imaginaba, un cigarrillo o un bolígrafo, el objeto es un pequeño pergamino. Poca cosa, un trozo de papel atado con un hilo negro. Lo desenrollo. Hay algo escrito que soy incapaz de traducir. Juraría que es árabe o hebreo. Valiente tontería. Hago una bola con él y lo tiro al suelo.

A la vuelta del edificio descubro a un grupo de niños arrodillados en mitad del asfalto, sobre un charco de sangre oscura como petróleo. Me acerco paso a paso, impelido por la ferocidad de la rata negra de mi estómago. Durante unos segundos permanezco de pie justo en la frontera que dicta la prudencia, ni un centímetro más allá. Adelantar una de las botas desencadenaría la rabia de los pequeños. Algo similar a cuando invades el territorio de un perro. Sopeso la posibilidad que tengo de salir bien parado si utilizo el machete.

Levanto la mirada buscando la mole del edificio que acabo de abandonar y allá arriba, en la decimotercera planta, descubro el balcón abierto. Imagino a la superviviente acosada por el hambre de los que me precedían, paso a paso cada vez más cerca del abismo, y por fin el cuerpo volteado por encima de la barandilla. La mirada fija en el asfalto cuarenta metros más abajo, la caída a plomo, la desesperación en el braceo de las manos, como si pudiese nadar en el aire. Extraño pájaro que no consigue volar.

Los niños se afanan sobre el charco de sangre, los zapatos entintados de rojo. Se disputan con malos modos unos huesos que otros, con anterioridad, ya habían limpiado antes de que ellos llegaran. Son dos niñas y cinco niños. Los jirones de la carne cancerosa de sus cuerpos se confunden con los de la ropa chamuscada y sucia. Los dedos se mueven con la rapidez de un prestidigitador y con la laboriosidad de un orfebre. La rapidez es fundamental para evitar que el niño de lado se adelante, y la laboriosidad limpia cada articulación y cada recoveco. Los dientes roen los huesos

en busca del último rastro de sabor con la habilidad de una ardilla.

La ausencia de risas y los ojos deslustrados me hablan del hambre pertinaz y de la supervivencia del grupo, y las heridas de los brazos y de las cabezas de los enfrentamientos mantenidos con otros hambrientos.

Me saliva la boca imaginando el sabor de esas migajas de carne. La rata del estómago insiste en su fiereza. Impelido por sus dentelladas de acero traspaso la frontera y estiro el brazo en busca del mísero premio de un hueso. Al verse invadidos los niños gruñen como fieras. Pero no me dejo amilantar, son unos mocosos que no levantan un metro del suelo y pateo al que tengo más cerca con la intención de robarle. Un gruñido de dolor.

Antes de que tenga tiempo de reaccionar, una niña me agarra el tobillo. De inmediato sus dientes alcanzan el hueso y una oleada de dolor se estrella contra mi cerebro. Hundo el codo en su espalda, a la altura de la columna vertebral, la aparto y le quito el fémur que roía con placer.

Pero el grupo se niega a regalar nada y rodean a Salvador. Sólo es la casualidad y no la presencia del machete, la que acude en su ayuda. Ya tenía a todo el grupo de niños encima suya cuando se escucha el tableteo del helicóptero. Como si fuera una alarma, los niños desaparecen a la carrera, cada uno llevando el tesoro de las sobras. Salvador queda en mitad del charco de sangre.

Un segundo después corre también a esconderse bajo la marquesina de una farmacia que hay unos metros más adelante. Al vuelo del helicóptero y al mensaje que escupe la megafonía le sigue una lluvia blanca que brota de la misma aeronave y que desciende lentamente sobre la ciudad. Salvador levanta la mirada. Son papelillos. Cuando caen al suelo blanqueando el asfalto abandona su refugio y alcanza uno de los panfletos. No es la primera vez que tiene uno de éstos en su poder:

«Acércate a Cádiz, sigue la nacional CA-33 hasta la misma frontera del mar. Ni juicios de guerra ni ejecuciones. Tendrás la posibilidad de probar una vacuna contra la Doble Muerte».

CAPÍTULO 18. JUNTO AL ESTADIO DE LA ROSALEDA

Martes 2 de febrero de 2010. 15:30 de la tarde.
Autovía del Mediterráneo A-7, Málaga.

La presencia de distintos destacamentos de la infantería del Ejército español obliga a Judith a conducir por carreteras comarcales de asfalto rugoso y baches profundos, auténticos pozos donde, con un poco de suerte, alguien encontrará petróleo. Ulula el viento a través de las ventanillas entreabiertas. Después de varias horas el taxi alcanza la autovía A-7. En uno de los carteles indicadores se lee: Málaga 12 kilómetros.

Justo en ese instante el silencio cuajado, casi pegajoso, que gravita sobre las cabezas con una consistencia física, salta por los aires con las palabras del niño superviviente:

—Tengo ganas de hacer pis. —La voz es una llama a punto de extinguirse.

Judith baja el pañuelo y pregunta:

—¿Cómo?

—Pis —es casi una sentencia. Lo que les faltaba ahora, que el niño se orinase encima.

Detrás de la mampara de seguridad aguarda Jonás, paciente, sabedor de que llegará su oportunidad, el error de Judith que le permita alcanzar a Rubén. Aunque éste se encuentra cada vez más débil, el olor a vida que desprende es tan intenso que sofoca al muchacho.

Atendiendo a la petición del niño, Judith guía el coche hacia el arcén, antes de entrar en la ciudad. Crepita la gravilla bajo el peso de las ruedas. El freno de mano bien arriba.

—¡Yo también tengo ganas de bajar! —protesta Jonás. Si la voz del niño es una llama moribunda, la del muchacho es un gruñido similar al de un animal soliviantado, rabioso. A cada hora que pasa crece el nivel de su insolencia.

—Esto no es el colegio —responde, sin sospechar que de alguna manera está recuperando parte del pasado.

—Claudia Blanca —murmura, como si de repente en una conversación de radioaficionados se hubiese colado una tercera voz.

—¿Cómo?

—Nada de importancia —miente.

De modo que ambos permanecen unos segundos desnudos ante el recuerdo, el del instituto una, y el del videojuego de *Silent Hill* otro. En mitad de ese compás de espera, la llama a punto de extinguirse que es la voz de Rubén se reactiva para pedir

que por favor lo acompañe fuera del vehículo.

Judith sale del taxi, se guarece tras el pañuelo empapado en colonia, la pistola en el cinturón, abre la puerta del copiloto y ayuda al niño a bajar. Se esposa junto a él, así será imposible que escape. Mujer precavida vale por dos. Avanzan campo a través unos metros.

—Contigo al lado no puedo. —De nuevo la llama se debilita alarmantemente poco después de rozar los labios.

Judith se da la vuelta y cierra los ojos.

—Antes pudiste. —Las palabras bajo el pañuelo, igual que uno de esos pistoleros de las películas que exhortan a los pasajeros de la caravana a desprenderse de las alhajas sin desprenderse del antifaz.

—No puedo.

—Maldita sea, apresúrate.

—Sepárate un poco.

—Vamos, que no estamos de picnic.

No es la primera vez que detienen la marcha para orinar, así que la reacción de Rubén es más producto de una pataleta que de la verdadera necesidad. El sol acaricia la cara de Judith y por un momento sueña despierta. Ojalá todo fuese diferente y pudiese regresar a casa de la abuela Luisa como si nada de lo sucedido en el último mes hubiese acontecido de verdad. Apenas puede disfrutar del momento, porque en menos de un segundo, desde el estómago, asciende una oleada que inunda la cabeza, imponiendo la tiranía de una única palabra, hambre.

Debería escuchar el chorro de orina contra la tierra, pero sólo es perceptible el silbido del viento. Mira a Rubén, que sonrío con cierta malicia.

—Ya he terminado —anuncia el niño.

La mancha oscura que adorna la pernera derecha del pantalón explica lo sucedido. Seguramente lo ha hecho a modo de protesta.

Por encima del hedor de la orina le sofoca, aun estando al aire libre, el olor del pequeño, tan fragante e intenso, tan nuevo. Por eso se protege con el pañuelo. Es dulce y excitante como el de una pastelería a primera hora de la mañana. Sube por la chimenea de la nariz a pesar de la colonia con que humedece el pañuelo y se incrusta en la base del cerebro, zahiriendo del mismo modo que un puñal. Palpita la herida muy dentro. Está a punto de enloquecer y la mirada se incendia con el hambre. Ha de apretar las mandíbulas y aguantar, pensar en la presencia benefactora de la abuela Luisa, dejar que la violencia del deseo ceda poco a poco y todo vuelva a su cauce, consciente de que Rubén le será de mayor utilidad vivo.

—Como quieras, el que irá sucio serás tú —masculla.

Luego le toca el turno a Jonás, que se resiste a salir en brazos de su compañera. Le gustaría sentarse en la silla de ruedas. Pero Judith se niega. Tanto esfuerzo y tan poco beneficio. Así que lo deja en el arcén, sostenido por las manos y los muñones de

las piernas.

—Espósame junto a ti —ladra Jonás— como haces con el niño.

—Tú no piensas escaparte.

La mirada que cruzan son dos floretes a punto de batirse en duelo.

—Yo no, pero tú podrías montarte en el coche y dejarme tirado como a un perro que se abandona junto al arcén.

Al primer mandoble de Jonás le responde Judith con una estocada de desprecio. Un simple gesto con la mano. Luego se aleja en dirección al taxi sin escuchar los ladridos del otro, empeñado en ser esposado junto a ella. Medio sentada en el capó del coche, estira el plano y observa con detenimiento la ruta a seguir. Ha de atravesar un túnel y llegar hasta el cauce del río. Desde allí será más fácil llegar a Gamarra. Después estira la mirada a lo largo y ancho del campo que se abre a su derecha. Todavía se pregunta por qué coño ayuda al inválido. Hay una respuesta dentro de su cabeza, lo sabe, pero no la encuentra. Hay demasiados trastos por medio.

A unos cincuenta metros de donde se encuentran, descubre un bulto inmóvil en mitad de la maleza.

—¡Jonás, no te muevas de ahí! —grita.

Judith avanza con precaución, la pistola por delante, los zapatos buscan el barro, el silencio mullido de cada pisada, y sortean los abrojos, que crepitarían bajo el peso de su cuerpo. Descubrir su posición disminuiría las posibilidades de acercarse sin levantar sospechas. Sea lo que sea eso de ahí delante ha de ir con cuidado. Al llegar a un par de metros lo identifica, es un gato y está muerto. Ha debido fallecer hace poco, porque la carne todavía no se ha consumido.

Un par de horas más tarde, a la salida del túnel, encuentran allá abajo la ciudad de Málaga. La urbe al final de la pendiente. Entran por la zona norte, por la barriada conocida como Parque del Sur. El taxi desciende la avenida de Guerrero Strachan y atraviesa el cruce con San Juan Bosco. Luego atraviesa el puente. Por debajo corre tranquilo el río Guadalmedina, que todos los veranos se seca y que gracias a las lluvias de las últimas semanas presenta un caudal más que envidiable.

Ahora el silencio no es tan embarazoso como horas atrás. Haber saciado el hambre con el cadáver del animal concede una tregua dentro del coche. Las miradas, antes afiladas como espadas, permanecen ahora envainadas. Es cierto que han perdido bastante tiempo por la negativa de Rubén a comer carne cruda, pero tampoco tienen tanta prisa. Judith se ha visto obligada a encender una fogata, a despellejar al gato y a asarlo pacientemente. Rodeando al fuego se asemejaban a una familia en un día de campo, el vehículo detenido en el arcén y ellos sentados en la tierra.

Ahora Rubén acuesta su cabeza sobre la ventanilla, medio adormilado, Jonás contempla la ciudad y Judith conduce con el codo fuera del coche, en un gesto distendido.

A la derecha del puente, a unos doscientos metros, se yergue la mole del estadio de fútbol de La Rosaleda, donde jugaba el Málaga antes de la suspensión temporal de la Liga de fútbol. En Andalucía es imposible jugar en tanto no se controle la crisis de la Doble Muerte. Además hay numerosos futbolistas de los clubes andaluces desaparecidos, o que han sido avistados formando parte de la horda de resucitados, las camisetas, los pantalones cortos y las medias manchadas de sangre.

Judith observa las gradas color cemento, el marcador electrónico y las torres de luz. Una vez alcanzada la avenida de la Palmilla, detiene la marcha. El ronquido del motor rellena el silencio de los tres ocupantes. Rubén se incorpora y la mira a los ojos.

—Quiero regresar a Sevilla.

Detrás de la mampara se siente movimiento, es Jonás que echado sobre ella interviene en la conversación.

—Creo que nunca he estado en Málaga —confiesa con resignación—. Recuerdo que mi madre nunca quiso veranear lejos de casa.

—Sería por alguna razón.

El muchacho se encoge de hombros. Conoce la respuesta pero prefiere no manifestarla: que ella se avergonzaba de su invalidez. Judith elude el tema, consciente de que sería adentrarse en terreno pantanoso.

—Quiero ir a casa.

Al final de la calle, a las mismas puertas del estadio, descubren un par de furgones de la Policía. Hay tanta distancia que es difícil saber si están abandonados o no.

—Podríamos acercarnos —aventura Jonás detrás de la mampara—. A lo mejor encontramos quien nos ayude.

Se sucede un segundo de espera. Las dos manos de Judith permanecen sobre el volante. Por un momento experimenta la necesidad de sujetarse a algo para no caer. Todo se ha derrumbado a su alrededor y sin embargo ella permanece en pie, sin dar su brazo a torcer. Le cuesta un esfuerzo ímprobo adivinar quién fue antes de la Doble Muerte. Lleva semanas recomponiendo el puzzle de sus recuerdos. Por el contrario reconoce la escombrera que es ahora su no-vida. Cada vez es más complicado avanzar, cada metro cobrado es prolongar la agonía de un viaje rumbo a Gamarra, desconociendo qué encontrará allí. Alguien le ha robado el futuro, pero no sólo a ella sino a Jonás y a Rubén, y únicamente les quedan las migajas de un presente enfermo.

A lo lejos se observa movimiento. A través de la luna delantera del taxi Judith contempla la escena, las manos continúan sobre el volante. Si pudiera afirmarse que el vehículo es una extensión de su cuerpo, la carretera lo es de su mirada. Presiente el temblor del asfalto al final de la avenida, cuando los furgones policiales abren sus puertas para que bajen los antidisturbios. Las botas golpean el suelo con la celeridad del movimiento ya aprendido de memoria. Cada soldado es un autómatas, dispuesto a cumplir con su trabajo. La formación es perfecta: los escudos, las viseras de los

cascos y las armas disuasorias.

Alrededor del taxi el asfalto está nevado de papelillos blancos. Como desde su posición es prácticamente imposible leer el texto, Judith abre la puerta.

—¿A dónde vas? —protesta Jonás golpeando la mampara con las palmas de las manos—. No me dejes aquí solo.

La mirada de una contra la del otro a través del espejo.

—Todavía estoy aquí —ladra.

—Prefiero que no salgas.

Sobra la respuesta, a qué tantas consideraciones con Jonás cuando la lógica dice que debería haberlo abandonado hace ya unas horas. Actuar, dejarse llevar por el impulso. Judith dobla el cuerpo sobre la cintura buscando el exterior, alarga el brazo en dirección al asfalto y alcanza uno de los panfletos:

«Acércate a Cádiz, sigue la nacional CA-33 hasta la misma frontera del mar. Ni juicios de guerra ni ejecuciones. Tendrás la posibilidad de probar una vacuna contra la Doble Muerte».

Después, de un golpe, arruga el libelo y lo tira bien lejos.

—¿Qué decía? —interviene el muchacho.

Encuentra la contestación en el espejo retrovisor, la mirada cínica de la conductora. El muchacho lamenta el secretismo de Judith y la afrenta demostrable de que jamás cuenta con su opinión. Ya está cansado y a punto de explotar.

—Eres peor que mi madre —ladra como un perro rabioso.

—Cuando quieras te puedes bajar. —Judith ataja la discusión con un golpe bajo.

—Sólo pensaba en voz alta.

—Saco la silla y te dejo en la acera si quieres.

Justo después del órdago de la conductora, resuena en el aire un disparo. El eco rebota en los edificios que hay justo a la derecha de la avenida, multiplicando por diez su dramatismo, la premoción de lo que está por llegar. En mitad de la bóveda catedralicia de nubes y del silencio casi litúrgico del mediodía, ha estallado con la misma insolencia que lo haría un petardo en un velatorio. Judith apostaría a que proviene del interior del estadio de fútbol. Está claro que los antidisturbios no han sido, todos mantienen los fusiles apuntando hacia abajo. Sobra con una mirada; la formación sin mover un solo músculo, tiesos, perfectos en su rigidez, igual que muñecos de fútbolín, los escudos al frente y las barbillas hacia adelante. Entre ellos y el taxi median casi doscientos metros.

Rubén se incorpora y observa a los policías. Armándose de valor, grita a pleno pulmón:

—¡¡Socorro!!

Judith reacciona con rapidez.

—Joder, cállate.

Lo amordaza con cinta aislante. Luego le clava la punta de la pistola en las

costillas. Una tontería más y lo dejará tirado en el bordillo de la acera.

—Mátalo ahora —propone Jonás, dejándose arrastrar por el instinto. El olor del pequeño se intensifica minuto a minuto, y con él la excitación del muchacho tras la mampara.

En la catedral del mediodía se presiente el peligro, su proximidad. Adopta la forma de una vibración, mínima al principio, casi el aleteo de una mariposa, para enseguida crecer de intensidad, algo similar a una corriente eléctrica que palpitase justo debajo del asfalto. Los ojos de Judith rastrean la avenida de punta a punta en busca del origen de la misma. Las manos continúan sobre el volante. A su lado, los gruñidos de Rubén detrás de la mordaza y la mirada neblinosa de puro miedo.

Entonces la vibración sube de intensidad, alcanza al vehículo y se sumerge en la estructura, corriendo bajo el acero. Es la confirmación de los peores presagios. Hay un momento en que la mano derecha alcanza la palanca de cambios para meter la marcha atrás. Poco después se suceden otros disparos y una oleada de voces que se aproximan.

—¡Arranca antes de que sea tarde! —pide Jonás a gritos.

Por culpa del nerviosismo, entorpecida la capacidad de reacción, Judith suelta el embrague antes de tiempo y el coche se cala. No puede ser, lo que faltaba. El pantano frío del cogote. Una gota de sudor a lo largo de la sien. Trata de serenarse respirando hasta llenar los pulmones para luego vaciarlos lentamente.

Antes de que consiga girar la llave dentro del contacto, las puertas laterales del estadio vomitan una riada de cuerpos, gente que sale atropelladamente desde los corredores. Sálvese quien pueda. La violencia del instante se cobra las primeras víctimas. El que cae al suelo pierde toda oportunidad de escapar, aplastado por el miedo de los demás.

A los policías antidisturbios a pie se le unen ahora otros montados a caballo. Los caballos, nerviosos, sacuden de arriba abajo las cabezas y relinchan esperando el aguijonazo de la espuela, la orden definitiva de cargar. De nada vale la mano amiga del jinete que trata de calmarlos.

Los escudos permanecen en posición y se preparan las armas.

A doscientos metros de distancia Judith gira la llave, vamos, joder, no me falles ahora. Cuando parece que nada puede salir peor surge un nuevo contratiempo. Rubén trastea la puerta con la intención de abrirla. Así que se ve obligada a esposarlo, las muñecas presas del metal. Ha cerrado las esposas cruzándolas sobre el anclaje del sillón, de manera que obliga al niño a permanecer doblado sobre sí mismo. Así evitará que sea descubierto por los de afuera.

—Mátalo —apunta Jonás.

Los antidisturbios disparan sobre la multitud asustada que huye en dirección contraria a la del taxi, es una andanada de pelotas de goma. El impacto de las mismas

derriba a los que encabezan la oleada y que caen a los pies de los que vienen detrás. Los policías a caballo clavan las espuelas en el lomo de sus cabalgaduras. Al llegar a los hambrientos caen sobre ellos con una lluvia de golpes. Se lucha sin cuartel. Los heridos permanecen derribados en el suelo. Los que hay usan estos cuerpos a modo de escaleras para encaramarse a los caballos y morder ferozmente a los agentes. El bocado atraviesa el uniforme. Los dientes identifican la presa y se hunden en el músculo. La lengua saborea la sangre y los ojos se iluminan con la intensidad de teas en mitad de la mazmorra oscura del rostro.

De poco sirve que el policía descargue su ira contra la cabeza del hambriento. Reducirlo a golpes es demasiado lento. De modo que la pistola abandona la cartuchera, se detiene sobre la sien y se escupe fuego. El estallido del cerebro mancha las viseras de un fluido sanguinolento.

Cuando el motor del taxi despierta, un golpe sacude la ventanilla del copiloto. Aparece una mano y detrás unos ojos desencuadrados a causa del pánico. Es un hombre más o menos de la edad de Judith, la barba descuidada y la piel cenicienta, la mirada cancerosa y los gritos desafinados. Viste guerrera de camuflaje personalizada con un logotipo que dice *User Ne*, y vaqueros manchados de barro.

—Déjeme subir, por favor —ruega, juntas las manos en señal de súplica.

—Vámonos, da marcha atrás —dice Jonás.

Judith pisa el embrague y mueve la palanca de cambios para dar marcha atrás sin atender a la súplica. Sin embargo el hombre es más rápido y muestra enseguida sus cartas. Se escucha un chirrido que se hunde en la columna vertebral, despierto cada pelo de la nuca. Una sensación irritante. Es el tipo de la guerrera arañando el cristal con la punta de un machete.

—Preferiría no hacerlo —advierte señalando la rueda delantera derecha con el arma.

—Vámonos —protesta detrás el inválido.

—Uno, dos... —Levanta el brazo, dispuesto a dar el golpe de gracia.

—¡Olvídate de él!

—¡Suba atrás! —grita Judith después de bajar el pañuelo que le cubre la nariz.

—De eso ni hablar —protesta el inválido.

—Venga, coño.

El tumulto de la lucha cada vez está más próximo. En la catedral del mediodía truenan los disparos. Por desgracia para ellos se aproximan otros zombis, invocados por la presencia del taxi. Qué mejor medio para escapar. El cruce de miradas a través del espejo. Una demanda comprensión, la otra defiende su negativa.

—Preferiría no hacerlo.

—No hay tiempo que perder, Jonás —ruega Judith.

Los hambrientos están muy cerca. Adelantan los brazos. En unos segundos los tendrán encima. Al final el muchacho accede y abre la puerta.

—Te arrepentirás —dice a modo de protesta.

El hombre se zambulle en el interior, luego cierra con violencia. Judith suelta el embrague y pisa el acelerador. Marcha atrás el coche gana velocidad metro a metro. Al llegar al cruce de la circunvalación hunde el freno. Los cuerpos se contorsionan hacia adelante.

—Es mejor llevar a un polizón a bordo —apunta el recién llegado— que quedar en tierra los tres. —Todavía no ha visto a Rubén.

Judith mete primera y acelera. Su forma de conducir delata cierto nerviosismo. A duras penas consigue controlar la velocidad ganada por el taxi.

—Cállese de una puta vez —gruñe.

A la altura del siguiente cruce, prefiere buscar refugio entre las calles más próximas antes que continuar la marcha. Por ahora es desaconsejable seguir adelante, la policía ha tenido que ver el taxi y es más que probable que monten un dispositivo de búsqueda. Así que tuerce a la derecha. Transitan junto a un centro comercial, sorteando coches abandonados y cuerpos calcinados.

Jonás observa esos garabatos negros en mitad del asfalto con tal fascinación que no atiende a las palabras cruzadas entre Judith y el polizón.

—Creo que me llamo Salvador —dice el hombre con la voz cansada.

—¡Cállese!

—Gracias por dejarme subir.

—Nadie le dejó —gruñe ella.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

En su intento por atajar cualquier intento de acercamiento, ella permanece en silencio, sin devolverle la cortesía de la presentación. Dobla hacia la izquierda y cambia el sentido de la marcha. Emboca el taxi en una de las rampas de entrada al parking del centro comercial. Antes de entrar pisa el freno a fondo y se vuelve hacia el hombre.

—En cuanto estemos dentro nos separamos, ¿entendido?

Salvador arruga la nariz. Un momento. Ha detectado algo, un olor distinto, inconfundible, similar al desprendido por la señora Ezquerdo. Judith se da cuenta enseguida. Joder, más problemas.

—Creo que mi amigo prefiere continuar el viaje —contesta mostrando el machete, seguramente para ganar algo de tiempo y localizar el origen del olor.

Aprovechando la circunstancia, el compás de espera, Jonás lanza una dentellada en dirección a la muñeca. Pero el polizón aparta el brazo justo a tiempo.

—Quieto, maldito cabrón —dice proyectando al mismo tiempo el puño izquierdo. Le alcanza en las costillas y Jonás se retuerce en el sillón. Luego amenaza con castigar la osadía levantando el arma. Con un simple mandoble podría retirarlo definitivamente.

—¿Qué es eso? —pregunta olfateando a un milímetro de la mampara de seguridad.

Consciente de que ha de actuar con rapidez, Judith extrae la pistola de la

guantera.

—¿Y este olor? —Se incorpora un poco y descubre la figura del niño, doblada sobre sí misma, en el asiento del copiloto.

Es el momento de enseñar la pistola. El silencio anega entonces la cabina del vehículo. Más vale que el recién llegado sepa más pronto que tarde quién manda allí.

CAPÍTULO 19. NO SOY NORMAN BATES

Sábado 16 de enero de 2010. 17:10 de la tarde.
Calle Tomás de Ibarra, Sevilla.

Al pie de las escaleras, en la planta de abajo, descansa una de las dos sillas de ruedas que hay en la casa. Un poco más arriba, en el tercer escalón, un plato volcado sobre una pasta verdosa que presenta una consistencia similar a la de un puré. Una mosca avanza sobre el moho putrefacto. Llevará por lo menos dos días sin que nadie lo recoja. Al final de las escaleras, arriba del todo, una palangana vacía.

Recorre todo el pasillo un reguero de agua color sangre que se pierde a la vuelta de la esquina. Un poco más allá, un muchacho arrastra su cuerpo sin piernas por el suelo. Es él quien mancha la solería de rojo. Si la mala suerte juega en su contra y dispone que la madre aparezca por una esquina del pasillo y se percate del rastro sanguinolento dejado a su espalda, correrá a regañarle. Es más, si tiene el mocho a mano será incluso capaz de fregarle las manos y la cara. De lo que no se librará, llegado el caso, es del castigo supremo, dejarlo una semana sin la *Play Station*. Ella sabe dónde le duele, y no poder jugar al *Silent Hill* le escocería.

Avanza únicamente con la ayuda de los brazos, lo que supone un esfuerzo considerable. Ha de lanzarlos hacia adelante, plantar bocabajo las palmas de las manos y tirar hacia delante de la ruina de su medio cuerpo. Agotador, sin duda.

—Madre, ¿me envenené con White Claudia? —Su voz es nudosa, las sílabas, pura madera sin desbastar. Lo peor de todo es la rabia. El muchacho apenas reconoce esa voz áspera y trabada como la suya.

Cada vez que adelanta los brazos, la herida imperfecta de las muñecas se abre como una boca, los labios se separan y dejan al descubierto el interior, las hilachas de los tendones y las venas. Por ahí podría escapar toda la vida, hasta la última gota de sangre. Sólo que ahora no está vivo y buena parte de su sangre entinta la bañera.

—¿Madre? —Todo es nuevo en él, no sólo la voz, sino la marmórea blancura de los brazos y la furia del hambre, casi un incendio dentro del estómago—. ¿Dónde está?

Al principio, todo movimiento comportaba un dolor extremo. Abandonar la bañera ha sido un milagro con los músculos cementados y el cuerpo pesado igual que una losa de cementerio. Ahora, por fortuna, cada vez duelen menos las articulaciones, engrasadas por el sudor y el esfuerzo.

—Removeré el hospital Brookhaven hasta encontrarla. Si hace falta, buscaré en Silent Hill calle a calle.

Al final del pasillo se abre el dormitorio de matrimonio. Menos mal que la puerta está entreabierta. Desde ahí abajo le sería imposible abrirla sin la ayuda de la silla de ruedas, que seguramente estará guardada dentro. La empuja con la cabeza y se

arrastra como un reptil.

En una esquina de la habitación, como suponía, le espera la silla de ruedas. Lo malo es subirse a ella sin ayuda. Junto a la ventana hay un calendario. Debajo de cada día figura el nombre de un santo y la correspondiente fase de la luna. Los quince primeros días de diciembre aparecen tachados. En su parte superior, hay una fotografía de un campo verde esmeralda, infectado de panzudas calabazas.

Se acerca a la cama.

—¿Madre?

La voz es una cometa que ha roto el hilo y sobrevuela la playa sin rumbo y sin dueño. La llamada se repite ahora con mayor urgencia. Desde el suelo es complicado hacerse oír, de modo que en un esfuerzo titánico consigue incorporarse. Se ayuda de una de las patas de la cama para izar medio cuerpo, lo suficiente para echar un vistazo arriba.

—Madre, yo cuidaré de usted mejor que la misma Orden —dice al reconocer el cuerpo sobre la cama. La memoria del muchacho ha despertado dentro del videojuego de *Silent Hill*, así que es comprensible que todo lo acontecido tenga una explicación inverosímil.

Regresa al suelo y a su condición de reptil. Se acerca a la silla de ruedas para estudiar la manera de subirse a ella. Cuando cree encontrar una, sólo queda ejecutarla. Lo más difícil.

Se arrastra por el suelo tirando de ella hasta conducirla al lateral derecho de la cama. Es la única posibilidad que tiene. Entre la cama y el armario no volcará, cuando intente encaramarse a ella. Se incorpora, descansa unos segundos y luego alcanza los brazos de la silla. Al tirar del cuerpo hacia arriba la herida de las muñecas sonrían dramáticamente.

—Y todo por culpa del carbón —masca las palabras de pura rabia.

El dolor es puro fuego, tan candente como el volcán del estómago. El corazón percute con fuerza dentro de la caja de resonancia del pecho. Hay poca sangre que empujar, la mayoría ha quedado en préstamo dentro de la bañera. La que hay se atora en los toboganes de las venas, espesa como mercurio. De modo que el esfuerzo se duplica.

El sudor frío, la mirada desencajada, los músculos tensos hasta el mismo límite, la fundición de los pulmones resollando sin parar y los dientes apretados, rechinando unos contra otros. Cada centímetro ganado en la ascensión a la silla es un triunfo, y sirve de trampolín para avanzar en dirección a la cumbre con los piolets de las manos.

La madre descansa sobre la cama sin deshacer, rígida igual que una estatua de mármol. Viste una rebeca blanca, tiene el pelo apelmazado y viejo y una mueca de felicidad pintada en los labios. Pero esos ojos hundidos como pozos de desierto alertan a Jonás. Definitivamente no está dormida.

La confirmación de lo sucedido aparece enseguida. En su mano derecha

encuentra un frasco de pastillas, abierto, vacío.

—White Claudia —apunta, cuando en realidad es un frasco de Prozac. Ya no habrá más enfados ni más regañinas. La felicidad de Jonás brota en forma de sonrisa, y en un brillo antinatural en esos ojos cancerosos que él todavía no ha descubierto al otro lado de un espejo.

No hay pulso en las muñecas de la madre.

Guiando la silla abandona el dormitorio camino del pasillo. Al pie de las escaleras echa cuerpo a tierra y con gran esfuerzo desciende, muy lentamente, para no rodar y darse un golpe fatal.

Una vez en la planta de abajo alcanza la cocina. Se arrastra hasta la cajonera que hay junto al frigorífico. Lo ha visto tantas veces en manos de su madre que lo reconoce enseguida. Es el cuchillo de hoja ancha con que troceaba la carne antes de guisarla. Es un recuerdo tan vivo que casi escucha el golpe rotundo sobre la tabla de madera, la ferocidad de los tajos y la fragilidad de los huesos, quebrados como si fuesen de hojalde. Poco a poco regresa la luz al cerebro y recupera las distintas afrentas sufridas. Experimenta un placer casi sexual al recordarlo casi todo.

En la hoja observa su mirada, dos ojos que cuesta reconocer, ponzoñosos, perdidos en un páramo del que nadie los rescatará. Ya lo tiene, ahora debe regresar por donde ha venido. Como ha de ayudarse de las manos para reptar de vuelta a las escaleras no le queda más remedio que coger el cuchillo con los dientes.

Diez minutos después ha superado el obstáculo de las escaleras y logra encaramarse de nuevo a la silla.

—Madre, ya estoy de vuelta.

Sortea la puerta de entrada al dormitorio con la habilidad de la costumbre. El giro perfecto de las ruedas. Se acerca a la cama. Con el cuchillo en el regazo dedica unos mimos a la madre, las últimas caricias a las manos y la venganza final, el beso en la mejilla derecha, la misma frialdad con la que Judas vendió al Maestro. Aguanta el beso durante unos segundos, los labios húmedos reconociendo el invierno definitivo debajo de la piel. Luego, al retirarse, sonrío, consciente del agravio. Demasiadas veces ha sufrido el desprecio de Madre, no quiero que me beses, con la excusa de que le manchaba de saliva. Se lo merece por bruja.

Ahora alcanza el cuchillo. Lo levanta bien arriba. En el espejo de la hoja centellea la imagen de la muerta.

—Usted siempre supo que quería más a Papá. —La declaración nace desnuda, sin el traje diario de la hipocresía. El músculo tenso del brazo y el rechinar de los dientes, rozando unos contra otros.

Todavía recuerda cómo Madre preparaba el pollo para la paella, y cómo separaba la cabeza del tronco de un solo tajo. La hoja se hunde en el cuello, sólo que en esta ocasión no es una gallinácea. Contrariamente a lo que esperaba va a ser más duro. La hoja encalla en una vértebra y ha de hacer fuerza para extraerla. No hay sangre, sólo un corte limpio. Un segundo golpe abre una nueva boca en la garganta. A pesar de

que algo se quiebra en algún lugar, el cuello todavía resiste.

Sentado en la silla va a ser imposible. Ahora lo tiene claro. Así que sube a la cama y luego al abdomen de la madre. Desde ahí tiene una mejor postura y un mejor ataque.

—¿Mañana quiere que la peine para visitar Brookhaven?

Alza el cuchillo sujeto ahora con las dos manos. Toda la rabia concentrada en el movimiento. La violencia del golpe termina por vencer la resistencia de las vértebras y la cabeza se separa definitivamente del tronco.

Una semana antes la madre de Jonás, aún viva, espera hasta el último momento para retirar la silla. Es una artimaña como otra cualquiera para ser ella quien inicie la guerra. Sabe que a su hijo le molesta verla cuando llega a la cocina. A simple vista se antoja poca cosa, pero es una manera subliminal de recordarle su invalidez. O eso cree el muchacho en su atormentada visión de la vida.

El ruido de cubiertos y platos recuerda al preludio de la batalla, cuando se preparan espadas, escudos y lanzas. Por lo menos preconiza exactamente lo mismo, la dureza del cuerpo a cuerpo.

Jonás conduce la silla de ruedas hasta su lugar en el cuadrilátero de la mesa, dispuesto a mantener la guardia alta desde el primer segundo. Ha de intuir el primer golpe para esquivarlo a tiempo. De lo contrario estará perdido.

Crepita el aceite mientras se afilan las palabras y los desprecios hasta sacarles punta. Jonás evita volver la cabeza cuando la madre se acerca con el plato. Lo planta en la mesa con un sonoro golpe. El mensaje es bien claro, o así lo entiende el muchacho: ¡*cenas caliente porque yo quiero!* Detiene la mirada en la tortilla francesa, buscando el primer desafío.

La mano queda sobre el hombro.

El tenedor es un arma a esgrimir y la cena el campo de batalla. Alcanza el cubierto y trocea la tortilla. Está un poco cruda. Definitivamente ha empezado la guerra.

—Sabe usted que me gusta muy hecha.

—Últimamente ando con la cabeza perdida, lo siento. —Se atrinchera la madre tras una excusa tan peregrina como repetida.

Detrás del silencio, el frigorífico ronronea inquieto y el grifo gotea sobre la pila de platos sin lavar.

—Además, te he dicho mil veces que tires esa maldita sudadera —se refiere a uno de sus amuletos, la sudadera de *Silent Hill*. Algo innegociable.

—¿La cabeza perdida? Siempre el mismo lamento. Nunca ha tomado en cuenta mi sufrimiento. Siempre es usted, usted.

Madre lo mira de reojo y mantiene las manos enredadas en el delantal, por si acaso, no vaya a ser que se le escape alguna.

—Cada día toma dos pastillas de Prozac para los nervios, muy a mi pesar.

—Sólo una —le rectifica. La sonrisa esgrimida es igual de falsa que el gesto cariñoso que le dedica, como quien amenaza a un niño pequeño con un azote.

—Se equivoca usted, son dos.

—Que no, Jonás, una sola y en el desayuno.

—¿Es que ignora que mantiene usted la dudosa costumbre de disolver una en la leche caliente de después de la cena?

Mientras tanto esparce los trozos de tortilla alrededor del plato, consciente de que a ella nunca le gustó semejante desprecio para con la comida. El ritual de la batalla se repite cena a cena, almuerzo a almuerzo, día a día, con la perseverancia de quien sospecha que hace lo correcto. Para ello mantiene el tenedor enhiesto, las puntas hacia arriba, dispuesto a no ceder terreno.

—¿Hay un poco de queso? —contraataca. Las palabras sobrevuelan el campo de batalla como buitres a la espera de la carroña—. Prefiero un bocadillo.

En absoluto silencio Madre alcanza un plato, un cuchillo y un par de piezas de frutas. Se sienta frente al hijo. Antes de empezar a pelar la manzana, dispara una sonrisa irónica. Aguarda, paciente, el contraataque.

Dispuesto a cargar a galope tendido contra el enemigo, Jonás piafa nervioso, moviendo la silla de ruedas hacia atrás y hacia adelante.

—Coge una fruta —se defiende la madre.

—Prefiero el bocadillo —esgrime.

Entonces se va la luz. Se desploma la noche de improviso sobre la cocina, sobre el campo de batalla. Ninguno de los dos contendientes imaginaba semejante contratiempo. Las miradas estallan en mitad de la oscuridad y del silencio premonitorio.

Se escucha el arrastrar de una silla.

—¿A dónde va, Madre?

La sombra de la mujer atraviesa la cocina. Apenas el susurro de las zapatillas la acompaña. Jonás permanece inmóvil, la mano derecha sobre el tenedor, pensando si debe continuar o no la batalla en semejantes circunstancias.

Desde el patio llega la voz de ella.

—Debe de ser de la calle, aquí no ha saltado el interruptor. Un momento.

Jonás decide que sí, que la ausencia de luz no ha de establecer tregua alguna. De modo que tantea la mesa buscando su plato y, a oscuras, se acerca con él hasta el cubo de la basura. Al tirarlo dentro, suena la cerámica al estrellarse contra el fondo.

—Toda la calle permanece a oscuras —apunta ella de regreso a la cocina, la sombra de su cuerpo en el abismo oscuro de la puerta.

Jonás prepara el próximo movimiento estratégico.

—Llamaré a la abuela —dice Madre.

—Quiero subir a estudiar.

—¿A oscuras?

—A usted qué más le da.

La voz de su progenitora se sumerge en el fondo del pasillo:

—Espérate un minuto. Me he dejado el móvil en el salón, a ver si lo encuentro.

Una vez solo el muchacho descarga sobre la mesa toda su impotencia, las puntas del tenedor hundidas la madera. Depender de ella para subir y bajar las escaleras le frustra, y en momentos como éste, en plena batalla, ella hace valer su ventaja. Tira del brazo y el tenedor ara sobre el campo reseco de la mesa.

—Hola, mamá... Todo bien por aquí... Claro... Ya, por eso te llamaba, ¿tampoco tenéis luz ahí? Debe de ser algo grave... Sí, ya lo sé, nunca salgo de casa después de anochecer.

La voz, lejana, flota en algún lugar del pasillo.

—... Claro que veo las noticias, mamá. No creo que sea para tanto... Lógico, algo estarán haciendo, la policía no va a quedarse cruzada de brazos.

—Quiero subir a mi cuarto —ataca Jonás, el tono cortante, imperioso, de general a punto de inmolar a todo su batallón en una defensa heroica.

—... Nada, el niño que quiere que lo lleve arriba. —El contraataque de la madre es inmediato. Ha pronunciado niño como sinónimo de mocoso.

Cuando en la oscuridad de la cocina aún marcha a la deriva la última afrenta, en la calle tiene lugar una explosión. Ha sido tan cerca de casa que toda ella se estremece con una imitación de terremoto. Pero, a diferencia de una bomba, no hay onda expansiva ni rotura de cristales.

—... Un momento, mamá, te paso al niño —dice la voz de Madre a un metro escaso de la puerta.

—No me deje solo —protesta Jonás sin saber qué hacer con el móvil.

Ella desoye su petición y se aleja en dirección a la entrada de casa mientras él masculla un par de insultos, zorra, hijaputa, tapando el auricular con la palma de la mano.

—¿Cómo estás, abuela? —pregunta adoptando su mejor tono de nieto perfecto y cariñoso. Menudo capullo, piensa—... No sé, la verdad... Algo ha estallado en la calle... Eso ha ido a ver mamá.

Segundos después la voz de Madre llega desde el fondo del patio. Demuestra preocupación.

—Es un camión.

—Algo de un camión —repite Jonás al móvil.

—Habrá que llamar a la policía. Se ha estrellado contra la fachada de casa.

—Últimamente me preocupa su estado de salud —dice con ambigüedad—. Está muy nerviosa.

—No sé cómo estará el conductor. Habría que salir a la calle, pero con todo a oscuras sería una temeridad.

CAPÍTULO 20. AGACHA LA CABEZA, MALDITO

Martes 2 de febrero de 2010, 16:00 horas.
A las puertas del Centro Comercial Rosaleda, Málaga.

El contagio ya era masivo en el pueblo de Hornachuelos cuando los primeros infectados, ajenos a la gravedad de las pequeñas heridas que sufrían, regresaron a sus hogares después de cumplir la jornada de trabajo: médicos principiantes que trabajaban fuera de Córdoba para labrarse una carrera, policías nacionales movilizados expresamente con el objeto de contener los disturbios del pueblo, ansiando la tranquilidad del descanso bien merecido; sanitarios de la Cruz Roja que atendieron varios accidentes donde se vieron involucrados algunos hambrientos, y periodistas que habían aparecido por Hornachuelos al reclamo del salvajismo de los asesinatos iniciales.

Esa primera noche durmieron indiferentes al drama que se cernía sobre ellos, retozando bajo el calor de las mantas. Tampoco había que preocuparse tanto, únicamente habían cobrado en los desmanes una insignificante herida, unos en la muñeca, otros en brazos y piernas. Nada que no se pudiese combatir con la vacuna antitetánica. Así que pronto conciliaron el sueño.

La pesadilla les despertó al día siguiente, por la mañana temprano, cuando el escozor les devolvió a la realidad. Los síntomas se mostraron alarmantes desde el primer momento, ya al destapar el vendaje que cubría la herida. Ésta, lejos de cicatrizar, se veía más fresca y ponzoñosa que horas atrás. Alrededor de la misma crecía una mancha pardusca que indujo a diagnósticos incorrectos cuando se acercaron a las urgencias de los hospitales más cercanos: lepra, gangrena y otras variantes infecciosas. Con la lógica matemática de los antibióticos se pretendió combatir un virus que, por desgracia, había pasado ya a la sangre. La fiebre apareció implacable antes del mediodía, en tanto que el traslado urgente de los pacientes fue inmediato.

En cuestión de días, desde las camas atestadas de los centros públicos, se multiplicó por diez la virulencia de la enfermedad. Los ataques al personal médico y a las visitas provocaron la pronta intervención de la policía nacional antidisturbios, que tomó pasillos y escaleras para bloquear las salidas.

Por aquel entonces, a cientos de kilómetros de Hornachuelos y de Córdoba, mucho antes de conocerse y coincidir en el interior de un taxi, Judith, Jonás y Salvador ya estaban sentenciados, al igual que el resto de Andalucía.

La crisis de los hambrientos penetró en la ciudad de Málaga burlando todos los controles policiales, tímidos en un primer momento para no despertar la alarma

general y mantener el engaño perpetrado desde el Gobierno. Todo estaba bajo control, o eso se afirmaba. Seguramente los que transmitieron la infección ocultaron sus heridas a los sanitarios que apoyaban cada control, a la entrada y salida de las ciudades. Exceso de confianza o algo más simple, la aparición de una indiscreta cámara de televisión que forzó sonrisas y aligeró los reconocimientos médicos. Si se mostraba demasiado celo en los mismos la población podía sospechar.

De este modo, una mañana bien temprano, cuando la madrugada se retiraba con la penúltima tormenta, saltó la alarma en la zona de carga y descarga del centro comercial Rosaleda, muy cerca del campo de fútbol del equipo del Málaga. Contento por terminar el turno, el conductor de un camión de reparto silbaba una copla antigua, de esas de Antonio Molina. Era lo suficiente mayor, y ya estaba al margen de modas pasajeras.

Al abrir la puerta trasera fue atacado por una muchacha de unos veintitantos años. Había aparecido de improviso entre las pilas de la mercancía. Forcejearon en el suelo, una por hacer presa y apaciguar el hambre y el otro por esquivar el ataque empleando la fuerza justa, sin excederse. Aunque a sus cincuenta y ocho años repartía mercancía se consideraba todo un caballero, de ésos que quedan pocos. Así que no podía pegarle a una mujer. Ése fue su error. No sobrevivió para contarlo. El mordisco le partió el cuello casi en dos y se le escapó la vida en unos segundos, manchándole el mono de trabajo.

Cuando los guardas de seguridad quisieron reaccionar ya era demasiado tarde. El centro comercial estaba condenado. Sólo era cuestión de horas.

Treinta y nueve días después la puerta norte del parking permanece abierta, mostrando al otro lado una oscuridad insondable. Ninguno de los tres, ni Judith, ni Jonás ni Salvador pueden sospechar el infierno en que se convirtió el centro comercial después del primer ataque.

La negrura del parking invita a dar marcha atrás y seguir camino en otra dirección. La culpa de que los ocupantes del taxi barajen la posibilidad de entrar es de los helicópteros, de su alarmante proximidad. No en vano saben que en caso de ser descubiertos el viaje acabará de inmediato. Mientras Judith decide la conveniencia o no de aparcar dentro, Jonás habla por señas con el nuevo compañero de viaje, Salvador. Los gestos son verdaderas palabras que cruzan a espaldas de la conductora. En un principio están de acuerdo en que el niño superviviente debe servirles de almuerzo.

Judith echa el freno de mano, el desnivel de la rampa lo requiere. Eso sí, mantiene el motor encendido. Nunca está de más prever cualquier contratiempo.

—Ya es hora de bajarse, ¿no cree? —dice entonces dándose la vuelta para mirar cara a cara a Salvador. El tono empleado es toda una declaración de intenciones, afiladas las palabras como cuchillos.

—No puede hacerme esto. —Salvador se acerca a la mampara de seguridad.

—Fin del trayecto.

—Además sé una cosa...

—No le cobro el viaje.

—... que puede interesarle.

El cañón de la pistola pone el punto final a la conversación, jaque mate. Salvador queda a merced de su miedo, se revuelve inquieto pensando en la estrategia defensiva, huérfano de palabra y de reacción.

El presentimiento de la pólvora.

Aunque media entre ambos la mampara, no se atreve a enrocar su obstinación por permanecer dentro del coche. Quién sabe cuál será la dureza del blindaje. Enzarzados en la apuesta de las miradas, sintiendo el palpito del propio cuerpo, ninguno de los tres advierte la proximidad de un resucitado. Emerge de la oscuridad, se acerca empujando uno de los carritos metálicos del centro comercial. Dentro hay un cuerpo ovillado, la cabeza sobre el pecho. Es imposible precisar el sexo y la edad del guiñapo.

Liberado ya de la postura en que lo había esposado Judith a las puertas del estadio, el único que repara en ello es Rubén, que trata de llamar la atención de Judith, pero sus palabras quedan atoradas por culpa de la mordaza. En vista del fracaso, lo intenta dándole un tirón del brazo. Pero Judith desoye su intento, concentrada por completo en el jaque mate de la pistola.

—Me importa un carajo lo que sepa. ¡Fuera!

—Es sobre Cádiz. Guarda un terrible secreto.

—Escuchémosle —tercia Jonás.

—¡Fuera! —grita deshaciéndose de la mano de Rubén.

—La Ciudad Negra —dice juntando las manos en señal de súplica—. Escuché hablar de ella dentro del estadio de fútbol.

La decisión de abandonar el coche se prolonga más allá de la prudencia, tanto que el hambriento, a pesar de sus pasos tambaleantes, termina echándose sobre el taxi. Lo golpea con el carrito. Pide a gritos que le dejen subir a él y al bulto ovillado.

—¡Joder! —gruñe Salvador al sobreponerse a la sorpresa.

—¡Da marcha atrás! —grita Jonás, que aprovecha el instante de confusión para lanzarse sobre la muñeca de Salvador y arrebatarse el machete. Basta con marcar los dientes sobre la manga, presionar hasta el límite sin llegar rasgar la piel. Esta vez no le ha dado tiempo a reaccionar al polizón.

Como respuesta Salvador lanza un puñetazo al rostro del muchacho, toda la rabia de los últimos días catapultada al brazo. Los nudillos impactan contra el pómulos, que se corta de inmediato. Pero de la herida apenas brota un par de gotas de sangre espesa, pura melaza o gotas de cera.

Mientras tanto Judith baja el freno de mano y mueve nerviosamente la palanca de cambios. Es hora de salir marcha atrás. Las ruedas giran en sentido contrario, al

principio muy lentamente, luego a toda velocidad. A saber cuántos hambrientos pueden vagar por el interior del parking.

Su pericia al volante dista de ser la del teniente Frank Bullitt. El Ford Mustang GT-390 de éste, de color verde oscuro, saldría indemne de tan complicada maniobra, pero a ella le cuesta estabilizar la dirección del taxi y roza el lateral derecho contra la pared, el impacto justo para desintegrar un piloto trasero.

Jonás contraataca lanzando una cuchillada al estómago de Salvador, que éste consigue atajar en el último momento. Miden las fuerzas durante un segundo hasta que la debilidad del muchacho, mayor que la del otro, le deja en desventaja. Las ruedas retroceden con rapidez sobre la rampa. Salvador y Jonás se enzarzan en un cuerpo a cuerpo, enredados los brazos.

Con la cabeza girada hacia atrás, un brazo acodado en el asiento y el otro sobre el volante, es más que difícil la maniobra de conducir el coche hacia arriba. Otro par de toques en el lateral derecho antes de llegar arriba del todo en la rampa. Entonces sucede algo. Por culpa de la pelea, Judith no logra ver a tiempo a los dos cuerpos que cierran la salida. Así que el taxi embiste con violencia a los dos hambrientos.

Un sonido de madera que se astilla bajo de las ruedas.

Es tan violento el impacto que lanza al inválido contra la mampara. Al carecer de las piernas le es imposible sujetarse, vencido por la inercia, de modo que queda atrapado entre el blindaje de cristal y el asiento trasero. Entonces Salvador aprovecha su posición ventajosa para recuperar el arma y lanzar un gruñido de advertencia al muchacho, la dentadura al aire, imitando a un perro que marcarse su territorio.

En mitad del asfalto, antes de meter primera, Judith acierta a ver los cuerpos desbaratados: una mujer que viste uniforme de cajera de supermercado y permanece inmóvil, la mirada perdida en las nubes, y un hombre de unos treinta y tantos años con las piernas deshechas como un compás roto, las gafas hecha añicos y el cristal clavado en los pómulos. Lo singulariza una gorra de los Barcelona Dragons y un libro en la mano que agarra con fuerza. La sangre y la distancia impiden a Judith leer el título, *Crónicas Marcianas*, y el nombre del autor, Ray Bradbury. Trata de incorporarse sobre un codo.

Para evitar un susto de última hora, el taxi pasa por encima de los dos zombis que yacen en el asfalto con un espanto de gritos y huesos que se quiebran. Dentro es casi imposible mantenerse erguido. Salvador se golpea la cabeza contra la ventanilla y Rubén contra el salpicadero. El niño llora en silencio, un hilo de sangre se despeña desde la ceja, mientras Judith masculla un ininteligible rosario de insultos.

—Casi no lo contamos —bromea sin dejar de mirar hacia adelante. Entonces escucha las quejas del inválido—. ¿Jonás?

—Joder, estoy atrapado —se lamenta.

—Ayúdelo —dice a Salvador a través del espejo retrovisor—, por favor.

—Un momento. Me recuerdas a alguien. —Salvador la contempla fijamente, con la mirada de un gato a una paloma.

—Ayúdelo.

Una vez que acomoda a Jonás en el asiento insiste en el apunte de antes.

—Espera, ya lo tengo. Ya sé a quién te pareces.

El taxi llega a la rotonda de la avenida de Luis Buñuel y se adentra por la calle Montserrat Roig. Cuando el peligro parece quedar atrás, una bala se cuela por la ventanilla del copiloto, vidriando el cristal y hundiéndose en el salpicadero. Menos mal, la estatura de Rubén le ha salvado de una muerte segura.

Muevo nerviosamente el volante a izquierda y derecha, el vehículo zigzaguea como un ratón perdido en su laberinto de laboratorio, a un lado y a otro de la calzada, en un desesperado intento por escapar de un nuevo disparo.

—Es hora de abandonar al niño —escucho decir a Jonás. Como no distingo su figura por el espejo retrovisor, lo imagino acurrucado en su asiento, no vaya a ser que lo elijan como blanco.

Es mejor que le conteste el silencio. Además tampoco dispongo de suficiente margen como para pensar una respuesta que le convenza.

—Atraerá a los vivos sobre nosotros.

Antes de que termine de hablar un segundo impacto hace saltar por los aires la luna trasera. Por la trayectoria deduzco que el francotirador debe de estar apostado en uno de los bloques que hemos superado y que se yerguen a la derecha. Suelto la mano derecha del volante y empujo la cabeza de Rubén hacia abajo. Luego giro hacia la izquierda, un rápido golpe de volante con el que eludir la posible trayectoria de un nuevo proyectil. Las manos se mueven con rapidez. Pero termino golpeando el bordillo.

—No, joder.

Nos cortan la salida. Al final de la calle descubro una patrulla de soldados. Así que no me queda más remedio que dirigir el taxi cuesta arriba. Al final de la misma encontramos un edificio de dudoso gusto arquitectónico, que se extiende no tanto a lo alto como a lo ancho. Cuando llegamos a la entrada, un cartel nos anuncia que es un colegio.

En ese instante una vibración planea en el aire. Judith asoma la cabeza a través de la ventanilla. A lo lejos, proveniente de la zona del estadio de fútbol, se distingue bajo el rebaño de nubes cenicientas la figura de un helicóptero.

Cesan los disparos justo cuando la aeronave sobrevuela el colegio. Aunque el ruido es ensordecedor, la corpulencia de la megafonía termina imponiéndose al tableteo de las hélices.

—Depongan toda actitud violenta. Queremos ayudarles. Salgan del coche y nadie les hará daño.

Los árboles se despeinan por culpa de las turbulencias.

—¡Yo no pienso salir del coche! —grita Salvador, los brazos cruzados sobre la

guerrera.

—¡Podemos refugiarnos dentro! —responde Judith.

—¡Buscan al niño! —apunta el inválido.

Judith sale del taxi, lo rodea acucillada y abre la puerta a Jonás.

—¡Ayúdelo a bajar! —ordena a Salvador, el cañón de la pistola abortando cualquier intento de sublevación—. ¡Será mejor para todos! ¡Yo me encargaré del niño!

—Preferiría no hacerlo.

—Depongan toda actitud violenta. Ya hay cura para la enfermedad.

—¡Muévase, coño! —Adelanta aún más el arma.

Todo cabe en el segundo siguiente, el miedo de todos ellos, el llanto del pequeño acurrucado tras la puerta del copiloto, la mira telescópica que apunta a Judith en la nuca, el presentimiento de ésta de que se les acaba el tiempo, las imprecaciones de Jonás, el silencio de Salvador, el mensaje conciliador desde el helicóptero, la cercanía de una nueva tormenta, el rumor de olas de los árboles despeinados y los papeles y bolsas de plástico que vuelan alrededor del vehículo. Todo en un solo segundo.

—¡Si abandonamos al niño no lo contaremos! —Está convencida plenamente de lo que va a decir. Por eso salvó la vida a Rubén cuando ya se la había quitado a toda su familia. Ellos harán cualquier cosa por recuperar a un superviviente—. ¡Él será nuestro escudo!

—Entréguense. Con nosotros estarán a salvo.

—¡Se lo pensarán dos veces antes de disparar! ¡No abrirán fuego contra un superviviente!

En señal de buena voluntad guardo la pistola en el cinturón y le enseño al polizón las palmas de las manos, nada por aquí, nada por allá. Desarmada, estamos en igualdad de condiciones. Las miradas del inválido y del otro convergen en mis ojos. Buscan una respuesta que no les puedo dar. Desconozco si saben que su miedo es igual de intenso que el mío. Casi puedo olerlo, el mío y el de ellos. Es una decisión difícil y necesitan un tiempo del que no disponemos.

Luego me doy la vuelta y levanto las manos al cielo para que, desde arriba, vean mi predisposición a colaborar. Por lo menos de momento. Hago señales de calma para no se impacienten.

—¡No podemos ir a la Ciudad Negra! —confiesa Salvador, que parece haber despertado del sueño de la resurrección después de escuchar lo que se comentaba en el interior del estadio de fútbol, que todo era una trampa.

Ella intuye su inquietud tras esa sonrisa nerviosa. Navega entre dos aguas, entre la necesidad de escapar y la prudencia de rendirse. Todavía no ha decidido hacia qué dirección remar.

—Nadie ha dicho que tengamos que ir allí —le responde.

Jonás se sienta en el borde del asiento y alarga el cuello en busca del helicóptero.

—¡Vamos! —le dice al polizón a gritos.

Al final Salvador abandona la protección del taxi y carga con el medio cuerpo del inválido. Por su parte Judith tira de los brazos del superviviente. Antes ha mantenido la precaución de volverse a poner el pañuelo sobre la nariz. Una vez fuera del taxi, con la rapidez de un prestidigitador, saca de nuevo la pistola. Desde el helicóptero o desde los bloques de enfrente han debido ver el movimiento, la deslealtad de Judith, el cañón sobre la sien derecha de Rubén. Ahora es cuando deben caer en la cuenta de que el niño es diferente a ellos, que es un superviviente. En cuanto lo descubran será imprescindible cubrirse detrás de él, encogerse si es necesario, consciente de que no sobrevivirá al más mínimo error.

Un terremoto sacude sus piernas. Nunca ha estado tan nerviosa. Le gustaría decirle algo al pequeño, con la esperanza de que confíe en su plan. Pero sobran las palabras. Entre ambos la comunicación es imposible por culpa de la pistola y el peso del acero sobre la sien.

—¡Suelte el arma, por favor, y colabore!

Mientras Salvador se apresura en dirección al colegio cargando con Jonás, Judith avanza metro a metro tras el escudo humano. Lo hace hacia atrás, evitando descubrir la espalda o la nuca. Es consciente de que en cuanto lo haga o asome la frente por encima del cabello del niño abrirán fuego sobre ella sin pensarlo dos veces. Por ello se impone semejante precaución, dejando entre la mira telescópica y ella el cuerpo del superviviente.

Le restan unos metros para refugiarse dentro del colegio cuando un nuevo disparo fustiga el aire. El eco rebota en los bloques que hay más allá de la carretera. Pero ninguno de los cuatro lo escucha. Es imposible por culpa del helicóptero. Únicamente quien es alcanzado por el proyectil siente unas décimas de segundo más tarde el aguijón del dolor hundiéndose en el cuerpo, partiendo el músculo, abrasando venas y arterias y finalmente clavándose en el hueso.

CAPÍTULO 21. LOS BLOQUES PRISIÓN

Lunes 1 de febrero de 2010. 8:30 de la mañana.
Avenida Andalucía, la Ciudad Negra.

Hay que vencer el entumecimiento y dar el primer paso en dirección a la claridad. La penumbra del camión dilata las pupilas. De modo que es lógico que ahora los hambrientos salgan deslumbrados y necesiten ayuda para bajar. Una vez en el suelo una sonora palmada en el pecho los despierta definitivamente. El sargento que las propina festeja la ocurrencia con una expresión bobalicona. A continuación, todos los recién llegados son marcados con una pegatina redonda de color escarlata en cuyo centro hay escrito con rotulador el número 1.

Por primera vez en muchos días el sol aparece con fuerza, aunque solamente sea para asomarse a un desconchón en la bóveda de nubes. Brilla en los charcos y en las ventanas que han sobrevivido al bombardeo. Una bandada de aves carroñeras sobrevuela Cádiz. O eso parece desde abajo, al pie del camión. Si los zombis pudieran protegerse del sol con la visera de la mano, las distinguirían allí arriba, muy por encima de las antenas que pueblan las azoteas.

En realidad es un escuadrón de helicópteros Tigre que vigila la frontera con la Andalucía reconquistada, y más concretamente la lengua de tierra que se extiende desde la Ciudad Negra a los alrededores de San Fernando. Ningún deportado ha de traspasar la verja metálica ni la muralla. Bajo ningún concepto. Al otro lado, más allá de la carretera, queda el Ejército español y la reconstrucción de toda la comunidad autónoma.

El trasvase se efectúa con eficacia y rapidez. Ahora han de subir al trailer blindado. Dentro la luz blanca es tan intensa que duele, escuece. Ordenadamente ocupan el fondo del container, no por propia voluntad, sino por indicación de un par de soldados.

—Un momento —dice Fernando, después de superar la cobardía inicial. Ninguno de los soldados repara en sus palabras. Solamente recibe un empujón.

Los hambrientos que antes ocupaban seis camiones deben entrar ahora en uno solo. De modo que enseguida, para dejar espacio a los que van entrando, se hipoteca la relativa comodidad de antes en pos del máximo aprovechamiento del espacio.

—La vacuna —se queja en voz baja Fernando.

El trailer blindado sube la avenida Andalucía en dirección noroeste. Hay demasiados vehículos y contenedores de basura calcinados. Así es difícil alcanzar una buena velocidad y el trayecto que se podría hacer en cinco minutos necesita de quince. El destino definitivo es la avenida de la Constitución de 1812 y el parque que hay frente a ella. Detenida la marcha el motor jadea fatigado, con la resignación de un animal de carga que su amo ha forzado hasta el mismo límite de sus fuerzas.

Por la megafonía del vehículo se ordena a los hambrientos que deambulan por los alrededores que se pongan a cubierto. Como refuerzo del mensaje, desde la ametralladora que corona el trailer se dispara una ráfaga a los pies de los que tardan en obedecer. Cuando ya no queda nadie en el parque, un bufido de descompresión anuncia la apertura de la puerta. Una voz ordena la salida.

Poco a poco se descomprimen los cuerpos. Una vez en el exterior, al numeroso grupo de resucitados se le libera de las bridas de plástico siguiendo un protocolo de máxima seguridad, en todo caso bajo la atenta vigilancia de la ametralladora y el lanzallamas.

Frente a los liberados queda ahora la ignominia de dos bloques prisión, de los pocos edificios que quedan en pie en el barrio. Por culpa del MK77 sus fachadas aparecen ennegrecidas. Entre los bloques y el trailer verdea un parque florecido espontáneamente, la hierba alta gracias a las abundantes lluvias de las últimas semanas. El pequeño estanque rectangular está prácticamente lleno. En la mitad negrean unas calvas cenicientas que hablan de la ferocidad de los bombardeos. Antes de la crisis de la Doble Muerte, el parque era reino de juegos infantiles a diario para luego, con la llegada del fin de semana y de la noche, convertirse en punto de encuentro de jóvenes armados con litronas y porros. Ahora es el punto elegido por el ejército que controla desde dentro la Ciudad Negra para desembarcar a los recién llegados.

A los zombis se les ordena avanzar con un culatazo en la espalda, un golpe seco que busca con precisión la columna, el espigón de las vértebras. Para reforzar la idea de dominación el golpe ha de infligir el mayor daño posible.

Los resucitados avanzan en fila india. Les une el miedo y el desconcierto, la necesidad de caminar juntos, la cabeza bien baja, demostrando la más absoluta docilidad. Cuando están en mitad de camino el que cierra la fila se retrasa. Es Fernando. Algo sucede que le detiene en mitad del parque. Se le ha caído el cristal medio roto de las gafas. Así que se agacha a buscarlo, tanteando la hierba con las manos.

—¡No se detenga! ¡Siga adelante! —vocifera uno de los soldados desde la frontera que establece el trailer.

A Fernando le tiemblan las rodillas. Teme darse la vuelta y recibir un disparo en mitad de las cejas para servir de ejemplo y escarmiento al resto. Levanta las manos muy lentamente y las guía hasta la nuca. Cuando quiere reaccionar ha perdido contacto con la fila india. Detrás de él, las risas de los soldados y unas llamaradas de advertencia; delante, los gritos de los que habitan en los bloques. Todos muestran su máximo nivel de fanatismo mientras Fernando apenas puede enhebrar un solo paso. Y es que cuanto más cerca se encuentran de las prisiones más se exacerban las posturas, los soldados disparan al aire y los hambrientos potencian su desafío de

dientes y puños en alto. Asomados a las rejas de las ventanas, los habitantes escupen todo tipo de insultos y gritos, no tanto para amedrentar a los recién llegados como para desafiar a los soldados. Pero Fernando no entiende la situación y se ve desagradablemente sorprendido.

Con la entrada de éste en el bloque y la marcha del trailer blindado, se acalla por fin el griterío. Todo sucede en el mismo segundo, con una exactitud que tiene algo de representación. Los que hasta hace un instante se asomaban a las ventanas para escupir insultos se apartan de ellas y el silencio cae con la gravedad de una losa, pesado, casi insoportable. Entonces una verja se cierra tras los recién llegados y bloquea la salida.

Lo primero que impresiona a Fernando es el hacinamiento de cuerpos. Se había imaginado otra cosa, y la cercanía del resto de hambrientos le incomoda, casi le asquea. No lo puede remediar, siempre ha sido tan aprensivo... Ahora lo recuerda: el pavor a la sangre. Su obsesión por llevar cubiertos de plástico cuando salía a almorzar fuera de casa.

Se pone de puntillas y alarga la mirada a un lado y a otro del pasillo. Únicamente consigue ver un mar de cabezas que alcanza hasta el mismo final. Es imposible distinguir un solo hueco libre.

Por un instante no sabe qué hacer. Trata de avanzar unos metros esgrimiendo el codo. Avanzar un solo metro es casi una heroicidad entre tanto gruñido y tantos resucitados que no ceden ni un centímetro.

Lo peor de todo es tropezar con un cuerpo que, sentado en el suelo, ha enhebrado el sueño después de muchas horas de forzada vigilia. Los que duermen lo hacen encogidos, los brazos rodeando las piernas, el rostro protegido por las rodillas. De esta manera se asemejan a esas piedras que la corriente de un río convierte en un verdadero peligro. Basta que la cercanía asfixiante del resto le impida percatarse de su presencia para que tropiece con ellos y caiga al suelo. Luego sería casi imposible volver a la superficie.

Fernando sorteando un centenar de cuerpos y se asoma a la primera puerta que queda a la derecha. Es uno de los bajos del edificio. Al igual que el pasillo principal, el de la entrada a la casa está infectado de hambrientos. De poco serviría intentar llegar al fondo del mismo. A pesar de la penumbra reinante, se advierte la misma densidad de habitantes. Además se habría de enfrentar a la fiereza de quienes defienden su territorio.

Es absurdo intentarlo, de modo que se vuelve y observa a los que le rodean sin saber qué hacer. Los diferencia la ropa: los hay en pijama, chándal o en monos de trabajo, hay algún uniforme militar, un par de chaquetas de ejecutivos y hasta más de un esmoquin. El lugar y el día de la resurrección y las diferentes circunstancias personales de cada uno establecen semejante disparidad. No es lo mismo morir en el

trabajo y nacer a la no-vida en mitad de un taller de coches con el mono lleno de grasa, que hacerlo en el banquete de una boda.

Por el contrario los iguala la uniformidad de las miradas acuosas, la piel purulenta y las heridas, algo parecido a la similitud entre los reclutas después del primer rapado, todos iguales, desconcertados, las cabezas coronadas con una pelusa que señala el lugar donde antes había una tupida cabellera. De alguna manera los rostros que rodean a Fernando son espejos de su misma tragedia por mucho que se empeñe en negarlo, en la absurda creencia de que él es diferente.

La práctica totalidad de los muertos vivientes lucen la misma pegatina que le han puesto a él a la altura del corazón nada más salir del trailer. Se diferencian en el color y en el número que figura en el centro. Sin embargo descubre con asombro que hay quien no ha sido marcado con ella. Fernando es incapaz de encontrar el motivo de dicha discriminación, no sabe si positiva o negativa. Levanta el brazo aprovechando un claro en el mar de cuerpos y arranca la pegatina. Está a punto de arrancarla para arrojarla al suelo cuando una voz se sobrepone al rumor de los lamentos.

—No lo hagas.

La ha sentido muy cerca. Mira a su alrededor. Cientos de ojos están fijos en él, pero ninguno se significa más allá de la homogeneidad acuosa. Todos naufragan en el mismo pantano. Así que debe esperar a que la voz se manifieste de nuevo. O no. A lo mejor puede descubrir al culpable. Comienza a despegar la pegatina escarlata.

—Está prohibido. Te arrepentirás.

De entre el océano de cuerpos emerge a flote un auténtico Obélix, recortado de estatura y generoso de barriga, los brazos de acero de haber trabajado en el campo hasta el mismo día de su muerte. Rasurado el pelo casi al cero, viste un mono azul lleno de grasa. En una de las mangas se puede leer Jaime, escrito con *tippex*. El infeliz gira el cuello y observa de vez en cuando las cinco letras, maquinalmente, sin entender el significado.

En el pecho luce una pegatina de color gris claro y el número 12. Su mano derecha detiene el gesto de Fernando. A pesar de la frialdad de la piel y la obscenidad con que quedan al descubierto alguna de las falanges bajo los desconchones de la carne, detecta un mínimo de calor humano. Al principio lo cree fruto de su imaginación, pero no es un espejismo. Por si fuera poco, en el abismo de la mirada brilla un gesto cariñoso. Le sorprende encontrar un tesoro semejante en mitad del pasillo.

—Hazme caso.

—Pero hay quien no la lleva —dice señalando a un hombre vestido de camarero que tiene los ojos fijos en sus manos, en un absurdo intento por encontrar en ellas el verdadero sentido a lo que le ha ocurrido en los últimos días.

—Ellos fueron los primeros, o eso creo.

—¿Cómo?

—Aquí dentro es difícil encontrarle la lógica a nada.

Cerca de donde se encuentran alguien se mueve reclamando algo más de espacio. Su afrenta es castigada con un gruñido generalizado. Hay que ganarse cada centímetro con la habilidad de un contorsionista, y nadie está dispuesto a ceder los suyos.

—Cuando llegó nuestro lote, esa gente ya estaba aquí. Luego he ido sabiendo más cosas. Que la numeración corresponde al día de entrada en los Bloques.

—¿Y la vacuna?

Un golpe de hombros basta, qué mejor respuesta. Pero Fernando insiste.

—No la hay.

—Imposible.

—Sólo el sueño eterno —la media sonrisa que adorna las palabras es bien significativa.

—¿Cómo que no?

—Que yo sepa nunca ha existido, ni siquiera la intención de crearla.

En ese mismo instante llega desde el exterior el chillido de un frenazo agónico. Es un vehículo que se ha detenido a unos metros de la verja que les cierra la salida.

—En los Bloques nadie la recibió —dice mirando en dirección a la entrada—. Ahora hazme caso, cero preguntas.

Al instante todo murmullo de protesta, disputa por el espacio o conversación se desvanece. Algo encrespa el mar de cuerpos, es la lucha silenciosa de los que están más cerca de la entrada por adentrarse en el pasillo, a pesar de la oposición feroz de los que están más adentro.

—¿Sabes escapar de aquí?

—¡Sí, de cojón! Bueno, más o menos.

—¿Cómo?

—De cojón, es de lo poco que recuerdo de antes de ser encerrado aquí dentro.

El imponente Obélix intenta alcanzar una de las puertas más cercanas llevando a Fernando del brazo. En otras circunstancias, peleando con denuedo, conseguiría su propósito, pero ahora es imposible.

Nadie regala un milímetro con el que iniciar la aproximación. Ni siquiera la corpulencia de Jaime consigue su objetivo. Como no hay otra salida le señala el suelo.

—¿El sueño eterno, decías antes?

—Olvídate de eso ahora y sígueme.

—No entiendo.

—Agáchate.

En ese instante se abre la verja. Una bocanada de aire renueva el ya viciado del interior. Fernando siente el tirón de Jaime en el antebrazo, sin embargo es incapaz de obedecerle, vuelta la cabeza hacia el borrón de luz del exterior.

—Mil kilos de carne, por favor. —Es uno de los soldados que bromea con su compañero.

—La tenemos algo podrida.

—Carece de importancia.

Aparecen armados con unas varas de metro y medio de largo. En la punta hay una gruesa soga con un nudo corredizo, de tal forma que cualquier cuerpo apresado por ella no podrá escapar. Las risas de los soldados acompañan los primeros golpes con las varas. Como el oficial de turno permanece en el interior del vehículo, tienen carta blanca para satisfacer su crueldad. Sacuden con rabia cuantas manos o cabezas quedan a su alcance. Desconchones sanguinolentos en frentes, pómulos y dedos hablan de la violencia de los golpes.

Cuando Fernando quiere reparar en su nuevo protector, éste ha desaparecido. Debido a la urgencia del momento su cuerpo se niega a reaccionar, encharcado por el pánico. No atiende a la demanda de Jaime de que se agache a su lado. Mira a un lado y a otro, asustado, a punto de naufragar, mientras intenta recular gracias a la fuerza de su espalda. De repente algo le golpea la cabeza. Siente el aguijonazo de dolor cerca de la sien derecha. Todo se tambalea de inmediato, el pasillo, el resto de hambrientos, los soldados. Cuando repara en ellos están demasiado cerca. Por desgracia se encuentra dentro del radio de acción de las varas.

—¡Tírate al suelo!

Pero ya es demasiado tarde. El lazo de la soga se cierra sobre el cuello de Fernando, que sujeta la vara con las dos manos en un intento por arrebatársela al soldado. Sin embargo el tirón hacia fuera es demasiado fuerte, tanto que es incapaz de resistir.

CAPÍTULO 22. EN CLARA DESVENTAJA

Martes 2 de febrero de 2010. 14:15 del mediodía.
A las puertas del Colegio Josep Pla, Málaga.

Hay veces en que uno tiene perdido el partido de fútbol, la mano de póker o la batalla, y aun así ha de perseverar en el intento, resistir hasta el final, aunque sólo sea por la dignidad del juego o de la lucha. Como quiera que la Historia desprecia por insignificantes la práctica del balompié y la habilidad con las cartas, únicamente recuerda ejemplares casos de tenacidad en el combate, aun en situaciones en las que la derrota estaba garantizada: la defensa durante tres días del paso de las Termópilas a cargo de los hombres del Rey Leónidas, los siete meses de asedio a la fortaleza de Masada por las legiones romanas o la heroica batalla de Little Big Horn, donde las tropas del general Custer fueron derrotadas por los indios.

Eso piensa Judith: que el otro bando es mucho más fuerte y que ellos, en contraposición, tienen muy pocas posibilidades. Mientras tanto, por si acaso, continúa parapetada tras el cuerpo de Rubén. El cañón de la pistola señala la sien del pequeño. Posiblemente, piensa, sólo se les concederá la posibilidad de caer derrotados con la honra de quien lo ha dado todo, hasta la última gota de sudor o de sangre.

Sin dejar de avanzar hacia atrás, su memoria invoca por segunda vez en el transcurso de los últimos días una palabra que posee connotaciones de conjuro o de proclama con la que enardecer el ánimo, Bethulia, y de nuevo recupera la historia del rey Nabucodonosor de Babilonia, del general asirio Holofernes y de la viuda judía encargada de emborracharle y cortarle la cabeza: Judith.

Los cuatro superan la verja metálica que quedó abierta el día en que se interrumpieron las clases. Por fin están dentro del colegio. Entre los distintos pabellones buscan el lugar idóneo donde refugiarse. Es Salvador quien, cargando con Jonás, decide entrar en el segundo de ellos a mano izquierda. Sobre el dintel de la puerta, un cartel y una palabra, *preescolar*.

Al otro lado, un pasillo de unos cincuenta metros con puertas a ambos lados. Detrás de cada una de ellas, el escenario abandonado de la última lección, los pupitres pequeñitos, las sillas, la pizarra, las tizas de colores, los dibujos animados que decoran la pared, la mesa del profesor, todo listo para reanudar la clase que se ha pospuesto hasta que finalice la crisis.

Al fondo del pasillo aparecen las escaleras que conducen a la planta superior. Salvador se acerca a ellas, deja al inválido en el primer escalón y se dobla sobre la cintura, las manos a la altura de la rodilla, en un desesperado intento por recuperar el aliento. Los pulmones son dos submarinos a la deriva, rozando el punto de implosión.

Segundos después aparece Judith tirando del brazo de Rubén, que avanza con dificultad, las piernas casi de trapo, enredados los tobillos cada tres pasos. Caminan

hasta el final del corredor. El polizón permanece doblado sobre sí mismo y el inválido mantiene los ojos cerrados. Así que no los ven llegar, solamente los escuchan. Extenuada, Judith hinca las rodillas en el suelo, su respiración se asemeja a un nido de vencejos.

Al principio ninguno repara en el detalle, obstinados cada uno en lamentar su suerte. Ninguno.

—Quizá nunca debí abandonar la casa —murmura Jonás.

—Así no llegaremos a ninguna parte —apunta Salvador, pesimista.

—Debí quedarme con Madre.

—Nos queda un único camino.

—Callaos, joder —gruñe ella, cansada del absurdo recuento de pesares.

Transcurren un par de minutos antes de que Jonás señale el borrón carmín que adorna trágicamente la camisa de Judith. Está herida. El dedo señala la rosa roja. Ella se mira con una sonrisa ridícula en los labios.

—Imposible, no he sentido nada.

Abre un par de botones y busca debajo con la punta de los dedos. No encuentra otra cosa que no sean los costurones impúdicos de la autopsia y el dolor que experimenta al rozarlos. Niega con la cabeza y mira a sus compañeros. No es ella.

—Pues eso es sangre —apunta el muchacho.

—Ya lo creo —ratifica el polizón.

Así que los tres vuelven la cabeza sobre el niño, que permanece sentado en el cuarto escalón, apoyado contra la pared. Quiere la casualidad que justo en ese momento le abandonen las fuerzas y sea incapaz de sostener erguido el cuerpo. Rueda escaleras abajo, el cuerpo desmañado igual que el de un muñeco roto. Sobre el blanco de la pared queda el rastro inconfundible de la sangre.

Desde el exterior llega el tableteo del helicóptero y la megafonía que reclama la rendición absoluta. Palpita el pabellón escolar con la incertidumbre y el agobio conjunto de los tres hambrientos. El polizón y el inválido aguardan una respuesta de Judith, que se encoge de hombros, seguramente hastiada de cargar con tanta responsabilidad. O enfadada por ser la culpable de que el niño todavía siga con ellos. Los otros ya han adoptado una decisión, es ella quien ha de tomar la iniciativa. Judith lo intuye y no se esconde.

—Rubén es innegociable.

Arrodillada junto al cuerpo del niño, apunta la mancha roja en mitad del pecho, una cuarta por debajo de la garganta, casi tan grande ahora como un ramo de rosas. Le da media vuelta. En la espalda la mancha es mucho más pequeña, apenas un brote, la promesa de una flor. La mano del niño no responde, laxa; una vez alzada cae al suelo sin ofrecer resistencia.

—Teníamos que haberlo entregado —se lamenta Jonás, la voz quebrada por el

enfado y la impotencia de depender de los demás.

Judith se agacha sobre el pecho de Rubén. Retira el pañuelo de su nariz, la oreja bien pegada a la altura del corazón. El segundo es interminable, la respiración suspendida. Menos mal que al final las aletas de la nariz se dilatan y el esfuerzo de los pulmones levanta el esternón e hincha las costillas. Con el machete que le presta Salvador, se apresta a cortar la mordaza. Mejor así. Después de comprobar que sí hay pulso en la carótida, devuelve el arma a su dueño.

—En señal de buena voluntad —dice, sosteniéndola un segundo antes de soltarla.

—Ahora me es imposible marcharme. —La sonrisa deslustrada acompaña a un significativo golpe de hombros.

—De acuerdo. ¿Qué te parece? —pregunta señalando con la cabeza a Rubén.

Se miran a los ojos. Le gustaría conocer su opinión. El polizón arruga el entrecejo y se seca el sudor de la frente con una de las mangas de la guerrera.

—Habría que sopesar la idea de... —No hace falta que termine la frase. Sobra cualquier explicación. Los otros dos saben a qué se refiere—. Por lo menos antes de que muera.

—Por Dios —gruñe ella.

—Luego será tarde.

Una imitación de tos permite al muchacho tomar parte en la conversación.

—Teníamos que haberlo entregado.

Las palabras navegan de una a otra esquina sin que ninguno atienda a lo que dice el compañero.

—Es la mejor opción —apunta Salvador—. Muerto no nos es útil.

—Podríamos pedir algo a cambio, Judith.

—Joder, ¿no lo entendéis?

—La que no comprendes la situación eres tú —la regaña el inválido.

Ella mueve la cabeza en un gesto evidente de negación. Nerviosa, frota las palmas de las manos contra los vaqueros.

—Mientras permanezca a nuestro lado nadie se atreverá a hacernos daño.

—Pero los de ahí afuera desconocen que tenemos un superviviente —responde Salvador, que busca entre los bolsillos de la guerrera el último cigarrillo que ha guardado para una ocasión especial. Y ésta ha llegado. Es aquí y ahora.

—Lo han tenido que ver desde el helicóptero —protesta Judith.

—¿Y si no lo han visto? —pregunta Jonás.

—Si se cansan de esperar, bombardearán el colegio —con el pitillo en el filo de los labios, Salvador maldice el contratiempo de haber perdido el encendedor. Ahora es incapaz de recordar dónde.

Judith hunde la mano derecha en el bolsillo interior de la chaqueta. Alcanza el mechero que le robó al taxista en Puerta de Jerez. Ahora, al rozarlos, es cuando cae en la cuenta de los dos clicks de Playmobil que cogió del dormitorio de Rubén.

—No se atreverán a entrar —continúa Judith, y luego arroja el encendedor al

polizón.

—Siempre y cuando sepan que tenemos a un superviviente.

—Esa herida tiene mala pinta —señala Jonás. Piensa en lo que va a decir durante unos segundos y lo hace mirando a Salvador—. Estoy de acuerdo con él. —Por ahora es incapaz de decir su nombre, la familiaridad no alcanza para tanto.

El silencio se acomoda sobre las escaleras, entre los cuatro, consiguiendo que cada gesto tenga la gravedad de lo inapelable. Judith niega con la cabeza. Ellos están equivocados. Así que levanta al peso el cuerpo del niño.

—Ok, mujer, supongamos que han descubierto al superviviente —admite Salvador—, ok, pero... ¿y si se nos muere?

Han transcurrido más de seis horas. Se han sucedido varios intentos de aproximación, todos saldados con idéntico resultado, el silencio más absoluto. El helicóptero permanece detenido en el patio del colegio, sin abrir las puertas, castigando con la megafonía la paciencia de los que están rodeados. El ejército ha avanzado tomando posiciones. Los soldados se esconden discretamente para no forzar la situación, detrás de cada esquina o cada puerta, dispuestos a todo por recuperar con vida al niño superviviente. Lo que se desconoce hasta el momento es que uno de los disparos por desgracia le ha alcanzado en el pecho, y que es improbable que sin el concurso de un médico se consiga detener la hemorragia.

Ninguno de los soldados repara en ello, pero lo cierto es que en el interior del colegio hay un corresponsal de Televisión Española y su operario de cámara. Permanecen atentos a los acontecimientos, lo suficientemente cerca para filmar con claridad y prudentemente lejos para evitar una bala perdida.

Dentro del pabellón, después de luchar codo con codo al lado de Judith, remando juntos para que el niño no se hunda definitivamente, Salvador y Jonás han desistido del empeño. La muerte pesa demasiado y ellos están al límite de sus fuerzas.

—Si se nos muere estamos perdidos —dice el continuo lamento de ella junto a la camilla improvisada con ocho pupitres. Busca en el interior de la chaqueta y extrae los dos clicks de la madriguera del bolsillo—. Toma, tus juguetes.

Aguarda una mínima reacción, aunque sea el premio de una sonrisa desde el fondo del mar. Pero el niño está agonizando, sólo hay que verle la cara, los ojos desorientados y la boca entreabierta, lo mismo que un pez fuera del agua. El cuerpo todavía lucha contra la desgana de los pulmones y la desorientación de la cabeza, similar a la de un anciano con Alzheimer, cada vez más hundido el cerebro en la tela de araña de las ideas sin sentido. Los clicks quedan sobre la camilla, abandonados a representar por su cuenta y riesgo la conquista del Oeste americano, vaquero uno, piel roja el otro. Sin una mano que los mueva no hacen otra cosa que reforzar el drama.

Al ver al niño es lógico pensar que está de más cualquier esfuerzo, y eso hacen el muchacho y el polizón. Se conforman con rezar para que antes del fallecimiento, ella

tenga un mínimo descuido y les facilite la aproximación al cuerpo. Permanecen sentados en el suelo, bien lejos de la camilla. Mientras tanto Judith aplica sobre la herida vendajes compresivos usando las toallas del cuarto de baño, que ordenó buscar a Salvador a punta de pistola. De alguna manera hay que detener la hemorragia.

Siempre y cuando mantenga la presión todo parece bajo control, lo malo es a la hora de cambiar la toalla. Un borbotón de sangre enardece la mirada de Judith. De poco sirve que vuelva la cabeza hacia otro lado. Empieza a dolerle el florecimiento del ramo de rosas, no tanto por el penoso estado del pequeño, sino porque cada vez el instinto habla más fuerte a su oído. El estómago le arde de hambre y los dientes le duelen de tanto hacer fuerza, apretada una mandíbula contra otra.

Los primeros temblores del pequeño la invitan a quitarse la chaqueta y echársela por encima.

—Aguanta —le dice casi al oído. Se vuelve hacia Jonás—. Préstame tu sudadera.

—¿Estás loca? Ni hablar, para que me la llene de sangre. Es mi sudadera de la suerte.

Ahora se dirige a Salvador.

—Déjame tu guerrera, por favor. Hay que abrigarle.

El polizón recuerda el frío sufrido en Torremolinos, en la estación de cercanías. Además están las vendas: no desea que ninguno de los dos las vea.

—Ni hablar.

—Joder, hacedlo por él.

Silencio. Durante un segundo piensa en la posibilidad de hacer valer la pistola y obligarlos. Pero sospecha que el polizón esgrimirá el machete, de modo que las cosas empeorarán notablemente, y a saber hasta dónde son capaces de llegar uno y otro. En mitad del silencio estalla de nuevo la megafonía.

—¡Les garantizamos que no sufrirán daño si nos entregan al niño!

Judith ha de mirar a otro lado si pretende regatear al hambre, o de lo contrario no habrá dique capaz de contener tanta rabia.

—¿Hasta dónde piensas llevarnos con esta actitud? —Es la voz del polizón que demanda una respuesta.

Dentro de la clase, el silencio. Fuera, la megafonía del helicóptero prosigue su batalla psicológica.

—¡Serán trasladados a Cádiz! ¡Allí disponen de la vacuna definitiva!

—No lo sabe —le informa el muchacho.

—¿¡Queréis callaros de una puta vez!?! —Furiosa, Judith arroja la toalla ensangrentada al suelo y tapona la herida con una nueva. De hecho ya no puede más y se da por vencida en este instante—. Joder, cabrones, que os follen a todos —termina maldiciendo en arameo.

En manos de una mujer como ella, de apariencia frágil y mirada escondida bajo el

flequillo, pesa demasiado la espada de defensora de las Termópilas o de Masada, o el fusil con el que mantener la posición junto al general Custer. A buen seguro que a ella no la recordará la Historia, a pesar de su fe en el triunfo.

—Les garantizamos una solución satisfactoria.

—Habéis ganado —rumia en voz baja.

Depone toda actitud defensiva, se acerca a la ventana más próxima y ondea una de las toallas ensangrentadas. Eso sí, con la precaución de quedar a cubierto.

Salvador, consciente de su próximo movimiento y siguiendo una táctica de despiste, adopta un tono amistoso al dirigirse al inválido, elevando la voz para que Judith oiga sus palabras:

—¿De dónde me dijiste que eres?

—No creo haberte contado nada de eso.

—Dime de dónde eres, entonces.

—De Silent Hill.

—¿Cómo?

—Silent Hill.

—¿Y eso queda por...?

Jonás responde con un golpe de hombros y permanece en silencio.

—Pues yo no consigo recordar casi nada, ¿sabes? Poca cosa, apenas una canción, fíjate que sinsentido —y tararea los primeros compases de *Si eres tan titán...*

—¡Estamos dispuestos a negociar una salida beneficiosa para todos!

—¡Necesitamos un médico! —grita Judith sin dejar de ondear la toalla—. El niño está gravemente herido.

Es el momento que estaba esperando. Aprovechando que ella está lo suficientemente lejos del pequeño, Salvador se olvida de Jonás y se lanza sobre la camilla improvisada. Ha de perder el menor tiempo posible, consciente de que sólo dispondrá de una oportunidad. Tira con fuerza para desgarrar los pantalones de Rubén. De repente es deslumbrado por la blancura de la piel. Una vez repuesto del shock abre bien la boca y hunde los dientes en el muslo derecho. La sangre incendia la mirada, alentada por la broza del hambre. De inmediato despierta la rata del estómago.

Justo cuando consigue saborear la primera sangre y disfrutar de su calor en la garganta, un fuerte golpe en la espalda lo arroja al suelo. Las vértebras. Un dolor extremo se hunde en ellas. Eso no ha sido un codazo ni una patada. Al darse la vuelta e intentar responder con un mandoble del machete, recibe un nuevo golpe. Es Judith armada con una de las sillas de la clase.

—Ya tenemos el médico que han pedido. —La megafonía suena ahora más conciliadora.

Judith libera las esposas del ojal del vaquero. Arrastra el cuerpo desmadejado de Salvador hasta el fondo de la clase. Alarga el brazo y agarra a Jonás del cuello de la sudadera. Lucha con él para conseguir que la muñeca derecha quede junto a la

izquierda del polizón, y cerrar luego el cerco de acero sobre ellas.

—Así cuidaréis el uno del otro. —Es la sentencia de Judith, limpiándose las manos en un gesto más teatral que efectivo.

Como no le queda más arma que la imaginación, Salvador se enroca en el silencio una vez repuesto de los dos golpes en la espalda y sueña despierto con el intento definitivo con que doblegar la primacía de Judith. Imagina levantarse justo cuando se asome de nuevo a la ventana y cargar en peso con Jonás, más como un ariete que como un fardo. A él unas esposas no le amedrentan. Luego correr en su dirección, cargar contra ella antes de que la pistola imponga su tiranía, el peso de ambos unido al de la inercia del movimiento. El cuerpo voltearía por encima del poyete sin poder evitarlo. La caída resultaría definitiva, la cabeza abierta igual que una sandía.

Judith regresa a la ventana enarbolando la toalla.

—¡Que suba en cuanto pueda! Que venga solo.

De regreso junto al niño aplica dos dedos sobre la carótida. El pulso en el cuello es tan débil que se antoja la respiración de un cachorro recién parido. En el otro extremo de la clase, Salvador se lamenta en voz baja, para que únicamente pueda oírle Jonás. Pero éste desoye sus quejas y musita unas palabras a modo de rezo o letanía.

—Pues yo recuerdo perfectamente a mi madre, ¿sabes? ¿A cuánta gente has perdido tú?

El silencio del polizón es un escudo tras el que esconderse. La mirada esquinada que le dedica es la espada con la que destrozará cualquier intento de acercamiento. Ahora no le interesan ni él ni su puñetera vida de niño mimado.

Jonás se encoge de hombros. Para él invocar al recuerdo es bien fácil, basta con repetir de nuevo Madre y esperar a que la memoria haga el resto. Convocar la vida anterior, marcar un número imaginario y tener una conferencia, no al otro lado del océano Atlántico, sino al otro lado de la vida. Y de inmediato se impone el miedo de entonces, pasos que se acercan por el pasillo y luego, la sombra justo a la entrada de su cuarto.

De repente ha regresado a casa. Jonás no finge o no sabe, su mirada es la del cordero que va al matadero, encogido sobre su silla de ruedas y volcado inútilmente sobre el libro de matemáticas. Ya le gustaría a él ser de otra manera. De sobra sabe lo que le espera, el mismo ritual de todos los días. La premonición de la batalla diaria y la amenaza de iniciarla cuando palpita en las palabras de Madre. Ella sabe imprimirles el tono justo para que se conviertan en la espoleta de la que él ha de tirar en cuanto se sienta acosado:

—Era tu tutor, Jonás.

—Madre, hace días que se interrumpieron las clases —responde sin saber cómo apaciguar los ánimos. Normalmente, cualquier cosa que él diga, ella lo convierte en la ofensa mayúscula.

—Todas las Navidades el mismo cuento.

El inválido se aparta de la mesa y de la jodida trigonometría del carajo, abandona su simulación de estar estudiando para quedar frente a Madre. La cual, brazos en jarras, aguarda una respuesta convincente.

—De verdad, puede preguntarle usted a don Gervasio, se han dado varios casos de ataques a alumnos.

—Ya hablaremos luego.

El codazo de Salvador lo escupe a la realidad del aula de preescolar, a inicios de febrero de 2010. Intercambian miradas. Es innecesario traducirlas en palabras. Sospechan que finalmente Judith será arrastrada por el instinto, que perderá la batalla y morderá al fin a Rubén. Lo malo es que ellos tendrán que verlo todo sin poder acercarse.

—Aguanta, pequeño —dice Judith, la cabeza vuelta hacia otro lado evitando la morbidez de la sangre. Será mejor eludir la tentación—. Ahora sube un médico a verte.

Ninguno de ellos lo sabe, pero al niño le restan apenas cinco minutos de vida.

CAPÍTULO 23. EL FINAL DE LA CUENTA ATRÁS

Martes 2 de febrero de 2010. 21:30 de la noche.
Colegio Josep Pla, Málaga.

—Ya hablaremos luego.

Esas tres palabras son la sentencia definitiva. Jonás las ha oído tantas veces que se sabe juzgado y sentenciado. Preferiría que le azotasen y coronasen de espinas antes que soportar el silencio y la indiferencia. Si aquel desgraciado accidente no le hubiese robado las dos piernas todo sería muy distinto, sin lugar a dudas... Joder si sería distinto: al más mínimo desplante saldría a la calle jurando en arameo. A buen seguro el portazo retumbaría en toda la casa, un auténtico cañonazo con el que finalizar la guerra de guerrillas. Pero está atrapado entre la silla de ruedas y la linde de las escaleras, aparte de su propia incapacidad para valerse sin Madre. Así que la única salida que le queda es resistir emboscado tras una permanente súplica en el fondo de los ojos.

El olor del puchero invade la casa por completo, tan pegajoso y denso que lo siente a su lado. Una inspiración profunda lo introduce dentro de los pulmones. Ha sido ella quien lo ha traído adherido al delantal hasta el mismo dormitorio. Las tripas se le revuelven inquietas.

—Jonás, ojalá estuviese aquí tu padre para enderezarte.

Aprieta las mandíbulas. Se traga las ganas de escupir el desaire, de lanzarle una puñalada, mi padre nunca renegó de mí como por contra sí hace usted. Además, con él se acabarían los menosprecios. Maldita sea, ella todavía sigue sin entender que él no tuvo la culpa del accidente y que además ya tiene diecisiete años, que no es ningún niño.

A lo mejor podría recrudecer la ofensiva y arrojarle a los pies una granada, siempre quise más a papá, ¿sabe? Pero quién sabe si por miedo o por hastío, elige el comodín del silencio. Con él se pueden expresar sentimientos contradictorios. Pero por ahora se impone la prudencia a la necesidad de contraatacar.

—Jonás, ¿sucede algo? —Es la voz grumosa de Judith que se acerca un par de pasos. El muchacho escucha la pregunta, aunque está demasiado lejos para responderla. Continúa a cientos de kilómetros y a varios días de distancia de ese maldito colegio en mitad de Málaga.

A la hora del almuerzo, se acerca a la linde de las escaleras con la silla de ruedas, convocado por el intenso olor del puchero. Mira el reloj de pulsera. Vaya por Dios, son las tres de la tarde y en casa se acostumbra a almorzar un poco antes, a las dos y media.

—¿Madre? —La voz permanece flotando como una bandera blanca en mitad de un campo de batalla, cuando ya no quedan más que muertos y zumbidos de moscas

—. ¡Ayúdeme a bajar!

En contra de lo que esperaba, el cotidiano exabrupto de turno, le responde la música de cabecera del telediario de Televisión Española. Son los titulares. El volumen está tan fuerte que lo escucha perfectamente desde arriba.

—*Descarrila un tren a la altura de Bobadilla. Aún no se disponen de más detalles ni de una cifra de heridos o muertos si es que los...*

Ahora es otra voz. La madre ha cambiado de canal. Jonás cree reconocer el tono sosegado de Pedro Piqueras, de las noticias de Telecinco.

—... *conectamos en directo con el lugar del accidente. Allí está nuestro enviado Fran Hernández.*

—*Por ahora poco podemos contaros desde las mismas vías del tren. Se ha acordonado la zona. Aunque no hay cifra oficial de muertos, desde nuestra posición podemos ver varios cuerpos... Un momento.*

—¡Madre, me gustaría almorzar! —dice levantando la voz para sobreponerse al volumen del televisor.

—¡No me gusta que me mientan! —La voz de la madre apenas concede una tregua. Sigue enfadada—. Y menos con las clases.

—*Enfoca eso, joder...*

—Esta mañana me dejó sin desayuno, usted lo sabe. Así que nada tienen que ver las clases.

—Pues no haber derramado la leche.

De la tele brota un puñado de insultos. Desde hay arriba es imposible distinguir si son del periodista, del cámara o de algún espontáneo. Luego un gruñido casi animal y acto seguido la voz de Fran Hernández.

—*Son los muertos... ¡Corre, joder!*

—*Apague la cámara* —exige una tercera una voz que Jonás es incapaz de distinguir.

El estómago vacío gruñe de manera muy parecida a la tele. Tiene hambre, necesita llegar a la cocina. Lo malo es que, en caso de ser descubierto por Madre antes de alcanzar el frigorífico, lo encerrará en el cuarto sin comer nada y no le dejará salir en todo el día salvo para ir al cuarto de baño.

Interrumpe la conferencia con el pasado la mano de Judith. De repente siente su contacto. La ha posado sobre su hombro.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, no me pasa nada. Recordaba a mi madre.

A Rubén le restan 3 minutos de vida.

Ahora es cuando cae en la cuenta de que Judith tiene la mano sobre el hombro sin saber que él odiaba aquella manía de Madre, cuando bajaba a la calle y con la mano en el hombro le decía a la vecina de turno que su hijo era muy bueno y que lo quería mucho.

—Sin el niño no tenemos ninguna posibilidad —apunta Salvador en un tono presuntamente conciliador.

Judith tuerce la cabeza para enfrentar el comentario.

—Ahora nuestra aventura no importa, ¿sabes? No quiero que se muera y se convierta en uno de nosotros.

La repentina dulzura de las palabras de Judith desarma al otro, que se disponía al contraataque. Ahora es mejor callar y mirar para otro lado, esperar el final sentado en el suelo al fondo de la clase, arrinconado como un niño travieso u holgazán.

Solamente 150 segundos de vida.

Sentada de nuevo al pie de la camilla improvisada, Judith recuerda parte de su huida de Sevilla, aquella cabina telefónica donde dispuso de la oportunidad de abandonar a Jonás, el inválido dentro del taxi y la simulación de una llamada que nunca realizó sencillamente porque el aparato estaba roto. Pero fue incapaz de hacerlo. Y ahora, mientras espera la llegada del médico, es capaz de encontrar el motivo. Es un aroma, el del azahar, pero asimismo la frescura de un patio baldeado con agua. Viaja gracias a la memoria, a pesar de que ésta no sea más que una locomotora achacosa y jubilada. El Destino, esa Angélica que fue y que apenas encuentra en contadas ocasiones. Como ha hecho otras veces, persigue una sombra a través del salón de una casa antigua. Ilusionada deja atrás el rastro del azahar en busca del aroma del café recién hecho y el recuerdo de unas galletas con sabor a canela, las Napolitanas de Cuétara. Sí, las galletas de siempre, de cuando visitaba a la abuela Luisa. Claro, la abuela Luisa. Acaba de recuperar la imagen de una mujer mayor sorteando con increíble presteza y habilidad la mesa y los muebles del salón sobre una silla de ruedas. Ahora está claro.

Cambia una mirada con Jonás. Recuerda ahora la silla de ruedas del muchacho que ha quedado olvidada en el maletero del taxi. Jonás y la abuela Luisa, la misma incapacidad, la misma dependencia de la silla.

Nerviosa, sacude la cabeza para cortar la conferencia. Pero ha escuchado demasiado a esa Angélica que fue y ahora se encuentra perdida en mitad de ningún sitio. La locomotora la ha dejado en una parada sin nombre, en la estación de un día ya vivido.

Sin sospechar lo que sucede dentro de las cabezas de los otros, Judith, Jonás y Salvador han emprendido caminos divergentes. Un retorno al pasado, un viaje a toda velocidad para el que ninguno ha comprado billete. Los han subido a la fuerza las distintas circunstancias vividas en los últimos días y ella se deja arrastrar por el sabor de las galletas Napolitanas mientras el muchacho persigue el pringoso olor del puchero y el polizón es convocado por unas notas musicales, tintineantes como campanillas, enredadas en la punta de los dedos. La mano que no está esposada tamborilea sobre el suelo.

100 segundos, la cuenta atrás es imparable.

Ahora es Salvador quien se defiende como gato panza arriba contra la emboscada de los recuerdos. Baja del tren y observa. Rastrea sus propias pisadas, el camino ya hollado, cambia de rumbo y gana posiciones. Sin embargo, retrocede asustado cuando sospecha que ha avanzado más allá de lo prudente, más allá de la humilde casita donde se venden los billetes. A veces es mejor rodear un lugar que ir en línea recta. En cuestión de segundos suena de nuevo dentro del oído esa melodía tintineante que le invita a seguir adelante, aunque su cerebro se niegue a reconocer dicho recuerdo como propio.

Salvador se parapeta tras la barricada del silencio. Ninguno de sus compañeros, ni el inválido ni ella serán capaces de franquearla sin que antes dispare un insulto. Abrirá fuego contra cualquiera que intente un acercamiento.

Es la resurrección, la mía. Todo es tan real que experimento aquellas sensaciones de nuevo. De pronto, como si fuese un capricho de la misma vida, el primer golpe de corazón desatora las venas. La repetición, la insistencia del esfuerzo dirige la sangre hasta las últimas fronteras del cuerpo. Así que inmediatamente se establece en el cerebro el frente de batalla más cruento, seguramente el de mayor importancia. Si el agua ha de empapar durante horas los terrones de tierra resecos para que se reblandezcan, la sangre ha de anegar hasta el último rincón del cadáver para que las moléculas despierten, recuperando lo que ahora es inutilizable. Despiertan las primeras órdenes que transmitir al resto del cuerpo y entonces resucita el oído con la perfección de antes. Primeramente escucha su propio cuerpo por dentro, el rechinar de los dientes unos contra otros, el redoble del corazón, el cercano palpito de la aorta y el crecimiento del pelo y de las uñas crepitando en el tímpano, igual que grasa puesta al fuego.

Y esa maldita melodía que de nuevo despierta, no tanto dentro del oído como en la punta de los dedos.

Aunque él es incapaz de sospecharlo, el esfuerzo de Salvador por recordar la importancia de esas notas musicales encarna el de cientos, miles de hambrientos que han despertado sin una brújula para la no-vida, sin un camino que seguir. Sólo tienen el instinto y el hambre, el norte y el sur de sus necesidades.

La misma resurrección, los golpes de sangre espesa como colamina o mercurio. Mil despertares al unísono, igual que en un pantano cuando empieza a apretar el calor, que de una noche para otra se infecta de millones de mosquitos.

70...

Recuperado del jaque mate de la memoria, ahora se le antoja oír lo imposible, la rabia y la impotencia de Judith burbujeando en la sangre, el aire viciado dentro de los pulmones del moribundo que están a punto de atorarse, y el trabajo a pleno

rendimiento de la cabeza de Jonás.

60...

De repente unos pasos se acercan, resuenan en la planta de abajo. Los tres despiertan de sus recuerdos y regresan a la realidad con un frenazo de la locomotora tan violento que los arroja al miedo y al desconcierto. Alguien ha tenido que tirar de la anilla de emergencia.

—Voy a subir —dice una voz de barítono empeñada en mostrarse amistosa.

50...

Aunque el margen es tan mínimo como el ojal de una aguja, las manos del médico se mueven con rapidez y seguridad sobre el cuerpo de Rubén. Nada parece improvisado. Denota experiencia. Al fondo de la clase permanecen inmóviles Judith y los siameses Salvador y Jonás, esposadas las muñecas.

40...

En el otro extremo, ocupando el vano de la puerta, un soldado fusil en mano. Les han engañado y el médico ha subido escoltado. Se había pactado otra cosa. Ahora ya no hay tiempo para lamentaciones. Menos mal que el cañón apunta al suelo y les deja un mínimo margen a la confianza.

30...

La voz recia del facultativo alienta al moribundo sin éxito. Hincados los puños en la camilla improvisada, la cabeza entre los hombros, la barbilla sobre el pecho, escupe el veredicto final con la misma gravedad con la que el espectro del padre de Hamlet cuenta su asesinato.

20...

—No hay nada que hacer. La herida es mortal de necesidad.

El silencio cae sobre la estancia con el peso de la tragedia. La mirada del médico refuerza el mensaje de sus palabras. Desde su posición, Judith acierta a asentir con un ligero movimiento de la cabeza.

10...

El soldado que guarda la puerta se atreve a intervenir:

—Habrás que acabar con él antes de la transformación. Son órdenes del capitán.

El médico enfrenta la mirada de los tres resucitados, uno por uno, buscando un atisbo de dolor y pesar en el pantano cenagoso de los ojos.

—¿Es familiar de alguno de vosotros?

0.

CAPÍTULO 24. A VISTA DE PÁJARO

Jueves 17 de diciembre de 2009. 9:20 de la mañana.
Al final de la calle Salvador Viniegra y Valdés, junto al mar, Cádiz.

Estar a más de 150 metros de altura le convierte casi en un pájaro. Hace un día maravillosamente primaveral, frío, eso sí, pero de vez en cuando aparece el sol y las esperanzas renacen. Es entonces cuando desarruga el cuerpo, se yergue sobre el travesaño de acero y se siente el hombre más afortunado de toda la ciudad. En el momento en que el rebaño de nubes devuelve el invierno a la bahía llega la hora de encogerse, sentado con las piernas atrapadas por los brazos y la cabeza sobre las rodillas. A pesar de la corpulencia del viento y del miedo en el hangar del estómago, ambos bien físicos, todo a esa altura tiene la inmaterialidad de los sueños. Porque semejante émulo de Papageno debe de ser otro hombre y no él.

—Tenían que haberme hecho caso —abjura.

Mira hacia abajo, despreciando cualquier detalle que no sea la misma altura. Apenas un salto, abrir bien los brazos y el vuelo será perfecto. Fabula con la posibilidad de que a la chaqueta le nazcan plumas y de que llegue muy lejos, emigrando por encima de la barbarie hacia tierras castellanas. De lo contrario, si su imaginación se muestra menos intensa que la realidad y la maldita chaqueta es incapaz de resistir, llegada la hora del gran salto, la fuerza de la caída libre y se rasga la chaqueta, la pesadilla se habrá acabado y despertará sudando en la cama. Porque ese hombre que hay subido en la torre de acero a más de 150 metros de altura no es él.

—Ahora estarán allá abajo —gruñe—, buscando el desayuno.

Por un instante recuerda lo que vio el lunes en todos los telediarios, el ataque al portero del Sevilla, Andrés Palop. Las imágenes emitidas demostraban que, de no haber mediado la rápida intervención de la seguridad del estadio, hubiera sucedido una tragedia sobre el césped. Todavía permanece dentro de la retina la imagen de ese hombre, su expresión desencajada, la madriguera de la boca, las convulsiones de su cuerpo en un intento por liberarse.

Cabecea negando la realidad. Se abrocha el cordón de uno de los zapatos. La prudencia es la mejor de las consejeras a esa altura. Nada ha de ser producto del azar, hasta el más mínimo detalle necesita el mayor de los cuidados. Bastaría un tropiezo para que la aventura se acabase.

—¡Si eres tan titán titán titán! —canta de repente, gritando la letra—, yo una vez salté la banca en Montecarlo.

Ha sido un impulso. La canción de Lawrence de Arabia en mitad del desierto. Es innecesario destacar la semejanza entre ambos, la soledad. Sólo hay que dejar que fluya la canción y acordarse de su profesión de crítico cinematográfico, antes del

estallido de la infección.

Desde su privilegiada jaula de acero alcanza a ver toda la ciudad, casi una isla en mitad del océano Atlántico. La perspectiva es tan desoladora que su estómago se encoge. Hay demasiada rabia ahí abajo, a ras de tierra, como para descender por la escalera helicoidal. Todavía no es el momento.

Estirando la vista, en pleno centro histórico, las columnas de humo señalan la gravedad de los desmanes y la fiereza de los bombardeos. Lamenta la suerte corrida por la ciudad, nunca había visto nada igual en sus treinta y tantos años de vida. Ni el maremoto acaecido en el año 1755, de 8,5 grados de intensidad en la escala Richter, que causó graves daños materiales y personales por culpa de las olas de quince metros. Ni la explosión de un polvorín de la Armada en 1947, que se cobró la vida de más de ciento cincuenta personas, son comparables al drama vivido en los últimos días.

Los Mirage F1 se lanzan sobre la carroña en la que entre todos han convertido a Cádiz con la misma saña con la que cae sobre huesos y vísceras una bandada de buitres. Después de la locura inicial y de la urgencia por diezmar al máximo la población infectada, los aviones han cambiado los explosivos convencionales por unas bombas que, lejos de estallar, liberan un fuego pegajoso que se adhiere a los edificios. Al hombre pájaro, en la torre de acero, le resulta casi imposible precisar si, en esta nueva fase, se toman en cuenta los daños colaterales.

En el transcurso de la mañana, los Mirage han extendido su radio de acción hacia la ciudad nueva y ahora sobrevuelan muy cerca de donde se esconde, tanto que a veces siente las turbulencias burbujeando dentro del corazón. Conforme se acerca el fuego reparador es más fácil comprobar que las llamas alcanzan indiscriminadamente a bloques, vehículos y cuerpos. Con una mueca de desagrado ve correr a esa gente, desesperadas antorchas, calle Salvador Viniegra y Valdés abajo o por la avenida de la Ilustración arriba sin que nadie se atreva a ayudarles. Tras un minuto interminable caen al asfalto y se derriten igual que mantequilla caliente. Ahora recuerda *El coloso en llamas*. Quiere creer que desde el cielo un piloto experimentado tiene la suficiente pericia como para precisar los bombardeos y que, en definitiva, esa gente no es otra cosa que zombis a los que había que retirar. Eso le gusta pensar.

Cada vez que se acerca uno de los Mirage le asalta la duda, siempre la misma, de si hacerle señas enarbolando la chaqueta o quedarse quietecito, no vaya a ser que lo confundan con un resucitado y lo fríen dentro de su jaula de acero.

Kilómetro y medio en dirección noreste, al otro lado del mar, en Puerto Real, distingue la otra torre de acero, una enorme estructura hueca de forma troncocónica, unidas ambas gracias a los cables de alta tensión. Especula sobre la posibilidad de que allá arriba sobreviva otro tipo como él que, sintiéndose acorralado, haya superado su miedo a las alturas para salvar el pellejo. Idénticos ambos, el mismo miedo, la

amenaza final del último vuelo, el sueño y la necesidad de sobrevivir. Algo parecido a *El último hombre vivo* o *El planeta de los simios*, ambas protagonizadas por el héroe más duro de Hollywood, Charlton Heston.

La defensa de la torre es bien sencilla: únicamente hay que vigilar la escalera helicoidal y que nadie suba por ella. Nadie. Ha de evitar el riesgo que supondría un nuevo inquilino sin saber si está o no infectado. En el caso hipotético de que uno de esos cadáveres se atreva a subir hasta arriba, sólo ha de atacarle con la llave inglesa que mantiene amarrada a la muñeca para evitar que caiga al vacío. Un buen golpe para dejar que la ley de la gravedad haga el resto. Lo verdaderamente grave no es la defensa de su refugio, sino que en él se le agotan las posibilidades de sobrevivir, luchando a brazo partido contra el hambre y la sed, salvo que haga señales a los helicópteros.

Abajo, a pocos metros de la enorme base de la torre, se distinguen unas pistas de tenis y baloncesto. Dentro, cientos de resucitados dan vueltas sobre sí mismos, tratando de encontrar en el otro, en quien tiene al lado, la mínima chispa de vida para abalanzarse sobre él. Pero en los alrededores es imposible encontrar a ningún superviviente que no sea precisamente él, allá arriba. De modo que cuando a ras de tierra concluye la inspección de los vehículos abandonados sólo queda mirar al cielo, al travesaño de la torre, y buscar la presencia del pájaro en su jaula de acero.

Una vez asegurada la posición, el cuerpo bien encajado, los pies bien seguros, no vaya a ser que el viento se alíe con su alarmante falta de fuerzas, la mano izquierda a un palmo de la llave inglesa, juega con un yoyó que la derecha enrolla y desenrolla, arriba y abajo, el golpe de muñeca perfecto. Como un niño obsesionado con el juego. La mirada fija en el objeto. Se lo ha robado a una niña. Bueno, a la pirámide de huesos y músculos en que el hambre la convirtió antes de poder salvar la vida.

—Siempre llevas la tormenta allá donde vas —dice en voz baja imitando a Kirk Douglas.

—Sólo cuando viajo solo —se responde con un amago de feminidad en la voz, burda copia de una mujer como Dorothy Malone.

Con un movimiento de pupilas cree distinguir algo allí abajo, pero no en mitad de las pistas de tenis o baloncesto, sino dentro de la misma torre. Es uno de ellos que se atreve a ir en su busca. Por ahora es apenas del tamaño de una hormiga. A eso ritmo dispone de más de media hora de margen. Ya habrá tiempo de preocuparse más tarde.

El yoyó, arriba y abajo. El hipnotismo del movimiento permite la conexión con lo ocurrido horas atrás. La memoria se reactiva, la locomotora desentumece los músculos de acero y resopla vapor, abandonada hasta ese mismo segundo por culpa de la barbarie.

—*Darth Vader* —el color oscuro del célebre personaje tiñe sus labios. Es casi una ofensa la invocación después de lo que sucedió, pero mientras no detenga el yoyó las heridas se reabren y supuran—. Espero que estés bien. Ojalá, amigo.

Las sensaciones a flor de piel. Y la centrifugadora mezcla los recuerdos. De repente se encuentra dentro de un contenedor de basura. A pesar de lo inadecuado de su escondite lo peor no es el hedor que le rodea, sino el olor nauseabundo de la carne putrefacta ahí afuera, en mitad de la madrugada, y la urgencia de los gruñidos y la desesperanza de las voces.

—¡Ya están aquí, ya están aquí! —gritan los que huyen entre los coches que han quedado bloqueados por culpa de la caravana del miedo.

Los gritos. La gente que corre. La injuria del miedo. La contumaz persistencia del pánico. Presiente la violencia de los ataques, los mordiscos, la sangre, las vísceras olvidadas en el suelo en pos de una nueva víctima. Ha de esperar a que las sucesivas muertes sacien el hambre, a que el banquete de vísceras atempere la rabia.

La escena es casi tan real como la jaula de acero o el yoyó con el que invoca las horas gastadas en mitad de la noche. Inmerso en el contenedor, neutralizado su propio olor corporal por el de la basura que le rodea, padece el envite de una arcada que apenas puede contener. Es una voltereta del estómago, como si en realidad fuese un yoyó. Es imposible evitar la evacuación, de modo que el torrente desborda ambas manos. Entonces pretende proyectarlo bien lejos, dejando los pantalones a salvo. Lo que le faltaba para completar el escarnio de su encierro voluntario.

Un momento. Por un instante tiene la sensación de que ha vomitado sangre. Lástima que la oscuridad total que lo protege le impida confirmar el hecho.

A pesar de la veracidad de las sensaciones, del tufo del vómito o de la hemorragia, maridados todos con el pegajoso hedor que desprende la basura, hay un instante en que duda de sus propios recuerdos, no sabe qué demonios pensar.

—Que no quede ni uno —grita afuera una voz musculosa, a unos metros tan sólo de su refugio.

El disparo acalla durante un segundo el ruido de voces. Después un gruñido inhumano se sobrepone al coro de la noche, similar al de un animal salvaje. Ahora recuerda la novela de H. G. Wells, *La isla del Doctor Moreau*, desdeñando las distintas versiones cinematográficas.

—¡Malditos cabrones! —Ahora el que toma la palabra es otro hombre. Se sucede un golpe terrible y un ruido de cáscara de fruto seco que se rompe—. Esto por mi esposa.

—... yo una vez salté la banca en Montecarlo.

Interrumpida la canción y el movimiento de la muñeca, el yoyó descansa en la palma de la mano. A continuación mira hacia abajo. El hambriento que asciende a través de la escalera helicoidal ha alcanzado la mitad de la torre. Desde su posición es imposible precisar más, pero es un hombre de una edad similar a la suya. Y avanza con metódica regularidad.

Reanuda el juego, arriba y abajo.

—*Darth Vader*, espero que sepas perdonarme.

En el recuerdo regresa dentro del contenedor. El vómito o la hemorragia. El

colchón de bolsas de basura. Fuera, el estampido de un golpe que cascara una enorme almendra. Pero algo ha cambiado en un instante.

—Esto por mi esposa —las palabras son masticadas con saña, ahí fuera.

Alza la tapadera del contenedor un centímetro nada más, lo justo para poder ver lo que ocurre en el exterior. Sin embargo ha sido una verdadera imprudencia. Mierda. De repente se siente descubierto, una cabeza mira en dirección a su escondrijo. Es un superviviente con una pala en la mano, los bordes manchados de sangre. Milímetro a milímetro devuelve la tapadera a la posición inicial.

—Aquí hay uno. —La voz se acerca, voz aguardentosa de personaje bukowskiano. Desde dentro casi puede sentir el turbión del alcohol arteria abajo y luego el incendio consiguiente de quienes responden a la llamada del ojo por ojo. En cuestión de segundos le rodean. Sopesa la posibilidad de salir con las manos en alto y decir que se equivocan, que es uno de ellos. Pero prefiere esperar acontecimientos.

En la oscuridad maloliente, el brillo de dos ojos escarchados por la no-vida. Fuera, la venganza, el horrísono tableteo de las armas y las carreras alocadas de los que huyen de la ejecución sumaria.

Cuando dejan al descubierto su miedo ya es demasiado tarde. Sí, emerge del contenedor con las manos en alto, lo prefiere así.

—¿Habéis visto eso? —inquire el dueño de la voz aguardentosa, la sombra de la barba sobre la cara de piedra.

—La hostia, nunca había visto nada semejante —responde otro hombre, tocándose el lóbulo de la oreja derecha, dubitativo, en un gesto demasiado parecido al de Humphrey Bogart.

—Que no os engañe, los muertos son incapaces de sentir miedo.

Los dedos atrapan el yoyó al rozar la palma de la mano mientras la cabeza tropieza con los recuerdos. Nada de eso ha ocurrido en realidad. Debe de ser la sombra del último sueño, de la última pesadilla, justo antes de escalar a lo alto de la torre de acero. En estos días nadie está seguro de nada. Y la muerte de familiares y amigos es capaz de trastocar el orden natural de las cosas. Ya lo dijo en su día Antonio Lobo Antunes.

Sacude la cabeza como si con ello pudiese desembarazarse de la incómoda dualidad. Mejor será concentrarse en el día de hoy. Mira hacia abajo. El zombi que asciende por la escalera de caracol está tan sólo a un centenar de peldaños. Así que es hora de levantarse y tomar posiciones. Con la llave inglesa neutralizará la rabia.

La sangre. La rabia. El desagravio de los familiares perdidos. Todo eso empuña la llave inglesa. El brazo bien alto, similar al homínido que, furioso, descarga golpes de hueso contra la calavera de un animal.

Cuando está lo suficientemente cerca algo detiene la venganza. El brazo se congela y en la cabeza se disloca la articulación de la cordura. Es imposible. Le dan

ganas de gritar: ¡Ya están aquí, ya están aquí!

Mientras rememora el pánico que paraliza al matrimonio en mitad del camposanto, la secuencia inicial de *La noche de los muertos vivientes*, el resucitado se aproxima peldaño a peldaño, la laceración de los labios cancerosos igual que una sonrisa, mueca de payaso. En el fondo de las pupilas del hombre pájaro es posible distinguir la imagen inversa de otro hombre pájaro. Frente a frente, el mismo rostro, el mismo miedo.

Antes de morderle el hambriento es capaz de regurgitar una melodía:

—Si eres tan titán titán titán...

CAPÍTULO 25. BUSCA DEBAJO DE LA LENGUA

Lunes 1 de febrero de 2010. 7:50 de la mañana.
Aeropuerto de Málaga.

La sensación de asfixia necesariamente ha de desestabilizar el temple. Cada vez que aspira una bocanada de aire, la tela taponada la boca y apenas un hilo de aire roza la nariz. Hay que intentar conseguirlo a través del tejido. Además, dentro de la capucha el oxígeno está viciado por su propia respiración, y es caliente como agua puesta al sol. Poco a poco y contra su voluntad, se deja vencer por el nerviosismo, tanto que siente la necesidad de gritar para que le descubran la cara. Pero la mordaza recia, implacable, vela por su mansedumbre.

Menos mal que los acontecimientos se alían a su favor y una mano le arranca por fin la capucha. No le ha dado tiempo a cerrar antes los ojos a fin de protegerse de la luz. La claridad de la mañana es un flash disparado a la cara. Estalla de repente, así que entorna los ojos para defenderse. Aspira con fuerza y se emborracha con la frescura de esa primera ráfaga de aire. Penetra en su cuerpo con la violencia de una marea, rodando tráquea abajo hasta encontrar la cueva de los pulmones. Es maravillosa esa sensación de llenarlos por completo.

—El coronel Nogales quiere hablar con usted, doctor.

—Uhm, uhm —gruñe tras la mordaza.

—Luego.

Necesita aún unos segundos para ceder el testigo de la respiración a su propio cuerpo, que sea él quien lo haga sin que medie su intervención. La sangre se oxigena y la mirada recupera por fin algo de la vivacidad robada por la capucha. Luego adelanta las manos presas por la brida de plástico para que el soldado le ayude a salir del jeep.

El coronel aguarda retrepado contra un camión militar, los brazos cruzados sobre el pecho y fumando sin la ayuda de las manos, el cigarrillo en una esquina de la boca. A este tipo no le hacen falta ni el pañuelo anudado al cuello ni el sombrero del Séptimo de Caballería para igualar la suficiencia, cuando no la chulería, del oficial que interpreta Robert Duvall en *Apocalypse Now*. Los asemeja la cabeza monda, como una bola de billar, reluciente. Una simple mirada del coronel al rostro del recién llegado, a su cara macilenta, a la piel despostillada de las manos y a la profundidad de los ojos, auténticos pozos donde es casi imposible encontrar agua potable, reafirma su postura de perdonavidas.

Siguiendo indicaciones del propio coronel, entre ambos median por lo menos dos metros.

—Q-q-quiero que trabaje para nosotros —intenta minimizar su pequeño tartamudeo con la pose de tipo duro que habla sin quitarse el cigarrillo de los labios,

pequeño dictador, el tono exacto con el que castigar la más insignificante sonrisa ante su defecto, por su parte o la de sus hombres.

Ajeno a chiquilladas como la de reírse del mal ajeno, el gesto del doctor Hawthorne es simple e inmediato, adelantar los brazos y la boca. Es evidente la intención del doctor, dejar que la brida de plástico y la descortesía de la mordaza definan su condición de reo, su inferioridad en la conversación. La respuesta del oficial es impartida en silencio, escrita únicamente con la tinta de la mirada. El carraspeo del teniente que asiste a la escena tres pasos más atrás pretende neutralizar el silencio que crece alrededor de los contendientes.

—Teniente, proceda —la voz del coronel demuestra la indolencia consuetudinaria de quien está acostumbrado a perdonar laboralmente la vida a sus subordinados. El teniente obedece. Corta la brida y retira la mordaza. Luego retrocede los tres pasos de rigor. Desde su posición apunta con el cañón de su pistola a la espalda de Hawthorne.

El doctor se frota las muñecas ya libres y mueve exageradamente la mandíbula. Cambia una mirada con el coronel Nogales, que sigue engallado en su postura arrogante. Con un golpe de cabeza hacia un lado, el doctor señala la incómoda presencia del teniente.

—Dígale a su hombre que guarde el arma —la voz es oscura, puro lodo, espesa como el borboteo de una cañería atorada.

El subordinado obedece sin que medie palabra alguna del coronel. Una mirada basta. Son muchos años trabajando juntos y se conocen a la perfección. De todas formas Hawthorne se sabe en el punto de mira de una decena de fusiles que no ve, pero presente.

—Usted dirá, coronel —gruñe.

—¿Q-q qué me dice si le digo que tengo un trabajo para usted?

El doctor extiende la mirada más allá del círculo de la conversación. Una vez que ha sido limpiada de resucitados la carretera de acceso al aeropuerto de Málaga, el movimiento de tropas, camiones y tanques es incesante hacia el interior de las instalaciones. Por el aire no es menos intenso, un escuadrón de helicópteros y dos Mirage F1 sobrevuelan la zona trazando grandes círculos. El ruido ensordecedor de las aeronaves interrumpe de continuo la conversación.

—Nunca he trabajado a cambio de nada, coronel —miente. Lo que sucede es que el coronel desconoce semejante detalle. Hawthorne todavía recuerda parte de su pasado más oscuro.

El oficial descruza los brazos y arroja el cigarrillo al suelo. Aunque el doctor sea incapaz de interpretarlo así, es un gesto de buena voluntad, pues no en vano aparta la soberbia de su pose anterior en pos de otra más cercana.

—Había pensado en cierta compensación.

—Hablemos.

Mientras aviones de carga CASA C-295 aterrizan con gran estruendo en la pista

número uno, en la entrada del aeropuerto, lo que con anterioridad a la crisis de la Doble Muerte era la parada de taxis, el doctor Hawthorne observa con detenimiento el plano de las instalaciones que un sargento ha extendido sobre el capó del jeep antes de retirarse un par de pasos. Alrededor suyo hay un metro de seguridad, nadie ha de traspasarlo, órdenes del coronel Nogales. No han de fiarse de un hambriento como el doctor.

Hawthorne debería atender a las explicaciones que le presta el sargento Mosqueira desde detrás de ese margen de seguridad. Sin embargo, las palabras del suboficial no tienen más importancia para él que la de una lluvia que cae sobre un rebaño de ovejas en mitad del campo mientras pastan, apacibles. Hay algo más importante que el plano o la estrategia a seguir una vez estén dentro, mucho más... el radar de su olfato. Lejos del miedo de quienes le rodean, advierte en el interior de la T1 el aroma de la sangre. Y eso es suficiente. Así que pliega el mapa y dice, cuando la cháchara del sargento se hace ininteligible:

—Vamos allá.

El teniente que se encuentra al mando de la expedición le ofrece una defensa eléctrica con la que inmovilizar a cualquiera cuerpo que se le acerque peligrosamente. Al doctor no se le permitirá llevar otra arma. Como es natural continúan sin fiarse de sus intenciones. Y él lo intuye.

Si en el extrarradio de Málaga se hubiese recuperado la corriente eléctrica y funcionasen las cámaras de seguridad, grabarían a un hombre vestido anacrónicamente con una levita, pantalones y zapatos negros, que camina con cierta tranquilidad hacia el interior de la terminal, seguido a unos cinco metros por una docena de soldados, armados con fusiles y binoculares de visión nocturna. Avanzan midiendo cada paso, el cañón de las armas viaja del cuerpo de Hawthorne al resto de la instalación. Lo que es impensable que registrasen las cámaras es la confianza que desprenden el teniente y el sargento. Los hombres confían en ellos. Por supuesto tienen orden de disparar al menor movimiento, no sólo contra cualquier hambriento sino contra el improvisado guía.

El doctor se conduce con seguridad, busca en todo momento los grandes espacios, huyendo de las esquinas y recovecos oscuros, consciente de que el peligro se esconde precisamente ahí. Al encontrar una esquina o recoveco, el simple gesto de la mano del doctor posibilita el despliegue de los doce soldados. Se amartillan los fusiles mientras la sangre corre a mil por hora. A los doce elegidos nunca se les olvida que en semejante misión se juegan la vida.

Mientras avanza a lo largo de las distintas zonas del aeropuerto, Hawthorne sopesa la posibilidad de hacerse con un fusil. La caldera de su cabeza hierve calculando cada movimiento con la precisión de un relojero. A priori sería factible, sólo tendría que esperar a que se desplegasen en una situación de peligro, elegir al

soldado más cercano y hundirle la defensa eléctrica en el estómago. Con un poco de suerte se apoderaría del arma. Sin embargo todas las variantes terminan con el mismo final, once cañones prestos a cobrarse la ofensa. Apenas tendría posibilidad alguna de escapar con vida ni de disfrutar de la contrapartida ofertada por el coronel Nogales. Así que es hora de centrarse en la misión encomendada y apagar definitivamente la caldera.

Tras veinte minutos y varias falsas alarmas, el doctor se detiene frente a la puerta de los retretes de la planta baja. En tres grupos, dos de cinco soldados comandados por el teniente y el sargento, y uno de dos, se da inicio al protocolo de seguridad: cada grupo situado delante de una puerta, la de caballeros, la de señoras y la de personas con movilidad reducida. Al ser estancias ciegas, sin ventanas exteriores, el vientre de las mismas es una noche oscura como boca de lobo.

Sin embargo nadie se arredra con facilidad, para ellos es una actuación como otra cualquiera, aunque son conscientes de lo que se juegan. Penetran paso a paso guiados por los binoculares de visión nocturna. Fuera aguarda el doctor sin saber qué hacer. Podría optar por esconderse en algún rincón del aeropuerto y esperar a que lo buscasen. Pero sin la defensa eléctrica y esposado sería presa fácil. Intentarlo, cosa de locos.

Bulle la caldera con la certeza de que, dentro de los retretes, aguarda uno de Ellos. Lo reconoce a través del olfato, lo presiente en el temblor de las manos y en el sudor de la nuca. Si la cámara de seguridad le enfocase, el zoom al límite, vería la gota de sudor que desciende a lo largo de la sien derecha.

De repente, cuando parece que nada irá a peor, es su propio cuerpo quien se rebela contra su flemática compostura, haciendo más difícil la espera. Una luz de alarma se enciende en la vejiga. Maldita sea, de pronto la presión en el último dique es casi insostenible. Decide moverse arriba y abajo, con la misma cadencia de un animal de circo enjaulado, en un desesperado intento por desoír la urgencia, por engañar a la necesidad. Espera el pronto regreso de sus casuales compañeros de misión.

Está a punto de claudicar cuando los soldados encargados de la inspección de los servicios de caballeros y el de personas con movilidad reducida salen dando el ok, están limpios. No hay peligro. Un minuto más tarde la puerta del de señoras se abre muy lentamente. Toda precaución es poca. Han encontrado algo, de eso no hay duda. La coreografía de quienes huyen haciendo el mínimo ruido posible. Cuando los cuatro se encuentran a salvo a unos metros de allí, informan a Hawthorne que dentro han encontrado a uno de los Durmientes.

—En el tercer retrete.

El sargento Mosqueira, mientras tararea por lo bajo un tango de Carlos Gardel, le devuelve la defensa eléctrica y le retira las esposas.

En el exterior, tanto en la terminal de carga como en las pistas de aterrizaje, se combate cuerpo a cuerpo a los resucitados. No hay otra solución. De esta manera la limpieza total de las instalaciones comporta la posibilidad de que se sufran bajas entre los soldados que toman cada escalera, cada esquina, cada pasillo. Aunque los mandos son conscientes del peligro ha de seguirse ese protocolo. Y todo porque la presión ejercida por televisiones y grupos pro-derechos humanos hace inviable el bombardeo indiscriminado con MK77. Ello aceleraría la toma de todo el complejo, es cierto, pero lo haría a la misma velocidad con que se incendiarían las proclamas contra la actuación del ejército. Así que es la hora de la infantería y de ganar cada metro a golpe de fusil. Se ha de ser políticamente correcto y evitar a toda costa las llamaradas inmisericordes y los cuerpos inmolados. Quién sabe hasta dónde alcanza el zoom de una cámara situada más allá de la línea de seguridad. Quién sabe el daño irreversible que podría causar semejante grabación. La opinión pública española y la del resto de países han de seguir creyendo en la eficacia del Gobierno español frente a la crisis de la Doble Muerte.

—¡Q-q que no q-q quede ni uno! —Es la voz del coronel Nogales, que chilla a través del *walkie talkie* del capitán al mando del pelotón encargado de la limpieza de los hangares.

Apenas se escucha la orden sobre el tableteo de las armas. El humo brota de los cañones. Los cuerpos, al otro lado de la vida, se deshacen por completo al ser alcanzados por cientos de proyectiles. Los rostros de los que son retirados acaban convertidos en carne picada. Lo único que queda incólume es una sonrisa sin labios manchada por la sangre coagulada.

—Me importa un carajo. ¿Q-q qué le he dicho?

Un par de pasos antes de rodar por el suelo y dejar sitio a los que vienen por detrás. Con dificultad se sortea a los caídos y se adelantan los brazos en pos de una presa imposible de alcanzar. Ese soldado que, rodilla en tierra, hunde el gatillo y riega con pólvora el muro de cuerpos putrefactos.

Precisamente para velar por el control de la información es por lo que se impide el acceso a ningún periodista y se intercepta cualquier aeronave que intente de filmar imágenes desde el aire. A pesar del celo con que se vigila todo el perímetro, un soldado cada diez metros, la operación ha de llevarse a cabo sin explosiones, limpiando de hambrientos sala a sala, escalera a escalera y pista a pista, lejos de la mirada acusadora de un objetivo. Cuando ha habido ocasión de demostrar la justeza de los métodos empleados por el Ejército se ha hecho, pero ahora es imposible. Es mejor para todos, o eso piensan algunos desde el Ministerio del Defensa. Ciertos comportamientos nunca deberían ser filmados. En la guerra de Irak han existido suficientes ejemplos demostrativos.

—Le exijo máxima eficacia, capitán Márq-q-quez.

Los grupos de resucitados son todavía muy numerosos. Y aunque las fuerzas

menguan por falta de comida, la fiereza de sus ataques y las miradas muertas de tiburón alientan y enardecen la insensibilidad de quien aprieta el gatillo, sobre todo cuando se dispone de carta blanca para afinar la puntería, al cobijo de cuatro paredes. Es más fácil actuar con ejemplar dureza si se sabe que nadie está grabando.

—Entendido, aquí no quedará ni uno, cambio —grita el capitán.

Levanta el brazo, la pistola es una prótesis de la mano. Se acerca un resucitado. Es una mujer de la edad de su hermana y el pelo tristemente teñido como el de ella, viste uniforme inequívoco de azafata. Con una señal a sus hombres sobra para que ninguno dispare sobre ella. El tiempo se detiene. Se diría que se tambalea a cámara lenta sobre los tacones, uno de ellos roto, los tobillos que coquetean entre el esguince traicionero y la luxación definitiva.

En vida hubo de ser una muchacha inaccesible, una entre un millón, fruto prohibido a pasajeros y pilotos o eso piensa el oficial, el pálpito de la pistola en la yema de los dedos. Quién no se perdería por aquellas piernas que la sangre propia y ajena afean en vano. Ahora es un simple estorbo en la reconquista del aeropuerto. Esa es la consigna que ha de adoptar si quiere acabar con ella antes de que le alcance con la boca.

Los soldados avanzan a través del hangar. Vacían los cargadores sobre quienes merecen todo su desprecio. Se les reza un insulto antes de apagar definitivamente la poca luz de sus ojos. El capitán debería sobrecogerse con los gruñidos que emite la mujer desde el mismo estómago y no lo hace, sólo siente una profunda lástima. Como aún dispone de la distancia suficiente, afila el ojo sobre la mirilla.

—Lo siento —masculla en voz baja y nadie le oye. Por supuesto.

El estampido de la detonación resuena entre las piezas de repuesto de los aviones. Las piernas de la azafata tropiezan, el tobillo se tuerce, los tacones ya no sostienen el cuerpo, que se desbarata sobre el asfalto.

Entre las ráfagas de sus subordinados se aventura un puñado de pasos. Se arrodilla junto al cadáver. Temer una postrera reacción de la mujer es imposible, el disparo ha sido infalible.

Por encima de la camisa y del cuello de la chaqueta del uniforme asoma la culebrilla dorada de una cadena. Cuelga de ella una medalla de la Virgen del Carmen y detrás se lee un nombre, Toñi.

Ayudado con los binoculares de visión nocturna adheridos al casco que se le ha facilitado, el doctor Hawthorne se adentra en la noche de los retretes. Todo es de color esmeralda, las manos, la defensa eléctrica que sostiene con fuerza, los zapatos, las baldosas, los espejos.

Con la vejiga al rojo vivo necesita detenerse un minuto junto a los retretes de pie. Orina sin hacer el menor ruido, el cuello girado hacia la izquierda para controlar las cinco puertas, un insulto en la esquina de la boca.

Ahí dentro sólo se escucha el vértigo de su propia respiración quejumbrosa, y el pulso constante de la sangre. Por eso, dada la ausencia de ruidos que enmascaren su aproximación, ha de medir cada paso, adelantar la pierna, posar el talón con cuidado para no delatarse, y a continuación posar el resto del zapato muy lentamente. Él mejor que nadie sabe a lo que se enfrenta. De modo que es necesario extremar las precauciones.

En mitad de un mar de algas verdinoso avanza acompañado a la izquierda por su imagen clónica, que se refleja en los charcos de los espejos. Frente a la tercera puerta se conjura contra el miedo. Si es lo suficientemente sigiloso tendrá su oportunidad de hundir la defensa eléctrica en el cuello de la criatura.

Sin sospecharlo, los doce hombres que lo acompañan son asaltados por una veintena de zombis que han aparecido por detrás de la esquina más próxima. La sorpresa concede una oportunidad a los hambrientos. Uno de ellos alcanza al soldado que compartía cigarro con el sargento Mosqueira. Es éste, mejor que nadie, quien advierte la gravedad de la herida. La aorta asoma por el desgarrón como la cañería que la reforma de un bloque ha dejado al descubierto. La vida se le escapa a borbotones. Mientras grita a sus hombres que abran fuego, tapona la cañería con la mano.

—La hostia puta —gruñe—. Yo cuidaré de ti, Olarde.

Piensa en el tango de Gardel, *Volver*. La frente marchita, un soplo de vida.

Frente a la tercera puerta el olor a podredumbre es asfixiante, algo equivalente a restos de basura expuestos al sol y a un millar de gatos muertos. Es tan intenso que haría vomitar a cualquiera. A cualquiera menos a él, acostumbrado al hedor ferruginoso de la sangre cuando trabajaba en el hospital de la Caridad, con aquellos cuerpos cosidos por sus ayudantes.

Musita unos rezos sobre el bordón inmisericorde propuesto por el corazón. Sabe que únicamente dispone de un intento. Si falla, *Game Over*.

Varios centenares de metros más al norte un numeroso grupo de zombis, en su intento por huir, se tropieza con una compañía de infantería formada igual que un pelotón de ejecución, una primera línea rodilla en tierra y una segunda detrás, que se mantiene erguida. Sesenta fusiles amartillados.

Si funcionasen las cámaras de seguridad, el zoom subrayaría la presión de los sesenta índices sobre los sesenta gatillos, los ojos afilados sobre el punto de mira y al otro lado, tras un giro de ciento ochenta grados, las miradas cenagosas de quienes se ven abocados a la lucha, cuando en realidad lo que quieren es alimentarse y que les dejen en paz. El instante se demora incomprensiblemente, unos no se atreven a moverse por culpa del miedo y la sorpresa de verse encañonados cuando creían que transitaban por una galería segura, y otros contienen a duras penas la rabia que les hará apretar el gatillo en cuanto grite la orden el oficial de turno. Cientos de rostros

cenicientos descritos plano a plano, la boca sin labios, la sonrisa tétrica de los dientes, el desconchón de la piel, las heridas, los ojos sin párpados o vaciados por una mala caída, el pelo apelmazado por los cuajarones de sangre. Y en cada gesto, la confirmación de lo inevitable.

Hawthorne empuja muy despaciosamente la puerta. Allí está una de sus criaturas, el cuerpo encajonado entre el inodoro y la pared del excusado. El lugar es demasiado angosto y por lo tanto el peligro aumenta exponencialmente. Si despertara el Durmiente al doctor le sería imposible huir, así que tiene que andar con cuidado. Se acerca y adelanta, centímetro a centímetro, la defensa en dirección al cuello.

—Acabad con ellos —grita el sargento Mosqueira que sigue sin reaccionar por culpa de la muerte de su amigo Olarde, en mitad de un charco de sangre. Mantiene la cabeza sobre su regazo, igual que si estuviese dormido. Por precaución desenfunda la pistola. Con la mano izquierda ordena el pelo de su compañero al tiempo que con la derecha aguarda la más que posible resurrección. La infamia de una lágrima demuestra que Mosqueira es un sentimental, aunque sus hombres piensen todo lo contrario.

Las cámaras filmarían la quietud de los sesenta fusiles, pero también el primer alarido que incendia el ánimo de los demás, cientos de bocas que gritan su desesperación. Doble o nada. Hay más impotencia que desafío en la reacción de los hambrientos. A esa distancia nada tienen que hacer, están demasiado lejos de los soldados.

Es el momento de la verdad.

Llega la orden del teniente al mando y la compañía abre fuego. El posterior visionado de la película de los hechos permitiría repasar cada secuencia a cámara lenta, más incluso, *frame a frame*, con la pasión masoquista de un Sam Peckinpah. El tableteo de los fusiles al unísono, la explosión de la pólvora, el proyectil que vuela, los gestos de quienes van a morir definitivamente detenidos al límite de lo soportable, un simple parpadeo que dura una eternidad.

La defensa eléctrica que empuña Hawthorne hace su trabajo y descarga sus trescientos mil voltios en un suspiro. El Durmiente se retuerce durante una décima de segundo antes de quedar inmovilizado por completo, las costuras negras al límite de su resistencia, como si la descarga eléctrica hubiese provocado una explosión interna. Los ojos permanecen abiertos, detenidos justo cuando regresaban del sueño. Por si acaso, el doctor ataca por segunda vez, ahora en mitad del pecho. La nueva convulsión del cuerpo termina por desplazar ligeramente el inodoro.

Hawthorne aprovecha el instante para gruñir de nuevo unos rezos ininteligibles. Luego le abre la boca y busca algo debajo de la lengua.

En otra parte del aeropuerto los cuerpos de los muertos vivientes se desbaratan. La velocidad de los disparos neutraliza no sólo cualquier intento de acercamiento, sino de huir. En el fragor del combate se disparan ráfagas sin precisar el blanco, sobre

la línea de las cabezas. Alguna acertará en mitad de la frente. Hay que derribar lo antes posible a los hambrientos. Es prioritario. Ya habrá tiempo luego para la paz definitiva, la retirada final, el disparo a bocajarro.

Debajo de la lengua del Durmiente, Hawthorne encuentra un pequeño pergamino, pringoso por el exceso de saliva cobrada por la descarga. Es el shem. No le hace falta desenrollarlo para saber lo que hay en él. Él mismo fue quien escribió en hebreo el nombre de Yahveh. Definitivamente ha pasado todo el peligro. Sin el shem, el Durmiente es una inofensiva masa de músculos, un despojo que será incapaz de resucitar. Hawthorne abandona entonces los retretes, justo en el mismo instante en que el último de los resucitados cae abatido. Se aproxima al teniente sin pisar los cuerpos desbaratados.

—Quiero ese ejemplar para mí —gruñe ebrio de autoridad, o por lo menos seguro de sus posibilidades.

—Eso tendrá que hablarlo con el coronel Nogales —responde el sargento Mosqueira, que todavía acuna la muerte de su amigo.

Después de la furia de los sesenta fusiles, el último de los hambrientos que permanece en pie se asemeja un náufrago en mitad de un mar de cuerpos descosidos a balazos. Apenas consigue hilvanar dos pasos seguidos sin tropezar con algunos de sus compañeros de desgracia. El zoom de la hipotética cámara de seguridad que no graba por culpa de la ausencia de corriente eléctrica, ahora señalaría las manchas de sangre en la ropa del zombi, el recuerdo de las víctimas devoradas, en un intento por justificar la masacre.

El oficial al mando amartilla su arma ante la mirada atenta de los soldados. Se le escapa una sonrisa o a lo mejor no, se la regala a sus hombres a modo de recompensa. El último grito, la carrera desesperada por alcanzar el brazo del teniente y hundir los dientes bajo la ropa. Salta sobre los cadáveres, aprieta las mandíbulas, la palanca de los brazos intentan favorecer el esfuerzo postrero de las piernas.

La sangre fría del oficial. La tranquilidad.

Sus subordinados que dan un paso atrás.

El teniente afila el ojo derecho sobre el punto de mira. La presión sobre el gatillo, la uña del índice blanquecina.

Y de repente la luz se desvanece al instante sin que el hambriento sepa cómo.

CAPÍTULO 26. LA HABITACIÓN 101 DE JUDITH

Martes 2 de febrero de 2010. 23:35 de la noche.
A las puertas del Colegio Josep Pla, Málaga.

La inercia del desprecio lanza los dos cuerpos al interior del camión militar. Nada pueden hacer por evitar el tropiezo y el consiguiente golpe contra el suelo. Por fortuna para ella y desgracia para él, Judith cae sobre la espalda de Salvador. Por culpa de la caída se clava en el pecho los tubos de pasta dentífrica y los dos clicks de Playmobil que los soldados le han permitido conservar y que guarda en el bolsillo interior de la chaqueta.

Luchando contra el dolor del pecho, demasiado cercano al de los costurones en mitad del esternón, y contra el cansancio acumulado durante días, se incorpora tan pronto como puede, aunque sólo sea por desagraciar a su compañero. Se sacude los vaqueros en un gesto automático. Bastante sucios los lleva como para que sean eficaces unos simples manotazos.

—¿Te has hecho daño? —pregunta a su compañero.

—Estoy bien, olvídame —protesta Salvador.

Ahora toca el turno de lamentar la muerte de Rubén, luego de que la hubiesen separado de Jonás y por último de que le hayan arrebatado la mochila y todo lo que contenía: la pistola, las llaves del taxi y el encendedor. Ya nada puede ir a peor. Menos mal que conserva los clicks.

A través de uno de los desgarrones de la lona que cubre la parte trasera del camión, de puntillas, consigue ver una esquina del patio, el ojo cenagoso iluminado por la luna. Al otro lado, poca cosa: un pedazo de la cancha de fútbol, el asiento del conductor de un jeep y unas sombras que se mueven de un lado al otro. De manera que es más fácil adivinar lo que sucede con la ayuda del sentido del oído que con el de la vista. Desesperada, rastrea el coro de voces en busca de la de Jonás. Pero todas las de ahí fuera están demasiado curtidas por la crueldad de la guerra como para pertenecer al muchacho.

Joder, la hostia puta. Ha perdido definitivamente a Jonás. Mierda. Se siente desfallecer. Sin control sobre la memoria, los demonios del pasado son liberados. Descorren el cerrojo, no sólo la angustia del momento, sino la repetición de la impotencia, la frustración experimentada en circunstancias similares a la de ahora. La habitación 101 del cerebro dispuesta a castigarla con el peor de sus miedos. Por supuesto nada relacionado con el Ministerio del Amor, ni con el horror de las ratas experimentado por Winston Smith. A ella le aguarda algo peor. Demasiado castigo para tan poca culpa. Las heridas se reabren con fuerza, escuecen como si se vertiese alcohol encima. Todo es tan real que duele. Pero al contrario que el drama mayúsculo de otras veces, en esta ocasión se conjuran, tal vez como anestesia previa, las miserias

diarias y minúsculas de una vida que ha hipotecado entre las clases en el instituto de La Algaba, el fracaso matrimonial y las visitas a la abuela Luisa.

Una media sonrisa emerge a la superficie de los labios. Rememora de momento la lucha encarnizada que, durante meses, envenenó a los vecinos. Por aquel entonces no había tregua, sucedía siempre a la misma hora, todos los días, por lo menos desde que ella se trasladó a la calle Julio César, con la puntualidad de un telediario de TVE. Era a la caída de la tarde, con los primeros guiños de las farolas, cuando éstas se desperezaban del sueño diurno. Sin embargo no sólo despertaban ellas, también lo hacía el pequeño odio de cada uno, renovado con los peores humos concentrados a lo largo de la jornada laboral.

El campo de batalla era la misma calle, mejor dicho, el mismo trozo de calle, esos dos metros cuadrados de asfalto frente al portal del inmueble, tan preciados como las pepitas de oro en Sierra Madre. De modo que llegada la hora H, en un intento baldío la mayoría de las veces, esgrimía su Honda Accord igual que un florete, embistiendo al incauto que trataba de arrebatarse el hueco entre el vado y los contenedores de basura. Si por cualquier circunstancia un desconocido, ajeno al barrio, ocupaba aquel aparcamiento la lucha se posponía el tiempo necesario hasta que el extraño y su vehículo abandonaban el cuadrilátero. Recuerda cómo bajaba a toda velocidad escaleras abajo, sin esperar al ascensor, no había tiempo que perder, para cambiar el coche de sitio. Muchas veces, cuando subía por Julio César apurando esquinas y semáforos, el hueco ya había sido ocupado por un vecino que, triunfante, la miraba desde la ventanilla de su auto. En esos días la batalla, el cuerpo a cuerpo, fue más encarnizado que nunca, sobre todo debido a la cercanía de la Navidad y al febril consumismo de los sevillanos.

Con el paso de las semanas, a la misma velocidad a la que se sucedían las noticias de contagios en las cuatro esquinas de Sevilla, los vecinos, uno a uno, fueron posponiendo la batalla por el aparcamiento, quién sabe si por propia voluntad o por haber ingresado en la lista de quienes paseaban por la ciudad en busca de carne fresca. Qué mejor indicativo de la infección que el hecho de poder aparcar cada vez más cerca del portal con relativa facilidad. Hasta que amaneció el día en que aquel hueco tan valioso entre el vado y la basura quedó libre, sólo para ella. Ya no había que pelear por él. Consecuentemente envainó el florete del Honda Accord porque ya no había contra quien luchar.

Fue en ese instante cuando cayó en la cuenta de la magnitud del desastre que se cernía a su alrededor. Ahora rememora cómo vagaba sin rumbo por casa, mordiéndose las uñas de pura impotencia. Entonces se llamaba Angélica y no Judith. Eran las vacaciones de Navidad más tristes de su vida.

Todo se había salido de su cauce, la tragedia había desbordado al día a día. Deambulaba del frigorífico medio vacío a la radio, que carraspeaba noticias difíciles

de traducir debido a las interferencias. Todavía por aquel entonces había luz en Sevilla.

Le agobiaba la incertidumbre de no saber qué coño sucedía en La Algaba, y maldecía en silencio el contratiempo de no poder contactar con sus compañeros de trabajo. Más de una mañana había telefoneado al instituto. Nada, sólo la señal de llamada interpelando al vacío más absoluto. La insistencia en marcar el número del instituto por segunda o tercera vez y el consiguiente fracaso confirmaba sus peores sospechas. Por si no fuera suficiente, el móvil del director había muerto al mismo tiempo que el resto del mundo. Debía hacer algo al respecto, tendría que acercarse a ver qué sucedía en el pueblo.

Uno de aquellos días, ahora empieza a recordar con la nitidez de lo recién vivido, recibió una llamada en el móvil. No era del instituto ni de ninguno de sus compañeros, sino de su abuela Luisa.

—Ven a por mí, por favor —la voz temblaba de desesperación—, tu tío Rogelio no contesta.

A Angélica le sobraban más explicaciones. La abuela estaba en peligro sin la ayuda del tío Rogelio, que era quien vivía más cerca de casa y quien cargaba con la responsabilidad del auxilio más inmediato. Era consciente de que cuando se había visto en la obligación de telefonarla era porque sucedía algo verdaderamente grave. Su invalidez se erigía en un calabozo del que era inútil cualquier intento de evasión. La silla de ruedas era una cárcel.

Sin pensarlo dos veces, Angélica decidió salir de casa a pesar del peligro que representaba tropezarse, sin más defensa que un cuchillo de cocina, con algún hambriento. La situación en la ciudad era crítica, lo sabía. Después de las reticencias iniciales, los telediarios habían alarmado a la población con el recuento y la crueldad de los ataques. Debía de llevar cuidado, medir cada semáforo, evitar los callejones angostos y las rotondas llenas de coches abandonados. Sí, era una locura, pero no le quedaba más remedio.

Pero en el portal del bloque no encontró a ningún resucitado ávido de carne, sino a él, a Daniel. La sangre le ardió de pura rabia, con la rapidez de un material altamente inflamable. Era la misma cara, casi una máscara de funeral, con la que lo dejó plantado la última vez, esa imitación de cordero degollado que tan mal interpreta.

—Quiero hablar contigo, Angélica —dijo en un lastimoso susurro como refuerzo de su actuación anímica.

Las guerras más encarnizadas son aquellas en las que, lejos de dirimir conceptos mayúsculos como territorio nacional o defensa de intereses estratégicos, se aúnan la ferocidad de la lucha cuerpo a cuerpo y el ajuste de todo tipo de rencillas personales. Buena fe de ello han sido siempre las guerras civiles. Entre Daniel y Angélica la

guerra se anunciaba día a día, cada vez más cerca del primer disparo, que si un portazo, una amenaza gritada al oído, la tregua de unos días lejos de casa o un viaje de placer anulado a última hora por culpa de la enésima pelea.

Derrotada por el quehacer diario en el instituto intentaba la capitulación de una sonrisa, ajena a la emboscada perpetua, a la afrenta repetida. Un día fue ella la que depuso las armas. No merecía la pena. Aprovechó el peregrinaje de Dani con la bandera blanca de los currículos, experiencia sobrada y paciencia la justa, recogió sus cosas, lo verdaderamente imprescindible, y buscó a la abuela Luisa, la única que no le habría de echar en cara las advertencias hechas antes del matrimonio.

—Necesito hablar contigo —son sus primeras palabras. Lo que ella necesita es salir corriendo en busca del coche.

—Luego, llámame al móvil. Ahora me es imposible.

—Necesito que me entiendas.

—Los abogados lo dejaron todo bien claro —protesta.

Por supuesto, la casa que había compartido el matrimonio quedaba bien lejos de Salem, Nueva Inglaterra; tampoco había sido construida por orden del coronel Pyncheon ni mucho menos, pero quedó estigmatizada para Angélica igual que la mansión de los siete tejados lo había estado para los oriundos de aquel estado yanqui. Prefería ceder terreno y replegarse en casa de la abuela mientras encontraba un apartamento de alquiler, dejarle el piso a él, y ella quedarse con el coche y demás pertenencias de valor.

Ahora había regresado, descontento con las capitulaciones finales. Todavía quedaba ella, y su cuerpo había quedado fuera del lote a repartir.

—Lo siento, tengo mucha prisa.

Daniel bloqueó el intento de evasión con la argolla de su mano. Ella sintió un profundo desprecio y un hondo asco por culpa del contacto. Aventuró un tirón pero el otro cerró aún más la argolla.

—Siempre lo tienes apagado, o no me lo coges.

—Es mi abuela, Daniel, está en peligro.

Cuando consiguió escapar de su ex marido y cruzar media Sevilla en coche, era ya demasiado tarde. La puerta de la casamata permanecía abierta. Angélica se apresuró a rastrear todas las habitaciones. Ni rastro. Nada, sólo el silencio y las ventanas rotas. Ni siquiera encontró la silla de ruedas. Rabiosa, golpeó paredes y pateó sillas. Necesitaba deshogar la presión de la sangre.

Algo más calmada, consiguió marcar el número del móvil de la abuela Luisa. Al igual que cuando telefoneaba al instituto de La Algaba o a su director, le contestó el pitido incesante y monótono de la línea muerta.

—Supongo que no le harán daño —la voz de Salvador obra el milagro o perpetra el atentado, no sabe qué pensar, de desconectarla de los recuerdos.

Como quiera que haya estado a punto de tropezar por la falta de fuerzas, y le

habría resultado imposible defenderse de la caída por culpa de la brida que anuda sus muñecas, prefiere sentarse en el suelo. Lo observa todo con la frialdad de quien niega por completo lo que le está sucediendo desde que despertara en el depósito de cadáveres completamente desnuda. Entre el dobladillo de los pantalones y la linde de los calcetines asoma un trozo de piel cerúlea. Esquiva con la mirada la confirmación de su propia resurrección.

—Accedí al interior del estadio de fútbol —requieren de nuevo su atención las palabras de su compañero— al reclamo de las promesas dictadas por la megafonía de los helicópteros. *En Cádiz tenemos la cura* y bla bla bla. Una sarta de mentiras. Es el cebo para pescar al mayor número posible de infelices.

Los ojos de Judith, fijos en él. Lo mira desde el fondo de su incredulidad, superada por la situación, angustiada, derrotada. Está a punto de hablar de su abuela Luisa, satisfaciendo su necesidad de exorcizar los malos recuerdos, cuando el otro continúa con su monólogo.

—A veces sueño con esa ciudad, ¿sabes? —admite en un hilo de voz. Aunque Salvador no está del todo seguro de que sea así en realidad. Hay momentos en que sospecha que sueña todo lo que le ha sucedido desde que resucitó cerca de la frontera de Despeñaperros, y que despertará al final de la pesadilla en un callejón infecto de la Ciudad Negra. Lamentablemente su memoria es una centrifugadora que bate a toda velocidad jirones de su vida o simplemente hebras de sueños, y los mezcla sin que sea capaz de distinguir lo real de lo imaginado o soñado. A veces duda de que él exista en realidad, y teme que todo sólo sea el sueño de otro, la pesadilla de alguien que vuelca en él, Salvador, los peores recuerdos.

Judith se incorpora y alarga la vista a través de uno de los desgarrones de la lona. Detecta movimiento fuera, o por lo menos las sombras de los soldados que cruzan frenéticamente de un lado a otro. De repente estallan los gritos en mitad del patio del colegio. Es incapaz de reconocer las voces.

—¡Venga, doctor!

—¡El niño ha resucitado!

Desde su posición es imposible ver nada. Alarmado, Salvador se acerca por detrás de ella. La cercanía de su cuerpo le incomoda, así que vuelve la cabeza. Mejor pararle los pies ahora y evitar que coja confianza.

—Tú por tu parte y yo por la mía —ladra.

—Ok, no te enfades.

El mejor antídoto ante la sonrisa del otro, una mirada demoledora.

—Es Rubén —aventura Salvador mirando a través de otro desgarrón de la lona.

—¡No disparen! —Aun desde el interior del camión se distingue la voz del mismo doctor que había subido a la clase a atender al niño—. ¡Es una orden!

El estruendo de algo similar a un petardo. Luego el silencio fuera y dentro del camión. La intensidad de las miradas de Judith y Salvador, el desconcierto.

Entonces el motor del camión despierta y ruge su malhumor. Se sacude nervioso imitando a un perro con pulgas. En la cabina cruje la palanca de cambios. El conductor apenas ha pisado el embrague y el sonido rugoso se ha transmitido a través de toda la estructura.

La sacudida inicial, producto del primer bache o de un bordillo traicionero, invita a Judith y a Salvador a sentarse de nuevo en el suelo y a esperar resignados.

Mientras Judith persigue a la Angélica que fue antes de la transformación y, a través de ella, a la ausencia inesperada de la abuela Luisa después de la apremiante llamada de teléfono, Salvador se sumerge violentamente en la casa de espejos que es su memoria. Algo del estilo de *La dama de Shanghai*. Igual que el juego de los espejos cóncavos y convexos, tan pronto se encuentra en mitad de una cena de Navidad como agazapado dentro de un contenedor de basura. Carece de lógica el frenético ritmo al que fluyen los recuerdos, dos afluentes que vierten su caudal en un mismo río. De los whiskys de última hora y los chistes subidos de tono pasa al olor nauseabundo de la carne putrefacta y a la urgencia de las voces. Se encuentra en un cruce de caminos y es incapaz de elegir uno de ellos. Es probable que se equivoque. O puede que no, y lo haga por el contrario al permanecer indeciso. A lo mejor los espejos cóncavos y convexos, con su juego de estirar la figura o comprimirla, con su dualidad, son un cartel indicador que señala el camino equivocado.

Si elige el calor de la cena de Navidad, con sus amistades instantáneas y sus deslealtades escondidas, distingue la tierna melodía del piano que ameniza los postres con la rotundidad de una marcha fúnebre. Si observa con detenimiento las manos es él, Salvador, quien acaricia las teclas blancas y negras con una habilidad que ahora, en mitad del camión, le parece improbable. El verso de un puñado de corcheas, el poema de una obra que le suena vagamente clásica, algo que es incapaz de distinguir entre Mozart o Chopin. Sacude la cabeza. No. Ése no es él sin duda alguna, o eso piensa.

Si por el contrario se decide por el camino opuesto, convocado por el frío de una noche a la intemperie, se descubrirá escondido dentro de un contenedor de basura. La injuria del miedo, el envite de una arcada que apenas puede contener. En la oscuridad casi total del contenedor brillan dos ojos escarchados por la no-vida. Fuera le espera el horrisono tableteo de las armas y las carreras alocadas de los que huyen de la ejecución sumaria. Presiente, con la infalibilidad de quien se sabe sentenciado, que esa no es otra que la Ciudad Negra. Sólo le resta la posibilidad de subirse a la torre de acero: allá arriba, a más de ciento cincuenta metros de altura, estará a salvo.

Sacude por segunda vez la cabeza tratando de romper todos los espejos. Él no es ninguno de esos dos sujetos, ni el pianista ni quien huye. Le gustaría pedir consejo a Judith, pero no se fía de ella. Hay algo en su mirada que le invita a recelar. No vaya a ser una infiltrada entre las hordas de resucitados, una espía o una chivata que le señale al salir del camión si habla más de la cuenta, no ya de la cena de Navidad y de su poco probable profesión de músico, sino de la Ciudad Negra.

Es mejor permanecer callado. Y esperar. Ahora sería deseable saber qué ha de esperar.

Son algo más de las cuatro de la mañana cuando algo similar a un cosquilleo estremece el barrio de una punta a otra. Rueda bajo tierra, junto a los bordillos, procedente de la avenida de la Aurora. Desde el interior del camión es inútil precisar la naturaleza de semejante sensación, y más aún con el traqueteo de la marcha. No obstante Judith se ha percatado de ello y devuelve los dos clicks a la guarida del bolsillo. Su compañero, por el contrario, permanece con la cabeza hundida entre las rodillas, ajeno a todo. Le golpea con el codo para que repare en la vibración. Espera una respuesta en vano. La mirada que le lanza el otro debería bastar para definir su postura, pero necesita ratificarla con una caída de hombros. Ahora todo le da absolutamente igual.

De pronto el cosquilleo salta, nervioso, a través de la comba de los tendidos eléctricos para terminar hundiéndose en el esqueleto de las farolas. El instante parece concertado con la precisión de una obra teatral o de una ópera, donde el estallido orquestal ha de coincidir con la aparición de la soprano porque, fruto de la casualidad o de una planificación que Judith es incapaz de entender, en cuanto se detiene el camión algo se ilumina ahí afuera. Una intensa claridad alborea a través de los desgarrones de la lona. Aunque ahí dentro no hay nada digno de admirar, la luz se descuelga a través de la lona imitando al rayo de sol que se colorea al traspasar la vidriera de una catedral. Ella queda hipnotizada por la belleza de la claridad que ilumina sus manos.

Judith se levanta con la ayuda de su compañero. Con la misma cualidad de un periscopio, el ojo se asoma a través del agujero. La pupila, intimidada ante la ofensa de la luz, se retrae.

—Dios mío —murmura, sin reparar en la blasfemia.

Algo increíble ha sucedido en la explanada que se abre delante de la estación de trenes María Zambrano. Después de muchas semanas se ha reestablecido el fluido eléctrico y la madrugada se hace de día en cuestión de segundos. El griterío de los soldados saluda al milagro. Málaga se despierta de repente de la noche de los hambrientos.

—Nos llevarán a la Ciudad Negra —se lamenta Salvador.

Judith lo ha escuchado, pero hace caso omiso, obviando el tono empleado. La premonición de una amenaza.

CAPÍTULO 27. CONEXIÓN EN DIRECTO, REC

Viernes 18 de diciembre de 2009. 21:00 de la noche.
Calle del Campo, Córdoba.

Preferiría no hacerlo, repetía el escribiente Bartleby con obstinación. Preferiría no hacerlo. Sin embargo, al final me acorralarán las risas y los aplausos y quedaré sin escapatoria posible. Y las manos me conducirán hacia el teclado, no las de algún voluntario que se preste a acercarme al piano, sino las mías.

De momento finjo indiferencia, casi frialdad en el trato con el resto de compañeros, viejos amigos del conservatorio que Miguelito, ahora don Miguel, fagotista casoso, consigue reunir año tras año alrededor de una mesa. Como viene siendo uso y costumbre, Miguelito ha rastreado cual sabueso la mejor oferta del año, sin importarle que el restaurante quede en una esquina de Córdoba, qué más da. Eso sí, condición indispensable, que en la esquina de la sala haya un piano. Le gusta acabar la fiesta con el duelo musical de todos los años.

—Te esperamos —dijo como colofón a la llamada telefónica que no supe atajar a tiempo. Miguelito es un trilero de las palabras, tanto que cuando quieres darte cuenta ya te ha embaucado. Levantas el vaso equivocado y aceptas un año más su proposición.

Cómo no, este año me he dejado engañar. De nuevo. No tengo plan para el viernes. Con algo de suerte hilvanaré unas risas y unos chismes con Jimena, la flautista inaccesible, inaccesible por lo menos mientras permanece sobria. A pesar de la promesa incierta de la conquista añorada, preferiría encontrarme con ella lejos de tantos rostros conocidos, ajados por el peso del tiempo y de tanta sonrisa postiza.

—Hombre, tan en forma como siempre —dicen al verme.

Todos fingen envidia ante mi físico, joder, menuda ironía, en realidad me siento avergonzado de él. Un metro ochenta de altura para setenta kilos de peso. Estoy demasiado delgado, casi la radiografía de un insecto palo. Son tan falsos que si me viesen en bañador seguirían diciendo lo mismo, tan en forma como siempre.

Durante la cena me refugio en la amistad frágil que me une, una vez al año, con el melenudo del grupo: Félix, profesor de guitarra y bajo eléctrico. Mientras deglute todo lo que le sirvan en un plato, aunque sea lo último en comida iraní, y refresca el gaznate con cerveza, me habla de sus alumnos más prometedores de la escuela de música en la que enseña en Sevilla.

Se deshace de la guerrera de camuflaje que gusta vestir en estas ocasiones, ante la algarabía general después de simular un striptease.

—¿Qué significa ese logo? —le pregunto señalando unas letras a la altura del corazón.

Félix saluda los aplausos con un gesto teatral del brazo derecho. Luego vuelve la

cabeza hacia mí.

—¿User Ne? —Me mira con una sonrisa—. Nada, el grupo de unos colegas. Ya te hablaré de ellos.

Félix hace una última gracia, un gesto vagamente torero, antes de sentarse. Mientras tanto yo, usurero de pequeñeces, mendigo unas miradas de Jimena, mi musa de la flauta. Pero está a lo suyo, descerebrar gambas con sin igual pericia.

—¡Sois todos la muerte a pellizcos, que lo sepáis! —grita Félix.

Luego se dirige a mí y me dice en voz baja, con la confidencialidad de quien va a contar algo verdaderamente íntimo:

—Por lo visto, dicen que el otro día murieron aquí cinco personas, en un centro comercial.

—Creo que fue en El Arcángel.

—Lo dijeron en el telediario de ayer, o en el de antes de ayer.

—En el de antes de ayer —matizo con la esperanza de que comprenda que estoy al tanto de la noticia. Como últimamente ando muy susceptible, prefiero evitar estas noticias. Por la expresión aviesa de sus ojos juraría no haberlo conseguido.

—Todo empezó, menuda ironía, con Papá Noel.

—El final del mundo parece haberse adelantado un par de años —contesto resignado.

—¡Cinco! Por lo visto alguien atacó a Papá Noel. Primero le mordió en la barriga pensando que aquella redondez la había ganado a base de almuerzos y cenas pantagruélicas. Era un cojín, así que enfurecido le alcanzó en el cuello. Le arrancó la aorta. Un policía abatió al agresor sin piedad, era unos de esos muertos revividos, ya sabes. Mientras aguardaban al levantamiento de los cadáveres, el Papá Noel se incorporó y mordió en la pantorrilla a un curioso que se había acercado demasiado. Presa del pánico, el tío subió a su moto sin la precaución de ponerse el casco. Una carnicería, ya ves.

—Félix, eso hacen sólo dos fallecidos.

—Se me olvidaba —continúa pasando el brazo por encima de mi hombro—. Poco después el motorista perdió el conocimiento y se estrelló contra un semáforo. Allí atropella a un peatón que fallece en el acto de un fuerte traumatismo en el cráneo.

—Todavía son tres —objeto.

—Por lo visto el motorista entra en parada cardiorrespiratoria. Resucita y se levanta justo en el instante en que una furgoneta de reparto se saltaba el semáforo en rojo. Lo hizo carne picada debajo de las ruedas, imagínate. Desafortunadamente el repartidor se suicidó esa misma tarde colgándose del cuello. Era rumano, estaba en búsqueda y captura por no sé qué delito y además carecía de visado y de carnet de conducir.

Después de tanto detalle he caído en su trampa y me oigo preguntando, traidor a mis principios de abstemio del cotilleo:

—¿Resucitó?

—La noticia de Telecinco terminaba diciendo que sí, pero que no consiguió deshacerse de la soga, que se asemejaba a una piñata.

Me sonrío. La historia es en verdad una locura.

—Ahí tienes lo que le sucedió a Palop —apunta, no contento con la historia en torno a Papá Noel.

—Ya lo dijeron los telediarios del domingo.

—Es que no se puede estar seguro ni en un estadio de fútbol. Antes los guardametas habían de cuidarse de botellas o mecheros lanzados por un inconsciente. Ahora... ya ves.

Da un manotazo teatral a la melena y luego estira la camiseta negra de Led Zeppelin para que los demás continúen con las bromas. A Félix nunca le ha importado ser el centro de atención. Pero yo prefiero huir al cuarto de baño.

Él optaría dar esquinazo a Miguelito y al resto de la tropa, aprovechar la circunstancia de haber llegado hasta el baño para escapar a toda velocidad. En cambio no lo hace, más que nada por exprimir esa ínfima posibilidad, una entre cien, de que Jimena se deje cercar por su conversación inteligente.

Al salir del baño con la cara enjuagada y el pelo estirado hacia atrás, bastardo *latin lover* frente al espejo, un golpe violento sacude desde detrás la puerta del servicio de señoras.

—¿Sucede algo? —pregunta arrimando la cabeza al quicio.

La respuesta es un gruñido tan similar al dialecto de los borrachos, desmañadas lenguas por la trampa del alcohol, que no le presta mayor importancia. Así que regresa al lado de Félix, el del bajo eléctrico.

—Ahora que he dejado el tabaco estoy echando barriga —dispara el melenudo en cuanto tiene a tiro al pianista.

La velada transcurre sin que consiga ninguno de sus dos objetivos marcados de antemano: seducir a la antigua compañera de conservatorio ni eludir el momento en que el grupo exija su demostración anual, ese ejercicio casi circense frente al piano. Porque la pantomima del duelo pianístico es una excusa barata para conseguir la actuación gratuita del más internacional de los músicos presentes. Todos saben que Salvador ha tocado con su trío en las salas de jazz de más prestigiosas de media Europa. Además este año es un duelo a tres, Ana Sevilla, Gregorio Duarte y él.

Justo después de que Ana interprete con metronómica precisión una de las primeras sonatas para piano de Beethoven y de que Gregorio astille los nervios de los presentes con un poco de Scriabin, misa negra para los oídos, y de los consiguientes aplausos que premian ambas interpretaciones, algo concita la atención de todos los presentes. Unos gritos se escuchan al fondo de la sala. Alguien solicita la ayuda de un médico. Por fortuna hay uno entre los comensales de otras mesas, así que el alboroto remite poco a poco.

Por definición, la casualidad es caprichosa y escapa a los designios humanos. Unas veces quiere que conozcas en una parada de autobús a alguien que afortunadamente cambiará tu vida, y otras en que ese boleto y esa combinación que siempre juegas en la bonoloto salgan premiados justo la semana en que encamaron a tu padre y te fue imposible rellenarlo.

Cercana ya la medianoche, a los dos integrantes de una unidad operativa de TVE les ocurre lo mismo. La casualidad. Sin embargo desconocen si es para bien o para mal. Lo cierto es que se encuentran a tres calles de distancia del restaurante para cubrir un reportaje sobre distintas alteraciones patológicas del sueño. Es 18 de diciembre, ayer fue luna nueva. Al ser el viernes inmediatamente anterior a Nochebuena es una noche propicia para las cenas de Navidad de las empresas o grupos de amigos. Las luces amarillas de tres ambulancias y las azules de media docena de coches patrulla de la Policía Nacional son un poderoso reclamo. Ellos piensan en una pelea.

El periodista se acerca a un policía y se informa de lo sucedido. Sin esperarlo tienen algo grande entre manos, así que abortan el reportaje programado. Telefonean a un redactor en busca de instrucciones.

—Entrevista a algún testigo.

La casualidad quiere que haya un hombre de unos treinta y tantos años sentado en el bordillo de la acera, los antebrazos descansan sobre las rodillas y la mirada sobre el asfalto. Son visibles las manchas de sangre en los bajos de los pantalones y en la guerrera militar que lleva echada sobre los hombros. Por si fuera poco, un borbotón sanguinolento le ha salpicado en la cara. A su lado hay un sanitario de la Cruz Roja. Simplemente con acercarse ya oyen la conversación. El hombre se niega a ser atendido.

—Yo estoy bien. Vayan adentro.

Cuando el sanitario se aleja, el periodista se acuclilla a la izquierda del hombre. Se presenta y le pregunta si ha sido testigo de los ataques que han tenido lugar en el restaurante. Un simple gesto afirmativo de la cabeza da carta blanca al periodista y al cámara.

—¿Podría decirnos qué ha sucedido dentro del Mesón La Albahaca?

Me pongo de puntillas y estiro la mirada en dirección al lugar de donde provienen los gritos de auxilio. Joder, la puerta del cuarto de baño de señoras. Y recuerdo ese golpe tras la puerta.

La palmada en el hombro que Miguelito me propina posibilita mi aterrizaje en la realidad de un duelo a tres tan inútil como desequilibrado. Las virtudes de Ana al tocar el piano no sobrepasan las de un lector de compases, agónica y dinámicamente irreprochable, y las de Gregorio no van más allá de un exhibicionismo hueco. Ella interpreta a Beethoven tal cual está escrito en la partitura, sin añadirle ni una sola coma ni un solo punto, y eso es poco para enfrentarse al genio de Bonn. Y el otro

hace con Scriabin un número de circo, poses imposibles, la mano que se detiene a un palmo del teclado, miradas cambiadas con el público.

Para que este año el duelo quede más igualado que nunca, mis manos eligen una pieza a contra estilo. Sí, ellas. Ninguno espera un Chopin sino un estándar de jazz. Hasta yo me sorprendo de la sorpresa de última hora. Ellas parecen cansadas de diabólicas exhibiciones tipo Cecil Taylor. Echo una mirada de reojo al fondo de la sala, por fortuna todo permanece en calma alrededor de los retretes.

Vierdo encima esos mil litros de mala leche que acumulo desde que me llamara Miguelito. A lo mejor alguno no entiende la broma, pero me apetece castigar a los que andan pasados de revoluciones por culpa del alcohol con semejante obra.

—¿Sabría decirnos cuántos heridos hay dentro? ¿Y cuántos muertos?

Mis manos desgranar la Marcha Fúnebre de Chopin con una lentitud y solemnidad de Semana Santa. La música golpea a los presentes con la inminencia de la tragedia. Pienso en la mujer que ha necesitado la ayuda de un médico y, por una rápida e involuntaria asociación de ideas, en la crisis de los últimos días, en esas muertes que se suceden a diario en toda la ciudad sin que ni una sola autoridad sepa explicar qué demonios está sucediendo.

Las notas, oscuras como la noche de ahí afuera, pesan en la punta de los dedos. Cada acorde es un acto de venganza contra Miguelito y el resto de compañeros. Bueno quizá se salven mi flautista preferida y el guitarrista melenudo. Con algo de suerte ellos me comprenderán.

Alrededor de la obra de Chopin se fragua un silencio tan corpulento que lo presiento acostado contra mi espalda. Sin embargo nada me produce más placer. Nunca una carga fue tan llevadera. Pienso en Jesucristo abrazado a la cruz, cargando amorosamente con ella.

Cuando finalizo la interpretación nadie es capaz de reaccionar tras el acorde definitivo que se prolonga eternamente, aun cuando he retirado las manos del teclado y descansan, sonrientes por la broma realizada, sobre los muslos.

En mitad de ese silencio, al fondo de la sala, alguien que habla por teléfono pide una ambulancia. Supongo que el asunto del cuarto de baño es más grave de lo supuesto inicialmente.

—La hostia, joder —dice Félix, que se levanta y me aplaude en solitario—, eres la muerte a pellizcos.

—Si esa muchacha fue trasladada en ambulancia, ¿quién inició la masacre?

Avanzada la velada, y casi olvidados por completo el desafío de la Marcha Fúnebre y la aparición de la ambulancia que trasladó a la joven que había perdido incomprensiblemente una mano, la fiesta continúa. Son más fuertes las ganas de

aprovechar la noche que la inminencia del peligro. Por fin el pianista ha esquivado a Félix y se sienta junto a Jimena, con la peregrina oferta de una colaboración de la flautista en alguna *jam session*. Las manos, posadas sobre la mesa, dirigen el intento de aproximación sin que ella se percate. Ellos son dos de los pocos que permanecen sentados a la mesa. Los demás llenan el centro de la sala al reclamo de las canciones de moda que berrea la megafonía.

Vista desde arriba la fiesta es un mar de cabezas que se arremolinan siguiendo el caprichoso juego de las conversaciones. Se ha cambiado la formalidad de la cena, los cubiertos a cada lado del plato y las servilletas llenando las panzas de las copas por la frivolidad de los cubatas, la música de Shakira o Amy Winehouse y las conversaciones gritadas al oído. Nada fuera de lo normal, nada diferente del resto de cenas de Navidad. El humo de los cigarrillos sobrevuela las palabras.

Se alquilan amistades a bajo coste: una charla intrascendente, un chascarrillo contra el jefe o una alianza fugaz contra el trepa de turno. Tan bajo es el coste que mañana nadie querrá reclamar lo alquilado. La mezquindad correrá de nuevo sobre la moqueta de la oficina. Todo son sonrisas forzadas, risas fugaces igual que fuegos de artificios que explotan en la noche y luego apenas dejan un rastro incierto de la pólvora, y puñaladas mal disimuladas, pero siempre observando la más elegante de las composturas, el vaso en la mano y el meñique engastado en una imitación de cáncamo.

—Según la descripción que nos hace: ¿podríamos estar hablando entonces de uno de esos cadáveres vueltos a la vida?

Con la misma exactitud con la que un banco de peces se disgrega al detectar la presencia de un depredador, de repente en el mar de cabezas de los que bailan se abre un claro. Para colmo alguien detiene la música, haciendo más graves los chismes. Rodean a una mujer que, contraria a la exigencia de la etiqueta, viste bata de limpiadora. Con la puntera de una fregona señala un tesoro en mitad del cerco de zapatos. Es entonces cuando, a su alrededor, los ojos se desquician y en el interior de las copas se derrite el hielo.

Es algo tan imposible que el horror termina acelerando el pulso. Es una mano. La fregona trata de darle la vuelta sin conseguirlo. La mujer permanece tranquila, la barbilla clavada en el pecho y la desordenada melena sobre la cara. Nadie puede verle el rostro.

Se telefonea a la policía. En apenas cinco minutos se presenta una pareja de nacionales. Todo el mundo está muy sensibilizado por culpa de las continuas noticias que hablan de extraños asesinatos y de la depravación de los ataques. Es lógico pensar que la aparición de los agentes apacigua los primeros miedos.

Ninguno de los policías consigue hablar con la mujer, sencillamente porque no

responde a nada. Continúa con la mirada abismada en el suelo. Por si fuera poco la cabellera oculta el rostro e impide cualquier acercamiento.

A fin de evitar males mayores, el agente más joven le ruega con buenas palabras que les acompañe, que la llevarán a un hospital. Pero ella se enroca en su silencio.

Basta que levante la cabeza para que salte la voz de alarma y los más cercanos hagan más grande el perímetro.

—Tranquila —aconseja el agente más joven.

—Déjate de miramientos y espósalas —gruñe el más veterano—. ¿No has visto su cara?

Todo esto acontece justo antes de que estalle el grito inicial y la alfombra se entinte con los primeros borbotones de sangre.

—¿Cómo escapó usted? ¿Está herido?

El pianista lo mira desde la profundidad de su incompreensión, aún sentado en el bordillo, como quien ve allá arriba en el cielo un eclipse lunar sin entender la verdadera magnitud del fenómeno. Mira las mangas de la guerrera y el logotipo de *User Ne* y piensa en Félix, en Jimena, y en Miguelito. El cámara aprieta el botón del zoom para filmar en primer plano la sonrisa que se dibuja en una esquina de su boca.

A la bodega de la noche le falta la luna, ausente por completo.

Recuerda la Marcha Fúnebre y la tragedia de después, la ferocidad de los mordiscos, los que caían al suelo sin poder detener la hemorragia de la yugular, las muertes entre estertores y posteriormente las repentinas resurrecciones, multiplicando así la magnitud de la masacre. Sonríe porque le hace gracia recordar a Félix, porque él diría que todo lo que ocurrió en el mesón fue la muerte a pellizcos.

—¿Algo más que declarar?

Absteniéndose de contestar se aleja con la guerrera del músico melencólico sobre los hombros. La despedida del periodista rebota contra la espalda. Sorteando las ambulancias y los coches patrullas antes de hundirse en la noche, sin sospechar que ya está condenado. Todavía le escuece el arañazo recibido en la espalda.

CAPÍTULO 28. PARA ANGÉLICA, EN CASO DE QUE MUERA

Jueves 7 de enero de 2010. 6:00 de la mañana.
Calle Julio César, Sevilla.

Hablar de Dante Alighieri. Nombrar al monstruoso Cerbero. Citar determinado pasaje del Canto VI del Infierno de *La Divina Comedia*. Todo para acabar escribiendo una palabra con acentos bíblicos, la Gula. De apellido, Pecado Capital.

El Infierno que había descrito Dante hace más de setecientos años, quién sabe, abrió sus puertas de par en par poco antes de las fiestas navideñas de 2009 y regurgitó la plaga de condenados que ha asolado Andalucía de este a oeste. Qué importancia tiene si quien introdujo la llave en la cerradura fue un misterioso accidente en un submarino atómico en aguas gibraltareñas, o un silenciado atentado terrorista en el cementerio nuclear de El Cabril que nadie se ha atrevido a reivindicar. Poco importa.

Lo que sí está claro es que nadie, a principios de febrero de 2010, se atreve a calcular la magnitud del desastre. La gula, el deseo incontrolado por la carne, por la vida. Demasiadas incógnitas y no pocas mentiras edificadas sobre el enigma de las primeras pruebas y la ignorancia absoluta de la población. Lejos queda la inocencia del primer informe forense que apuntaba una extraña mutación de la lepra como origen de la pandemia, infección, enfermedad, crisis, tragedia, o como quiera que se la etiquete. Por el contrario, los laboratorios extranjeros consultados a los que se enviaron muestras de carne infectada desestimaron la opción de la lepra y señalaron el origen en un posible rebrote de rabia africana, o en el virus Solanum.

Aunque ningún medio de comunicación da por válidos los datos facilitados, el Ministerio del Interior en colaboración con la Junta de Andalucía estima en tres millones las bajas cobradas por la crisis de los resucitados. Algo más tremendistas son las cifras barajadas por distintos grupos pro-derechos humanos o Cruz Roja, que hablan de más de seis millones y medio de afectados, quién sabe cuántos devorados por los resucitados y cuántos ejecutados por el propio ejército con la consigna de evitar la propagación de la enfermedad. Así que es lógico pensar que la cifra real ha de estar en la mitad. De cara a la opinión pública, ahora mismo los mejores expertos nacionales e internacionales luchan para que, en la ciudad laboratorio que se ha erigido en Cádiz, cese el número de bajas y se consiga encontrar una vacuna con la que desagraviar a los contagiados.

La Gula, el resto de Pecados Capitales, todos los condenados, el Hades. La extraña sensibilidad con la que Gustavo Doré retrató el atormentado mundo imaginado por Dante Alighieri infecta la salita. El haz de luz proyecta la diapositiva contra la pared de enfrente, limpia de cuadros y adornos porque todavía no le ha dado

tiempo a decorar el apartamento. La penumbra mágica. Es innecesario bajar las persianas, llevan semanas completamente echadas.

Angélica rastrea en los grabados de Doré algún tipo de explicación a lo que sucede ahí afuera, más allá de la seguridad del bloque. Sin éxito, obsesionada con la desaparición de la abuela Luisa y por no poder continuar con su búsqueda.

Con la caída de la noche se establece el toque de queda, prohibiéndose por completo el tránsito nocturno bajo ninguna excusa. Ninguna. Incluso una urgencia médica será informada por vía telefónica para que una patrulla militar recoja al enfermo y proceda al traslado al hospital más cercano. Con algo de suerte eso mismo habrá sucedido a la abuela, que el tío Rogelio ha telefoneado al ejército para que la acerquen al Virgen Macarena por una insuficiencia respiratoria. Su maldita fibrosis quística.

Mientras en la calle se escucha el tableteo de las armas, en el equipo de música suena muy bajito la balada de Evanescence, *My immortal*, acompañando el desfile de monstruos dibujados por Gustavo Doré. El chasquido de las diapositivas, la música gótica, los disparos. Se muerde las uñas acurrucada en una esquina del sofá, los pies encima del mismo, descalza a pesar del frío, los brazos rodeando las piernas. Una manta sobre los hombros.

Se empeña en esquivar la duda que le asalta desde hace unos minutos. Si como sospecha o quiere creer, el tío Rogelio avisó a la patrulla encargada de los traslados hospitalarios, habría cerrado la puerta de casa. Salvo... que la urgencia fuese a vida o muerte y se olvidase de ello.

Angélica levanta el brazo en busca de la luz de la dispositiva. De inmediato se graban sobre la palma un grupo de condenados y sobre la pared el contorno en sombras de la mano. Sólo tiene que mover los dedos para que cobren vida entre las líneas de la mano.

Amanece sobre Sevilla y se levanta el toque de queda. Patrullas militares rodean el Ayuntamiento y demás edificios institucionales, amén del Hotel Alfonso XIII, los principales hospitales y la Catedral. Así que es imposible moverse por la ciudad sin tropezarse con algún soldado. Lo que en buena lógica juega en contra de todo aquel que necesita salir de casa en busca de provisiones o desea abandonar la ciudad, ya que, centrados en la protección institucional, el ejército cede todo el terreno a los zombis, que aguardan su momento para extender la pandemia.

Aún a sabiendas del riesgo, Angélica regresa a la casamata de la abuela. Necesita respuestas. Escondido bajo la almohada encuentra el móvil. Está encendido, bajo de batería. Insiste en telefonar al tío Rogelio. Nada, sólo el incansable pitido de la llamada.

Sobre la mesita de noche duerme un libro manoseado, estriado el lomo y castigadas las esquinas. Es de Mario Vargas Llosa. Nunca imaginó que a la abuela le gustase la literatura sudamericana. Y mucho menos un libro tan denso como *La ciudad y los perros*. Sobre él descansa un espejo de mano. Abre la novela por la primera página. Unas letras en diagonal, una cita extraída posiblemente de la misma novela. Le duele reconocer la letra de la abuela, la perfección caligráfica, y recordar que ya no está con ella. Demasiada soledad, demasiado peso para una mujer tan frágil como Angélica.

Necesita reconocer el aroma a viejo del libro. Imitando a un croupier, los dedos se recrean en la cascada de páginas. Hacia la mitad encuentra un trozo de papel, apenas un pellizco a un folio. En el mismo se lee con claridad: «*Devuelve el espejo a su sitio y mira*».

Recoge el espejo y mira el anverso y el reverso. «*Devuelve el espejo a su sitio y mira*». Como lo ha encontrado sobre el libro de Vargas Llosa, devuelve la novela a la mesita de noche y luego el espejo. Se asoma a mirar como quien lo hace en un pozo sin fondo o del que se espera que una aparición dispare el ritmo cardíaco. Un momento. Ahí, boca abajo, en el suelo que es ahora el techo en la imagen reflejada hay un sobre. Levanta la mirada. Eso es. Pegado en el techo, un sobre.

Con la fregona que encuentra debajo de la cama consigue hacerlo caer. Ha sido fácil dada la debilidad del celo con que se sujetaba. «*Para Angélica, en caso de que muera*». Es la caligrafía de la abuela Luisa. Contiene el llanto antes de que sea demasiado tarde. Dentro hay un folio al que le falta una esquina, arrancada torpemente de un pellizco, doblado de cualquier manera, quizá producto de las prisas. Es una carta manuscrita, de puño y letra de la abuela. Es la misma que la cita de la primera página, sólo que mucho más nerviosa, como si una urgencia negase la laboriosa caligrafía de su dueña:

«*Me han descubierto. Juro por Dios que no me he asomado a la ventana. Lo cierto es que... ¡están aquí! Os he llamado a todos pero nadie contesta. ¿Es que no va a venir nadie a ayudarme? Ahora que los necesito es improbable que se acerque la patrulla militar.*

Aguardo mi hora con resignación, tampoco voy a desesperar habiendo sobrepasado los ochenta. Leo a Vargas Llosa y ceno un cola cao frío en el que migo unas galletas manidas. Por lo que parece, las últimas.

Ya están aquí. Y no me dejan leer en paz».

La impresión de perderla, de ser incapaz de recuperarla. Ha de evitar a toda costa el golpe del asma, el ataque a traición, pero es inevitable. El corazón se disloca y la saliva se reseca en la garganta haciéndose arena. Entonces los pulmones se atorán. Es una sensación similar a la de quien es enterrado en vida dentro de un silo de trigo. Nada, ni una brizna de aire.

De inmediato busca el auxilio del inhalador en el interior del bolso. Joder, se lo ha olvidado en casa. Intenta tranquilizarse, aliviarse con un abanico. Respira hondo. Un

silbido de fábrica a punto de explotar escapa de la boca. Se dobla sobre la cintura y se golpea como puede la espalda. Afortunadamente el silo de los pulmones se vacía poco a poco y el aire llega tímidamente, hasta el mismo fondo.

A la abuela Luisa siempre le unió la necesidad de sus padres de que cuidase de ella, empleados grises, que luchaban en el cuadrilátero del empleo temporal y naufragaban con las cuentas de casa. Por ello, con objeto de aliviar la condena de la hipoteca y la estrechez económica familiar, el exilio diario la conducía junto a la abuela. Ella fue quien le inculcó la necesidad de limpiarse los dientes después de cada comida. Recuerda cómo practicaban juntas entre risas frente al espejo.

—Siempre de arriba abajo —le recomendaba.

Y Luisa, viuda encarnizada, apóstol de la fidelidad conyugal, retirada de la vida diaria, se dejaba querer. Luego vino aquella caída en un naufragio de alcohol cuando más áspera se volvía la ausencia y con aquel golpe mal dado, la fractura de cadera y el martirio de la silla de ruedas. Pero allí estaba Angélica para alegrarle las tardes mientras el tío Rogelio se pegaba literalmente con las labores de casa.

Gracias a la argamasa de la soledad compartida y de las pequeñas confidencias al calor de un café y unas galletas Napolitanas, la unión entre ambas fraguó hasta el extremo de hacerlas inseparables. Ella le juraba a la abuela: «*Jamás te dejaré sola*», cuando la laguna de los ojos se desbordaba mejilla abajo. Y más allá de la pueril promesa de una niña de nueve años quedaban los ojos de Angélica, todo verdad, notarios silenciosos de lo prometido.

Por aquella época, sería después de la primera comunión, fue cuando a la abuela le dio por fabular, antes de que llegasen los padres a recogerla en la ribera de la noche, la más maravillosa historia que nunca antes había oído, más incluso que la del célebre Principito o las aventuras de los Hollister. La protagonizaba una infanta, inquieta y preguntona como ninguna. Las aventuras de aquella niña subyugaron la imaginación de Angélica, alentada por la voz caliente y dulce de la madre de su madre. Y ella, antes de dar las siete de la tarde, le pedía:

—Cuéntame la historia de *La nana para una infanta difunta*. —Aun a sabiendas de que en los momentos más tristes a ella se le despertaba debajo del pecho un silbido minúsculo, infinitesimal sirena de barco, que había que sofocar hundiendo la cabeza bajo una toalla y aspirando vapores de eucalipto. Mejor el remedio más natural, rezongaba la abuela, que la medicación, ella siempre tan reacia al exceso de pastillas.

—Sobre esta historia compuso una música un compositor vasco francés —decía la abuela cada vez que terminaba de contarle la historia.

Nunca recordó el nombre de aquel músico archifamoso por el Bolero.

Terminados la EGB y el instituto y ya cursando estudios en la universidad, ella

peregrinaba a la otra punta de Sevilla, convocada por el aroma de las galletas y la Nana para una infanta difunta. La vitalidad de la historia y la fuerza de la protagonista se demostraron inmunes al desgaste del tiempo. La voz de la abuela podía sonar más cansada y el ánimo quedar triturado bajo la silla de ruedas, la soledad podía resonar dentro de cada gesto y de cada beso que le otorgaba, pero el ritual se mantenía inalterable, igual de fresco que el primer día. Antes de regresar a casa, se despedía del tío Rogelio con un abrazo y de la abuela con dos besos hondos y la vieja promesa: *Jamás te dejaré sola.*

Angélica toma asiento en la cama. La tormenta de recuerdos. La debilidad del cuerpo. El óxido en la boca, ese mal sabor de la promesa incumplida.

Junto al mensaje manuscrito encuentra una fotografía donde es posible reconocer a la mujer de treinta años que fue, tiempo atrás, la abuela Luisa. Posa delante de la puerta de una iglesia, vestida de domingo. La acompañan una docena de hombres y mujeres sonrientes. Angélica desconoce si son familiares o simplemente vecinos, y por supuesto qué celebraban en tal ocasión. Los únicos datos para descifrar el jeroglífico son dos palabras escritas en tinta china en el reverso: *Gamarra, Málaga.*

Angélica se aproxima a la cocina. Sobre el fregadero queda sin lavar un vaso. En el fondo detecta el fango del cola cao. Un poco más allá, en una esquina de la encimera, una caja de galletas Napolitanas. Intenta una nueva llamada al tío Rogelio. Nada.

Huye de la casa antes de que el ruido alerte a los hambrientos de la zona y pueda verse rodeada sin posibilidad de huir. Ahora queda llegar a Triana en busca del tío. Es mejor asegurarse. A lo mejor está con él, llegó a tiempo de socorrerla y están juntos. Así que ha de darse prisa.

Cuando circula por el barrio de la Macarena distingue, debajo del arco exterior de la basílica, a unos pandilleros de medio pelo y colgantes catedralicios de oro, pantalones vergonzosamente caídos, zapatillas de tenis de marca y gorras ladeadas, que se afanan sobre un bulto caído en el suelo, con la intensidad de las avispas sobre los charcos. Avanzados cien metros más consigue distinguir la figura de un hombre en mitad de ese enjambre de patadas y zumbido de puñetazos. Antes de que gire la llave del contacto y apague el motor, la razón dicta una cosa: ¡olvídate, Angélica!, mientras el corazón apunta la contraria: ¡dales su merecido! Bajarse del coche es contraproducente, pero a Angélica se le enciende la sangre con el recuerdo de la abuela, indefensa en su silla de ruedas frente a los que asaltaban la casa. Así que, guardando el sigilo adecuado, aparca en calle Resolana a la altura del número uno, y se aproxima armada con una piedra elegida de un derribo cercano.

Cuando está lo suficientemente próxima como para detectar el aroma de la marihuana y oír el golpe sordo de las patadas, advierte que debajo de las sombras del grupo y de las ropas sanguinolentas hay un hombre de avanzada edad. Estrellaría la piedra contra la espalda del cabecilla si no fuera porque eso de ahí, ¡joder!, es un hambriento. La mirada coagulada, la piel cuarteada, la fiereza de las dentelladas.

Menos mal que ninguno de los pandilleros repara en su presencia. De manera que se aleja a toda prisa negando el chaparrón de golpes.

CAPÍTULO 29. CUATRO MIL KILOS DE CARNE RUMBO A LA CIUDAD NEGRA

Miércoles 3 de febrero de 2010. 3:30 de la madrugada.
Calle Mendívil, junto a la estación del AVE, Málaga.

Con un hipnotismo similar al causado por el fuego, la luz que se descuelga desde el desgarrón de la lona seduce la mirada de Judith, detenida en la mano. Es un haz tan perfecto como el de una diapositiva, sólo que en esta ocasión es imposible encontrar monstruos recreados por Doré en la pantalla de la palma, sino unas heridas oscuras y profundas provocadas por el accidente de coche que sufrió cuando contestaba la llamada de teléfono de Daniel, su ex marido. Accidente que, por otra parte, recuerda con dificultad, perdido por el desagüe a través del cual se ha escapado toda su memoria.

—¡Venga, fuera los dos! —Es una voz adusta que gruñe la orden un segundo antes de que se abra la lona y el interior del camión se ilumine por completo.

Judith y Salvador se ayudan, incorporarse atados de manos es bastante complicado. Una vez en tierra los soldados los conducen, entre empujones, en dirección a unos camiones que aguardan detenidos en un lateral de la estación del AVE María Zambrano. Los oficiales de turno miran a otro lado cuando arrecian desprecios, golpes y escupitajos. Son conscientes de que éstos mantienen a la tropa unida contra la amenaza de los hambrientos. Ni siquiera cuando Judith responde a un culatazo en la espalda con la ferocidad de su dentadura y su atrevimiento es castigado con un nuevo golpe, éste en la boca, los oficiales se implican en la correcta ejecución del traslado.

—Hijos de puta —las palabras de Judith, pegajosas por la sangre.

Su desafío es contrarrestado con una certera patada en el estómago, la punta de la bota es un martillo que hace tambalear todo el edificio. Muerde el grito de dolor que sube a través del costurón en mitad del pecho. Quiere retenerlo dentro de la boca antes de que escape. Por nada del mundo duplicaría el placer casi sexual de quien la agrede, quejarse con amargura lo excitaría. Únicamente lamenta ser el blanco de media docena de fusiles y carecer de la oportunidad de saltar sobre la cara de uno de ellos y arrancarle de un bocado la mejilla, hundir los dientes hasta arañar el pómulos y girar bruscamente el cuello y tirar del colgajo de carne. Lo masticaría con una sonrisa desafiante.

En la acera de enfrente, controlados por efectivos de la Policía Nacional, un grupo mínimo de Amnistía Internacional lanza al vientre de la madrugada proclamas contra el ajusticiamiento de los resucitados. Durante unos segundos intentan atravesar el cordón policial, indignados por el puntapié propinado a Judith, que acierta de pleno

en los dos clicks del bolsillo interior de la chaqueta.

Arrecia la tormenta. No hay donde refugiarse. Está ella sola. El miedo de los soldados a ser mordidos se ha diluido por una alcantarilla cercana como sangre derramada. Ahora es un animal que no merece la más mínima consideración.

—¡Levántate, puta! —le gritan mientras festejan el martirio. Los gritos son piedras que lanzan contra su fragilidad, su inmovilidad, circunstancia que parece enardecer al grupo de carroñeros.

Llueven patadas y culatazos sobre el cuerpo de Judith, con tal intensidad que despierta el recuerdo de esos pandilleros rodeando al pobre hambriento bajo el arco de la Macarena. Apenas dispone de tiempo para entender lo que sucede cuando recibe un nuevo golpe. Regresa al presente, está acorralada, hincadas las rodillas en el asfalto, las manos atadas por la brida de plástico sobre la cara en un desesperado intento por protegerse. Intentar la valentía de ponerse en pie y atacar a los que la rodean, saltar sobre el cuello del que está más próximo y robarle la vida de un certero bocado sería una temeridad. Sería como encender un bote de gasolina con una cerilla teniendo las manos mojadas por el combustible. De todo punto insensato. Lo más probable es que no sobreviviese para contarlo. De modo que mejor será quedarse quieta, protegerse la cara y aguardar con paciencia a que escampe.

Cuando flaquea al borde de sus fuerzas, una orden del capitán que está al mando de la tropa acaba con la paliza.

—Tened cuidado con lo que hacéis —dice fingiendo ante la mirada atenta de los activistas de Amnistía Internacional.

Menos mal. Judith se derrumba, el cuerpo queda desmadejado en mitad del asfalto, rodeado por una veintena de botas militares. Apenas siente otra cosa diferente a un dolor lacerante que bloquea toda capacidad de reacción. Unas manos recogen entonces el cuerpo del suelo como quien aparta un perro atropellado de mitad de la carretera. Lo izan en peso y lo depositan sobre una superficie metálica.

Porque respiro, yo no lo estoy. Es así de sencillo. Me queda un hálito de aire dentro de los pulmones. Lo administro igual que la última cantimplora de agua cuando uno se pierde en el desierto. Luego resoplo aliviada e inspiro de inmediato una bocanada plena, al límite de la capacidad pulmonar. Siento el pulso en la carótida y en la sien, pequeño, mínimo, casi un cachorro al abrigo de la madre. El peligro ya ha pasado, por ahora. Sólo he de recuperar fuerzas. Con los ojos cerrados trato de imaginar dónde me han encerrado. Es un esfuerzo ímprobo que abandono en cuanto reconozco la voz de quien me habla.

—No te muevas. —Hay una extraña delicadeza en el tono empleado. Por lo menos es la primera vez que detecto semejante matiz en sus palabras desde que montase a punta de machete en el taxi.

El gesto que me regala, una mano en el hombro, tiene una sencilla traducción, no te preocupes. O eso entiendo. Intento incorporarme sobre el codo pero una punzada

caliente en mitad de las costillas me lo impide. Joder, al fondo de la garganta reconozco el sabor de la sangre. Algo se ha debido de romper ahí abajo. Sin embargo, aquí sigo. Porque respiro, yo no lo estoy.

—El camión está lleno de gente —comenta quedamente Salvador.

—¿Está Jonás? —pregunto en un hilo de voz.

—Nada —necesita apenas un segundo para matizar—: Ni rastro. Ninguno sabe nada de él.

—¿Y Rubén?

—Tampoco. Ahora descansa, has de ahorrar energías. Donde vamos te harán más falta.

La voz de Salvador aterriza sobre mi debilidad sin que le preste demasiada atención. No me fío de él ni de sus premoniciones. Supongo que sospecha mi desconfianza.

—Nos encerrarán en la Ciudad Negra, y eso es peor que la noche de ahí afuera.

A él le gustaría, estoy convencida, que le preguntase cómo demonios lo sabe. Sin embargo lo desafío con mi silencio. Me concentro en cada respiración, en un feroz intento por esquivar la palpitación húmeda de debajo de las costillas. Porque respiro, yo no lo estoy.

—Sueño con ella, con la Ciudad. Cada vez los sueños son más insistentes, tanto que consigo distinguir más detalles.

El despertar del motor anuncia la continuación del viaje. Por ahora todo es normal. Judith cree tener bajo control la insistencia del dolor. Incluso sería capaz de incorporarse y sentarse en el suelo. Aun así prefiere esperar.

Debido a los cadáveres de vehículos atravesados y a la basura esparcida en la calzada, el camión zigzaguea de un lado a otro de la carretera con una violencia incompatible con la estabilidad de quienes permanecen de pie exclusivamente porque no hay sitio para sentarse.

Salvador permanece acucillado al lado del cuerpo de su compañera cuando algo estremece al resto de hambrientos. Primero es la lucha fugaz de dos individuos por la linde de un centímetro, un par de empujones y los gruñidos previos al ataque. Por fortuna todo queda en nada, la demostración casi circense de las fuerzas de cada cual y el agobio de los cuerpos hacinados en tan reducido y asfixiante espacio. Se reestablece el orden, las voces se calman y regresa el silencio, tan pesado como cuando introdujeron el cuerpo malherido de Judith.

Treinta kilómetros hacia el oeste de Málaga, en Fuengirola, el convoy aumenta en número. A la altura del Parque Acuático se les une un nuevo camión. Llegados a Marbella, el conductor del jeep que encabeza la marcha decide hacer un descanso para estirar las piernas. Justo en ese momento, por culpa del frenazo, toda la estructura del vehículo donde viajan Judith y Salvador se queja con un lamento de hierros cansados. Alguien se marea. Está bastante cerca. Escuchan sus quejas e

incluso el primer amago del vómito. En previsión de lo que pudiera suceder, Salvador aparta a los que le rodean. Pero ella está casi encima de él, es una mujer que apenas consigue detener la centrifugadora en que la velocidad y el vaivén continuo han convertido a su estómago.

El vómito es ácido y termina bañando una de las mangas de la guerrera de Salvador para su desgracia y desesperación. Hay que joderse. Al ver el rostro de la mujer, la mirada cóncava y la desorientación de sus pies intentando abrirse camino al exterior, pierde intensidad su furia.

—Siento haberle manchado —se excusa la pobre.

—No importa —dice sin ocultar su malhumor.

Luego lo mastica para sí mismo, degusta cada golpe de bilis que brota, ácido, de la chimenea de la faringe.

Haciendo aspavientos con los brazos se desprende de la guerrera militar. Debajo no lleva ninguna otra ropa. Pero sorprende el vendaje de los brazos y el de la base del cuello. Desde su posición a ras de suelo, Judith observa cada uno de los movimientos de su compañero. Entorna un ojo y mira con disimulo. Al fijarse en las manos, debajo de las vendas, descubre algo imposible: unas puntadas de hilo negro alrededor de las muñecas. Aun siendo extraño, podría aceptar un poco probable accidente, quién sabe en qué trabajaba antes. Lo peor de todo es que en la parte baja del cuello aparecen un par de flecos del mismo hilo. Sorprendido, Salvador observa con curiosidad las puntadas que circundan sus muñecas. Mira a Judith, que sólo tiene que entornar el ojo abierto y disimular que sigue con los ojos cerrados. Menos mal, ella no ha visto nada, se dice sentándose a su lado.

El viaje rumbo a San Fernando se convierte sin que medie premeditación alguna en un auténtico vía crucis, exacerbación del martirio minúsculo. La historia ha demostrado que los interrogatorios interminables que practicaba la *Stasi* en la República Democrática Alemana o la famosa gota china con la percusión constante sobre la frente del reo siempre fueron más efectivos que la fuerza de los golpes a la hora de arrancar confesiones. De manera que la conjunción de cada desagravio durante el viaje aumenta el cansancio de los resucitados hasta la extenuación, haciendo mucho más sencillo su manejo.

La primera estación del vía crucis, el hormigueo del motor cuando detiene la marcha frente a una barricada o un obstáculo insalvable. La segunda, el oleaje de los cuerpos, la agonía de quien a toda costa lucha por mantenerse a flote dentro del mar oscuro existente bajo las lonas. Tercera, la espera interminable en la autopista de la Costa del Sol a la altura de Estepona por culpa del tendido eléctrico que hay derribado sobre el asfalto. Cuarta, un par de resucitados que se acerca al convoy y son retirados de un balazo en la cabeza, entre risas, como quien juega a tirar al plato. Quinta, el frío que se acomoda entre ellos, al igual que la asfixia y la falta de aire.

—¡Déjenos bajar, por Crom! —gruñe uno de los reos vestido, extrañamente, con una camiseta de manga larga con el lema *Dawn of Dead*. Alrededor del cuello, a modo de bufanda o serpiente excesivamente cariñosa, luce un palestino que oculta un horrible tajo a la altura de la nuez. Después de bregar con el resto de compañeros, alcanza a golpear la lona. Está agobiado y contagia su desesperación a los que le rodean.

—No van a hacerle caso —apunta Salvador.

Sexta estación, el contacto inevitable con el cuerpo de al lado, el de detrás y el de delante, el aliento pútrido en el cogote o en mitad del rostro. Séptima, la llegada a Algeciras después de cuatro horas de viaje y el eco de las últimas explosiones en la otra esquina de la ciudad, el suelo que retiembla y las miradas que se desencuadernan. Octava, la caída de la noche, la necesidad de bajar a todos los zombis de los camiones y que descansen sentados en mitad del parking del centro comercial. Novena, el sueño absurdo de escapar, las miradas cambiadas con los que están a derecha e izquierda, tan deshechos por la tortura continuada del viaje que son incapaces de entender el mensaje oculto tras esos ojos que se mueven de un lado a otro señalando el camino a seguir. Décima, la tormenta nocturna que crepita sobre la fogata central y que ahuyenta a los soldados, que se refugian en las cabinas de los vehículos mientras los hambrientos soporta la lluvia con estoica resignación.

—¡Por Crom! ¿No podríamos ir dentro? —se queja el resucitado de la camiseta de *Dawn of Dead* señalando el centro comercial.

El joven se levanta a pesar del intento de los compañeros, que le tiran del vaquero para que se siente. Adelanta las manos, la brida de plástico a la altura de las muñecas adivinadas bajo los guantes que luce. La ironía del estampado y la radiografía de los huesos de los dedos hacen cómica su petición, algo similar a esos niños que en Halloween, copiando la moda yanqui, piden caramelos al grito de Truco o Trato.

—Pasar la noche ahí dentro sería un auténtico *Epic Win*.

En mitad de la noche lluviosa no hay trato, simplemente le responde una ventanilla que desciende y deja asomar el cañón de un fusil. Sobran más explicaciones.

Undécima estación, el amanecer y la aparición de un nuevo convoy, veinte camiones llenos de soldados, los oficiales de unos y otros que debaten acerca del procedimiento a seguir y el coronel de los recién llegados que insiste en fusilar a los presos. Doceava, la necesidad de dirimir las órdenes que divergen mediante una llamada urgente a las altas instancias y que desde Madrid, a más de quinientos kilómetros, decidan sobre el bien o sobre el mal. Treceava, salvado el intento de fusilamiento sumario, subir de nuevo a los camiones, los que tropiezan y clavan la rodilla contra el suelo del remolque y los que yendo detrás pisan las piernas de los caídos. Catorceava, el inclemente traqueteo de los vehículos una vez reanudada la marcha y el vaivén de los cuerpos hacinados. Quinceava, el frenazo final, el mínimo descanso antes de la última Frontera.

—Por Crom, ¿es que no vamos a bajar a estirar las piernas? —pregunta el mismo joven contestatario de siempre. Con el palestino se enjuga el sudor del cogote y de la frente. Pero nadie responde a su queja. Ni siquiera a la crueldad de sus ojos, forjados en el mismo yunque que las hachas lormirianas.

Una vez recuperada en parte del dolor de debajo de las costillas, Judith permanece sentada en el suelo. Cabecea negando sus temores. Es hasta cierto punto lógica su curiosidad, la insistencia, la necesidad de que Salvador cuente lo que sabe desde que ha descubierto esas costuras negras. Todo el viaje ansiando una explicación que es improbable que le brinde porque carece de respuestas. Está tan desconcertado como ella. Desde que resucitó cerca de Despeñaperros y se vio inmerso en aquella escaramuza contra los vivos, desde que huyera camino de Granada, nada tiene sentido. Sólo la urgencia de continuar hacia adelante y que el final del camino, por su propio bien, se encuentre bien lejos de la Ciudad Negra. Sus sueños, una premonición. Confía en ellos. O a lo mejor es el cuerpo el que confía y él simplemente se deja guiar por la inercia del camino.

El motor del camión duerme extenuado. El joven del palestino sigue con su protesta, ahora en un tono más bajo dado que no encuentra eco en los que le rodean. Judith se incorpora con ayuda de Salvador después de ganar unos centímetros de margen esgrimiendo el codo frente a los otros deportados, que miran de reojo el repentino movimiento de la mujer herida.

—Estabas mejor sentada —dice Salvador sin mirarla a la cara mientras trata de adivinar dónde están. Si no fuera por la consistencia física del hedor a podredumbre, orines y heces que les rodea detectarían el olor del mar.

—Has eludido todas mis preguntas —protesta Judith.

—No tengo ni una sola respuesta —ella le ha cogido la muñeca y repasa con el índice las costuras de hilo negro, mirando alternativamente la mano y el rostro—. Lo único que tengo claro es que nos conducen hacia una encerrona. Pero soy incapaz de explicar la razón.

Nunca han confiado demasiado el uno en el otro. Desde el mismo momento en que se conocieron sus necesidades divergieron. La igualdad en la desgracia y el vía crucis del viaje podría haberles unido. Ahora ya saben que es imposible. La obstinación de Salvador en negar lo que calla rompe definitivamente la comunicación, la probable unión de intereses.

La lengua de tierra por la que circula el convoy se adentra temerosamente en el océano Atlántico. De un extremo a otro medirá unos treinta metros, demasiado poco para el bronco despertar de las olas que se acuestan sobre la orilla. Una frágil llovizna esmerila el cristal delantero de los vehículos.

Al final de la carretera se yergue la enorme muralla que protege el resto de la península de lo que se esconde en su interior. Alcanza una altura de veinte metros de altura. Sus extremos se adentran en el océano doscientos metros, suficientes para

anular cualquier intento serio de fuga. Era una condición inexcusable para quienes la levantaron. O por lo menos para conceder el tiempo suficiente a los helicópteros que sobrevuelan la ciudad para que bombardeen cualquier balsa llena de hambrientos o a algún intrépido nadador. Nadie puede traspasar la última frontera.

En el centro de la muralla se abre una puerta de diez metros de altura y cincuenta centímetros de grosor. Las dos hojas se abren con un profundo aullido metálico en cuanto los camiones están lo suficientemente cerca.

El sudor frío en las palmas de las manos, el radar de los ojos en busca de la más mínima señal de peligro, la respiración alborotada. El conductor del camión que abre la marcha traga saliva antes la magnificencia de los muros negros. Nunca ha visto nada semejante. Esa muralla, cementerio de coches prensados, es del color del petróleo por culpa de la acción del MK77.

Una vez sobrepasada la última frontera hay, a cincuenta metros de distancia, una doble verja metálica. A diferencia de días atrás, hoy no se amontonan los resucitados esperando la llegada de los nuevos reos. Impresiona ver a través de la celosía de la verja el vertedero en que la reciente crisis que ahora finaliza ha convertido a la antigua ciudad de Cádiz.

Antes de que desciendan de los camiones, una sirena aúlla al otro lado de la verja. En esta ocasión no aparece el trailer blindado. A lo lejos, por la esquina de avenida Vía Augusta Julia con calle Zarza asoman seis figuras que tiran de dos carromatos, como si fuesen bueyes de carga. Lo que pasa es que entre los que se acercan a la muralla y los recién llegados hay un kilómetro de distancia, y por lo tanto el momento se prolonga más de lo debido. Judith pregunta a Salvador si ve algo a través del agujero de la lona.

—Casi nada, únicamente un trozo de calle.

Al otro lado de la oscuridad que les acoge se escuchan pasos. De un manotazo, uno de los soldados aparta la lona para que puedan bajar. Detrás de él hay una docena de fusiles neutralizando cualquier intento de sublevación.

La mano de ella apoyada discretamente en el hombro pretende comunicarle confianza. Salvador alarga el cuello en busca de un observatorio mejor. Cuando consigue su objetivo masculla un insulto, joder, y se gira hacia Judith. Pero alguien se le adelanta.

—¡Abajo todos! —grita el soldado ante el desconcierto de los resucitados.

Salvador sostiene la cara de ella entre las manos apresadas, necesita hacerse entender y que comprenda que de alguna manera están en peligro:

—Tenemos que huir de aquí. Vienen a por nosotros.

CAPÍTULO 30. A DIOS PONGO POR TESTIGO

Miércoles 3 de febrero de 2010. 12:50 del mediodía.
Ávila, Ézaro y Madrid.

Todavía recuerda la mirada final, esos ojos tras la pecera de las gafas, náufragos de una miopía humillante, casi igual de muertos que los que ha visto en los resucitados. Fue la radiografía definitiva. Todavía era posible el veto a su traslado.

Ahora, varias horas después, cabecea dormida contra el cristal de la ventanilla, el chaquetón simulando una almohada. La entrada en Ávila, con sus calzadas de adoquinado, debería despertarla. Sin embargo se encuentra tan fatigada a causa de las intensas jornadas de trabajo que permanece ajena a la proximidad del hogar. Ha de ser el conductor quien, una vez vacío por completo el autobús, se acerque a interrumpirle el sueño. Ni siquiera ha sentido el frenazo final o la prisa de los primeros viajeros en descender del vehículo.

Recoge el pelo en un moño que esconde debajo de una de esas boinas que en los catálogos de moda lucen las modelos, torcidas sobre una sien. Luego, después de desperezarse y recoger la maleta y el chaquetón, desciende por la escalerilla dando las gracias al conductor.

Una vez en tierra descubre las tres figuras al final del andén, junto a la puerta principal. Era de temer que eso ocurriría. Han desoído su advertencia. Les había telefoneado para informarles que el autobús llegaría con bastante retraso. Con algo de suerte le habrían hecho caso y habría abandonado la estación sin cruzarse con ellos. Pero nada, allí están sus padres y su hermana pequeña.

—Vaya, se diría que te molesta nuestra presencia —es la reprimenda del padre en cuanto advierte su gesto torcido.

Después de ayudarle a ponerse el chaquetón, la madre se abraza a su cintura mientras la hermana pequeña alcanza el asa de la maleta.

—¿Qué has hecho con tu pelo? —Las palabras de su progenitora se convierten, al contacto con el frío de febrero, en un borrón de nube a la altura de la boca.

—Nada, mamá, lo llevo recogido bajo la boina.

Ésta claro que ninguno desea hablar del trabajo realizado por Elena en Andalucía. Ya habrá tiempo, tampoco hay prisas. Cuando a ella le apetezca.

—Te queda muy chic —apunta la hermana, que nunca se ha mostrado tan amable como hoy. Se diría que ha olvidado antiguas y pueriles rencillas en pos de una disposición favorable a entender la personalidad de la recién llegada.

—A mí no me gusta —refunfuña el padre, avaro de palabras y afectos.

—¿Qué sabrás tú, Nicanor? —dice su esposa interviniendo en ayuda de las hijas.

Antes de abandonar la estación, de que las miradas se detengan y las palabras se pierdan a través de la alcantarilla de la incomprensión, Elena solicita la maleta a la

hermana. Es un aviso inequívoco. Ellos deberían de temerse algo. No en vano la seriedad de su rostro advierte de la urgencia de una confesión.

Ese mismo día y a esa misma hora, el sargento Mosqueira enciende por enésima vez el reproductor de DVD y luego el televisor. La pecera azulada de la pantalla ilumina la oscuridad del salón, a salvo tras las persianas bajadas. Desde que regresara ayer de su última misión nadie ha vuelto a verlo por las calles de Ézaro. Por lo menos de día. Cada vecino del pueblo mantiene su propia versión sobre la baja laboral de Mosqueira y de su extraño comportamiento. Es la comidilla en el único bar del pueblo. Mientras tanto las mujeres se limitan a cabecear negativamente en el interior de cada cocina. Todas menos la Piñones, que a primera hora del mediodía se acerca a la última casa edificada en dirección a O Pindo, aunque sea para llevarle media olla de puchero, extrapolando su maternidad nunca ejercida entre los enfermos y solitarios de la zona.

El sargento Mosqueira continúa vistiendo uniforme de campaña. Aún lo mantiene activo en detrimento de la ropa de paisano, como si de alguna manera pensase que en cualquier momento es posible su reingreso en el servicio activo. Todo el uniforme menos las botas y la gorra, que tampoco hay que ser masoquista.

A esa hora se sienta en el sofá. Entre los cojines encuentra los mandos del televisor y del DVD. A veces piensa que tocar la guitarra como Paco de Lucía debe de ser menos complicado que manejarlos, uno en cada mano, sincronizando botones y canales. Lo jodido para él es que sólo tiene una.

Cuando aparece el menú, elige el final de la cara A, la pista número 27. A esa altura de la película la historia ha avanzado bastante, Rhett Butler ya ha hecho de su sonrisa un puñal con que atacar a sus admiradoras y Scarlett O'Hara dejó hace tiempo de ser una muchacha consentida.

Una extraña humedad anega los ojos de Mosqueira, similar a cuando escucha discos de Carlos Gardel o se medica contra la melancolía con un buen pasodoble, su preferido es *El gato montés*. Pues de la misma manera se le empaña la vista al descubrir cómo Vivien Leigh se agacha sobre la tierra y recoge una zanahoria que mordisquea con fruición. Cuando se incorpora llama la atención del espectador la melena desordenada y el gesto implorante, el puño derecho alzado y los ojos disparados al cielo, la cara emborronada por el esfuerzo, el atardecer detrás y el esqueleto de un árbol a su izquierda:

—¡A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre!

La música de Víctor Young se incendia con un fortísimo orquestal que eriza cada vello de Mosqueira, embargado por la emoción, igual que si la estuviese viendo por primera vez cuando en realidad hace más de cuarenta años que adora esa película.

En ese instante alguien aporrea una de las persianas bajadas del salón. Detiene la reproducción de «*Lo que el viento se llevó*», *Pause*, y retrocede unos segundos. Debe

de ser la Piñones. O eso espera, entre otras cosas porque es a ella a la única que le permitiría semejante afrenta. La intensidad de los golpes dentro de su mismo cuerpo.

—¡Señor Mosqueira, le dejo la olla en el descansillo! —Es la voz de la Piñones, sin duda. Menos mal—. Luego vengo a recogerla.

Un nuevo golpe en las persianas certifica la entrega. Prefiere esperar a que se marche camino abajo para abrir la puerta. Por ahora, hasta que sepa a qué atenerse, prefiere ocultar su accidente. No sea que vaya con el cuento al pueblo.

Play.

—A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre.

El metro accede a la estación con un trepidar semejante al de una estampida de bisontes en mitad de Monument Valley. A un mismo tiempo tiemblan el suelo y los pies de los futuros pasajeros.

El hombre que aguarda al final del andén aparta la mirada antes de que los faros delanteros de la locomotora le deslumbren. Esconde su rostro tras una nada discreta gorra del Inter de Milán, que ha comprado en una estación de servicio camino de la capital. A pesar de todo es un camuflaje más discreto que el casco de motorista con que entró a comprarla al establecimiento. Así sería imposible moverse a lo largo y ancho de la ciudad. Enseguida llamaría la atención del personal de seguridad del metro de Madrid.

Agacha la cabeza y la defensa de la visera se interpone entre sus ojos y la inquisitiva radiografía de los más curiosos. Todavía, hasta el último momento, duda de la conveniencia o no de regresar a casa. En eso piensa mientras permanece junto a la puerta corredera del vagón, frente a los cristales y de espalda al resto de usuarios. Las únicas personas que le pueden ayudar son ellas dos. Por lo menos no telefonarán a la policía hasta que escuchen su versión de lo ocurrido. Si por el contrario se acercase a un hospital sería imposible mantener la representación durante mucho tiempo. Las heridas son bastantes profundas, y el sangrado, abundante. Por ahora consigue ocultarlo todo gracias a la toalla que lleva liada sobre el abdomen a modo de faja.

—¿Se encuentra bien? —se interesa una mujer más o menos de su edad, con el pelo cardado y los labios pintados groseramente de rojo.

Debajo de la gorra del Inter de Milán emerge un tímido:

—*Grazie mille.*

Por fortuna la señora se desentiende de él hablando con una maruja próxima acerca del inestable precio de la leche y de lo mal que está el mercado laboral. Mientras tanto él regresa a sus cábala. Mejor, sin duda alguna, volver a casa antes que llegarse a La Paz o al Gregorio Marañón. Sin embargo todo plan presenta sus puntos negros.

El metro penetra en una nueva estación, Nueva Numancia. Con la bajada y subida

de pasajeros teme perder el sitio, así que lucha con ahínco por mantener lo que tiene, esgrime el codo con el fin de ahuyentar a los que, irrespetuosos, pretenden robarle el espacio ganado con anterioridad.

—Joder, tenga más cuidado —le riñe una chavala con trazas de ser una princesa de polígono. Por lo menos la ropa llamativa y ajustada que luce con desparpajo apunta en semejante dirección.

A Fettuccine le sobra con levantar un poco el cuello y permitir que asomen los ojos por debajo de la visera del Inter. La queja se atraganta y se olvida de inmediato. La muchacha arrabalera está a punto de tragarse el chicle que mastica con ostentosa fuerza.

Sin embargo todavía piensa dar más guerra. Se aleja en busca de algún guardia de seguridad. Él la observa cruzar al siguiente vagón. Será mejor bajar cuanto antes.

De nuevo piensa en el instante en que abra la puerta de casa. Es consciente de que le resultará imposible concebir una historia creíble que le exima de haber perdido a Óscar. El coche, pasa; todo el material comprado, también... pero el caniche no. Incluso a él le podría pasar un tren por encima o caerle una maceta del séptimo piso, pero al perro no. Cuando se enteren... arderá Troya. Con unas Lays al Plato el trago sería más llevadero. A ver si la parienta se ha acordado de comprarlas.

A media tarde, cuando los rayos de sol rozan la parte superior de las murallas, el mp3 permanece en mitad del suelo del cuarto de baño, pequeña cucaracha mecánica, testigo mudo de la improvisada entrevista. Basta con apretar el botón de *Rec* para que empiece a grabar. Después de haber concertado telefónicamente la cita, por fin se encuentran en la habitación reservada en la Hospedería La Sinagoga a su nombre, Elena Haro Díaz.

—Creía que nunca llegaría, no hay tiempo que perder —dice la muchacha, tras ser atada por el periodista a la base del retrete.

—Ya estamos grabando.

—Ok, empecemos entonces, señor Garriga.

—¿Cómo se llama?

—Elena Haro.

—¿A qué se dedica?

—Soy Auxiliar Técnico Sanitario, vamos, ATS. Acabé los estudios en el 2008, no tengo trabajo fijo y voy donde me llaman.

—Cuénteme en qué circunstancias resultó herida.

—Estaba contratada como parte del control médico instalado a la salida de Córdoba en la autovía del Sur, en dirección al polígono industrial Las Quemadas. Fíjese usted, uno de los primeros casos fue el del ataque al Papá Noel del centro comercial de El Arcángel a mediados de diciembre. Luego sucedió la matanza del Mesón La Albahaca.

Ambos evitan la familiaridad del tuteo, más que nada para salvaguardar las distancias y que el drama de uno no salpique al otro. Aunque la paridad en las edades de ambos lo permitiría.

—Pero de eso hace mucho y los casos no pasaban de ser puntuales. De todas formas había que estar prevenidos ante la posible fuga de infectados. Todo empezó con un taxi que se dirigía a El Carpio... ¿puede ser?, eso creo que dijo el taxista. De él bajó un tipo bien sospechoso tanto por su descuido en la vestimenta como por su evidente deterioro físico. La alarma saltó de inmediato. A pesar de las precauciones adoptadas, alcanzó el brazo del jefe médico. En un desesperado intento por quitárselo de encima con una descarga del desfibrilador debió de arañarme. La convulsión fue espantosa. Con posterioridad se le consiguió reducir. Nadie reparó en mí, no sé si afortunada o desgraciadamente. Desde entonces la herida ha ido siempre a peor.

—¿Dónde la tiene?

La muchacha no responde. Con un giro brusco del cuello se desprende de la boina que le cubría la cabeza. De inmediato el pelo brota en una cascada de color de la tierra húmeda.

—Si es usted tan amable, señor Garriga. Acérquese que no muerdo... Bueno, todavía.

El periodista del *Diario de Ávila* se aproxima.

—Busque encima de la oreja derecha, entre el cabello.

El descubrimiento sobrecoge a quien esperaba un arañazo de menor importancia. El corte, aunque superficial a primera vista, se ha infectado. A su alrededor se extiende una preocupante mancha cenicienta. Regresa junto a la puerta del cuarto de baño sorteando la cucaracha del mp3. Después de lo visto se impone mantener semejante distancia de seguridad.

—Al principio era un arañazo no más profundo que el corte de una cuchilla de afeitar, sabe usted. Incluso albergué la esperanza de que se curase. Temía que me sucediera lo que a esa gente.

El silencio de piedra del centro de Ávila penetra en la habitación de la hospedería y se interpone entre ellos.

—Hábleme de esa gente.

Cuando más concentrado se encuentra en la música unos golpes vuelven a sacudir las persianas bajadas. Zarandean sin compasión el tango *Mi Buenos Aires querido*. La música de Gardel enferma con la premonición de la amenaza.

Mosqueira cruza el salón en dirección a la entrada de casa dispuesto a agradecer el gesto de la Piñoñes, porque en Ézaro nadie quiere saber de él y ella es la única que se presta a darle unos mínimos cuidados. Camina despacio con la olla ya limpia bajo el brazo sano. Dentro ha dejado un billete de 50 euros, qué menos para corresponder a su altruismo. Cuando alcanza el pomo de la puerta, siguiendo el ritual establecido

desde ayer, ella ya se habrá retirado lo suficiente. Pero nada sucederá como él piensa.

El tango aborda la noche prematura de febrero sorteando a los dos hombres que le esperan con cara de pocos amigos justo en el mismo minuto en que Fettuccine, después de haber dado un gran rodeo de más de cinco horas con el empeño de que nadie le siga hasta casa, sube al ascensor tras guardar la precaución de hacerlo sin más acompañante que su malhumor. La presencia de un vecino soliviantaría sus nervios. Mejor así. Con un poco de suerte todo saldrá como ha planeado de antemano.

Levanta la cabeza. Mira el techo del ascensor. Nunca había sentido tan grave el lamento de la maquinaria, allá arriba. Se queja como si le fuese la vida en cada metro ganado a la fuerza de la gravedad.

Piensa en Óscar. Le fue imposible huir con él. Le gusta imaginar que el caniche sabrá componérselas solo en la gasolinera. Incluso aventura la descabellada idea de regresar a por él en cuanto la crisis que asola Andalucía sea controlada por completo.

Al salir del ascensor alguien se interpone entre él y su casa.

—Hombre, Leonardo, ¿cómo está usted? —Es el vecino que vive frente por frente. Debería estar en el trabajo pero allí lo tiene, justo delante, la palmada amigable sobre la espalda.

—Tirando —gruñe escondido bajo la gorra del Inter de Milán.

—Mal equipo ha elegido usted —dice señalando la gorra—. Con el Mourinho ése el Inter juega peor que nunca.

—*Arrivederci.*

El vecino accede al interior de la cabina desarbolado por el brusco fin de la conversación. Cuando las puertas metálicas se cierran tras el impertinente de turno, Fettuccine hunde el botón del timbre. Tras la puerta suena esa música absurda que tanto agrada a la parienta porque le recuerda vagamente a una melodía japonesa.

—¿El sargento Gonzalo Mosqueira? —La voz se muestra inflexible en mitad de la noche de meigas y cuervos tan propia de la zona. La sombra del casco blanco de la PM impide ver la mirada de quien habla.

—¿Sí? —La mirada adopta la oscuridad propia del plumaje de los cuervos que abundan en ese rincón de la Costa da Morte y que son invisibles ahora mismo, mimetizados con la prematura noche de invierno.

—Hemos recibido orden de acompañarle hasta A Coruña. —La rigidez de la postura mantenida por los dos hombres bloquea cualquier intento de Mosqueira por distender el ambiente.

Sin mediar palabra regresa junto al tocadiscos. Detiene el tango robando la nostalgia a su ídolo. La casa parece más miserable sin ella. Alcanza un sobre con la documentación al completo y regresa a la puerta. Lo tiende en un gesto desafiante.

—Lo siento, tenemos órdenes de que nos acompañe.

—Aquí está todo mi historial —se queja sin que parezca que está desesperado. De haber imaginado la visita se habría desprendido del cabestrillo. Con el brazo así todo

figura más grave de lo que en realidad es. Ahora es inútil hacer nada. Cualquier movimiento empeorará la situación.

Horas después, a la una de la madrugada, la voz de Elena Haro es un hilo tan fino que es de temer su rotura en cualquier instante. Es más fácil que Morta, tijera en mano, acabe con el sufrimiento de la muchacha y que las otras dos parcas continúen con su trabajo. El periodista ya ha cambiado una vez de mp3, agotada la memoria del primero. Ahora son más los silencios que las confesiones, pero necesita tenerlo todo grabado. Los intentos de la muchacha por escapar de las cuerdas son cada vez más convulsos. Cada pausa en su testimonio es acompañada por una sacudida del tronco y las piernas.

El señor Garriga, periodista del *Diario de Ávila* con más de veinte años de experiencia, asiste al imparable deterioro físico de la muchacha con la pasión que un entomólogo depositaría en la comparación de distintos aceites para su coche, o con la que un taxidermista leería el manual de montaje de un mueble puzzle.

—La sangre... —El discurso es cada vez más disperso.

—Continúe, señorita Haro.

—... arde igual que la gasolina... que un incauto hubiese prendido... fuego, ¿sabe usted?

—Cuénteme.

—Es uno de los primeros síntomas... —Una sacudida detiene la confesión. Después de recuperar la calma, mira al periodista desde el naufragio de sus ojos. No hay tregua en ellos—. El estómago es un horno... algo crece dentro de él, similar a una bola de pelo... imposible de digerir.

Los pasos conducen con sigilo a Fettuccine a través del interior de la casa. Su mujer e hija duermen, o eso parece. De memoria, porque no es la primera vez que se levanta en mitad de la madrugada, sortea la mesa del salón y las distintas esquinas y puertas. Los brazos extendidos a ambos lados facilitan su labor. Sólo ha de tener cuidado de recoger el izquierdo cuando llega a la altura de la figura de la bailarina bobalicona sobre esa estúpida columna. De no ser porque le urge la fuga aprovecharía la impunidad de la noche, la pretendida torpeza de quien se levanta a deshora a orinar, para chocar fingidamente con ella y mandar todos sus pedazos al cubo de la basura.

Cuando aborda el último pasillo algo le detiene. Es una sombra que se interpone entre él y la noche del rellano. Por la altura y anchura de la misma sólo puede ser su esposa.

La madrugada destemplada de mitad del invierno y el aliento cercano del océano Atlántico combatiendo en la Costa da Morte neutraliza de alguna manera el fuego de su propio cuerpo. Permanece amordazado y atado en la parte trasera de un camión militar. Primero fue la visita al hospital Santa Teresa, luego la ignominiosa afrenta de

los interminables análisis, siempre en presencia de los dos PM, y por último la confirmación. Nadie le facilitó la más mínima explicación, por supuesto. Los resultados fueron lacrados y entregados a sus dos vigilantes. Sólo quedó el testimonio del silencio, más hondo y grave que nunca.

Ahora está a muchos kilómetros de distancia de A Coruña y de su Ézaro natal, rumbo desconocido, porque tampoco han tenido la condescendencia de explicarle a dónde cojones se dirigen. Escoltado por un jeep de la infantería avanzan a través de los intestinos de la noche. La última o la primera, quién sabe. El antiguo sargento Mosqueira lamenta su suerte. Seguro que todo ha sido culpa de algún capullo del pueblo que lo vio llegar herido de su última misión. Sin embargo señalar a uno de ellos sería un ejercicio de funambulismo mental, avanzar temeroso por el delgado cable de las suposiciones, máxime cuando todos conocían en Ézaro que la Andalucía infectada había sido su postrer destino.

Únicamente le queda la memoria, cada vez más confundida, para permanecer de este lado de la vida. Y se aferra a ella con la fuerza de un náufrago. Y qué mejor salvavidas que las palabras de Scarlett O'Hara: *A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre.*

La sombra que impide la huida de Fettuccine aguanta su posición sin amedrentarse.

—Tú no vas a ninguna parte, Leonardo —joder, como suponía es la voz de su mujer, la reconocería entre cien, incluso formando parte de un coro de El Mesías.

—Eres una inconsciente —dice avanzando unos pasos, pero el chasquido metálico de una pistola detiene su intento de amedrentarla.

—Elena, ¿llamo ya a una ambulancia?

La mirada de la muchacha es una estrella fugaz que enseguida se apaga. La cabeza cae sobre el pecho, derrotada, cada vez más próximo el tizeretazo de Morta. Hay muy poco que hacer ya salvo llamar al 061. Poco o nada va a registrar la cucaracha plateada del mp3. Es hora de recoger y telefonar a urgencias.

—A Dios pongo por testigo... —Bulle en la cabeza de Mosqueira.

—... el fuego en el... estómago, los bocados... —El hilo de voz de Elena resistirá a duras penas unos minutos.

—He de abandonar Madrid, mujer. Retírate de la puerta.

—... que no volveré a pasar hambre.

La noche sobre la carretera es igual de cerrada que sobre Ávila o sobre la capital de España. Ninguno de los que duermen a esa hora intempestiva de los primeros turnos de barrenderos sospecha la magnitud del drama que se representa a escasos metros de sus camas.

—... los bocados en el estómago...

—Ya he tenido bastante con perder al caniche, Leonardo. No te perderé a ti también.

El último paso de Fettuccine, que compromete la apuesta de su esposa. La

carretera que se extiende delante del jeep y del camión militar a la altura de Badajoz. Los recuerdos de Mosqueira, carne de tango y alma de maruja que se identifica con el drama de Scarlett O'Hara. El postrer espasmo de Elena Haro cuando el periodista se abalanza sobre el teléfono de la habitación de la hospedería. Todo sucede en el mismo segundo.

El estampido de la pólvora junto a la puerta de la casa y la sorpresa de quien pretendía huir al amparo de la oscuridad.

—... son cada vez más duros...

—... que no volveré a pasar...

—... es el...

—... hambre.

CAPÍTULO 31. CAMINOS SEPARADOS

Miércoles 3 de febrero de 2010. 8:10 de la mañana.
Avenida Vía Augusta Julia, Ciudad Negra.

Antes de nada se presiente. La inminencia de lo que está a punto de suceder. Todo acaba infectado por el miedo: la mañana, la avenida infinita, los edificios allá a lo lejos. Es la certeza de lo que va a ocurrir.

Antecede a la comitiva de bienvenida, si es que en esos seis hombres hay intención de agasajar a los recién llegados, el chirrido de los ejes resecos, hierro sobre hierro, de las ruedas de los carromatos. Es tan agudo que cuesta reconocerlo, pero se sumerge en el tuétano y con eso basta. Ni uno solo de los resucitados se atreve a hablar. Poco después es perceptible cómo el peso de las ruedas tritura cuanto piedra o resto humano encuentran a su paso. El asfalto cede y se cuartea.

Entre los camiones del ejército que aprovechan la coyuntura para dar marcha atrás y los que arrastran con gran esfuerzo la tortura de la madera y el tiovivo de los radios, queda el grupo de los hambrientos: indefensos, atados por la sospecha y por las bridas de plástico.

El silencio de la mañana, el viento que se enreda en el cabello manchado de sangre, el grito silencioso de los ojos. Allá arriba, en el cielo, los helicópteros velan porque nadie se acerque a la doble verja metálica. Ahí abajo, sólo el murmullo de una voz.

—¿Qué es eso, por Crom? —Con la ayuda del palestino se seca el sudor de la nuca antes de que el aire lo enfríe.

Un aullido animal proveniente desde el fondo de la calle tensa aún más el desconcierto de los recién llegados hasta hacerlo casi insoportable. Los hay que intentan dar un paso atrás. A lo sumo consiguen retroceder unos metros. Poca cosa, porque desde los helicópteros se les disuade con unas ráfagas.

A mitad de camino son perfectamente distinguibles las túnicas de las seis figuras, negras, de textura acartonada y capucha honda bajo la que ocultan el rostro. Únicamente dejan al descubierto el farallón imponente de la barbilla. Es fácil calcular la estatura de los seis comparándola con los semáforos o con una marquesina de una parada de autobús. Superan con holgura los dos metros de altura.

A pesar de la anterior advertencia lanzada desde los helicópteros hay quien da media vuelta y se dirige hacia la verja metálica. Semejante desobediencia es atajada con el grito de las ametralladoras. Han de caer los diez más osados, deshechos los cuerpos por el plomo, ha de quedar salpicado el asfalto por los desconchones de carne cancerosa, para que nadie más se atreva a ir en esa dirección. Una vez dentro será

imposible escapar de la Ciudad Negra. Después de semejante demostración, los que son incapaces de sostener la ruina del cuerpo se derrumban sobre el suelo, los pilares de las piernas se colapsan y todo el edificio de músculos y órganos cae con un crujido de huesos.

De los seis encapuchados, el que encabeza la marcha, el más alto y corpulento, ejerce de jefe azuzando a los cuatro que tiran de los carromatos por parejas. Cierra el grupo un sexto individuo. Ahora el lamento del hierro arañando al hierro es insoportable. Menos mal que antes de alcanzar el nivel de la tortura quien ostenta el mando hace una señal con el brazo y detiene la comitiva. A continuación ordena la recogida de los que ya no se sostienen en pie. El gruñido bien fuerte, buscando la sumisión de cuantos tiene a su alrededor.

Ante la pasividad de quienes, derrumbados, miran hacia arriba implorando clemencia, uno de los encapuchados alcanza el cuello de la chaqueta e iza en peso a su dueño, un anciano que se obstina en limpiar las gafas y que yace derrotado sin posibilidad de reacción. Lo ha levantado como si fuese un bebé y lo arroja sobre uno de los carromatos con la desgana con que tiraría un desperdicio a la basura. El lamento del viejo que se duele de una pierna rota, producto de la caída, sacude a la totalidad de los resucitados.

Sin emitir palabra alguna es difícil la comunicación, pero Judith cree haber entendido la situación mejor que nadie. Así que se adelanta unos pasos e informa a los que le rodean que se impone ayudar a los que no pueden valerse por sí mismos. Mejor así y no asistir de brazos cruzados al martirio de los desfallecidos a manos de esa gente.

—Entre todos acabaremos pronto —concluye.

A modo de ejemplo se acerca a una niña de apenas unos diez años que presenta una gangrena preocupante en la pierna derecha. Levantar un cuerpo con las manos atadas es tarea casi imposible, pero ha de hacer algo. Su voz es lastimera como el llanto de un animal malherido.

—Tengo hambre —recita con obstinación.

—No te preocupes —miente mientras la aúpa con cuidado sobre uno de los carromatos. Luego le regala los dos clicks que guardaba para Rubén.

Al pasar al lado cargando con una muchacha semiinconsciente, Salvador susurra:

—Hay que escapar de aquí.

Se miran durante un segundo. A Judith le gustaría entender al cien por cien la urgencia de Salvador y sin embargo no lo consigue. Ella es de la opinión que hay que aguardar a que se sucedan los acontecimientos. La precipitación es mala consejera. Si la situación empeora y se impone la huida como única solución, ella será la primera. La breve conversación concita la atención del encapuchado más cercano, que con un gesto imperativo del brazo los invita a darse prisa.

Cuando todos los hambrientos incapaces de continuar en pie descansan encima de los carromatos, quien dirige la expedición gruñe en dirección al interior de la ciudad.

De inmediato retorna el lamento del hierro, las ruedas forzadas hasta el límite a girar en apenas unos metros. De cada carromato tira una pareja de gigantes. Cada pisada es un punto de apoyo a través del cual tensar las piernas, la rodilla haciendo fuerza para dar un nuevo paso, la espalda rígida y los músculos de los brazos esculpidos por el sobre esfuerzo. Los dos encapuchados que quedan libres cierran la comitiva, azuzando a los resucitados que, aun estando al borde mismo de la extenuación, consiguen mantenerse en pie y caminar.

Una hora después la marcha se detiene finalmente frente a los Bloques Prisión. La respiración desordenada de los que tiraban de la carga sobrecoge. Es como el mar cuando ruge entre los espigones del puerto. Ahora se impone enderezar los cuerpos antes del merecido descanso. Sobre los carromatos aguardan los que ya se han dado por vencidos. Sus ojos demandan una respuesta.

El jefe del grupo detiene el intento de un hambriento, de aspecto enfermizo, que trata de echar los pies al suelo y bajarse del carromato. Luego se aproxima a los que han aguantado la caminata. Los libera cortando las bridas con una daga que extrae de debajo de la túnica. Un gruñido de advertencia fácilmente traducible, ahora no perdonará ninguna bravata. A modo de refuerzo traza un tajo imaginario a la altura del cuello. Por supuesto, todos le han entendido. Ellos descansarán en otro lugar distinto de los Bloques Prisión.

Luego se procede a marcar a quienes han resistido la caminata y se mantienen de pie. Basta una pegatina de color naranja, en el centro un número cuatro. Ni uno solo queda sin su distintivo.

De pronto Salvador recuerda algo, o eso cree detectar Judith en el rostro de su compañero. El entrecejo fruncido y la mirada huidiza confirman su impresión. Ha quedado paralizado, los ojos lanzados más allá de los bloques renegridos de enfrente, el anzuelo de la memoria en busca del recuerdo dovela, ése sin el cual el arco de lo vivido se derrumbará para siempre. Ella se empeña en traerlo de vuelta tirando del brazo, reclamando su atención.

—Yo escapé de uno de esos bloques —dice de regreso a la realidad. Su mirada es sincera.

Los resucitados avanzan a través de un pequeño parque. Asomados a las rejas de las ventanas, los habitantes de los bloques observan la llegada de los nuevos en un rotundo silencio.

De repente, la misma sirena que con anterioridad convocara a los seis encapuchados, ahora solicita su regreso. Se alejan apresurando el paso, arrastrando el tormento de la madera hacia el vientre de la ciudad y a los que son incapaces de valerse de sus piernas para huir. La voz de alguien que protesta, deseoso de bajarse, se oye cuando se alejan calle abajo.

Una vez traspasada la verja de entrada, Salvador arrastra a Judith hacia un lado. Varios habitantes los rodean, curiosos. Él los espanta con un gruñido amenazador. Exorcizada la curiosidad inicial, el grupo se aleja a través del pasillo y se esconde en el interior de uno de los bajos del bloque.

Al fondo se observa la figura, casi una sombra, de un hambriento aún joven que mueve los brazos como si dirigiera un coro de voces, en este caso de lamentos. Luz eterna la de la música, aunque sólo sea él quien la escucha dentro de la cabeza.

Ahora Judith y Salvador están prácticamente solos y pueden hablar con tranquilidad. Han de bajar la voz para evitar que la conversación sea de dominio público.

—Si sigues escondiendo tus cartas —protesta ella— será imposible que confíe en ti.

Judith se queja de las costillas. El cuerpo todavía recuerda la paliza que recibió en la madrugada de ayer a las puertas de la estación del AVE de Málaga. Salvador la obliga a mirarle directamente a la cara para que sea consciente de lo que va a decirle.

—No pienso cargar contigo —susurra.

—Tú fuiste quien subió al taxi que yo conducía.

—Ok, lo que quiero que sepas es que me marchó de aquí. Tú haz lo que apetezca. Tampoco niego la posibilidad de que me acompañes.

Salvador le da una palmada en el hombro. Ha llegado la hora de actuar. Apresura el paso y se dirige al final del pasillo. Sorteando al joven que dirige el coro invisible. La memoria de las piernas es más fuerte que la del cerebro.

Dentro del cuartillo de la limpieza les espera un zombi que roe con desesperación un hueso, los arañazos de los dientes bien señalados. La desesperación del hambre. Tuerce los ojos buscando a los que se atreven a importunarle en su refugio. Los labios se afilan y dejan al descubierto la ruinosa dentadura. Consciente de que ese tipo lo pondrá difícil, Salvador alcanza una escoba. El otro pretende levantarse cuando el golpe que recibe en la cabeza le nubla la vista, desactivando su resistencia.

—¡Fuera!

Se olvida del hueso por culpa de la premura. Salvador se agacha y lo coge. Está tan limpio que es absurdo llevárselo a la boca. Lo arroja al suelo. Por su parte Judith observa la escena detenida justo al lado de la puerta.

—Es por aquí.

Nerviosa, muestra una prenda que ha encontrado en mitad del pasillo. Es una sudadera negra. Salvador se encoge de hombros sin entender qué es lo que le quiere decir. Nada más que ropa sucia.

—Ayúdame con esto —dice señalando una lavadora.

—Es de él —murmura ella adelantando el brazo para que observe el anagrama del videojuego *Silent Hill*. La recuerda perfectamente.

Salvador se queja de su actitud, sabedor de que deben darse prisa. Maldita suerte la suya. En cualquier momento puede sonar por tercera vez la sirena anunciando el

regreso de los carromatos. Llegado el caso estarán perdidos. Se empeña en empujar el electrodoméstico dando la espalda a su compañera, las articulaciones empleándose a fondo, las costuras negras de las muñecas tensas por el esfuerzo.

—Es la sudadera de Jonás. Está aquí dentro —sentencia antes de ayudarle con la lavadora. El dolor de debajo de las costillas renace, pero aprieta los dientes y aguanta. Debajo aparece una trampilla. Por desgracia para ellos un candado mohoso impide abrirla.

Desesperado Salvador remueve el cuarto de arriba abajo en busca de algo con que forzarlo. Dentro de un armario un cubo, una colección de botellas de lejía y detergente y un arsenal de escobas y fregonas, además de una radio y una linterna. Nada lo bastante contundente.

—Tengo que encontrarle.

Menos mal que detrás del cubo encuentra una palanca. Gracias a ella y al peso de su cuerpo consigue vencer la resistencia del candado, debilitado seguramente por el moho. Abierta la trampilla, un olor a agua estancada inunda el cuarto. Golpea el olfato con la solidez de algo físico. Salvador regresa al armario en busca de la linterna. La tímida luz parpadea. Un par de golpes y recupera parte de la energía perdida por culpa del olvido. De inmediato la apaga, será mejor ahorrar.

Los zapatos descienden a lo largo de unos peldaños metálicos. Con medio cuerpo todavía fuera lanza una última mirada a Judith. Ella niega con la cabeza y da un paso atrás. Es tan explícito, tan evidente el gesto que necesita una nueva advertencia.

—Los habitantes de los Bloques Prisión están condenados en cuanto traspasan la verja.

Un segundo paso hacia atrás. Su mirada rehúye la de Salvador.

—Me quedo. No puedo fallarle. —El recuerdo de la abuela Luisa se impone con fuerza. La carta en el libro de *La ciudad y los perros*—. Me lo debo. Es largo de contar.

Salvador se encoge de hombros y se introduce finalmente por la trampilla. Como han acordado de antemano, Judith cierra el pasadizo y lo oculta devolviendo la lavadora a su lugar. Al final de los peldaños Salvador encuentra agua. El nivel es de apenas unos centímetros pero lo suficiente como para anegar el interior de los zapatos. Enciende la linterna, delante se abre un túnel de apenas un metro de altura. Para avanzar con mayor rapidez será mejor gatear aunque para ello termine mojando los pantalones. Quizá le consuele el recuerdo. Ya sabía que se iba a encontrar con semejante contratiempo. Apaga la linterna, que apresa con la dentadura para evitar el contacto con el agua. Todavía ha de avanzar cincuenta metros antes de alcanzar la primera esquina.

Arriba Judith olfatea la sudadera. Va de un lado a otro, cada pasillo, cada vivienda es una derrota. De Jonás, ni rastro. En la primera planta se acerca a unos hambrientos

que descansan sentados en el suelo sin más distracción que el zumbido de las moscas alrededor de sus cuerpos. No saben nada.

—Le faltan las dos piernas, es fácil de recordar.

—No hemos visto a nadie así —contesta uno de ellos.

Está a punto de marcharse cuando recuerda algo.

—¿Qué se sabe de la vacuna?

Desde abajo izan los ojos en su dirección. Silencio. Desesperanza. Esperan que el mensaje llegue claro a la intrusa sin tener que gastar más fuerzas en hablar.

—La que nos han prometido.

El silencio permite la polifonía de las moscas.

Cuando aúlla de nuevo la sirena en la superficie y los hambrientos corren a esconderse, Salvador es incapaz de oírla a más de cuatro metros de profundidad y cien de distancia. Por su parte, Judith imita a los que tiene cerca y se acurruca detrás de un sofá. La mujer que ocupa ese hueco gruñe en un desesperado intento por evitar lo inevitable. La recién llegada le da la espalda y se encoge sobre el suelo, la cabeza apoyada en una sudadera negra.

CAPÍTULO 32. BUSCANDO AL PRIMERO

Miércoles 3 de febrero de 2010, 23:05 de la noche.
Palacio de Justicia, la Ciudad Negra.

Es de noche. Todavía queda trabajo por hacer. El frío de la tormenta se filtra a través de las grietas abiertas en las paredes. Al otro lado, la tierra húmeda rodea la cripta subterránea. La temperatura roza los cinco grados. Si a los cuerpos les quedase un atisbo de calor, el vaho delataría la primera expiración mediante un borron blanco. Pero la doble muerte es tan fría como la misma noche.

La ceremonia del despertar se repite, jornada tras jornada, desde que llegaron a la Ciudad Negra, aunque ninguno de los seis cuerpos que resucitan en este mismo momento sea capaz de relacionarla con las otras ya vividas. Despiertan tumbados sobre el suelo, envueltos en sus acartonadas túnicas. Se necesitan unos segundos para que el cuerpo se active por enésima vez, tiempo más que suficiente para que desaparezca por un recodo del túnel la sombra sigilosa que huye. La rapidez de quien se pone a cubierto frente a la lentitud de quien se levanta en mitad de un quebranto de huesos.

La desmemoria. Lo hecho esta misma mañana al pie de la Muralla se olvida con la facilidad con la que un niño cambia de juguete en la noche de Reyes. Regresan del sueño con un extraño sabor en la boca. Es celulosa, aunque son incapaces de reconocerlo. El cuerpo necesita unos segundos para habituarse a la resurrección diaria. Luego, en cuestión de minutos, se podrá afrontar la nueva misión. Una vez de pie las seis capuchas caen hacia atrás y seis rostros quedan al descubierto. Gracias a que la estancia permanece pobremente iluminada por culpa de unas antorchas moribundas, los ojos sufren lo mínimo. Por debajo de las mangas de la túnica asoma el hilo negro que señala la sutura entre el brazo y la mano. La infección enrojece alguno de los bordes.

Cuando el cerebro aterriza por fin, los gruñidos de unos enardecen a otros, alimentados cada uno con el odio del que tiene al lado. Con la convergencia de los gritos la cripta se antoja demasiado pequeña para albergar tanta rabia. Por ello tiemblan las tristes paredes de ladrillos. Es una olla a presión a punto de explotar.

El Durmiente que por la mañana comandaba la expedición de los carromatos asume el mando por voluntad propia, como si de alguna manera estuviese programado para ello. Imparte órdenes mediante gruñidos. Los otros cinco ya saben a qué atenerse, qué es lo que se espera de ellos. Así que ascienden en busca de la noche a través de escaleras y pasadizos tortuosos.

La ciudad tiembla nuevamente bajo el lamento de la sirena que despierta ecos de bombardeos pretéritos, si no fuera porque hay muy poca gente a quien avisar.

La necesidad de apresurar el paso entre la grava, impelidos los seis cuerpos por el

instinto. En la explanada que hace las veces de parking existente entre el baluarte de Santa Elena y la estación de ferrocarril existe una docena de coches abandonados. Es lo primero, mirar en el interior en busca de algún cuerpo que despedazar. Nada. Sólo los restos de anteriores carnicerías.

Se alejan calle Santa Elena abajo sin recordar que, en el edificio de la izquierda, en el Palacio de Justicia, se amontonan las pertenencias de los que subieron esta misma mañana a los carromatos, señalados para el sacrificio por el agravio de la falta de fuerzas. Una pirámide de collares, relojes y anillos señala el centro de uno de los despachos. El recuento de los objetos permitiría calcular fácilmente la magnitud del drama, la voracidad del fuego reparador.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, Salvador permanece agazapado dentro de una armería. Se ha adentrado peligrosamente en la Ciudad Negra y ahora está en apuros. Después de más de una hora gateando por el interior del túnel encontrado en los Bloques Prisión accedió a una obra que la crisis económica a buen seguro paralizó por falta de liquidez. Lo hizo a través del butrón que encontró abierto en la pared del parking subterráneo. Sin embargo, cuando se disponía a emerger a la superficie, la cercanía de los helicópteros le obligó a permanecer a cubierto más tiempo del que hubiese deseado. Solamente la caída de la noche le concedió la posibilidad de volver a pisar la calle.

Avanzaba rápidamente calle Bahía Blanca arriba, la línea ferroviaria a la derecha, los bloques a la izquierda, cuando de repente algo inexplicable le detiene. Son las piernas las que desobedecen la orden de continuar con la carrera.

Es la misma sirena que despierta a los Durmientes en la cripta subterránea la que desentierra el recuerdo, ése no es el camino, Salvador, ten cuidado. Así que atemorizado retrocede hasta la esquina de calle Hibiscos y se refugia dentro de la armería Gijón.

Es un local, casi un antro, no más grande que un trastero. La verja metálica se encuentra levantada. Durante unos segundos duda si entrar o no. Aunque preferiría no hacerlo, le empuja la insistencia de la sirena. Lo malo es que si la fatalidad quiere que tropiece con alguien ahí dentro, solamente podría esgrimir una linterna a modo de defensa. A pesar de todo prefiere arriesgarse. Adelanta un par de pasos sobre el cristal del escaparate hecho añicos. Parece que alguien se le adelantó y ha desvalijado el negocio. La caja registradora está abierta, pero sigue llena de billetes. Se han llevado todas las armas del local sin excepción alguna, y sólo han dejado el dinero. Salvador sospecha que con el arsenal robado se puede armar un escuadrón entero.

En una esquina encuentra restos humanos. A juzgar por la cantidad de huesos, ahí dentro ha muerto más de una persona. A pesar de la repulsión que experimenta al reconocerse como un patético carroñero, se agacha sobre ellos. Oisquea un fémur con fruición, recuperando el placer por la carne. La rata moribunda del estómago

despierta enseguida. A pesar de la debilidad del roedor, sus mordiscos siguen siendo feroces. Unas migajas oscuras adheridos en los recovecos es lo único comestible. Poco premio para tanta hambre.

Descansa sentado sobre el suelo. Resopla. Está fatigado. Reposa la cabeza sobre las rodillas. Durante un segundo se acuerda de *Darth Vader*, su Labrador Retriever de pelo negro que dejó abandonado en casa cuando ya era imposible defenderla de los asaltantes. De haber cargado con él para escapar juntos por la azotea nunca habría salido de allí. Sus lastimeros aullidos todavía acuden a su memoria, cuando la realidad le permite un mínimo descanso. Enferma cada vez que le asaltan a traición. Lamenta su cobardía. Podía haber hecho mucho más por él. Además, nunca consiguió escapar de aquella azotea. Cuando quiso darse cuenta se encontraba nuevamente rodeado.

Afuera, en la calle, se escucha un ruido, el de alguien que pisa los cristales del escaparate roto. Joder, ha vuelto a cometer un error semejante al del edificio de la Equitativa en Málaga, cuando subió hasta tan arriba sin pensar en que se metía dentro de una ratonera. Ahora está atrapado, igual que entonces.

El realismo del lienzo. Caravaggio, el maestro del tenebrismo, representa a Judith en el momento de degollar a Holofernes. El tajo en el cuello centra la totalidad de las miradas de los alumnos, que cuchichean entre ellos ajenos a la explicación de la profesora de Arte, Angélica. Una sombra cruza por delante del cono de luz de la diapositiva. Cuanto más se acerca a la pantalla más pequeña se hace la sombra. Al llegar a la pared levanta la mano en dirección a la herida abierta debajo de la barba, a esa boca antinatural por donde se escapa la vida del general asirio. Ajenos al reproche de la profesora, más alumnos se unen a la primera sombra, tantos que en un minuto hay una treintena de ellas sobre la dispositiva, los dedos tiesos como garras, anhelando alcanzar el cuello abierto. El gruñido es inequívoco. Asustada, Angélica pulsa el interruptor y el guiño de luz de los fluorescentes descubre la ira de los ojos, la sangre alrededor de la boca y la piel macilenta. Ésos no son sus alumnos. Antes de poder gritar despierta cubierta de sudor.

La cabeza aterriza de golpe, sin control, un dirigible enloquecido que está a punto de desestabilizarla. Se encuentra sola, en una suerte de despacho u oficina de respetables dimensiones, tumbada sobre unas cajas de cartón. Sobre los hombros lleva la sudadera de *Silent Hill* en recuerdo de Jonás, e indirectamente en homenaje a la abuela Luisa. Fuera, se oyen los gruñidos de los Durmientes calle abajo, primeramente muy cerca, luego cada vez más lejos.

Lo primero que le impresiona al aterrizar del sueño es el olor que le rodea sobreponiéndose al de su propio cuerpo. Tras unos segundos de febril esfuerzo mental lo reconoce, es humo, aunque de repente duda de la infalibilidad del olfato.

Se sienta, a pesar de la punzada de dolor que emerge a flote desde el pozo de las

costillas. Mejor no pensar en todo lo ocurrido desde que Salvador bajó al sótano de los Bloques Prisión y ella cerró la trampilla. Mejor olvidarse de la sirena que aullaba anunciando alguna fatalidad, del miedo repentino de los habitantes de los Bloques Prisión y del gas que apareció de improviso a la altura de los tobillos.

Desorientada, se incorpora y mira a su alrededor. Está en un lugar muy diferente a los Bloques Prisión. De eso no hay duda, aunque sólo sea por la altura del techo. La respuesta a su miedo, a la turbación, se esconde bien lejos de la pista de aterrizaje de la cabeza. Imposible reconocer la habitación, nunca ha estado allí. Mientras trata de rearmar su valor, busca una salida entre los estantes que pueblan la estancia, la puerta que la conduzca a la calle. En mitad de la noche que le rodea ha de ir con cuidado. Un tropezón, un ruido a destiempo podría alertar a quien quiera que la llevase allí. Es mejor ir bien despacio. Como temía de antemano, la inspección pone de manifiesto que está encerrada. La única salida se encuentra bajo llave.

De repente, un estrépito. Suena fuera y se antoja ajeno a la casualidad. Luego una puerta que se abre en algún lugar, peligrosamente cerca, pero todavía lejos de la sala. Los pasos se aproximan poco a poco. No son los alumnos zombis de su sueño, ojalá, es alguien más real, tanto como quien accede en ese mismo instante al interior de la armería donde se esconde Salvador, acurrucado tras el mostrador.

Otra puerta se abre.

El chirrido delator de los goznes, ahora sí es la puerta que da acceso al despacho donde aguarda ella. Lo propio, lo que dicta la razón, sería esconderse detrás de una pirámide de cajas pero Judith carece de tiempo. Por detrás de un estante, en mitad de la oscuridad, emerge una sombra que avanza con calma en su dirección. Así que ha llegado la hora de luchar. O eso piensa.

De encima de una caja cercana recoge un lápiz. Poco importa que la punta esté roma, es la única defensa de la que dispone y piensa utilizarla, convencida de acertar con un buen mandoble. Se agazapa esperando el momento perfecto, sin sospechar que, a menos de un kilómetro de distancia, dentro de la armería, Salvador extrae el cajón de la máquina registradora con sumo cuidado, alertado también por una presencia desconocida, experimentando un miedo muy parecido al suyo. Ha de evitar el chivatazo de un ruido a destiempo. Salvador vacía de billetes el cajón y lo alza por encima de la cabeza, todavía detrás del mostrador, a la espera de que quien sigue su rastro asome la cabeza y él se la abra de un certero golpe.

—Espero no haberla asustado —dicen las primeras palabras de la sombra que acecha a Judith—. ¿Está usted bien?

Las sílabas arrastradas, pedregosas, delatan el origen de las mismas. A priori no debería desconfiar de un resucitado como ella, pero nunca se sabe. Ha visto demasiadas cosas en los últimos días como bajar la guardia ante nadie. Así que elige el escudo del silencio como primera defensa.

—¿Dónde estoy?

—Además se preguntará qué hace aquí —dice desoyendo la cuestión de Judith—. Es bien sencillo, necesito su ayuda... bueno, necesitamos su ayuda. —Es una voz segura que brota del fondo de la sala, deformada no sólo por la faringe putrefacta sino por un acento extranjero.

Judith se revuelve en todas direcciones buscando su localización, el lápiz por delante. Semejante precaución es baldía porque cuando se reanuda la conversación ya ha cambiado de lugar.

—Y usted necesita la mía... la nuestra.

Asustada retrocede por instinto. Poco a poco circunda todo el despacho, sortea cajas y estantes. Sin pretenderlo cada paso la acerca hacia la voz, más que nada porque el recelo entorpece los movimientos y al final terminará delatando su posición.

—Déjeme salir de aquí —protesta.

—No tenga miedo, estoy de su parte —sobran las presentaciones, la urgencia y excepcionalidad del momento las hace inútiles.

Con el lápiz lanza un par de cuchilladas hacia la penumbra. Es mejor asegurarse y mantener la distancia que verse sorprendida.

—Eso dígaselo usted al montón de cuerpos calcinados de ahí afuera —responde furiosa.

—Hemos perdido la primera batalla, créame, Judith —obvia el comentario precedente y subraya, gracias a una inflexión de la voz, su nombre, el de ella—. Pero no la guerra.

—¿De qué coño me habla? —pregunta sorteando una nueva pila de cajas marcha atrás.

—De la supervivencia.

Ella podría contestar que no está en guerra, pero prefiere de nuevo la defensa del silencio. Qué mejor respuesta.

—La guerra por nuestra supervivencia. Todo lo que nos han contado acerca de la vacuna desde el principio es una pantomima, una manera de acallar los movimientos de los grupos pro derechos humanos. Si lo piensa el asunto tiene su gracia. —La risa forzada se asemeja al gorgoteo de una cañería atorada—. Todavía hay supervivientes que se posicionan de nuestra parte.

Tras alcanzar en uno de sus rodeos la puerta de salida, Judith insiste en abrirla. Está cerrada, férrea defensa frente a la desesperación de sus manos. Debe de ser bien recia porque apenas consigue moverla.

—En situaciones límites como la que se nos presenta, se lo digo por experiencia, ni discusiones morales ni ambages a la hora de actuar. O ellos o nosotros.

—Es que nosotros somos ellos —objeta algo desconcertada.

—Antes tal vez, no ahora. Y si no que se lo digan a Jonás, por ejemplo.

Ha sido un golpe bajo y Judith lo acusa de inmediato. Le gustaría dominar la situación y sin embargo le supera. Con suerte se defiende como puede.

—¿Quién es usted?

—Únicamente un catalizador.

Estudia la posibilidad de aventurar tres pasos rápidos que la acerquen hasta la sombra y obligarle a cantar con el lápiz a la altura de la nuca.

—Todavía seguimos siendo ellos —es su mínimo desafío.

—Ya, por eso han levantado ese muro negro a las afueras, por eso nos engañan con la existencia de una vacuna tan inútil como su recelo, por eso están ahí afuera, al otro lado, esperando que asomemos la cabeza.

Como el desconocido desiste de la aproximación, Judith permanece con la espalda apoyada en la puerta. En un gesto convulso intenta cepillarse los dientes con el índice.

—Todo es negociable —apunta hastiada al cabo de un rato.

—Ya lo creo, menos el día del exterminio definitivo. Cuando los vivos encuentren lo que buscan de nosotros reconquistarán la ciudad...

—Sigo sin entenderle.

—Cuando lo encuentren estamos perdidos.

—¿Qué buscan de nosotros? —le interrumpe. Lanza un par de cuchilladas al aire. Cuanto más lejos, mejor.

—Entonces todo habrá acabado.

Durante el minuto siguiente todo queda en suspenso, la conversación, el intento de huida de una y el de aproximación del otro. En mitad de la oscuridad las estrellas de los ojos, cada par en una constelación diferente. Hay tanta distancia entre ellos que el puñado de palabras cruzadas con anterioridad se antoja un medio de transporte demasiado lento. Mientras tanto, el silencio gana peso y se deja sentir al lado de cada uno. Segundo a segundo es más difícil regatearlo y continuar con la conversación. Es por ello por lo que Judith lo dinamita con sus palabras.

—Prefiero aguardar acontecimientos.

—No le quepa duda, se precipitarán.

—Veremos.

—Me habían hablado mejor de usted.

—¿Cómo dice? —La pregunta es un desesperado intento por ganar unos segundos. La nueva afirmación la ha descolocado, una sensación similar a la experimentada cuando mencionó a Jonás.

—Que quien me habló de Judith —ahora utiliza la tercera persona a fin de reforzar su ataque— alababa su condición y su perseverancia. Es obvio que se referían a otra mujer.

De nuevo, el silencio. Ha perdido demasiado terreno y está cansada de la lucha dialéctica.

—Hagamos un poquito de historia. Cuando a mediados del mes pasado —

continúa la voz sin disimular su acento foráneo— me oculté en las cuevas de Mariamoco era consciente de que la tregua tendría sus días contados.

—¡Déjeme salir! No sé de qué tregua habla.

—Escuche, sólo es un momento, por favor. En estas últimas tres semanas se ha medido cada movimiento a fin de evitar un mal tropiezo con los soldados. El trabajo ha sido ímprobo, sondear a todo aquel que me ha querido escuchar, primero entre los naturales de la ciudad, lógico, y después buscando apoyos en los Bloques Prisión, entre los deportados de otras provincias. Necesitamos a los mejores, o por lo menos a quienes no duden del camino elegido. A pequeña escala hemos saboteado todo cuanto ha estado en nuestras manos, centrando nuestras fuerzas en los experimentos médicos llevados a cabo en el hospital Puerta del Mar.

El punto y aparte y el consiguiente silencio señalan la importancia de la declaración. Sin embargo Judith aguarda callada, igual que una presa que teme dar el primer paso ante su depredador.

—No entiendo de qué me habla —dice Judith de nuevo, dispuesta a intervenir. Desiste de abrir la puerta y se aleja en cuanto presiente la cercanía del hombre.

—Gracias a ello la reiterada sucesión de bajas les hizo reflexionar. Era una temeridad mantener el dominio absoluto de la ciudad con un puñado de soldados. Se imponía la destrucción absoluta o la retirada. Seguramente debido a la presión internacional y a la de los medios de comunicación la primera opción se rechazó, era políticamente incorrecta.

—¿Y dónde encajo yo en este puzzle?

—Entonces se impuso asumir el mando de la ciudad. Poco antes de llegar usted deportaron hasta aquí a los Durmientes, sí, esos seis encapuchados que los recibieron nada más traspasar la frontera. Esperaban una masacre a este lado de la muralla. Aguardamos en las cuevas, por lo menos durante la primera noche. Luego hemos conseguido dominarlos. Se desactivan, por decirlo de alguna manera, retirando un pergamino que llevan bajo la lengua, un mecanismo de defensa de quien quiera que sea su creador.

Las explicaciones son en principio tan crípticas que Judith se pierde sin encontrar un destino lógico a la catarata de palabras.

—¿Y qué me dice de esas piras de gente quemada?

De inmediato proyecta el brazo a toda velocidad. La cuchillada con el lápiz está a punto de alcanzar su objetivo. La sombra ha retrocedido en el momento justo y se confunde de nuevo con la penumbra de la sala. Tras unos segundos de silencio la voz se escabulle para aparecer en otra esquina de la sala.

—¿Y de la gente que subió a los carromatos?

—¿Qué son esas piras de las que habla? A veces nos dejamos engañar por los ojos.

Debido a la oscuridad es inapreciable la mueca de escepticismo de Judith.

—¿Pretende que me crea eso?

—Antes preguntaba dónde encajaba usted en este puzzle. Bien sencillo. Ahora sólo falta atrapar al prototipo, al primero de Ellos —efectúa una breve pausa para resaltar esta última información. Sordina de pasos entre estantes y cajas de cartón—. Lo malo es que él no lo sabe, o se niega a reconocer su condición.

—¿Por qué me cuenta esto? Únicamente quiero salir de la ciudad.

—Porque necesito su ayuda.

—¿Para?

—Atraparle.

—¿A quien?

—Al primero de los Durmientes.

—¿Le conozco?

Judith sacude la cabeza con la desesperación de un boxeador que, noqueado, está a punto de derrumbarse sobre la lona. Necesita un segundo de margen para pensar.

—Sus muñecas, usted ha debido de verlas.

Imposible, niega de nuevo la realidad. Ahora que lo dice recuerda el incidente en el camión militar de camino a la Ciudad Negra, cuando vomitó y su compañero de desventuras se desprendió de la guerrera militar. Aquellas vendas y esas puntadas de hilo negro alrededor de las muñecas.

A un kilómetro de allí, cuando parece que nada irá a peor, un cuerpo salta por encima del mostrador de la armería antes de que Salvador tenga tiempo para descerrajar el golpe definitivo con el cajón. El suelo retumba bajo sus pies. Un brazo más fuerte que el acero detiene el movimiento descendente. Salvador siente la respiración tormentosa del otro en el codo. Intenta darse la vuelta, en vano. La fuerza de su contrincante es mucho mayor que la suya.

—¡Malditos hijos de puta!

De un manotazo es desarmado, el cajón cae tan lejos de él que es imposible recuperarlo a tiempo. De repente se percata de la presencia de un segundo invasor dentro del local. Definitivamente está perdido.

A pesar de su intento por resistirse, la fuerza unida de dos Durmientes es insalvable, lo tumban en el suelo. Lanza un par de dentelladas en busca de las manos. Para contrarrestar su ferocidad unos dedos aprietan la garganta hasta el mismo límite de la respiración. La luz de una linterna, seguramente la suya, le deslumbra. Uno de ellos señala la muñeca, el respunte negro; luego aparta las vendas en busca de la confirmación, el mismo rastro de hormigas negras en la base del cuello.

En el Palacio de Justicia, ajenos a la suerte que corre Salvador o no tanto, prosigue la conversación entre Hawthorne y Judith. Acorralada por las palabras del doctor, se le acaban las fuerzas y las esquivas. Se encuentra a merced del gancho definitivo. Le gustaría dormir de nuevo.

—Por favor, Judith: él confiará en su palabra.

Es la segunda vez que utiliza su nombre y una alarma se enciende en la cabeza de

quien con anterioridad fue Angélica.

—¿Quién es usted? —pregunta.

—En realidad, nadie.

—Ya le digo que se equivoca, él no es quien busca.

—No haga caso a sus ojos.

Con el oportunismo de una palabra dicha a tiempo en mitad de una discusión, quien cobra protagonismo ahora es la puerta de la sala. El tiempo se estanca y las palabras enmudecen. Luego se escucha la delación de los goznes sin engrasar. Es la puerta.

Aun siendo consciente del peligro, de saber quién está al otro lado, Judith se apresura a abandonar el despacho. Tropezaba con varias cajas por culpa de la oscuridad. Antes de alcanzar la salida, el portazo aborta su intento de fuga.

—Ayúdenos.

Retrocede. Se acurruca entonces junto a un estante y aguarda, la sangre palpitando en las sienes.

—Con él nuestras posibilidades aumentan.

Un ruido metálico y sincopado se aproxima. Por culpa de la noche que la rodea, Judith es incapaz de distinguir las dos muletas y al muchacho que se sostiene sobre ellas, con la dificultad de quien nunca las ha utilizado hasta ahora. Pero enseguida reconoce la voz delicada, el desamparo, el cordón umbilical definitivamente roto con quien fue en el pasado.

—Judith —sólo su nombre, y enseguida el acertijo de quién ha penetrado en la estancia queda desvelado. No hace falta ver sus ojos de reptil o su medio cuerpo—. Haga caso al doctor Hawthorne. Todavía tenemos mucho que hacer en venganza por aquellos que han muerto injustamente.

El corazón llega al límite de su capacidad. Se encuentra extenuada y necesita descansar. Sentada en el suelo se deshace de la ridícula defensa del lápiz. Le gustaría llorar, lo siente. Es como una tormenta que se aproxima. Pero sus lagrimales están tan muertos como ella.

CAPÍTULO 33. BAJO EL CADÁVER DE LA CIUDAD

Miércoles 4 de febrero de 2010. 06:15 de la madrugada.
Cuevas de Mariamoco, la Ciudad Negra.

Como el depredador que mimetiza su compromiso con la caza en medio de la oscuridad circundante, miles de resucitados se arremolinan en las Cuevas de Mariamoco, esa red de túneles que recorre por debajo la antigua Cádiz, a pocos metros de profundidad del despacho del Palacio de Justicia donde dialogan dos sombras, el hacedor de sueños y el primero. Abajo los zombis se estremecen nerviosos en torno a una consigna, a una necesidad más poderosa que la misma razón, el hambre, y a la orden inminente de avanzar. Apenas hay espacio para quien, a última hora, decide echarse atrás. La inminencia de la batalla desenmascara a los primeros cobardes, que a pesar del temblor de piernas han de permanecer en posición. A esta altura de la madrugada ya resulta imposible salir de las cuevas.

Unas antorchas iluminan los corredores cada cincuenta metros. El aire se torna irrespirable, viciado por la densidad de las miles de respiraciones y por el arabesco negro desprendido por el fuego. Cada centímetro es necesario para albergar al máximo número de resucitados. Mientras tanto, la espera se prolonga en exceso y el hambre es incontenible. Por encima de sus cabezas, la tierra y el silencio de la última noche. O la primera, según se mire.

En un recodo, inmersos en la marea de cuerpos anónimos, aguardan Judith y Jonás. El gesto entre ellos es más distendido que cuando compartían taxi camino de Málaga. Lejos de la intimidación impuesta por el doctor Hawthorne, ella necesita tocarlo.

—Me alegro de que estés bien, Jonás.

Las tiranteces de días atrás se olvidan con el reencuentro. Experimenta una sensación extraña, recuperar a Jonás es desenterrar de nuevo los recuerdos, penetrar de nuevo en la habitación 101 de la memoria. Debería mostrarse eufórica y no es así, la imagen de la abuela Luisa se interpone, las galletas napolitanas y su aprendizaje a la hora de lavarse los dientes frente al espejo.

Quien por ahora ha olvidado quién era justo antes de la resurrección es justamente esa muchacha que avanza muy lentamente a través de la noche interior de las murallas. Casi quinientos kilómetros al norte de Cádiz, su drama es similar al experimentado por miles de andaluces que, convocados por la Doble Muerte, todavía desconocen el camino de vuelta.

Se conduce en mitad de la oscuridad gracias a los suspiros. Lo que sucede a esa misma hora en las entrañas de la Ciudad Negra queda demasiado lejos del

momentáneo placer de esa pareja que desafía a las bajas temperaturas de la madrugada abulense. Es lógico, la intensidad del cuerpo a cuerpo se impone, pero deberían preocuparse por lo que se les avecina.

La muchacha camina con paso firme, alentada por el sónar de los jadeos y las risas.

Ansiosa.

Hambrienta.

Se duele de las erosiones provocadas por la cuerda que la retenía junto a la taza del retrete, en la habitación elegida como escenario para la última entrevista del señor Garriga. Las muñecas se muestran en carne viva. Ni soplando sobre ellas aliviaría el escozor.

Cada vez es menor la distancia que la separa de esos gemidos de color carmín y consistencia casi física. Ahora, el olor macerado de los dos cuerpos, uno sobre el otro, es sofocante. La rata del estómago se revuelve, feroz, a la espera de carne fresca. La sangre se inflama en el interior de cada vena y arteria.

Asoma la cabeza por la esquina, el pelo sobre la cara, olvidada ya la boina donde lo escondía a su llegada a Ávila. Ahí están esos dos, buscándose con desesperación. Es una pareja de veinteañeros que combate el frío nocturno con el combate sexual, con el gozo instantáneo, ella sentada sobre la cintura del hombre y apoyada la espalda contra la pared de piedra, la falda arremangada a fin de favorecer las embestidas de él, que gruñe mismamente como un cerdo, producto del esfuerzo requerido para sostener en peso al ligue pasajero y de la excitación natural del momento.

Se buscan con tal ansia que son incapaces de advertir la cercanía de la muerte mimetizada en esa muchacha del pijama lleno de sangre que, paso a paso, se aproxima a ellos. Al día siguiente el *Diario de Ávila* no sólo recogerá la extraña muerte de uno de sus periodistas más veteranos en extrañas circunstancias, sino también la de una pareja en las murallas que rodean el centro histórico, los tres cadáveres con las carteras intactas y evidentes signos de violencia.

—Gracias por acordarte de mí —dice el muchacho cuando le entrego la sudadera de la suerte—. Sin ella soy la mitad de pequeño.

Se apoya contra la pared del túnel, las muletas sujetas bajo las axilas, para poder enfundársela. Le ayudo con las mangas.

—Demasiadas cosas he perdido ya —respondo sincerándome— como para que tú perdieras tu amuleto.

Ahora es mejor olvidar el rosario de pérdidas. Nada ganaría con ello.

—¿Sabes algo del pequeño Rubén? —pregunta una vez que la cabeza ha sobrepasado el cuello de la sudadera.

Niego con la cabeza, hurtada la mirada y hundida la barbilla en el pecho.

—Siento habértelo puesto tan difícil en el colegio. Ahora me avergüenzo de ello.

—No importa.

—Y siento lo del cloroformo.

Respondo con un golpe de hombros.

—Lo aprendí de una película antigua, quiero recordar que era la historia de un tipo que deseaba a toda costa retener a la chica de sus sueños. No recuerdo el nombre.

—¿Has visto al polizón? —le pregunto esquivando el tema de conversación que me propone.

Nos miramos. La luz de la antorcha más cercana hace bailar las sombras de las cejas. Tiene lugar un diálogo en silencio. Después de unos segundos tomo la palabra mientras estiro la sudadera sobre el cuerpo de mi compañero.

—Al final, no.

—Lo he visto muy acobardado. Negándose a reconocer lo que el doctor le decía.

—Según tengo entendido, un par de Durmientes llevaban varios días sobre su pista.

—¿Quién es en realidad Salvador? ¿Y ese doctor?

—¿Hawthorne? Nadie, como él dice.

—Jonás, desconfío de sus palabras.

—Conmigo se ha portado muy bien.

—¿Y Salvador?

A nuestro lado se retuerce un cuerpo que gruñe. Nos mira de arriba abajo como si no entendiese nada de lo que hablamos. Igual que miraríamos a un extranjero que en alemán nos pregunta por una calle del centro de Sevilla.

—¿Un nuevo Frankenstein? —me contesta con una nueva pregunta.

—Tenemos que huir de la ciudad. O eso repetía Salvador.

A quien ya resulta inútil huir del drama es al sargento Mosqueira. Hay un instante en que recupera parte de su propia personalidad al calor de dos nombres, Olarde y Gardel. Seguramente después de haber escapado del camión militar en que pretendían devolverle a Andalucía, el operativo de búsqueda y captura habrá bloqueado las salidas de la ciudad. De modo que deambula por Badajoz esquivando la delación de una lata vacía y buscando las farolas tuertas, o directamente las ciegas, y los rincones proscritos por la ciudadanía. Es consciente que, en virtud del plan preestablecido, ha de soportar, con estoicismo, las miradas esquivas de hampones de medio pelo y navaja rápida y las insinuaciones baratas para encontrar el placer en mitad de unos muslos alquilados.

El mejor escudo contra el escenario sobre el que se recorta su figura, el uniforme militar que viste y del que no lograron desprenderle ni los dos PM, ni los celadores del hospital de A Coruña.

De repente algo suena en el bajo de un bloque, a las afueras de Badajoz. Debería reconocerlo de inmediato pero la desmemoria de la muerte juega en su contra. De todas formas es natural que se acerque a la casa, porque su cerebro se empeña en

reconstruir parte de su pasado por medio de esos dos faros, Olarde y Gardel. Asomado discretamente a la ventana observa en el interior de la habitación a una anciana que duerme a pierna suelta sobre el sofá. Debido a la posición del televisor le es imposible ver la pantalla, pero esas notas musicales le son familiares.

Defendida por unos barrotes bien sólidos, ha de desechar la idea de penetrar a través de la ventana. Por ahora la suerte corre a favor de quien duerme. Pero dura muy poco porque o bien el descuido de un vecino o el nulo civismo de algún chiquillo permite que encuentre la puerta del portal abierta de par en par.

A través de la rendija inferior, autopista de peaje para hormigas y cucarachas, suena la voz de una mujer desesperada, y no, no es la de la anciana:

—¡A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre!

Jonás me observa desde el fondo de su miedo. Aprovecho el instante para ordenarle el pelo. Más que nada, un gesto cariñoso. Esquiva la mano con un golpe de cabeza. Le desagrada el contacto.

—Huir solos sería un suicidio, y tú lo sabes, Judith —mira las muletas y sonrío—. Además, tampoco podría correr mucho.

—Podríamos intentarlo a nado.

—Sin piernas sería una piedra colgada a tu cuello. Creo que debemos hacer caso al doctor.

Dejo que el espejo de mi cara refleje mi preocupación al respecto.

—¿De qué conoces a ese hombre? Recelo de sus verdaderas intenciones.

Jonás se encoge de hombros. Todavía me oculta información. Desconfía de mí sin haberle dado más motivo que el trato inflexible que le dispensé cuando compartíamos viaje.

La pregunta quedará sin respuesta.

De improviso llega la orden ansiada por la multitud. Es un alarido que recorre todos los túneles con la rapidez de la pólvora, una mecha que incendia las miradas y activa la circulación. Todos se vuelven a una dirección en concreto. Se avivan los músculos y en el paladar se presiente el rastro futuro de la sangre.

—Al fin —rumia el hombre que queda a mi espalda.

Por medio de los comentarios escuchados deduzco que ha llegado la Hora, que al fin el último Durmiente ha sido recuperado y está con nosotros, en alguno de los corredores de estas cuevas.

Sin que nadie sepa cómo, el primer paso es calculado con la precisión de una danza donde en un determinado compás se inicia la coreografía. Tiembla el suelo bajo miles de pies. Copiando a la pleamar, al océano que desliza la frontera del rebalaje centímetro a centímetro por encima de lo que antes era sólo arena seca, la corriente de cuerpos progresa a través de los subterráneos.

—¿Sabes adónde vamos? —le pregunto al muchacho.

Jonás avanza con la dificultad añadida de las muletas. Marcho detrás de él.

Tuerce la cabeza y me sonrío.

—*Creo que a cruzar al otro lado de la muralla —dice levantando la voz por encima de ese murmullo de cuerpos.*

Al contrario que en las cuevas de Mariamoco, en el parque del Retiro todo es silencio. Únicamente se escuchan sus quejas. Nunca habría sospechado que todo acabaría así. El agujero de hielo y fuego palpita debajo del improvisado vendaje, tanto que el dolor se extiende más allá de la pierna. A causa de ello arrastra el pie derecho dejando tras de sí un surco en la arena. Lleva demasiado tiempo en vilo y recorriendo los jardines de arriba abajo en busca de un lugar donde descansar. Elige un hueco bajo en un árbol frondoso para evitar la inoportuna lluvia. Cuando el dolor se adormece, el peso de los párpados le concede por fin el descanso ansiado. Sin embargo la oscuridad dura apenas unos segundos.

Le devuelven a la realidad la cháchara y las risas de dos tipos que orinan el alcohol ingerido durante toda la noche. Por culpa de las apuestas cruzadas entre ambos, el borboteo amarillo se acerca en exceso a sus zapatos.

—*Porca miseria* —gruñe enfadado. Es el inicio a una retahíla de insultos.

—¿Qué es esto? —dice uno de ellos señalando el bulto del cuerpo en el suelo. La lengua se enreda sobre sí misma, torpe, enmarañada.

—*Figlio di una grandissima puttana.*

—¿Qué ha dicho el cabrón?

—Este nota parece herido, fíjate —apunta el otro señalando el vendaje manchado de sangre.

—¿Llamamos a la policía?

—Lo primero que preguntarán es qué coño hacemos de madrugada en el interior del Retiro.

La sonrisa lucida por el vagabundo es muy diferente a la que identifica al infeliz de zapatos enormes, bastón de bambú, bombín y bigote aristocrático que protagoniza películas igual de añejas que un chotis. En ella nada queda de la inocencia pícara de Charlot. Es una señal de aviso antes de levantarse. Deberían huir o será demasiado tarde.

Tal vez es el alcohol el que presta la osadía necesaria para continuar hacia adelante. La primera patada lanzada a la cabeza del herido inicia las hostilidades. Gracias a un rápido movimiento del cuello, Fettuccine elude el golpe. Se incorpora sobre la pierna buena. Su enorme corpachón y su gesto hostil diluyen las risas alcohólicas.

Si se realizase una necropsia al cadáver de Cádiz arrojaría una conclusión definitiva: las quemaduras de tercer grado debidas a la intensa exposición al MK77 vertido por los Mirage y que afectan a más del 80% provocaron edemas, necrosis y

sobreinfección en todos los barrios de la ciudad hasta el punto de ser incompatibles con la vida. Sobrevivir en semejante infierno, misión imposible.

Pero los que han resistido a la barbarie se esconden en el interior del cadáver, apoderándose de músculos y órganos, a la espera de que la descomposición abra nuevos caminos a la epidemia. Bajo el esqueleto de la Ciudad Negra palpita de nuevo la no-vida convocada gracias al alarido inicial. Igual que en un cáncer, la metástasis es imparable por mucho que desde el otro lado se confíe en la muerte absoluta de la ciudad. Es una multitud que se mueve al unísono, más de diez mil voluntades dispuestas en fila india, una detrás de otra porque el espacio en las galerías es mínimo. Cada hambriento es espolado a avanzar sin que se le permita marchar en sentido contrario. La deserción de última hora queda anulada por la cercanía de los otros cuerpos. Las viejas paredes de los subterráneos tiemblan, la argamasa se resiente y nieva polvo sobre miles de zombis deseosos de regresar a la superficie.

La dentellada arranca todo el músculo del bíceps derecho del muchacho. La joven descaburga y cae al suelo con la falda remangada. Quien fuera con anterioridad Elena Haro se arrodilla junto a ella y ataca con saña la cara interior del muslo en el mismo instante en que, en otra ciudad, la explosión de la música de *Lo que el viento se llevó* oculta el grito de dolor de la anciana. Las mandíbulas del sargento Mosqueira desgajan el pecho izquierdo con idéntica satisfacción a la que el vagabundo experimenta al patear la rodilla del primer borracho. El crujido certifica la rotura.

La rabia y el hambre avanzan metro a metro en dirección a la muralla, recorriendo angostos pasadizos, doblando oscuras esquinas y ascendiendo resbaladizas escaleras.

A esa hora toda España duerme ajena a la inminencia del desastre. Las primeras luces asoman al toldo ceniciento de la mañana. Mientras el océano toma descanso, amodorrado a los pies de la arena, la ciudad amanece desnuda, las quemaduras al aire. Rizos de humo negro señalan las heridas finales, los últimos rescoldos. Quienes desde el otro lado de la muralla observan con prismáticos el enjambre de bloques calcinados y elaboran planes entre risas para cuando dispongan de un permiso, o sobrevuelan el cadáver de más de cuatro kilómetros cuadrados pilotando un helicóptero o un avión de combate, se despreocupan de la amenaza invisible de las larvas. Aunque éstas emergerán a la superficie de la piel de un momento a otro para atacar con fiereza el torniquete de la muralla negra.

El temblor que recorre la totalidad del esqueleto provoca al principio el mínimo cabeceo de las farolas. Como la ausencia de corriente eléctrica las ha dejado ciegas hace mucho tiempo nadie puede descubrir, en el movimiento de las manchas de luz, el preludio de la verdadera batalla. Segundos después se desata una lluvia de cristales desde las ventanas heridas. Debido a la distancia existente entre la última casa y el

primer convoy de la infantería, ningún soldado escucha nada. Únicamente los gatos y los roedores del lugar corren a esconderse en sus madrigueras, los ojos emboscados en la oscuridad.

Cuando en toda España se levantan los más madrugadores y se escuchan las primeras duchas o los microondas calentando el café de oficio, ya han pasado los repartidores de prensa dejando sus paquetes atados. Pronto llegará la hora de que aquéllos inauguren las ventas de los quioscos, comprando el diario camino del trabajo. Los ojos legañosos de los que los hojean aprovechando un semáforo o sentados en la parada del autobús o del metro reconocerán el titular, a grandes letras:

*LA EPIDEMIA DE ANDALUCÍA,
TOTALMENTE CONTROLADA.*

Se facilitan datos y estadísticas tan amañadas como los ofrecidos después de una manifestación o una huelga general. Ni el número de fallecidos concuerda con la realidad ni es verdad que Cádiz haya sido limpiada por completo. Por su parte los lectores de Ávila, Badajoz o Madrid deberían reparar en la amenaza de esa pequeña noticia, incluida en la sección de *Sucesos* porque ningún redactor sabía dónde demonios colocarla ni cómo catalogarla. Sin embargo las muertes violentas de cinco personas, dos en las murallas de Ávila, otras tantas en el parque del Retiro y una en la segunda capital extremeña, sin más móvil que el de la violencia por la violencia —y puesto que se escamotean los detalles más preocupantes y escabrosos— apenas reciben una mirada desdeñosa de quienes se han habituado a leer por encima las noticias, generosas últimamente en muertes de mujeres en sus propias casas o ajustes de cuentas entre pandilleros y traficantes de droga.

El anuncio del fin de la epidemia concita la atención de todo el país, tanto que a las nueve de la mañana, gentes de toda clase y condición han oído hablar del mismo. Sin embargo, en un futuro, los libros de historia y las generaciones venideras recordarán el cuatro de febrero de 2010 y las 7:23 minutos de la mañana como el día y la hora en que comenzó la Guerra de la Doble Muerte.

Agradecimientos

Quiero agradecer llegada la última palabra, muy especialmente...

... a mis padres, María del Carmen Guerrero Jiménez y Antonio Castro Córdoba, porque aguantaron mis neuras de artista durante muchos años,

... a mis hermanos Miguel Ángel y Carmen Belén, por estar siempre ahí,

... y cómo no a Antonio Castro-Guerrero, por animarme con su propia literatura a seguir en la brecha,

... a Vanessa Benítez Jaime, por ser la primera lectora de la GDM y ayudarme con el Blog,

... a Juan Francisco Ferré por su excelente predisposición a ayudar, su sincero interés casi desde el inicio del proyecto y por dedicarme unas generosas palabras para la contraportada,

... y por supuesto a Javier Ortega, el editor de esta obra, por confiar en mis posibilidades, su ayuda a la hora de mejorar el texto y el excelente trato.

Asimismo merecen especial mención el colectivo literario al que pertenezco *Sevilla Escribe* por acogerme con los brazos abiertos,

... Víctor Conde por respaldarme con sus comentarios alentadores, José Manuel Nogales por cederme algunas de sus ilustraciones para el blog, Ángel Vela Palabras por sus consejos y charlas telefónicas, Álvaro Fuentes por la confianza demostrada en la novela que tenéis entre manos, Antonio Carro por seguir minuto a minuto todo el proyecto, Félix Royo por su interés y por esa música tan original que compuso, Athman M. Charles por apostar desde la primera línea por la GDM, Fernando Martínez Gimeno por su entusiasmo y desinteresado apoyo al proyecto, Mari José Reina por su estupenda fotografía del autor, Emilio Díez García (Rubrick) por la página web realizada, «En Portada Comics» por el excelente trato recibido y, por último, el doctor Javier de Lucas por resolver alguna que otra duda y aguantar con una sonrisa mis preguntas.

En general, no debo olvidar agradecer el apoyo de distintos lectores repartidos en mil y un foros, destacando especialmente *Amanecer Zombie* y *Somos Leyenda*, y cómo no todos los seguidores del Blog de la GDM que, con sus comentarios, hicieron posible el empeño por acabar la obra: Alcorze, Ana Suárez Robles, Antonio Cuesta López, Antonio Linares, Carmen García Portero, Cristina Pérez Valverde, Cristóbal Atienza, David Muñoz Santos, Diego Castro Sánchez, Emilia Alarcón, Emilia Molís Martín, Félix Morales, Fernando Monterio Oria, Francisco Javier Sosa Garduño, Gabriel Guerrero, Giancarlo Berrospi Castillo, Guillem López, Igor Kutuzov, Jaime

Raulí, Jordi Gómez García, Jorge Drake, José Antonio Carrasco, Juan de Dios Garduño, Juan Pablo Gordillo, Manuel Mije, María Jesús Almendro, María Luisa Guerrero Alonso, Mari Torres Cantarero, Miguel Ángel Meléndez, Mike Arias Delgado, Ofelia Hernández Iturrioz, Olga Lorente Moreno, Óscar Torres, Paola Fuentes, Pedro Rodríguez, Pilar Alberdi, Pilar Pino, Rafael Homar Ferragut, Raquel Dorantes, Rita Vicencio, Roberto Fornés, Roberto Mendiola Prieto, Sergio G. Ros y Susana Eevee.